

JOSEFO

GUERRAS DE LOS JUDÍOS.

BIBLIOTECA CLÁSICA.

TOMO CXLV.

HISTORIA

DE I. A. R.

GUERRAS DE LOS JUDÍOS

Y DE LA DESTRUCCIÓN

DEL TEMPLO Y CIUDAD DE JERUSALÉN

POR

FLAVIO JOSEFO

TRADUCIDA DEL GRIEGO

POR

JUAN MARTÍN CORDERO

—
TOMO I
—

MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO

Calle del Arenal, núm. 11.

1923

PRÓLOGO

DE LA EDICIÓN DE 1791.

Si las repetidas ediciones de una obra forman presunción favorable de su mérito, le tiene sin duda la traducción castellana de los siete libros de la *Guerra de los Judíos*, de Flavio Josefo, que hizo Juan Martín Cordero á instancias, como él mismo dice, de personas á quienes no pudo negarse; porque además de las dos ediciones que cita D. Nicolás Antonio en su *Biblioteca Nova*, la una en Amberes, en 8.º, del año de 1557, y la otra de Madrid, de 1616, en 4.º, hay otras dos, una de Perpignan, de 1608, en 8.º, dedicada por el mismo impresor Bartolomé Mas al Maestre de Campo D. Carlos Coloma, y la otra de Madrid, de 1657, por Gregorio Rodríguez, dedicada á D. Francisco Ramos del Manzano, que es por la que se ha hecho la presente, de suerte que en el espacio de un siglo se ha impreso cuatro veces esta traducción.

Movióse Juan Martín Cordero á traducir estos libros de la *Guerra de los Judíos*, no sólo por las instancias de personas considerables, como se ha dicho, sino porque la traducción, que anteriormente había publicado un cronista de los Reyes Católicos, que no nombra, y fué Alonso de Palencia, que en un tomo en folio la publicó

en Sevilla el año de 1491, era defectuosa; así lo dice el mismo por estas palabras: «Habrá alguno á quien parezca haber sido demasiada mi diligencia y superfluo mi trabajo en traducir estos siete libros de Flavio Josefo, pues estaban antes traducidos por un hombre famoso, cronista de los Reyes Católicos; pero los que tal les pareciere, adviertan dos cosas. La una es que fui á ello muy rogado por hombres á quienes negarlo me era imposible; y la otra, que cotejando una traducción con otra, conocerán todos claramente si lo hice con razón; conocido esto, loarán á Dios por lo bueno que en ella hallaren, y por lo que descontentare, satisfaceré yo diciendo que no me permitió el tiempo hacer más, pues aun tengo más ocasión de maravillarme como hice tanto, que razón para quejarme como hice tan poco.»

De estas expresiones se infieren dos cosas: la primera, que la traducción anterior era defectuosa y no le agradaba á Cordero, en lo que conviene D. Nicolás Antonio, diciendo: «*Post veterem, quæ ei displicuit, Catholicorum Regum Chronographi interpretationem.*» La segunda, que sin embargo de la brevedad con que trabajó esta traducción, estaba satisfecho de ella por la suma diligencia que puso y por la confianza con que asegura que no sólo advertirán todos la diferencia que hay entre una y otra traducción, sino que alabarán á Dios por lo bueno que en ella encontraren.

Si en este modo de explicarse se advierte alguna vanidad, debe disimularsele á un hombre que dió tantas pruebas de su literatura y de su inteligencia y conocimiento en las lenguas, como lo prueban las muchas traducciones que publicó y fueron recibidas con estimación, repitiéndose las ediciones. En 1554 publicó la traducción de las *Christiadas* de Jerónimo de Vida. En 1555

la de las *Epistolas de Séneca*. En 1556 la de la *Suma de la Doctrina Christiana*, que por mandado de Felipe II se imprimió en latín para instrucción de los cristianos de Inglaterra. En 1561 la de Eutropio, y en el mismo año de 1561 el *Prontuario de Medallas*, traducido de diversas lenguas.

Su aplicación á este género de trabajo prueba su inteligencia en las lenguas, y su literatura los varios tratados que en un tomo en 8.º se publicaron en Antuerpia el año de 1556, entre los cuales se halla el *Modo de escribir en castellano para corregir los errores ordinarios*; si esta obra, que no hemos podido ver, trata del estilo y pureza del lenguaje, es de admirar que un hombre nacido en Valencia, donde no estaba tan introducida la lengua castellana, la poseyera con la propiedad que advertirán los lectores.

No obstante las ediciones que hemos citado, se ha hecho tan rara la traducción de los siete libros de la *Guerra de los Judíos* de Josefo, que con dificultad se hallan algunos ejemplares; y como de la utilidad de esta obra nadie puede dudar, así por ser de tan célebre historiador, testigo ocular de lo que refiere, como por la dificultad de encontrar ejemplares griegos y latinos, ó sujetos que los entiendan, hemos creído hacer un servicio al público repitiendo su impresión, en la que, con el fin de hacerla más apreciable, se han añadido dos tratados del mismo Josefo, traducidos del latín al castellano, y se publican ahora por primera vez. El uno es la *Vida de Josefo*, escrita por él mismo, y el otro intitulado: *Del imperio de la razón, ó martirio de los Macabeos*.

El traductor de estos dos trataditos creemos que fué el mismo Juan Martín Cordero, por la conformidad y carácter del estilo.

PRÓLOGO

DE

FLAVIO JOSEFO

Á LOS SIETE LIBROS DE LAS GUERRAS DE LOS JUDÍOS.

Porque la guerra que los Romanos hicieron con los Judíos es la mayor de cuantas nuestra edad y nuestros tiempos vieron, y mayor que cuantas hemos jamás oído de ciudades contra ciudades y de gentes contra gentes, hay algunos que la escriben, no por haberse en ella hallado, recogiendo y juntando cosas vanas é indecentes á las orejas de los que las oyen, á manera de oradores: y los que en ella se hallaron, cuentan cosas falsas, ó por ser muy aceptos á los Romanos, ó por aborrecer en gran manera á los Judíos, atribuyéndoles á las veces en sus escritos vituperio, y otras loándolos y levantándolos; pero no se halla en ellos jamás la verdad que la historia requiere; por tanto, yo, Josefo, hijo de Matatías, hebreo, de linaje sacerdote de Jerusalén, pues al principio peleé con los Romanos, y después, siendo á ello por necesidad forzado, me hallé en todo cuanto pasó, he determinado ahora de hacer saber en lengua griega á todos cuantos

reconocen el Imperio romano, lo mismo que antes había escrito á los Bárbaros en lengua de mi patria: porque cuando, como dije, se movió esta gravísima guerra, estaba con guerras civiles y domésticas muy revuelta la República romana.

Los Judíos, esforzados en la edad, pero faltos de juicio, viendo que florecían, no menos en riquezas que en fuerzas grandes, supiéronse servir tan mal del tiempo, que se levantaron con esperanza de poseer el Oriente, no menos que los Romanos con miedo de perderlo, en gran manera se amedrentaron. Pensaron los Judíos que se habían de rebelar con ellos contra los Romanos todos los demás que de la otra parte del Eufrates estaban. Molestaban á los Romanos los Galos que les son vecinos: no reposaban los Germanos: estaba el universo lleno de discordias después del imperio de Nerón; había muchos que con la ocasión de los tiempos y revueltas tan grandes, pretendían alzarse con el Imperio; y los ejércitos todos, por tener esperanza de mayor ganancia, deseaban revolverlo todo.

Por cosa, pues, indigna, tuve dejar de contar la verdad de lo que en cosas tan grandes pasa, y hacer saber á los Partos, á los de Babilonia, á los más apartados árabes y á los de mi nación que viven de la otra parte del Eufrates, y á los Adiabenos, por diligencia mía, qué tal y cuál haya sido el principio de tan gran guerra, y cuántas muertes, y qué estrago de gente pasó en ella, y qué fin tuvo; pues los Griegos y muchos de los Romanos, aquellos á lo menos que no siguieron la guerra, engañados con mentiras y con cosas fingidas con lisonja, no lo entienden ni lo alcanzan, y osan escribir historias; las cuales, según mi parecer, además que no contienen cosa alguna de lo que verdaderamente pasó, pecan también

en que pierden el hilo de la historia, y se pasan á contar otras cosas; porque queriendo levantar demasiado á los Romanos, desprecian en gran manera los Judíos y todas sus cosas. No entiendo, pues, yo ciertamente cómo pueden parecer grandes los que han acabado cosas de poco. No se avergüenzan del largo tiempo que en la guerra gastaron, ni de la muchedumbre de romanos que en estas guerras largo tiempo con gran trabajo fueron detenidos, ni de la grandeza de los capitanes, cuya gloria, en verdad, es menoscabada, si habiendo trabajado y sufrido mucho por ganar á Jerusalén, se les quita parte ó algo del loor que, por haber tan prósperamente acabado cosas tan importantes, merecen.

No he determinado levantar con alabanzas á los míos, por contradecir á los que dan tanto loor y levantan tanto á los Romanos: antes quiero contar los hechos de los unos y de los otros, sin mentira y sin lisonja, conformando las palabras con los hechos, perdonando al dolor y afición en llorar y lamentar las muertes y destrucciones de mi patria y ciudades; porque testigo es de ello el Emperador y César Tito, que lo ganó todo, como fué destruída por las discordias grandes de los naturales, los cuales forzaron, juntamente con los tiranos grandes que se habían levantado, que los Romanos pusiesen fuego á todo, y abrasasen el sacrosanto templo, teniendo todo el tiempo de la guerra misericordia grande del pobre pueblo, al cual era prohibido hacer lo que quería por aquellos revolvedores y sediciosos; y aun muchas veces alargó su cerco más tiempo de lo que fuera necesario, por no destruir la ciudad, solamente porque los que eran autores de tan gran guerra, tuviesen tiempo para arrepentirse.

Si por ventura alguno viere que hablo mal contra los

tiranos ó de ellos, ó de los grandes latrocinios y robos que hacian, ó que me alargó en lamentar las miserias de mi patria, algo más de lo que la ley de la verdadera historia requiere, suplícole dó perdón al dolor que á ello me fuerza; porque de todas las ciudades que reconocen y obedecen al imperio de los Romanos, no hubo alguna que llegase jamás á la cumbre de toda felicidad, sino la nuestra; ni hubo tampoco alguna que tanta miseria padeciese, y á la fin fuese tan miserablemente destruida.

Si finalmente quisiéremos comparar todas las adversidades y destrucciones que después de criado el universo han acontecido con la destrucción de los Judios, todas las otras son ciertamente inferiores y de menos tomo; pero no podemos decir haber sido de ellas autor, ni causa, hombre alguno extraño, por lo cual será imposible dejar de derramar muchas lágrimas y quejas. Si me hallare alguno tan endurecido, y juez tan sin misericordia, las cosas que hallará contadas, recibalas por historia verdadera; y las lágrimas y llantos atribúyalos al historiador de ellas, aunque con todo puedo maravillarme y aun reprehender los más hábiles y excelentes griegos, que habiendo pasado en sus tiempos cosas tan grandes, con las cuales si queremos comparar todas las guerras pasadas, parecen muy pequeñas y de poca importancia, se burlan de la elegancia y facundia de los otros, sin hacer ellos algo; de los cuales, aunque por tener más doctrina y ser más elegantes, los venzan, son todavia ellos vencidos por el buen intento que tuvieron y por haber hecho más que ellos. Escriben ellos los hechos de los Asirios y de los Medos, como si fueran mal escritos por los historiadores antiguos; y después, viniendo á escribirlos, son vencidos no menos en contar la verdad de lo que en verdad pasó, que lo son también en la orden buena y elegancia; por-

que trabajaba cada uno en escribir lo que había visto y en verdad pasaba; parte por haberse hallado en ello, y parte también por cumplir con eficacia lo que prometían, teniendo por cosa deshonesta mentir entre aquellos que sabían muy bien la verdad de lo que pasaba.

Escribir cosas nuevas y no sabidas antes, y encomendar á los descendientes las cosas que en su tiempo pasaron, digno es ciertamente de loor y digno también que se crea. Por cosa de más ingenio y de mayor industria se tiene hacer una historia nueva y de cosas nuevas, que no trocar el orden y disposición dada por otro; pero yo, con gastos y con trabajo muy grande, siendo extranjero y de otra nación, quiero hacer historia de las cosas que pasaron, por dejarlas en memoria á los Griegos y Romanos. Los naturales tienen las bocas abiertas y aparejadas para pleitos y ganancias; para esto tienen sueltas las lenguas, pero para la historia, en la cual han de contar la verdad y han de recoger todo lo que pasó con grande ayuda y trabajo, en esto enmudecen, y conceden licencia y poder á los que menos saben y menos pueden, para escribir los hechos y hazañas hechas por los príncipes. Entre nosotros se honra la verdad de la historia; ésta entre los Griegos es menospreciada; contar el principio de los Judíos, quiénes hayan sido y de qué manera se libraron de los Egipcios, qué tierras y cuán diversas hayan pasado, cuáles hayan habitado y cómo hayan de ellas partido, no es cosa que este tiempo la requiera, y además de esto, por superfluo é impertinente lo tengo; porque hubo muchos judíos antes de mí que dieron de todo muy verdadera relación en escrituras públicas, y algunos griegos, vertiendo en su lengua lo que habían los otros escrito, no se apartaron muy lejos de la verdad; pero tomaré yo el principio de mi historia, adonde

ellos y nuestros profetas acabaron. Contaré la guerra hecha en mis tiempos con la mayor diligencia y lo más largamente que me fuera posible; lo que pasó antes de mi edad, y es más antiguo, pasarélo muy breve y sumariamente. De qué manera Antioco, llamado Epifanes, habiendo ganado á Jerusalén, y habiéndola tenido tres años y seis meses bajo de su imperio, fué echado de ella por los hijos de Asamoneo; después, cómo los descendientes de éstos, por disensiones grandes que sobre el reino tuvieron, movieron á Pompeyo y á los Romanos que viniesen á desposeerlos y privarles de su libertad. De qué manera Herodes, hijo de Antipatro, dió fin á la prosperidad y potencia de ellos, con la ayuda y socorro de Sosio. Cómo también, después de muerto Herodes, nació la discordia entre ellos y el pueblo, siendo emperador Augusto, y gobernando las provincias y tierras de Judea Quintilio Varón; qué guerra se levantó á los doce años del imperio de Nerón, de cuántas cosas y daños fué causa Cestio, cuántas cosas ganaron los Judíos luego en el principio, de qué manera fortalecieron su gente natural, y cómo Nerón, por causa del daño recibido por Cestio, temiendo mucho al estado del universo, hizo capitán general á Vespasiano, y éste después entró por Judea con el hijo mayor que tenía, y con cuán grande ejército de gente romana, cuán gran parte de la gente que de socorro tenía fué muerta por toda Galilea, y cómo tomó de ella algunas ciudades por fuerza y otras por habérsele entregado.

Contaré también brevemente la disciplina y usanza de los Romanos en las cosas de la guerra; el cuidado que de sus cosas tienen; la largura y espacio de las dos Galileas, y su naturaleza; los fines y términos de Judea. Diré particularmente la calidad de esta tierra, las lagu-

nas, las fuentes; los males que las ciudades que por fuerza tomaron, padecieron, y en contarlo no pasaré de lo que á la verdad fielmente he visto y aun padecido; no callaré mis miserias y desdichas, pues las cuento á quien las sabe y las vió.

Después, estando ya el estado de los Judíos muy quebrantado, cómo Nerón murió, y cómo Vespasiano, habiendo tomado su camino hacia Jerusalén, fué detenido por causa del Imperio; las señales que le fueron mostradas por declaración de su Imperio; las mutaciones y revueltas que hubo en Roma, y cómo fué declarado Emperador, contra su voluntad, por toda la gente de guerra, y cómo partiendo después para Egipto, por reformar las cosas del Imperio, fué perturbado el estado y todas las cosas de los Judíos por revueltas y sediciones domésticas; de qué manera fueron sujetos á tiranos, y cómo éstos después los movieron á discordias y sediciones muy grandes. Volviendo Tito después de Egipto, vino dos veces contra Judea, y entró las tierras; de qué manera juntó su ejército, y en qué lugar; cuántas veces fué la ciudad afligida, estando él presente, con internas sediciones; los montes ó caballeros que contra la ciudad levantó. Diré también la grandeza y cerco de los muros; la munición y fortaleza de la ciudad; la disposición y orden del templo; el espacio del altar y su medida; contaré algunas costumbres de las fiestas, y las siete lustraciones y oficios del sacerdote.

Hablaré de las vestiduras del Pontífice, y de qué manera eran las cosas santas del templo, también lo contaré, sin callar de todo algo, y sin añadir palabra en todo cuanto habia.

Declararé después la crueldad de los tiranos que en Judea se levantaron con sus mismos naturales; la hu-

manidad y clemencia de los Romanos con la gente extranjera; cuántas veces Tito, deseando guardar la ciudad y conservar el templo, compelió á los revolvedores á buscar y pedir la paz y la concordia.

Daré particular razón y cuenta de las llagas y desdichas de todo el pueblo, y cuántos males sufrieron, unas veces por guerra, otras por sediciones y revueltas, otras por hambre, y cómo á la postre fueron presos. No dejaré de contar las muertes de los que huían, ni el castigo y suplicio que los cautivos recibieron; menos cómo fué quemado, contra la voluntad de César, todo el templo; cuánto tesoro y cuán grandes riquezas con el fuego perecieron, ni la general matanza y destrucción de la principal ciudad, en la cual todo el estado de Judea cargaba.

Contaré las señales y portentos maravillosos que antes de acontecer casos tan horrendos se mostraron; cómo fueron cautivados y presos los tiranos, y quiénes fueron los que vinieron en servidumbre, y cuán gran muchedumbre; qué fortuna hubieron finalmente todos. Cómo los Romanos prosiguieron su victoria, y derribaron de raíz todos los fuertes y defensas de los Judíos, y cómo ganando Tito todas estas tierras, las redujo á su mandato, y su vuelta después á Italia, y luego su triunfo.

Todo esto que he dicho, lo he escrito en siete libros, más por causa de los que desean saber la verdad, que por los que con ello se huelgan; trabajando que no pueda ser vituperado por los que saben cómo pasaron tales cosas, ni por los que en ellas se hallaron. Daré principio á mi historia con el mismo orden que sumariamente lo he contado.

VIDA
DE
FLAVIO JOSEFO

ESCRITA EN GRIEGO POR ÉL MISMO

traducida al castellano

POR

JUAN MARTÍN CORDERO.

No soy yo de bajo linaje, sino vengo por línea antigua de sacerdotes: y, ciertamente, tener derecho de sacerdote y parentesco con ellos es testimonio entre nosotros de ilustre linaje, así como entre otros son otras las causas que hay para juzgar de la nobleza; y yo, no solamente traigo mi origen de linaje de sacerdotes, sino de la principal familia de aquellas veinticuatro, entre las cuales hay no pequeña diferencia: y también por la parte de mi madre soy de casta real, porque la casa de los Asamoneos, de donde ella desciende, tuvo mucho tiempo el reino y sacerdocio en nuestra nación. Ahora contaré sucesivamente el orden de mi genealogía.

Mi cuarto abuelo fué Simón, por sobrenombre Psello, en tiempo que Hircano, el primero de este nombre, hijo del pontífice Simón, tuvo el suyo sacerdocio. Este Simón Psello tuvo nueve hijos, y uno de ellos fué mi

tatarabuelo, Matías de Aphlio por sobrenombre; éste hubo de una hija del sumo pontífice Jonathás á Mattia Curto, mi bisabuelo, el primer año del pontificado del principe Hircano: este Mattia Curto engendró á Josefo, mi abuelo, á los nueve años del reino de Alejandro, el cual engendró á Matatías á los diez años que Archelao reinaba. Este Matatías me engendró á mí el primer año del imperio de Cayo César; y yo tengo tres hijos, de los cuales el mayor, que se llama Hircano, nació el cuarto año del emperador Vespasiano; luego al séptimo año me nació otro llamado Justo, y al noveno año otro, que se dice Agrippa.

He trasladado aquí, sin hacer caso de las calumnias de gente desvergonzada, esta sucesión de mi linaje, como está sentada en los padrones públicos que hay de los linajes.

Mi padre, pues, Matatías, fué hombre tenido en mucho, no sólo por su nobleza, pero mucho más por su virtud, por cuya causa fué conocido en toda Jerusalén cuan grande es. Yo, desde mi niñez, con un hermano mío de padre y madre, llamado Matatías, anduve al estudio, y aproveché notablemente, y di muestra de aventajarme tanto en entendimiento y memoria, que cuando había catorce años, ya tenía fama de letrado, y tomaban consejo conmigo los pontífices y principales del pueblo sobre el sentido más entrañable de la ley. Después, ya que entré en los diez y seis años de mi edad, determiné ver á qué sabían las sectas que había entre nosotros, que, como hemos dicho, eran tres: *de Fariseos, de Saduceos y de Essenos*; porque pensaba elegiría después con mayor facilidad alguna de ellas, si todas las supiese. Así que caminé por todas tres con mal comer, peor vestir y con grande trabajo, y no con-

tanto aún con esta experiencia, como oí decir de un hombre llamado Bano, que vivía en el desierto, vistiéndose del aparejo que hallaba en los árboles y sustentándose de cosas que de suyo produce la tierra, y bañándose, por conservar la castidad, muy á menudo de noche y de día en agua fría, comencé á imitar la forma de vivir de éste, y gasté tres años en su compañía, y después de haber alcanzado lo que deseaba, volvíme á la ciudad. Ya tenía diez y nueve años cuando comencé á vivir en la ciudad, y apliquéme á guardar los estatutos de los Fariseos, que son los que más de cerca se llegan á la secta de los Stoicos entre los Griegos.

Cuando cumplí veintiséis años sucedió que hube de ir á Roma por la causa que diré: en tiempo que Félix era procurador de Judea, envió á Roma presos, por culpa harto liviana, á unos sacerdotes, mis amigos, hombres de bien y honestos, para que allí tratasen su causa delante del César: yo, por librarles en alguna manera del peligro, principalmente porque entendí que no habían dejado de tener cuidado en lo que tocaba á la religión, aunque puestos en trabajo, y que sustentaban su vida con unas nueces y unos higos, vine á Roma, pasando hartos peligros en la mar, porque la nao en que íbamos se anegó en medio del mar Adriático, y anduvimos nadando toda la noche seiscientos hombres, y á la mañana Dios nos favoreció, y vimos un navío del puerto de Cirene, que recogió á ochenta casi de nosotros, los que nadando tuvimos mejor dicha. De esta manera escapé, y llegué á *Dicearchia* (1) ó Puteolos, como los Italianos más quieren llamarlo, y tomé conversación

(1) Decíase este lugar así por la buena gobernación que tenía.

con un representante de comedias, llamado Alituro, que era judío de linaje, y Nerón le quería bien.

Por medio de éste, luego que fui conocido de Popea, mujer del Emperador, alcancé, por respeto suyo, que fuesen dados por libres los sacerdotes y otras grandes mercedes que ella me hizo, y así torné á mi tierra.

Allí hallé que crecían ya los deseos de novedades, y que muchos tenían ojo á rebelarse contra el pueblo romano, y yo procuraba reducir á los alborotadores á que considerasen mejor lo que hacían, poniéndoles delante la gente con quien habían de tener guerra, es á saber, los Romanos, con los cuales no igualaban ni en saber tratar las cosas de la guerra, ni en la buena dicha, y amonestábalos que no pudiesen por su desvario é imprudencia en peligro á su tierra, á sí mismos y á los suyos: de esta manera los apartaba cuanto podía de aquel propósito, teniendo consideración al fin desventurado de la guerra, y con todo, ninguna cosa aproveché, tanta era entonces la locura de aquellos desesperados.

Temiendo, pues, caer en odio y sospecha que de mí tenían, como favorecedor de los enemigos, repitiéndoles de continuo unas mismas razones, ó que por esta causa me prenderían ó matarían, metime en el templo de más adentro, ya que el castillo Antonia era tomado. Después, luego que fué muerto Manabemo y los principales del bando de los ladrones, torné á salir del templo, y trataba con los pontífices y con la gente principal de los Fariscos, que estaban con harto miedo; porque veíamos haberse puesto en armas el pueblo, y nosotros no sabíamos qué hacernos. Y como no pudiésemos refrenar á los movedores del alboroto, fingíamos por una parte, por cuanto el negocio no carecía de peligro, que nos parecía bien su determinación; por otra les dábamos por

aviso, que se detuviesen y dejasen ir al enemigo, porque esperábamos vendría en breve Gessio con buen ejército y pacificaría aquellas alteraciones.

Vuelto Gessio, murió con muchos de los suyos en la pelea que entre ellos hubo, la muerte de los cuales fué causa de toda la desventura de nuestra nación, porque luego les creció el ánimo á los autores de la guerra, esperando que sin duda vencerían á los Romanos: en el cual tiempo sucedió otra cosa. Los de las ciudades comarcanas de la Siria prendieron á los judíos que moraban dentro de unas mismas murallas con ellos, y degolláronlos á todos con sus mujeres ó hijos, sin haber cometido delito alguno por que lo mereciesen; porque ni les había pasado por el pensamiento levantarse contra los Romanos, ni contra ellos particularmente habían inventado cosa alguna; pero entre todos los demás se aventajó la perversa crueldad de los Scitopolitas (1); porque como los judíos que moraban fuera de su tierra les hiciesen guerra, obligaron á los judíos que tenían dentro de ella á tomar armas contra los otros, siendo de su tribu, lo cual es cosa prohibida por nuestra ley, y con ayuda de ellos desbarataron á los enemigos. Después de la victoria olvidáronse de guardar la fidelidad que debían á sus compañeros que tenían en sus casas y tierras, y matáronlos á todos, siendo muchos millares de hombres los de aquella gente.

No fueron tratados con más mansedumbre los judíos que vivían en Damasco; pero esto harto prolijamente lo contamos en los libros de la Guerra Judaica; ahora solamente hice mención de aquellas malas venturas, por-

(1) Scitopolis estaba en la Siria, y era una de diez ciudades de una provincia de Siria.

que sepa el lector haber venido nuestra gente á aquella guerra, no de su propia gana, sino por fuerza.

Siendo, pues, desbaratado el ejército de Gessio, como viesen los principales de Jerusalén que tenían abundancia de armas los ladrones y todos los otros turbadores de la paz, temiendo, por estar ellos desarmados, los sujetasen los enemigos, como después aconteció, y entendiendo que aun no se había rebelado contra los Romanos Calilea toda, pero que parte de ella estaba entonces sosegada, enviáronme á allá, y á otros dos Sacerdotes, hombres de buena fama y honestos, llamados Joazaro y Judas, para que persuadiésemos á aquellos malos hombres á que dejasen la guerra, y les diésemos á entender que cramejor encomendarla á los principales de la nación: que bien les parecia estuviesen siempre apercebidos con sus armas para lo porvenir; mas que debian esperar hasta saber de cierto lo que los Romanos tenían en voluntad.

Con este despacho vine á Galilea, y hallé en gran peligro á los Seforitas (1) por defender su tierra de la fuerza de los Galileos, que la querían destruir porque perseveraban en la amistad del pueblo romano y eran leales á Senio Galo, Gobernador que era entonces de Siria, y dijeles, que se asegurasen y apaciguasen á la muchedumbre que los ofendia, y consentirles que enviasen cuando quisiesen á *Dora* (esta es una ciudad de Fenicia) por los rehenes que habían dado á Gessio: á los de Tiberiades hallé que estaban ya puestos en armas por razón de esto que diré.

Habia en esta ciudad tres parcialidades, una de los nobles, cuya cabeza era Julio Capela, éste y los que le seguian, es á saber, Herodes Miari, Herodes Gamali,

(1) Ciudadanos de Seforia.

Compo Compsi (porque Crispo, hermano de éste, á quien Agrippa el mayor había hecho Gobernador de aquella ciudad muchos años había, estaba á la sazón en su hacienda de la otra parte del Jordán); todos estos eran autores de que permaneciesen en la fidelidad del Rey y del pueblo romano (1); sólo Pisto, entre la gente noble, no era de este parecer por amor de su hijo Justo. La otra parcialidad era de gente común y baja, determinada á que se había de mover la guerra: en la tercera parcialidad era el principal Justo, hijo de Pisto, que por una parte fingía estar dudoso en lo de la guerra; por la otra deseaba secretamente que hubiese alguna alteración y mudanza en los negocios, con cuya ocasión él esperaba hacerse más poderoso. Así que salió en público á hablarles, y procuraba mostrar al pueblo cómo su ciudad siempre había sido contada entre las de la provincia de Galilea, y que había sido cabeza de aquella provincia en tiempo del rey Herodes el Tetrarca (2), que fué el que la fundó é hizo á Seforis sujeta á su jurisdicción: que siempre había estado en esta preeminencia, aunque debajo del imperio de Agrippa el viejo, hasta el tiempo de Felice, Gobernador de Judea, y que ahora al cabo, después que el emperador Nerón la dió á Agrippa el mozo, había perdido el ser cabeza de la provincia; porque luego Seforis había sido antepuesta á toda la provincia, desde que comenzó á estar debajo de la obediencia de los Romanos, y habían dejado en ella los archivos y mesa real (3). Con estas y otras muchas cosas que dijo con-

(1) Entiende Agrippa el mozo.

(2) Quiere decir uno de cuatro Príncipes entre los cuales está repartida una provincia.

(3) Quiere decir que en Seforis estaban las escrituras originales; la cobranza del dinero perteneciente al Rey.

tra el Rey, alteró el pueblo á que se rebelase, y deciales ser ahora el tiempo que convenia para tomar las armas, y hacer su liga con las otras ciudades de Galilea, y restituirse en su preeminencia con el favor que todos les darían, á causa que aborrecían á los Sephoritas, á los cuales debían, de buena gana, destruir, por estar tan porfiadamente asidos á la amistad de los Romanos, y que con todas fuerzas se habían de ayudar para esta demanda. Dicho esto, movió al pueblo, porque era elocuente, y venció con los embustes de sus palabras á los que daban más sano consejo, porque también sabia disciplinas griegas; confiado en las cuales, se atrevió á escribir la historia de lo que entonces pasó, por desfigurar la verdad: mas de la maldad de éste, y de qué manera él y su hermano casi echaron á perder su patria, en el proceso adelante lo contaremos. Entonces Justo, persuadido que hubo á los de su ciudad, y forzado á algunos á tomar las armas, salió con todos, y quemaba las aldeas de los Hyppenos y Gadarenos, que confinan con la tierra de Tiberiades y de los Scitopolitas.

Mientras pasaba esto en Tiberiades, estaban las cosas de los Giscalos en este estado: Juan, hijo de Levi, viendo que algunos de sus ciudadanos querían feroces echar de sí el yugo de los Romanos, procuró retenerlos en la lealtad y en lo que eran obligados según virtud, y no pudo en ninguna manera hacerlo.

Entretanto los pueblos vecinos de los Gadarenos, Gabaraganeos y de los de Tiro, juntaron un grande ejército y vinieron sobre Giscala, tomáronla, y quemada y destruida, se volvieron á su casa: con esta injuria se le encendió á Juan la cólera, é hizo tomar armas á todos los de su tierra, y habiendo peleado con los dichos pueblos, reedificó su ciudad y, porque es

tuviese más segura, fortificóla de muralla á la redonda.

Los de Gamala perseveraban en la fidelidad de los Romanos por esta causa: Filipino, hijo de Jacimo, mayordomo del rey Agrippa, escabulléndose, sin esperarlo él, mientras combatian la casa real de Jerusalén, cayó en peligro de ser degollado por Manahemo y por los ladrones, sus compañeros; mas salvóse por intervenir ciertos parientes suyos de Babilonia, que estaban entonces en Jerasalén, y huyó cinco dias después, disfrazado por no ser conocido; y como llegase á un pueblo suyo, que está cerca del castillo de Gamala, hizo venir allí á muchos de sus súbditos.

Entretanto acontecióle una cosa de milagro, que fué causa de que de otra manera pereciera. Dióle de súbito una calentura, y escribió unas cartas para Agrippa y Bernice, y diólas á un esclavo suyo horro para que las diese á Baro, porque á éste habian á la sazón dejado encargada su casa el Rey y la Reina, y ellos habian ido á Beryto á salir al camino á Gessio. Baro, recibidas las cartas de Filipino, y entendido que se habia salvado, pesóle de ello mucho, temiendo que en adelante, por estar Filipino sano y salvo, no habrian menester el Rey y la Reina servirse más de él: hizo, pues, parecer al hombre que trajo las cartas delante del pueblo, y acusólo como á falsario y que habia fingido la nueva que habia traído, porque Filipino estaba en Jerusalén con los Judios haciendo la guerra contra los Romanos, y así lo hizo condenar á muerte. Filipino, como no volviese el hombre que envió, y no supiese la causa, tornó á enviar á otro con otras cartas para saber lo que al primero habia acontecido ó por qué tardaba en volver; pero Baro buscó á éste achagues por donde también lo mató, porque los sirios que moraban en Cesarea lo habian alentado para que

procurase estar más alto, diciéndole que Agrippa había de morir á manos de los Romanos por haberse rebelado los Judíos, y le habian de dar á él el reino por el parentesco que él tenía con los Reyes, porque claro estaba que Baro era de linaje real, pues descendía del Sohem, rey del Líbano. Éste, pues, levantado con esta esperanza, detuvo en su poder las cartas, recatándose mucho no viniesen á manos del Rey. y tenía guardas en todos los caminos, porque escabulléndose alguno secretamente hiciese saber al Rey lo que pasaba, y mataba muchos de los Judíos por complacer á los sirios que moraban en Cesarea; y aun estando en Bathanea determinó, con ayuda de los Traconitas, dar sobre los judíos llamados Babilonios, que moraban en Batyra, y haciendo parecer ante sí doce judíos, los más principales de los de Cesarea, mandóles que fuesen allá y dijesen de su parte á los Judíos que les habian dicho que ellos andaban ordenando levantarse contra el Rey, mas porque no quería creerlo, les avisaba que dejasen las armas; porque haciéndolo así, sería prueba muy cierta que con razón no había dado crédito á los rumores falsos: mandóles también decir que era menester que enviasen setenta varones de los más principales que respondiesen al delito de que estaban acusados. Hicieron aquellos doce lo que les fué mandado, y como viniesen á los de su nación que moraban en Batyra y hallasen que ninguna cosa ordenaban de nuevo, hicieron con ellos que enviasen los setenta varones: viniendo éstos con los doce embajadores á Cesarea, saliéndoles á recibir Baro al camino, acompañado de la guarda del Rey, los mató á ellos y á los mismos embajadores, y luego prosiguió su camino para ir contra los Judíos que moraban en Batyra; pero primero que él, llegó uno de aquellos setenta que por

dicha se escapó, y avisados con esta nueva, tomadas de presto sus armas, se recogieron con sus mujeres é hijos á la villa de Gamala, dejando en sus pueblos muchas riquezas y gran número de ganados.

Cuando oyó esto Filipo fué él también allá, y como lo vió venir la gente, daban todos voces que tuviese por bien ser su capitán y encargarse de la guerra contra Baro y los sirios de Cesarea, porque había habido fama que éstos habían muerto al Rey; pero Filipo reprimiéndoles el impetu, trayéndoles á la memoria las buenas obras que del Rey habían recibido, y además de esto cuán grande era la pujanza de los Romanos y que se corría grande peligro en provocarlos de tal suerte como era rebelándose. De esta manera pudo más el consejo de este varón.

Como el Rey sintiese que Baro quería matar á los judíos que estaban en Cesarea con sus mujeres é hijos, que eran muchos millares, envióle por sucesor á Equo Modio, como en otra parte se ha dicho; y Filipo conservó á Gamala y la región comarcana en la lealtad con los Romanos.

En este tiempo, como yo viniese á Galilea, sabidas estas cosas por nueva cierta, escribí al Concilio de Jerusalén, queriendo saber de ellos qué era lo que me mandaba. Fuéme respondido que me quedase en Galilea, y que entendiese en defenderla, y detuviese conmigo también á mis compañeros, si á ellos les pareciese: éstos, después de haber cogido muchos dineros de las décimas que por ser sacerdotes se les daban y debían, determinaban volverse á su tierra; pero rogándoles yo que se detuviesen conmigo hasta que hubiésemos dado orden y asiento en todas las cosas, fácilmente vinieron en ello, Partiendo, pues, con ellos de Seforis, vine á Bethmauu-

te, que está cuatro estadios de Tiberiades, y á los principales de aquel pueblo, los cuales, después que vinieron, y entre ellos Justo también, díjeles que yo y mis compañeros veníamos por embajadores del pueblo de Jerusalén para tratar con ellos de derribar el palacio que había edificado allí el Tetrarca Herodes, y adornado de diversas pinturas de animales, pues que sabían que aquello era vedado en nuestras leyes; y rogábalos que lo más presto que ser pudiese nos diesen lugar para hacerlo, lo cual, aunque lo rehusaron muy grande rato Capella y los de su bando, al fin, porfiando mucho, acabamos con ellos que consintiesen.

Entretanto que nosotros estábamos en esta porfía, Jesús, hijo de Safias, capitán de un bando de marineros y hombres pobres, juntando consigo muchos galileos, había puesto fuego al palacio, creyendo sacar de allí buen despojo porque había visto ciertos adornos de él dorados, y robaron muchas cosas más de las que á nosotros nos parecía. Después de haber nosotros hablado con Capella y con los principales de los Tiberiades en Bethmaunte, nos fuimos á los lugares más altos de Galilea. Entonces los de la parcialidad de Jesús mataron todos los griegos que moraban en aquella ciudad y cuantos había tenido antes de aquella guerra por enemigos.

Yo, cuando oí esto, descendí muy enojado á Tiberiades y trabajé por recuperar todo lo que pude de la hacienda del Rey, que había sido robada; así como candeleros de Corinto, mesas reales y gran copia de plata por labrar, y todo lo que cobré determiné tenerlo guardado para el Rey. Llamados, pues, diez de los mejores del Senado; y Capella, hijo de Antylo, les entregué aquellos vasos, mandándoles que no los diesen á nadie sin mi consenti-

miento: de allí vino con mis compañeros á Giscala, á casa de Juan, á saber qué pensamiento era el suyo, y luego hallé que, con deseo de revueltas y novedades, procuraba alzarse con la tierra; porque me rogaba que le dejase llevar el trigo de César, que estaba depositado en las aldeas de Galilea la superior, diciendo que quería gastarlo en edificar los muros de su tierra; pero como yo oliese sus pensamientos y lo que pretendía, dije que en ninguna manera se lo consentiría. Mi pensamiento era tener guardado aquel trigo, ó para los Romanos, ó para mí mismo, porque tenía yo el cargo de aquella región que me había encomendado la ciudad de Jerusalén. Como de mí ninguna cosa alcanzase, habló sobre este negocio á mis compañeros, los cuales, sin tener cuenta con lo que será, y codiciosos de cohechos, por presentes que les hizo, le pusieron en las manos todo el trigo de aquella provincia, porque yo no pude ponerme contra dos.

Después Juan se aprovechó de otro engaño, porque decía que los Judíos que moraban en Cesarea de Filipo, estando por mandamiento del Rey, á quien eran sujetos, detenidos dentro de los muros, quejándose que les faltaba aceite limpio, se lo pedían á él porque no les fuese forzado usar del de los Griegos contra su costumbre; pero no decía él estas cosas por tener respeto á la religión, sino vencido con codicia de torpe ganancia; porque sabiendo que en Cesarea se vendían dos sextarios por una dracma, y en Gischala ochenta sextarios por cuatro dracmas, envióles todo el aceite que allí había, dándole yo lugar á ello, como él quería, que pareciese que lo daba; porque no lo consentía de voluntad, sino por miedo de que si le fuera á la mano, me apedreará el pueblo.

Después que estuve por ello, valióle á Juan muchos dineros esta mala obra: de aquí envié mis compañeros á

Jerusalén, y en adelante me ocupé sólo en aderezar armas y fortalecer las ciudades. Después, haciendo llamar los más esforzados de los salteadores, como vi que no había remedio que dejasen las armas, acabé con la muchedumbre, que los tomasen á sueldo, dándoles á entender cómo era más provecho para ellos tenerlos así, que no que les destruyesen la tierra con robos, y de esta manera los despedí, habiéndome prometido debajo de juramento que no entrarían en nuestra región sino cuando fuesen llamados, ó cuando no les quisiesen pagar su sueldo; mandéles primero que se guardasen de hacer injuria á los Romanos y á los moradores de aquella región; sobre todo más procuré tener á Galilea en paz: y como quisiese, debajo de título de amistad, tener como prendados á los principales de aquella región, que eran casi setenta, de que me guardarían lealtad, haciéndome amigo con ellos, los tomé por compañeros y allegados en lo que se había de juzgar, determinando las más de las cosas por su parecer; llevando cuidado en la delantera, de que por no mirar no me apartase de la justicia, y de guardarme de ser sobornado con presentes.

Siendo, pues, de edad de treinta años, en la cual, ya que uno refrene sus torpes deseos, con dificultad se escapa de la envidia de los calumniadores, principalmente si tienen gran mando, á ninguna mujer hice fuerza, ni consentí que cosa alguna me diesen; porque de nada tenía necesidad, antes ofreciéndome las décimas, que como á sacerdote se me debían, no las quise recibir; pero recibí parte de los despojos de la victoria que hubimos de los Sirios que allí moraban, la cual confieso que envié á mis parientes á Jerusalén; y aunque tomé por fuerza de armas á los Seforitas dos veces, á los Tiberienses cuatro, á los Gadarenses una, y hube en mi poder á Juan, que

muchas veces me había urdido traición, ni de él ni de ninguno de los pueblos que he dicho consentí que tomase castigo, como contaremos en el proceso de la historia: por lo cual pienso que Dios, que tiene cuenta con las buenas obras, me libró entonces de lo que me andaban urdiendo mis enemigos, y después muchas veces de muchos peligros, como se dirá en su lugar.

Y era tan grande la lealtad y amor que me tenía el vulgo de los Galileos, que habiéndoles tomado sus ciudades, y llevádoles cautivas sus familias, más era el cuidado que tenían de ponerme á mí en cobro, que no en llorar sus desventuras. Viendo esto Juan, hubo envidia de ello, y rogóme por sus cartas que le diese licencia, porque estaba mal dispuesto, para irse á recrear á los baños de Tiberiades, la cual yo le di de buena voluntad, no sospechando cosa alguna, y aun escribí á aquellos á quienes yo había encomendado la gobernación de la ciudad, que le aparejasen posada para él y sus compañeros, y todo lo necesario para su honesto mantenimiento; yo entonces moraba en una villa de Galilea que se dice Caná.

Juan, después que vino á Tiberiades, trató con los de la ciudad, para que olvidando la palabra que me habían dado, se uniesen con él; y muchos hicieron de buena gana lo que les rogó, porque eran hombres amigos de novedades y codiciosos de mudanzas, é inclinados á revueltas y disensiones, y principalmente á Justo y á su padre Pisto les vino esto á pedir de boca, porque tenían gran deseo de dejarme á mí, y pasarse con Juan; pero viniendo yo entretanto, hice no llegase á efecto, porque Sila, á quien yo había puesto por Gobernador de Tiberiades, me envió un mensajero á hacerme saber la voluntad de aquella gente, y avisarme que me diese prisa, porque de otra manera la ciudad vendría presto á poder de otros.

Leídas, pues, las cartas de Sila, tomé doscientos hombres en mi compañía, y caminé toda la noche, enviando el mensajero delante que hiciese saber mi venida á los Tiberiades: por la mañana, estando ya muy cerca de la ciudad, salióme el pueblo á recibir, y Juan entre ellos, el cual, como me saludase con rostro muy demudado, recelándose que, descubierta en lo que andaba, corriese peligro de la vida, fué corriendo á su posada, y como yo llegase al teatro, despedidos los de mi guarda, que no dejé sino uno, y con él diez hombres armados, comencé á hablar al Ayuntamiento de los Tiberiades desde un lugar alto, y amonestábales que no se amotinasen tan presto, porque de otra manera se arrepentirían antes de mucho de no haber cumplido su palabra; y que nadie les creería de allí en adelante de ligero, y con razón, teniéndolos por sospechosos, por haber faltado entonces á lo que prometieron.

Apenas había acabado de decir esto, cuando oí á uno de los míos decirme que descendiese, porque no era tiempo de ganar la voluntad de los Tiberiades, sino de mirar por lo que tocaba á mi propia seguridad, y cómo librarme de mis enemigos. Porque después que Juan supo que yo estaba casi solo, escogiendo de los mil soldados que tenía aquellos de quienes más se fiaba, los había enviado para que me matasen, y ya estaban en el camino. Pusieran en obra su maldad si de presto no saltara de allí abajo con Jacobo uno de los de mi guarda, recogíendome Herodes, natural de Tiberiades, el cual, llevándome al lago, entré en un navio que á dicha estaba allí; y habiendo escapado de las manos de mis enemigos, lo cual nunca pensé, llegué á Taricheas.

Los moradores de aquella ciudad, cuando oyeron la poca lealtad de los de Tiberiades, enojáronse en gran

manera, y echando mano á las armas, me rogaron que fuese por su capitán contra ellos, diciendo que querian vengar la injuria de haber ofendido á su capitán; y publicaban esta maldad por toda Galilea, para que todos se levantasen contra los de Tiberiades, rogándoles que todos se viniesen á Taricheas, para hacer, con consentimiento de su capitán, lo que les pareciese: de manera que de toda Galilea acudieron con sus armas, rogándome con mucha importunidad que fuesé sobre Tiberiades, y tomada por fuerza de armas, la pusiese por el suelo, y vendiese en almoneda los moradores con todas sus familias. Lo mismo me aconsejaban también mis amigos, que se habían escapado de Tiberiades; pero yo no lo consentí, teniendo por mal hecho comenzar guerra civil, y pareciéndome que una contienda como aquella no se debía extender á más que á palabras, y aun deciales que á ellos tampoco les venia bien que se matasen unos á otros entre si á vista de los Romanos. Al fin, con esta razón se amansó la ira de los Galileos.

Y Juan, después que no le sucedieron sus lazos como queria, temió le viniese algún mal, y tomando la gente de armas que tenía consigo, dejó á Tiberiades y se fué á Giscala: de allí me escribió excusándose de lo que había pasado, que él no había sido parte en ello, y rogábame que ninguna sospecha tuviese de él, haciendo juramentos y echándose crueles maldiciones para que diese más crédito á lo que me escribía.

Pero los Galileos, habiéndose juntado otra vez gran número de ellos de toda la región, con sus armas, entendiendo cuán mal hombre era aquél y perjuro, me rogaban que los llevase contra él, prometiéndome que á él lo quitarian del mundo y asolarian á su tierra Giscala. Dadas, pues, las gracias por el favor, les prometí que tra-

bajaría por no deberles nada en amistad y buenas obras; pero rogábales que no diesen más lugar á la ira y me perdonasen, porque tenía por mejor sosegar los alborotos sin muertes. Esto pareció bien á los Galílicos, y luego vinimos á Seforis.

Los de la villa que estaban determinados á permanecer leales al pueblo romano, temiendo mi venida, procuraron ocuparme en otros negocios para vivir ellos más seguramente, y enviaron un mensajero á Jesu, capitán de ladrones, que moraba en los confines de Ptolemyda, prometiéndole muchos dineros si con los ochocientos hombres que mantenía nos hiciese guerra. Él, movido por lo que le prometían, quiso dar sobre nosotros, que estábamos sin tal pensamiento, y tomarnos desapercibidos. Así que enviéme á rogar con un mensajero que le diese licencia para venirme á hablar; lo cual alcanzado, porque yo no había sentido la traición, tomando la compañía de ladrones, se dió priesa en el camino; pero no salió con la maldad que había intentado, porque como estuviese ya cerca uno de los de su compañía, que se le amotinó, me hizo saber su pensamiento; como yo le oí, salí á la plaza, fingiendo que ninguna cosa sabía de la traición, y conmigo todos los Galileos con sus armas y algunos de Tiberiades.

Después de esto, habiendo puesto guardas en los caminos, mandé á los que guardaban las puertas que, viéndolo Jesu, le dejasen entrar con solos los primeros, y á los demás cerrasen las puertas; y si se pusiesen en querer entrar por fuerza, que á cuchilladas se lo impidieran; los cuales haciéndolo como se lo había mandado, entró Jesu con pocos, y mandándole yo que luego soltase las armas si no quería morir, viéndose cercado de armados, obedeció. Entonces los que venían con él, que quedaban

fuera, como sintieron que su capitán era preso, luego se fueron huyendo; y yo, tomando aparte á Jesu, de mí á él le dije que bien sabía la traición que me tenía armada, y quiénes eran los que habían sido causa de que se ordenase; pero que yo le perdonaría su yerro si, mudado el pensamiento, quisiese serme leal en adelante; el cual, prometiéndolo, le solté, dándole licencia que tornase á recoger la gente que antes tenía, y amenacé á los de Seforis que me lo pagarían si en adelante no viviesen sosegados.

Por el mismo tiempo vinieron á mí dos vasallos del Rey de los Grandes de Trachonitide, y venian con ellos sus escuderos de á caballo, y traían armas y dineros. Como los Judíos apremiasen á éstos que se circuncidasen si querían tratar con ellos, no consentí que se les hiciese enojo alguno, afirmando que era menester que cada uno sirviese á Dios de su propia voluntad, y no forzado; y que no se había de dar ocasión en que les pesase á los otros haberse acogido á nosotros por su seguridad; y habiendo persuadido de esta manera á la muchedumbre, diles abundantemente á aquellos varones de comer á su costumbre.

Entretanto, el rey Agripa envió gente, y por capitán de ella á Equo Modio, para que tomasen por fuerza el castillo de Magdala; pero no atreviéndose á ponerle cerco, teniendo los caminos tomados, hacian el mal que podian á Gamala; y Ebucio de Cardacho, que tuvo la gobernación del Campo Grande, oído que yo había venido á la villa de Simoniada, que está en los fines de Galilea, y de ella sesenta estadios, tomando de noche cien de á caballo que tenía consigo, y casi doscientos de á pie, y los gabenses que habían venido en su ayuda, caminando de noche, llegaron á aquella villa. Contra el cual como

yo sacase un gran ejército de los míos, procuró sacarnos á un llano, confiando en los de á caballo; pero ninguna cosa le aprovechó por no querer yo moverme de mi lugar, porque veía que él había de llevar lo mejor si, llevando yo gente toda de á pie, descendiese con él en campo raso. Y después que Ebucio peleó valientemente un buen rato, viendo al fin que en aquel lugar no se podía aprovechar cosa alguna de los caballos, dada señal á los suyos que se recogiesen, se fué á Gaba, sin dejar hecho nada, habiendo perdido solamente tres en la refriega; pero yo fui en su alcance con dos mil hombres de armas, y como viniese á Besara, la cual villa está en los confines de Ptolemyda, á veinte estadios de Gaba, donde estaba entonces Ebucio, habiendo aposentado mi gente fuera por los caminos, para que estuviésemos seguros que no diesen sobre nosotros los enemigos hasta que hubiésemos llevado el trigo, de que se había traído allí gran copia de las villas comarcanas de la reina Berenice; y así cargué muchos camellos y asnos que para esto había traído, y envié aquel tributo á Galilea: después que fué este negocio acabado, di campo abierto á Ebucio para que pudiese pelear. Y como él no se atreviese, atemorizado de ver nuestra osadía, volvíme contra Neopolitano, porque oí que había talado los campos de los de Tiberiades. Éste estaba en socorro de Scitópolis con un escuadrón de á caballo. Habiendo, pues, estorbado á éste que diese más enojo á los de Tiberiades, me ocupaba del todo en mirar por las cosas de Galilea.

Por otra parte, Juan, hijo de Levi, que dijimos que vivía en Giscala, después que conoció que todas mis cosas sucedían á mi voluntad, y que yo era amado de mis súbditos y temido de mis enemigos, no pudo sufrir esto con buen corazón. Pareciéndole que no era por su bien

mi prosperidad, tomóme muy grande envidia; y teniendo esperanza que con hacer que mis súbditos me aborreciesen, atajaría mis buenas dichas, solicitó á los de Tiberiades, á los de Seforis, y parecióle que también á los Gabarenos, á que, dejándome, se hiciesen de su bando, las cuales ciudades son las principales en Galilea. Decíales que siendo él capitán, andaría todo con mejor concierto.

Los de Seforis no vinieron en ello, porque sin tener cuenta conmigo ni con él en esto, tenían ojo á estar debajo de la sujeción de los Romanos. Los de Tiberiades lo rehusaron igualmente, aunque prometieron tenerlo á él también por amigo: pero los Gabarenos se sometieron á Juan por autoridad de Simón, que era un ciudadano principal, y amigo y compañero de Juan; mas no se pasaron á él abiertamente, porque temían mucho á los Galileos, cuya buena voluntad para conmigo habían ya conocido por experiencia; pero secretamente andaban buscando ocasión para matarme, y verdaderamente yo me vi en muy grande peligro por lo que ahora diré.

Ciertos mancebos dabaritenos atrevidos, como vieses que la mujer de Ptolemeo, Procurador del Rey, caminaba de las tierras del Rey á la provincia de los Romanos por el Campo Grande con mucho aparato y compañía de algunos de á caballo, salieron á ellos de repente; y haciendo huir á la mujer, robáronle cuanto llevaba. Hecho esto trajeron á Taricheas, donde yo entonces estaba, cuatro mulos cargados de vestidos y diversas alhajas, entre las cuales había muchos vasos de plata y quinientas monedas de oro. Queriendo yo guardar esto para Ptolemeo, por ser de mi misma tribu, porque nuestra ley manda que procuremos por las cosas de los de nuestro linaje, aunque nos sean enemigos, dije á los que lo

habían traído, que cumplía que se pusiese en guarda, para que se vendiese y se llevase lo que por ello se diese á la ciudad de Jerusalén para la fábrica de los muros. Esto pesó muy mucho á los mancebos, porque no les dió parte del despojo, como lo esperaban; por lo cual, derramándose por las aldeas de Tiberiades, sembraron fama que yo quería entregar á los Romanos aquella región, porque había fingido que guardaba aquel despojo para fortalecer á Jerusalén; y á la verdad lo guardaba para restituir á su dueño lo que le habían tomado, en lo cual no se engañaban: porque después que los mancebos se fueron, llamando dos principales ciudadanos, Dassion y Janneo, hijo de Leví, muy amigos del Rey, les mandé que le llevasen las alhajas que le habían sido tomadas, amenazándoles de muerte si descubriesen este secreto á algún hombre.

Y como se sonase por toda Galilea que yo quería vender á los Romanos su región, estando incitados todos para darme la muerte, los de Tarichea, que también daban crédito á las falsas palabras de los mancebos, aconsejaron á los de mi guarda y á los otros soldados que, dejándome durmiendo, se viniesen al cerco para consultar allí con los demás para quitarme el mando: los cuales, persuadidos, hallaron allí muchos que ya se habían antes juntado, dando voces todos á una que se debía tomar venganza del que hacia traición á la República. Pero el que más hurgaba en ello era Jesu, hijo de Safias, que entonces tenía el sumo magistrado, hombre malo y de suyo dado á mover alborotos, y tan desasosegado como el que más puede ser. Éste, trayendo entonces consigo las tablas de Moisés, poniéndose en medio, dijo: «Ya que vosotros no tenéis cuidado ninguno de lo que os toca, á lo menos no queráis menospreciar estas leyes

sagradas: las ouales Josefo, esto vuestro capitán, digno de ser aborrecido de tolo el pueblo, tiene corazón para venderlas, por lo cual merece que se le dé muy cruel pena.» Habiendo dicho esto, y respondido el pueblo á voces que así debía hacerse, tomó consigo ciertos hombres armados, y fué corriendo á las casas donde yo posaba, con propósito firme de darme la muerte, sin sentir yo cosa ninguna del alboroto.

Entonces Simón, uno de los de mi guarda, el cual había entonces quedado solo conmigo, oyendo el tropel de los de la ciudad, me despertó aprisa; y avisándome del peligro en que estaba, aconsejóme también que determinase antes morir como capitán generoso, que no como á mis enenigos se les antojase darme la muerte. Amonestándome él esto, encomendando yo á Dios mi vida, y vistiéndome de negro, salí; y llevando una espada ceñida, tomando el camino por aquellas calles por donde sabía que no había de encontrar á ninguno de mis contrarios, llegando al cerco me mostré para que me viesen, derribándome en tierra, el rostro al suelo, y regando el suelo con lágrimas de tal manera, que movía á todos á misericordia; y como sentí á la gente mudada, procuré apartarlos de sus pareceres, antes que los armados volvieresen de mi casa; y confesando que no estaba sin culpa del delito que me imponían, les rogué ahincadamente que supiesen primero para qué fin guardaba el despojo que me habían traído, y que después, si se les antojase, me diesen la muerte.

Mandándome el pueblo que lo dijese, entretanto volvieron los armados, los cuales, cuando me vieron, arremetieron contra mí con propósito de quitarme la vida. Mas estorbándoselo el pueblo con voces, reprimieron su ímpetu, teniendo para sí que después que yo confesase

la traición, y cómo había guardado para el Rey el dinero, tendrían mejor ocasión de poner en obra lo que querían.

Después que todos estuvieron atentos, dije: «Varones hermanos, si os parece que he merecido la muerte, no rehusó morir; pero quiero, antes que muera, deciros la verdad. Por cierto, como yo vi esta ciudad muy á propósito para los forasteros, y que muchos, dejadas sus propias tierras, se huelgan venir á vivir con vosotros, para teneros compañía en cualquiera cosa que sucediese, había determinado edificaros unos muros con estos dineros; y por tenerlos guardados para esto, ha nacido este vuestro enojo tan grande.» A estas palabras dieron voces los de Tarichens, y los extranjeros, dándome las gracias, y diciéndome que me esforzase y tuviese buen ánimo; pero los Galileos y los de Tiberiades porfiaban en su ira, y hubo entre ellos diferencias, porque éstos me amenazaban que se lo había de pagar, y los otros, por el contrario, me animaban y me decían que estuviese seguro. Pero después que prometí que también haría muros á los de Tiberiades y á las otras ciudades que estuviesen en lugar aparejado, dando crédito á mis promesas se fueron cada uno á su casa: y yo, habiendo escapado de tan grande peligro, sin esperar más, volvíme á mi casa con mis amigos y veinte hombres armados.

Más los ladrones y los que habían levantado el alboroto, temiendo pagar lo que habían hecho, con seiscientos armados volvieron otra vez á mi casa con propósito de ponerla fuego. Y sabiendo yo su venida, teniendo por cosa fea huir, determiné usar contra ellos de osadía; mandé cerrar las puertas de mi casa, y yo mismo, desde un tirasol, les dije que me enviasen algunos que recibiesen el dinero, por el cual ellos andaban alborotados, para que no hubiese por qué tener más enojo. Como

ellos determinasen esto, al mayor alborotador de aquellos que entraron en mi casa, torné á echar fuera después de haberlo azotado y cortádolo una mano, la cual le hice llevar al cuello colgada, para que volviese así á los que lo habían enviado. Ellos se atemorizaron con esto en gran manera; y temiendo sufrir la misma pena si allí se desdubriesen más, porque pensaban que yo tenía muchos armados en mi casa, súbitamente huyeron todos; y así, con esta astucia, me escapé de otros lazos que me podían armar.

Y con todo esto no faltó quien después alborotase el vulgo, diciendo que no era bien hecho dar la vida á aquellos caballeros de la casa del Rey que se habían acogido á mí, si no se pasasen á los ritos de aquellos á quienes venían á pedir amparo, y cargábanles que eran favorecedores de los Romanos y hechiceros; y luego se comenzó á alborotar la muchedumbre, engañada por los que le hablaban á favor de su paladar. Lo cual sabido, desengañé yo al pueblo, diciendo que no era razón hacer enojo y agravio á los que á ellos se habían acogido; rechazando la vanidad de la culpa que les cargaban de ser hechiceros, con decir que no había para qué los Romanos diesen de comer á tantas capitancias, si podían alcanzar la victoria por industria de hechiceros.

Amansados un poco con estas palabras, ya que se habían salido, moviéronlos otra vez á ira contra aquellos caballeros algunos hombres perdidos, tanto que, tomando sus armas, fueron corriendo á las casas en que los otros moraban en Taricheas, para quitarles las vidas. Como yo lo supe, temí mucho que, consentida esta maldad, ninguno en adelante se acogiera á nosotros: por lo cual, tomando algunos otros conmigo, vine apresuradamente á la posada de ellos; la cual cerrada, haciendo traer

un barco por una cava que iba de allí al mar, nos entramos en él y pasamos á los confines de los Hippenos; y dándoles con qué comprasen caballos (que por salir huyendo de esta suerte, no pudieron sacar los suyos), los despedí, rogándoles mucho que con fuerte ánimo llevaran la presente necesidad, porque á mi también me pesaba mucho verme forzado á poner otra vez en tierra de sus enemigos á los que una vez se habían fiado de mi palabra; pero tuve por mejor que ellos muriesen á manos de los Romanos, si así sucediese, que no que en mi tierra fuesen muertos por maldad. No murieron, porque el Rey les perdonó su yerro: veis aquí en qué pararon éstos.

Los de Tiberiades rogaron al Rey por cartas, que enviase gente de guarnición á su tierra, prometiéndole que se pondrían en sus manos. Lo cual hecho, luego que vine á ellos, me pidieron con mucho ahinco que les edificase los muros que les había prometido, porque habían oído que Taricheas estaba ya cercada de muros. Yo se lo otorgué, y después que de todas partes junté los materiales, mandé á los oficiales que comenzasen la obra.

Partiendo yo de allí á tres días de Tiberiades para Taricheas, que está treinta estadios, por acaso descubrí ciertos caballeros romanos que llegaban cerca de Tiberiades. Los de la ciudad, pensando que eran del Rey, comenzaron luego á hablar de él con mucha honra, y de mí se atrevieron decir injurias y afrentas. Luego vino uno corriendo á hacerme saber lo que pasaba y cómo tenían ojo á amotinarse, de lo cual recibí mucho temor, porque entonces, como venía cerca el sábado, había enviado de Taricheas mis hombres de armas á sus casas, para que celebrasen su fiesta los de Taricheas más á su placer, estando sin gente de guerra; y fuera de esto, todas

las veces que estaba en aquel lugar, me paseada aun sin los de mi guarda, porque confiaba en la buena voluntad que muchas veces había experimentado tenerme los moradores. Así que, como solamente tuviese conmigo siete soldados y algunos amigos, no sabía qué hacerme; porque no me parecía bien tornar á llamar la gente, ya que era tarde, á los cuales en el día siguiente no les permitía nuestra ley tomar armas aunque fuesen necesarias: y si llevaba en mi defensa á los de Taricheas y los forasteros que moraban con ellos, convidándolos con la esperanza del despojo, veía que no tenía fuerzas bastantes con ellos. La cosa no sufría dilación, porque temía que aquellos que el Rey enviaba, se alzasen con la ciudad y me echasen á mí fuera: por lo cual determiné aprovecharme de una astucia. Puse luego mis amigos de quienes más me fiaba, delante las puertas de Taricheas, para que no dejasen salir á nadie; y haciendo juntar las cabezas de las familias, mandé á cada uno que sacase una nao al lago, y que, entrando en ella con su piloto, viniesen tras mí: y entonces yo, con mis amigos y aquellos siete soldados, entrando en una nao, tomé el camino de Tiberiades.

Como los de Tiberiades conocieron que no era gente del Rey la que pensaron, y que todo el lago estaba lleno de naos, asombrados y teniendo temor de que su ciudad se perdiese, como si viniera gente de guerra en las naos, mudaron el acuerdo que habían tomado. Así que, dejadas las armas, me salieron á recibir con sus mujeres é hijos, recibíendome con muchas bendiciones, porque pensaban no haber yo sentido su propósito, y rogábanme que tuviese por bien el venir á su ciudad. Yo, como llegase cerca, mandé á los pilotos que echasen las áncoras lejos de tierra, porque no viesen los de la ciudad que las

naos estaban vacías: y llegando junto á la ciudad en una nao, reñí con ellos porque eran tan ligeros para quebrantar tan neciamente la palabra que me habían dado: después les prometía que sin duda los perdonaría si me enviasen diez de los más principales, lo cual hicieron ellos sin detenimiento; y venidos, los metí en una nao y los envié á Taricheas á que los tuviesen en guarda.

Con esta maña, prendiéndoles poco á poco unos en pos de otros, pasé allá todo el Senado, y otros tantos de los más principales del pueblo. Entonces la otra muchedumbre, como vió el peligro en que estaba, rogábame que hiciese justicia del que había sido causa de aquel alboroto. Este decían que era Clito, mancebo atrevido y mal mirado; yo, que tenía por cosa nefanda matar hombre de mi tribu, y con todo eso me era necesario castigarlo, mandé á Lebias, uno de los de mi guarda, que se llegase á él y le cortase una mano, el cual como no se atreviese á salir solo entre tanta gente, porque los de Tiberiades no sintiesen su temor, llamé yo á Clito, y le dije: «Porque mereces que te corten ambas manos por haber sido para conmigo hombre tan ingrato y fementido, es menester que tú seas el verdugo para ti mismo, porque si no lo quieres hacer, se te dará castigo más grave.» Como me rogase mucho que le dejase una mano, con gran dificultad se lo concedí; y luego, de buena voluntad echó mano á un cuchillo, y porque no se las cortasen ambas, se cortó la mano izquierda. De esta manera se apaciguó aquel alboroto.

Vuelto yo después á Taricheas, los de Tiberiades, como supieron el ardid de que yo había usado, maravillábanse cómo sin muertes había amansado su locura. Entonces, haciendo saocar de la cárcel á los Tiberienses, á Justo y á su padre Pisto, que estaban entre ellos, diles

un convite, y díjeles mientras comíamos, que yo bien sabía que los Romanos sobrepujaban en potencia á todos los hombres, pero que disimulaba por tantos ladrones como había, y aconsejábales que también ellos hiciesen lo mismo, esperando mejor tiempo; y que entretanto no llevasen á mal estar sujetos á mí, pues que no podían tener capitán que fuese más á su provecho que yo. Y avisé también á Justo cómo antes que yo viniese de Jerusalén, los Galileos habían á su hermano cortado las manos, acusándole de que fingió ciertas escrituras, y que fué falsario; y que después de la partida de Filipo, los Gamalitas, teniendo disensión con los de Babilonia, habían muerto á Chares, pariente del mismo Filipo, y á su hermano Jesu, cuñado del mismo Justo, le habían dado una pena justa y moderada. Habiéndoles dicho esto en el convite, por la mañana envié á Justo con los suyos dándolos por libres.

Poco antes Filipo, hijo de Jacinio, se había ido de Gamala por la causa que diré. Luego que supo que Baro se había rebelado contra el rey Agripa, y que Equo Modio había sido enviado por su sucesor, el cual era su amigo, hizole saber por cartas su estado; y como él las recibió, hubo mucho placer de que Filipo estaba en salvo, y envió aquellas cartas al Rey y á la Reina, que entonces estaban en Beryto. Entonces el Rey, como entendió que era mentira lo que se había sonado que Filipo se había ofrecido á los Judíos para ser su capitán contra los Romanos, envió ciertos de á caballo que se lo trajesen; y cuando vino, abrazándole con mucho amor, mostrábale á los capitanes romanos, diciendo: «Este es aquel de quien hubo fama que se había rebelado contra los Romanos.» Mandóle luego que tomase una capitania de á caballo, fuese corriendo al castillo de Gamala, sacase de

allí los de la casa, fuese á restituir en Batanea á los Babilonios, y trabajase de todas maneras para que los súbditos no urdiesen novedad alguna. Habiéndole el Rey mandado esto, Filippo se fué con mucha prisa á ponerlo por obra.

Un Josefo que se hacía médico, haciendo junta de mancebos de los más atrevidos, y sublevando los grandes de los de Gamala, aconsejó al pueblo que se rebelase contra el Rey, y que poniéndose en armas, procurasen cobrar la libertad que solían tener. De esta manera atrajeron otros á su parecer, matando á los que osaban hablar en contrario. Entre éstos murió Chares y Jesu, su pariente, y una hermana de Justo, natural de Tiberiades, como arriba dijimos. Después de esto me rogaron por cartas que les enviase socorro, y juntamente quien les cercase su villa con muros: yo les otorgué lo uno y lo otro.

En estos mismos días se rebeló también contra Agripa la región Gaulanítide hasta la villa de Solima. Cerqué también de muros á los lugares de Logano y de Seleucia, que de suyo eran fuertes. Asimismo fortalecí las aldeas de Galilea alta, aunque estaban en sitio áspero y alto, á Jamnia, á Amerytha y á Charabes. Y en Galilea hice fuertes estas villas, Taricheas, Tiberiades y Seforis; y aldeas, la cueva de los Arbelos, Bersobe, Selames, Jotapata, Capharath, Comosogana, Nephapha y el monte Itabirio. En estos lugares encerré también gran copia de trigo, y meti armas con que se defendiesen.

Entretanto Juan, hijo de Levi, cada día me tomaba mayor odio pesándole de mis buenas dichas; y como determinase quitarme de todas maneras del mundo, después que cercó de muros á Giscala, su tierra, envió á su hermano Simón con cien soldados á Jerusalén, á Simon,

hijo de Gamaliel, á rogarle que hiciese con los de la ciudad que me quitasen el mando y nombrasen al mismo Juan, por voto de todos, Presidente de Galilea. Este Simón, natural de Jerusalén, era de muy ilustre sangre de la secta de los Fariseos, la cual á la verdad parece que guarda con más perfección las leyes de la tierra, varón de notable prudencia, y que pudiera con su consejo tornar al estado primero y en su ser las cosas que andaban de caída; había ya mucho tiempo que tenía á Juan por amigo, y conmigo estaba mal en aquel tiempo. Movido, pues, por los ruegos de su amigo, aconsejó á los pontífices Anano y Jesu, hijo de Gamala, y á otros hombres de su bando, que me bajasen porque crecía mucho, y no diesen lugar á que subiese hasta la más alta cumbre de honra, porque también les venía á ellos provecho de que me quitasen la gobernación de Galilea; mas que no debían Anano y los otros tardarse, porque descubriéndose este concierto, no viniese con ejército sobre la ciudad. Aconsejándoles esto Anano el pontífice, respondió que no era lo que decía cosa tan fácil, porque había muchos pontífices y principales del pueblo que eran testigos como administraba bien la provincia, y que no era cosa justa acusar á aquel á quien ninguna culpa se le podía cargar.

Entonces Simón les rogó que no descubriesen nada de lo que pasaba, que él podría poco, ó me echaría muy presto de la gobernación de Galilea; y haciendo llamar al hermano de Juan, le mandó que enviase presentes á los amigos de Anano, porque por ventura con esto haría que viniesen más presto en su parecer: de esta manera acabó al fin Simón lo que quiso; porque Anano y sus compañeros, sobornados con dádivas que les dieron, entraron en consulta para quitarme el cargo, sin que otro

ninguno de los de la ciudad lo supiese: así que parecióles bien enviar cuatro hombres, los más señalados en linaje, é iguales en erudición; de éstos eran plebeyos los dos, Jonatás y Anonias, fariseos, y el tercero era Jozaro, de linaje sacerdotal, que era también fariseo; y Simón, uno de los pontífices, el cual era de menos edad de todos: á éstos mandaron que hiciesen juntar los Galileos, y les preguntásen cuál era la causa por que me querian tanto; y si les respondiesen porque era de Jerusalén, dijesen que también ellos eran de Jerusalén; y si porque era sabio en las leyes, que también ellos tenían noticia de los ritos de la tierra; y si dijesen que me amaban por sacerdote, que les respondiesen que también dos de ellos eran sacerdotes.

Instruidos de esta manera los compañeros de Jonatás, tomaron del tesoro 40.000 dineros de plata, y porque por el mismo tiempo había venido de Jerusalén un Jesu, galileo, con una compañía de seiscientos soldados, llamaron á éste y lo tomaron á sueldo, pagándole tres meses adelantados, y le mandaron que fuese con Jonatás y con sus compañeros, y que hiciese lo que ellos le mandasen; y diéronle trescientos ciudadanos más, pagándoles de la misma manera su sueldo. Después que todo esto se concertó así, los embajadores partieron, yendo en su compañía el hermano de Juan con sus cien soldados con el mandamiento de quien los enviaba, que si yo de mi voluntad no me pusiese en armas, me enviasen vivo á Jerusalén, y si me defendiese, que me matasen, que ellos los sacarían de ello en paz y en salvo. Diéronle también cartas para Juan, en que le requerían que estuviese apercebido para hacerme guerra, y aun fueron causa que los de Seforis, Gabara y Tiberiades fuesen en ayuda de Juan contra mí.

Como mi padre lo supiese todo por Jesu, hijo de Gamala, que le habían dado parte de todos estos conciertos, y era muy amigo mío, y me lo escribiese, dióme mucha pasión la ingratitud de mis ciudadanos que por envidia me querían matar, y no menos me affligía que mi padre, muy acongojado, me llamase, diciendo que deseaba verme antes de su muerte; por lo cual descubri á mis amigos todo cuanto pasaba, y les dije que dentro de tres días había de dejar la gobernación, é irme á mi tierra: cuando ellos oyeron esto, todos tristes y con lágrimas me rogaban que no les desamparase, porque se perderían si dejase de tener mando sobre ellos: y como yo tuviese más cuenta con mi propia salud que con lo que ellos me rogaban, recelándose los Galileos que, por mi ausencia, los tuviesen los ladrones en poco, despacharon mensajeros por toda su comarca, con los cuales hicieron saber que yo quería partir. Oído esto, acudieron muchos de todas partes con sus mujeres é hijos, no tanto porque me desearan, según yo pienso, como temiendo el mal que les podía venir, porque les parecía que con mi presencia estaban ellos en salvo. Vinieron, pues, todos á mí de un acuerdo en el Campo Grande en donde yo estaba en aquella sazón, en la villa de Asochim, en el cual tiempo una noche soñé un sueño admirable.

Porque como estuviese en mi cama triste y turbado por las cartas que había recibido, parecióme que veía un hombre junto á mí que me decía: Déjate, buen hombre, de estar triste y temer, porque esas tristezas te han de hacer grande y dichoso en todo. Te sucederán dichosa y prósperamente, no solamente estas cosas, sino aun otras muchas; por lo cual persevera, acordándote que te conviene hacer también guerra con los Romanos. Después de este sueño me levanté queriendo bajar al campo, y

viéndome entonces la muchedumbre de los Galileos, entre los cuales había también mujeres y muchachos tendidos en el suelo, me suplicaban con lágrimas que no los desamparase en tiempo que tenían á la puerta sus enemigos, y que por irme yo, no dejase su región sujeta á cuantas injurias les quisiesen hacer los que mal les querían: y como ninguna cosa pudiesen alcanzar con sus ruegos, conjurábanme que me quedase, diciendo muy afrentosas palabras contra el pueblo de Jerusalén, que no los dejaban en paz.

Oyendo yo esto; y viendo la tristeza del pueblo, movíme á compasión, pareciéndome que no era mal hecho ponerme por tan grande muchedumbre, aunque fuese á peligro manifiesto. Así que dije que quedaría, y mandándoles que de todo aquel número estuviesen allí cinco mil con armas y vituallas, despedí los otros cada uno á su tierra. Y como se apercibiesen aquellos cinco mil, tomados éstos y tres mil soldados que había tenido antes, y ochocientos á caballo, caminé á la villa de Chabolon, que está en los confines ó términos de Ptolemaida, y tenía allí mis gentes puestas á punto, como que quería hacer guerra contra Plácido: éste había venido con dos compañías de á pie y una compañía de á caballo, enviado por Gelio Galo para que pusiese fuego á los lugares de los Galileos que confinan con Ptolemaida, y como él hubiese cercado su gente de un foso no lejos de los muros de Ptolemaida, asenté yo también mi real sesenta estadios de Chabolon; por lo cual de ambas partes sacamos muchas veces nuestra gente como si quisiéramos trabar batalla; pero en todo ello no hubo más que ciertas escaramuzas, porque Plácido, cuanto mayor codicia me veía de pelear, tanto más él temía y rehusaba la batalla, y nunca se apartaba de Ptolemaida.

Por el mismo tiempo vino Jonatás con sus compañeros, el que dijimos antes que fué enviado de Jerusalén por el bando de Simón y del pontífice Anano, y procurando tomarme á traición, porque no se atrevía á acometerme cara á cara, escribióme una carta de este tenor: «Jonatás y sus compañeros, embajadores de la ciudad de Jerusalén, á Josefo desean salud. Porque en Jerusalén se ha dicho á los principales y gobernadores de aquella ciudad, que Juan, natural de Giscala, te ha urdido muchas veces traición, nos ha enviado para que lo repren-diésemos y le mandásemos que haga de aquí en adelante lo que tú le mandares: por lo cual, para que también con tu acuerdo y consejo proveamos remedio para en lo porvenir, te rogamos que vengas luego adonde nosotros estamos, sin mucha compañía, porque en esta villa no puede haber mucha gente de guerra.»

Esto escribieron de esta manera, esperando una de dos cosas: ó que me tendrían á su voluntad si iba sin armas, ó si llevase gente de guerra me juzgarían por rebelde á mi tierra; esta carta me trajo uno de á caballo, mancebo atrevido, que en otro tiempo había servido al Rey en la guerra. Eran ya dos horas de la noche, y por acaso estaba yo á la mesa en un banquete con mis amigos y con los principales de los Galileos; y como un criado me hiciese saber que me buscaba un judío de á caballo, mandéle que lo metiese; él no hizo acatamiento á ninguno; solamente, sacando la carta, dijo: «Ésta te envían los que ahora vinieron de Jerusalén.» Los otros convidados se maravillaban de la desvergüenza del soldado, pero yo le rogué que se sentase y cenase con nosotros, lo cual como rehusó, yo, con la carta en la mano de la manera que la había recibido, comencé á hablar con mis amigos otras cosas; y de ahí á poco levantéme

y despedí á los otros á que se fuesen á acostar, é hice quedar solos cuatro amigos muy especiales, y un mozo á quien había mandado sacar vino; entonces abrí la carta y la leí muy de corrida, sin que alguno lo viese, y entendiendo fácilmente lo que contenia, tornéla á doblar, y teniéndola en la mano como si no la hubiera leído, mandé dar al soldado 20 dracmas para el camino, las cuales recibidas, como me diese las gracias, entendiendo yo de él que era codicioso de dineros, y que con esto sería fácil cosa vencerlo, le dije: «Si quieres beber con nosotros te daremos un dracma por cada taza.» Aceptó el partido, y bebiendo mucho vino para ganar muchos dineros, ya que estaba borracho, comenzó á descubrir los secretos; y sin que ninguno se lo preguntase, confesó de su propia voluntad que me tenían armada traición, y que me habían condenado á muerte. Oídas estas cosas, respondí á la carta de esta manera:

«Josefo, á Jonatás y á sus compañeros, desea salud: huélgome de que estéis buenos y que hayáis venido á Galilea, mayormente porque puedo ya poner en vuestras manos la gobernación de ella, y volverme á mi tierra, que ha mucho tiempo que tengo deseó de tornarla á ver, por lo cual de buena gana iria adonde estáis, no solamente á Xalo, pero aun más lejos, aunque ninguno me llamase; mas perdonadme, porque no puedo ahora hacerlo. Conviéneme estar en Chabolon, y aguardar á Plácido porque no entre por Galilea, que es lo que él procura; mejor es, pues, que en leyendo esta carta vengáis vosotros acá donde yo estoy. Nuestro Señor, etc.»

Dada al soldado esta carta para que la llevase, envié con él treinta de los más notables galileos, mandándoles que solamente saludasen á aquellos hombres, y que ninguna cosa, fuera de esto, dijesen; y di á cada uno un

soldado, de quien me fiaba, para que mirasen si los que yo enviaba tenían alguna plática con Jonatás.

Después que fueron estos embajadores, habiéndoles salido en blanco la primera experiencia, escribiéronme otra carta de esta manera:

«Jonatás y los otros embajadores, á Josefo envían y desean salud. Denunciámoste que sin compañía de soldados vengas, de aquí á tres dias, á la villa de Gabara, donde nos hallarás, porque queremos conocer de los delitos que impones á Juan.»

Escrita esta carta, después que saludaron á los galileos que yo envié, vinieron á Jafa, villa de Galilea, muy grande, muy fuerte y muy poblada de moradores, donde fueron recibidos con clamores del pueblo, dando voces juntamente con las mujeres y niños, que se fuesen y los dejasen, que buen capitán tenían, y todos á una voz decían que á ninguno otro obedecieran sino á lo que les mandase Josefo, de manera que los embajadores, partidos de aquí sin hacer nada, se fueron á Seforis, ciudad muy grande de Galilea, donde los moradores que favorecían á los Romanos, les salieron á recibir; mas ninguna cosa les dijeron de mí, ni en mi loor, ni en mi vituperio.

Pero después que de allí descendieron á Asochim, fueron recibidos con los mismos clamores que los recibiesen los de Jafa; y no pudiendo ya refrenar el enojo, mandaron á sus soldados que á palos echasen de allí aquellos que daban voces; y cuando vinieron á Gabara, vino presto Juan con tres mil hombres de armas, mas yo, que por la carta habia ya sentido que tenían determinado de hacerme la guerra, tomé conmigo tres mil soldados, y dejando en el real un mi amigo muy leal, me acogí á Jotapata para estar cerca de ellos cuarenta estadios, y escribíles de esta manera:

« Si en todo caso queréis que vaya á vosotros, cuatrocientos cuatro villas ó ciudades hay en Galilea; á cualquiera de éstas iré, salvo á Gabara y á Giscala, porque estos lugares, el uno es de Juan, y con el otro tiene hecha alianza y amistad.»

Recibidas estas cartas, no respondieron más los embajadores, pero haciendo juntar la consulta de sus amigos, y entrando también Juan en ella, consultaban por dónde me podrían entrar. Juan era de parecer que se escribiese á todas las villas y ciudades de Galilea, porque en cada una había á lo menos uno ó dos que me quisiesen mal, y los provocasen contra mí como contra enemigo del pueblo, y que se enviase la misma determinación á Jerusalén para que también los ciudadanos de aquella ciudad, cuando supiesen que los Galileos me habían juzgado por enemigo, confirmasen con sus votos aquella sentencia, y que de esta manera me harían perder el favor que los de Galilea me hacían; este consejo dieron por bueno todos los otros, y luego supe yo esto cerca de tres horas de la noche, porque un saqueo que se vino de allá amotinado, me lo dijo: por lo cual, viendo que no era tiempo de detenerme, mandé á Jacob, varón fiel y diestro, que con doscientos soldados guardase los caminos que iban de Gabara á Galilea, y que prendiesen los caminantes, y me los enviasen, principalmente á los que les hallasen cartas; demás de esto envié á Jeremías, que era también del número de mis amigos, con seiscientos hombres, á los términos de Galilea, por donde va el camino á Jerusalén, mandándole que prendiese á los que llevasen cartas, y que á ellos echase en prisiones, y me enviase las cartas.

Después que hube mandado estas cosas, envié mis mensajeros á los de Galilea con un edicto en que les

mandaba que otro día me estuviesen á punto, con sus armas y mantenimientos para tres días, junto á Gabara, y repartida en cuatro partes la gente que yo tenía conmigo, puse por capitanes á los más leales de mi guarda, mandándoles que á ningún soldado que no conociesen recibiesen entre los suyos. Llegando á Gabara el día siguiente cerca de las cinco horas, hallé junto á la villa todo el campo lleno de la gente de armas que había hecho apereibir en mi socorro de Galilea, y demás de éstos, gran muchedumbre de gente rústica. Como me pudiese delante de todos para decirles ciertas razones, comenzaron todos á voces á llamarme su bienhechor y amparo de su tierra; entonces yo, dándoles las gracias por el favor, roguéles que á ninguno hiciesen enojo, y que, contentándose con las vituallas que tenían en su real, no saliesen á saquear las villas ó aldeas, porque mi voluntad era apaciguar todo el alboroto sin que hubiese muertes; y aconteció que el primer día que puse guardas en los caminos, cayeron en sus manos los mensajeros de Jonatás; ellos los detuvieron, como yo les tenía mandado, y me enviaron las cartas que traían; después que las leí y hallé en ellas tantas palabras afrentosas y tantas mentiras, disimulé con no hablar palabra, y determiné ir á ellos.

Los cuales, cuando oyeron que yo iba con todos los suyos y con Juan, se fueron á Jesu (ésta es una torre grande, y que no hay diferencia de ella á un alcázar). Allí escondida una capitania de soldados, y cerradas todas las puertas, que no dejaron sino una abierta, esperaban que fuese á saludarles de camino; habiendo primero mandado á los soldados que cuando yo viniera me metiesen dentro solo, y que á otro ninguno dejasen entrar, porque de esta manera pensaban haberme más fácil-

mente en su poder; pero engañólos su pensamiento, porque barruntando yo la traición, luego que allí llegué, entrando en una posada que estaba frente de ellos, fingí que dormía; y los embajadores, creyendo que yo dormía de veras, descendieron al campo y comenzaron á solicitar la muchedumbre á que me desamparase, porque usaba mal del oficio de capitán; pero sucedió al contrario de lo que esperaban, porque luego que los vieron se levantó una grito entre los Galileos, que testificaban bien cuánto amor me tenían por merecerlo yo, y culpaban á los embajadores, porque sin haberles hecho injuria alguna, habían venido á revolver el sosiego y paz del pueblo, y mandábanles que se fuesen porque ellos no habían de admitir otro gobernador. Después que supe esto no dudé salir; así que descendí con mucha prisa á oír lo que los embajadores traían; cuando salí comenzaron todos á dar palmadas de alegría, unos á porfía de otros, y á voces me dieron gracias de haber gobernado muy bien su provincia.

- Cuando Jonatás y los otros oyeron estas cosas, temieron mucho perder la vida á manos del pueblo, que tanto me favorecía, y pensaban huir; pero porque no podían hacerlo libremente, mandándoles yo que se detuviesen, estaban tristes, y apenas estaban en su acuerdo. Habiendo, pues, hecho cesar las gritas del pueblo, y puestos de mis soldados, de los que me fiaba, para guardar los caminos, porque no diesen sobre nosotros tomándonos desapercibidos, y habiendo mandado que todos estuviesen en armas, porque aunque viniesen de súbito los enemigos no hubiese por qué temer, primeramente hice mención de las cartas en que me habían escrito que la ciudad de Jerusalén los enviaba para acabar las diferencias entre mí y Juan, y me habían llamado que pareciese,

y luego, para que no pudiesen negarlo, saqué la misma carta, y dije: «Si yo hubiese de dar cuenta de mi vida contra las acusaciones que delante de ti, Jonatás, y de tus compañeros me pone Juan, cuando presentase en mi defensa por testigos dos ó tres buenos varones, sería necesario que, dados por buenos los testigos, y examinados sus testimonios, me dieseis por libre; pero ahora, para que sepáis que yo he administrado bien las cosas de Galilea, no quiero traer tres testigos de mi abono, sino todos estos os doy por testigos; á éstos demandad cuenta de mi vida, si por ventura los he gobernado con toda honestidad y justicia, y á vosotros, varones de Galilea, conjuro que no encubráis la verdad, sino que ante éstos, como jueces, digáis si en alguna cosa he hecho lo que no debía.»

Apenas había yo acabado estas palabras, cuando todos levantaron una grita, llamándome su bienhechor y conservador, y aprobando con su testimonio todo lo que hasta entonces había hecho, y rogándome que en adelante perseverase en ser tal cual antes había sido; afirmaban también con juramento todos, que no había cometido deshonestidad con mujer de alguno, y que jamás había hecho enojo á alguno de ellos. Después de esto, oyéndolo muchos de los Galileos, leí las dos cartas de Jonatás que habían tomado mis guardas y enviándome las, llenas de muy malas palabras, é imponiendo falsamente que usaba más de tirano que de capitán, y contenían otras muchas cosas fingidas con muy grande desvergüenza. Estas cartas, decía yo que me las habían dado los que las llevaban, sin que yo se las pidiese, no queriendo que mis contrarios supiesen lo de las guardas que tenía puestas, porque no dejasen de enviar sus cartas en adelante.

Y el Ayuntamiento, movido á ira contra Jonatás y sus compañeros, arremetieron á ellos para matarlos, é hiciéranlo si yo no les refrenara su furia. A los embajadores prometí perdón de lo hecho si tomasen mejor acuerdo, y, vueltos á su tierra, contasen la verdad de cómo me había habido en mi administración.

Dichas estas cosas, los despedí, dado que sabía que no habían de cumplir lo prometido; pero el pueblo estaba contra ellos airado, rogándome que los dejase que les diesen su pago; así que hube de usar de todas mañas para librarlos, porque sabía que toda revuelta es muy dañosa en la República; más la muchedumbre perseveraba en su enojo, y con una determinación iban todos á la posada de Jonatás; viendo yo que no podía detenerlos más, subiendo en un caballo, mandé que viniesen tras mí á Sogana, que es una aldea de los árabes que está de allí veinte estadios, y con esta astucia me guardé de no parecer que hubiese dado principio á guerra civil.

Después que vinimos cerca de Sogana, mandé parar mi gente; y habiéndoles aconsejado que no fuesen tan arrebatados á ira que pasa los límites de la razón, escogí ciento de los más señalados en edad y honra, y les dije que se aparejasen para ir á Jerusalén á acusar delante del pueblo á los que habían movido el alboroto y revuelto su República; además de esto les mandé que, si lo pudiesen acabar con el pueblo, alcanzasen una provisión en que se me confirmase la gobernación de Galilea, y se mandase á Juan que saliese de ella. Despachándolos en breve con este recaudo, tres días después que se hizo el Ayuntamiento, los despedí, dándoles quinientos soldados que los acompañasen, y también escribí á mis amigos á Samaria que trabajasen para que mis embajadores pudiesen caminar seguramente por su tierra, porque ya

aquella ciudad estaba sujeta á los Romanos, y tuvieron necesidad de ir por allá porque iban de prisa, y buscaban los atajos y caminos más cortos por llegar al tercero día á Jerusalén, y aun yo mismo los acompañé hasta salir de Galilea, habiendo puesto guardas en los caminos para que no se publicase de pronto la partida de los embajadores, y después de hecho esto me detuve un poco de tiempo en Jafa.

Jonatás y sus compañeros, como no salieron con la suya, tornaron á enviar á Juan á Giscala, y ellos desde allí partieron para Tiberiades con esperanza de haberla en su poder; porque Jesús, que entonces tenía allí el magistrado, les había prometido por sus cartas que él acabaría con el pueblo que se sujetasen á ellos. Con esta esperanza se pusieron en camino: Sila con un mensajero me hizo saber todo lo que pasaba, al cual yo, como dije, había dejado allí en mi lugar, y rogábame mucho que volviese lo más presto que pudiese; vuelto yo de prisa por su consejo, por poco perdiera la vida por la causa que diré.

Jonatas y sus compañeros habían en Tiberiades inducido á muchos del bando contrario á que se rebelasen, por lo cual, atemorizados con mi venida, accedieron á mí luego, y dándome primeramente la enhorabuena, decían que se holgaban de la honra que entonces había ganado, por haber administrado muy bien á Galilea, porque de aquella gloria les alcanzaba también á ellos parte, por ser yo su ciudadano y discípulo; y después, confesando en público que querían más mi amistad que la de Juan, me rogaban que me fuese á mi casa, prometiéndome que ellos harían luego que el otro viniese á mis manos, confirmándolo con juramento, lo cual es cosa de muy grande religión entre nosotros, y así me pareció

que sería maldad no creerlo. Después me rogaron que me fuese á otra parte porque venía cerca el sábado, y no querían ellos levantar desasosiego alguno en el pueblo de los Tiberiades.

Entonces yo, sin sospechar cosa alguna, me fuí á Taricheas, dejando, sin embargo de esto, en la ciudad quien mirase curiosamente lo que ellos hablaban de mí, y por todo el camino que va de Taricheas á Tiberiades puse algunos por quien viniese á mí, como de mano en mano lo que supiesen los que había dejado en la ciudad. El día, pues, siguiente se juntó el pueblo en Prosencha, que llaman, que es una casa de oración ancha, y en que cabe toda aquella muchedumbre, dónde después que Jonatás también vino, no atreviéndose á decir claramente que se rebelasen, dijo que la ciudad tenía necesidad de mejores magistrados; pero Jesús, que tenía el sumo magistrado, sin disimular cosa alguna, dijo: Más vale, ciudadanos, que nosotros obedezcamos á cuatro hombres que á uno, mayormente cuando éstos descienden de ilustre sangre, y tenidos en mucho por su prudencia, señalando cuando esto decía, á Jonatás y á sus compañeros; y luego Justo, loando estas palabras, trajo á algunos de los ciudadanos á lo que él quería; pero el pueblo no estaba por lo que éstos decían, y sin duda se levantara algún alboroto, si no se deshiciera el Ayuntamiento, porque era ya la hora sexta y, suelen los nuestros comer á esta hora los sábados: de esta manera los embajadores, dilatando la consulta para el día siguiente, se fueron sin dar fin en el negocio: sabiendo yo luego estas cosas, determiné venir á Tiberiades por la mañana, y en amaneciendo el día siguiente, yendo de Taricheas allá, hallé que el pueblo se había ya juntado en la casa de oración, no sabiendo aún bien para qué se juntaba. Entonces los

embajadores, como me vieron á tiempo que no me esperaban, quedaron muy atemorizados: al fin acordaron esparcir un rumor, que habían parecido ciertos romanos á caballo en los términos de aquel campo en un lugar que se dice Homonea; y haciendo creer este rumor adrede ellos mismos, que eran los que lo habían levantado, daban voces, que no era bien dar lugar á que los enemigos talasen así á su salvo los campos á vista de todos, lo cual hacían con propósito que, saliendo yo á socorrer á los labradores, pudiesen ellos entretanto alzarse con la ciudad, y hacer que los ciudadanos me quisiesen mal.

Aunque sabía su propósito, hice lo que quisieron, porque no pareciese que no hacía caso de los peligros de los Tiberienses. Salido, pues, al dicho lugar, después que vi que no había ni rastro de los enemigos, vuelto con mucha prisa, hallé que se habían juntado el Senado y el pueblo en uno, y que los embajadores me ponían una larga acusación delante del Ayuntamiento, diciendo que menospreciaba el cuidado del pueblo, y me ocupaba solamente en mis propios deleites. Dichas estas cosas, sacaban cuatro cartas, como escritas por los Galileos, diciendo que se habían puesto á defender los últimos términos de aquella región, y que para esto pedían su socorro: oyendo estas cosas los de Tiberiades, creyéndolas de ligero, comenzaron á dar voces que no se debía poner dilación en aquello, sino que en tan grande peligro se debía dar socorro muy presto á los de su pueblo; y por el contrario, entendiendo la falsa mentira de los embajadores, dije que sin detenerme iría donde la necesidad de la guerra lo pidiese; mas porque de otros cuatro lugares diversos habían venido cartas en que hacían saber las corridas de los Romanos, convenía que, repartida entre otras tantas partes la gente, cada uno de

los embajadores tuviese cargo de cada una; porque era justo que los varones esforzados socorriesen á las cosas que van de caída, no solamente con su consejo, pero aun con ir ellos en la delantera á ayudar, y que yo no podía llevar sino sola una parte del ejército. Pareció esto bien á la muchedumbre, y luego los apremiaban á que saliesen y tomasen el cargo de capitanes, con lo cual ellos fueron en gran manera turbados en sus ánimos, porque les había dado y salido al revés lo que procuraban, por las sutiles intenciones que yo les armé en contrario.

Entonces uno de ellos, por nombre Ananias, hombre malo y de malas obras, aconsejó que mandasen al pueblo ayudar otro día, y que á la misma hora se juntasen todos sin armas en el mismo lugar, porque sabían que sin la ayuda de Dios ninguna cosa podían hacer las armas de los hombres, y no decía esto por causa de religión, sino por verme sin armas á mí y á los míos: entonces yo también obedecí por fuerza, porque no pareciese que menospreciaba la santa amonestación. Así que, después que se fueron todos á sus casas, Jonatás y sus compañeros escribieron á Juan que por la mañana viniese adonde ellos estaban, con la mayor compañía de soldados que pudiese, porque fácilmente me habría en su poder y alcanzaría lo que deseaba. Él, cuando recibió las cartas, obedeció de buena gana. El día siguiente mandé á dos de mi guarda, los más esforzados y de quien yo más fiaba, que se pusiesen unas espadas cortas debajo de la ropa, que no se les pareciesen, y saliesen conmigo en público, para que si alguna injuria nos quisiesen hacer nuestros enemigos, tuviésemos con qué defendernos; y yo también me vestí unas corazas y me ceñí mi espada lo más secretamente que pude, y así vine á la casa de oración á rezar.

Después que entré yo con mis amigos, poniéndose Jesús á la puerta, no dejó entrar á otro ninguno de los míos: y ya que nosotros comenzábamos á hacer oración á la costumbre de la tierra, levantándose Jesús, me preguntó por las alhajas y plata por labrar del Palacio Real que se habia fundido, en cuyo poder estaban estas cosas depositadas; de las cuales hacia entonces mención, por gastar el tiempo hasta que Juan viniese. Respondí que Capella lo tenia todo y aquellos diez ciudadanos principales de Tiberiades; y dijele que les preguntase á ellos si yo decia verdad: los cuales, como confesaron que lo tenian, dijo: «¿Qué es de aquellos veinte dineros de oro que te dieron por cierto peso de plata por labrar que vendiste, en qué los gastaste?» Respondí que los habia dado para el camino á los embajadores que me enviaron de Jerusalén. A esto replicaron Jonatás y sus compañeros que no habia sido bien hecho pagar su salario á los embajadores del dinero público. Enojándose el pueblo por ver su malicia tan clara, como yo entendiese que la cosa no estaba lejos de haber alguna revuelta, con voluntad de ensañar más aún contra ellos el pueblo, dije: «Si es mal hecho que diera salario á los embajadores del dinero del pueblo, no me deis más enojos por ello, que yo pagaré de mi bolsa estos veinte dineros.»

Entonces el pueblo tanto más se encendió, cuanto apareció más claro cuán contra razón me aborrecian. Viendo Jesús que la cosa le sucedía al contrario de lo que él esperaba, mandó que, quedando solo el Senado, toda la otra muchedumbre se fuese, porque el bullicio de la gente no daba lugar á que se hiciese la pesquisa de tan gran negocio. Y contradiciendo el pueblo que no me dejaría solo entre ellos, vino uno á decir secretamente á Jesús, que venia cerca Juan con gente de armas: en-

tonces, no pudiendo callar más Jonatás, Dios, que por ventura proveía así por mi salud, porque de otra manera no me escapara del impetu con que venía Juan, dijo: «Dejadme, Tiberienses, hacer pesquisa de los veinte dineros de oro, porque por ellos no merece Josefo la muerte, sino porque anda urdiendo hacerse tirano, y ha alcanzado principado con engañar la muchedumbre ignorante.» En diciendo esto, los que estaban para matarme procuraban poner las manos en mí: lo cual visto por mis compañeros, desenvainaron sus espadas, y trabajando por herirlos, los hicieron huir; y juntamente el pueblo alcanzó piedras para herir á Jonatás, librándome de la violencia de mis enemigos.

Yendo un poco adelante, como saliese á una calle por donde venía Juan con un escuadrón de soldados, húbele miedo y dí la vuelta por una calle angosta que iba á la mar; y de esta manera, entrando en una nao, me escabullí á Taricheas, faltando poco para que me mataran por un peligro que no pensé: por lo cual, haciendo luego llamar los principales de los Galileos, les conté cómo contra derecho y razón me hubieran muerto Jonatás y los de Tiberiades.

Enojada con esta injuria la muchedumbre de los Galileos, me aconsejaba que no dudase de hacer guerra á mis enemigos, y que los dejase ir, que ellos quitarían del mundo á Juan, Jonatás y sus compañeros; pero yo procuraba amansar su enojo, mandándoles esperar hasta que supiésemos qué traían nuestros embajadores de la ciudad de Jerusalén: y deciales que nos cumplía no hacer cosa alguna sin su consentimiento. Con estas palabras lo acabé con ellos: como Juan tampoco entonces no salió con la suya, volvióse á Giscala.

A los pocos días, vueltos nuestros embajadores, nos

hicieron saber que todos los de Jerusalén estaban muy enojados con Anano y con Simón, hijo de Ganaliel, porque enviando embajadores sin consentimiento del pueblo, habían procurado quitarme de la gobernación de Galilea, y decían que faltó muy poco para que el pueblo pusiese fuego á sus casas. Trajeron también cartas, por las cuales los principales y cabezas de Jerusalén, por autoridad del pueblo, me confirmaban en la gobernación, y mandaban á Jonatás y á sus compañeros que luego se volvieresen á sus casas. Cuando recibí estas cartas vine á la villa de Arbela, donde había mandado juntar los Galileos, y allí mandé á los embajadores que contasen cuánto habían sentido los de Jerusalem la malicia de Jonatás, y cómo por su acuerdo y decreto me habían confirmado la gobernación de aquella región, y habían mandado á Jonatás y á los suyos que saliesen de ella: á los cuales envié luego aquella carta, mandando al mensajero que mirase lo que hacían.

Ellos, cuando recibieron la carta, muy atemorizados, hicieron llamar á Juan y á los senadores de los Tiberienses, y á los principales de Gabara, para pedirles consejo qué debían hacer. Los Tiberienses eran de parecer que se estuviesen en la administración de la República, y no desamparasen la ciudad que una vez se había fiado de su palabra, mayormente ahora que yo les quería acometer, porque mintieron que yo les había amenazado con esto. Lo mismo daba por bueno también Juan, añadiendo que debían enviar dos de los compañeros á Jerusalén, que me acusasen delante del pueblo de que no administraba derechamente las cosas de Galilea, diciendo que de esto lo persuadirían fácilmente, lo uno, por su autoridad, lo otro, porque naturalmente el vulgo es mudable. Pareció bien el consejo de Juan, y luego enviaron á Jonatás

y á Anania á Jerusalén, quedando los otros dos en Tiberiades: y acompañábanlos, porque fuesen seguros, cien soldados de los suyos.

Los Tiberienses, habiendo reparado sus muros con diligencia, mandaron á los moradores de la ciudad que tomasen sus armas; é hicieron con Juan, que estaba entonces en Giscala, que les enviase muchos soldados que les ayudasen contra mí, si por ventura fuese menester. Entretanto, caminando Jonatás con los suyos, cuando llegó á Darabitta, que es una villa cuyo sitio está en el Campo Grande en los últimos términos de Galilea, á media noche cayó en manos de una escuadra de soldados míos, que estaban en vela: los cuales, mandándoles que dejasen las armas, los tuvieron presos en el lugar donde yo les había mandado. Leví, capitán de aquellos soldados, me hizo saber todo lo que había pasado. Así que, teniendo el negocio bien disimulado dos días, por mensajeros requerí á los Tiberienses que dejasen las armas; pero ellos, pensando que ya Jonatás había llegado á Jerusalén, no me respondieron otra cosa, sino palabras afrentosas. No me espanté tanto que por eso dejase de usar con ellos de una astucia, porque me parecía cosa ilícita comenzar guerra civil.

Queriendo, pues, sacarlos engañados fuera de los muros, habiendo escogido diez mil soldados, los reparti en tres partes. Una parte de éstos puse secretamente junto á Dora, y otros mil en una aldea, que también era montaña, á cuatro estadios de Tiberiades, para que esperasen hasta que se les diese señal de arremeter. Yo, saliendo de la ciudad, paréme en un lugar público: viendo esto los Tiberienses, vinieron luego corriendo á mí, diciéndome maldiciones muy desabridas, y tomóles entonces tanta locura, que llevando delante unas andas

de muerto, aderezadas magníficamente alrededor de ellas me lloraban por escarnio; pero yo, callando, gozaba de su poco saber.

Y queriendo por asechanzas haber á Simón á las manos, y con él á Joazaro, roguéles que con los amigos, y con los que por su seguridad los acompañaban, saliesen un poco fuera de la ciudad, porque quería hablarles y tratar paz con ellos, y dividir la gobernación de la provincia. Entonces, Simón, con poco saber y codicia de la ganancia, no rehusó venir, pero Joazaro, sospechando lo que era, se quedó. Cuando Simón vino acompañado de sus amigos y guardas de su persona, lo recibí con mucha humanidad, y díle las gracias porque tuvo por bien venir. Y paseándonos de ahí á poco, apartándolo algo desviado de sus amigos, como que le quería decir algo sin terceros, arrebatándolo por medio del cuerpo en alto, lo entregué á los míos, que lo llevasen á la aldea que más cerca estuviese; y haciendo señal á mi gente, me fuí con ellos á Tiberiades. Como de ambas partes se trabase una cruda batalla, animando á los míos que ya iban de vencida, les hice cobrar esfuerzo, y encerré dentro de los muros á los Tiberienses, que por poco hubieran la victoria: y enviando luego por el lago otro escuadrón, mandéles que pusiesen fuego en la primera casa que entrasen. Hecho esto, pensando los Tiberienses que la ciudad estaba tomada por fuerza, dejadas las armas, me suplicaron con sus mujeres é hijos que los perdonase, pues los tenía vencidos. Yo, movido por sus ruegos, refrené á los soldados de la furia que traían, y habiendo tocado á recoger la gente, siendo ya tarde, me fuí á comer; y llevando conmigo á Simón, sentados á la mesa, lo consolaba prometiendo volverle á enviar á Jerusalén y darle lo necesario para

el camino, y quien lo acompañase porque fuese seguro.

El día siguiente entré en Tiberiades con los diez mil soldados armados, y mandando llamar á la plaza los regidores y principales del pueblo, mandéles que me dijese quiénes eran los autores de la rebelión: habiéndome los mostrado, les eché prisiones, y les envié á Jotapata. Y soltando á Jonatás y sus compañeros, y aun dándoles para el camino, los entregué á quinientos soldados que los llevasen á Jerusalén. Después de esto, vinieron otra vez á mí los Tiberienses á pedirme perdón, y me prometieron que en adelante suplirían con servicios lo que hasta entonces habían faltado, rogándome que hiciese restituir á sus dueños las haciendas que habían sido tomadas. Mandé luego que se trajese todo allí delante, y como los soldados tardasen en hacerlo, viendo yo uno de ellos más ataviado que solía, preguntéle que de dónde había habido aquella vestidura: confesándome él que la había ganado del despojo, lo hice azotar, y amenacé á todos que les daría más grave castigo si no me trajesen lo que habían robado. Junto todo el despojo, que era mucho, dí á cada uno de los ciudadanos lo que conocía ser suyo.

En este lugar quiero reprender en pocas palabras á Justo, escritor de esta historia, y á los otros, que prometiendo escribir alguna historia, menospreciando la verdad, no tienen vergüenza, por amor ó por odio, escribir mentiras á los que vinieron después: por cierto, en ninguna cosa difieren de los que falsean escrituras públicas, sino que éstos se dañan más con que no los castigan por ello. Éste, para que pareciese que gastaba bien su tiempo, púsose á escribir las cosas que en esta guerra pasaron; y mintiendo muchas cosas de mí, ni aun de su propia tierra dijo verdad. Por lo cual tengo

necesidad de decir lo que hasta ahora he callado, para argüir contra lo que de mí ha dicho falsamente. Y no hay por qué nadie se deba maravillar haber dilatado tanto tiempo de hacer esto; porque aunque cumple que el historiador diga verdad, pero bien puede dejar de hablar ásperamente contra los malos, no porque ellos merezcan este bien, sino por guardar la templanza. Volviendo, pues, así la plática, oh Justo, el más grave de los historiadores por tu testimonio, dime, ¿cómo yo y los Galileos tuvimos la culpa y causamos que tu tierra se rebelase contra el Rey y también contra el imperio de los Romanos? Pues que antes que por determinación de la ciudad de Jerusalén fuese yo á Galilea enviado por capitán, tú, con tus tiberienses, echaste mano á las armas, y por común consejo os atrevisteis también á molestar á la ciudad de Capolis de los Sirios; porque tú pusiste fuego á sus aldeas, y en aquel encuentro murió tu criado. Y no solamente digo yo estas cosas, sino también en los comentarios del emperador Vespasiano se cuentan, y que en Ptolemyda, los Decapolitanos, con muchos clamores, pidieron al Emperador que te castigase porque habias sido causa de todas sus desventuras; y sin duda lo hiciera si el rey Agrippa, á quien fuiste entregado para que de ti hiciese justicia, no te perdonara por ruegos de Berenice, su hermana; pero detúvete gran tiempo en la cárcel.

Y aun las cosas que después hiciste en la República declaran bien lo demás de tu vida, y cómo fuiste causa de que los de tu ciudad se rebelasen contra los Romanos, lo cual probaremos de aquí á poco con argumentos y razones muy claras. Ahora tengo también que acusar por tu causa á los otros tiberienses, y mostrar al lector que ni á los Romanos ni al Rey habéis sido leales amigos.

Las mayores ciudades de los Galileos, oh Justo, son Seforis y Tiberiades, que es tu tierra; más los Seforitas, que tienen su asiento en mitad de la región, y tienen alrededor de sí muchas villas pequeñas, porque habían determinado guardar á sus señores lealtad, me echaron fuera á mí, y por edicto vedaron que ninguno de los de su ciudad osase servir á los Judios en la guerra, y para que de mí tuviesen menos peligro, por engaños me sacaron que cercase su ciudad de muros, y después que fueron acabados, recibieron por su voluntad la guarnición que les puso Cestio Galo, que entonces gobernaba la Siria, menospreciándome, porque mi potencia atemorizaba á las otras gentes, los mismos que cuando el cerco sobre Jerusalén y el templo común á toda nuestra nación estaba en peligro, no enviaron socorro porque no pareciese que tomaban armas contra los Romanos; pero tu tierra, oh Justo, que está junto al lago de Genezareth, á treinta estadios de Hippo, sesenta de Gadara y ciento veinte de Scitópolis, villas del señorío del Rey, y no tiene vecindad con ninguna de las ciudades de los Judios, si quisiera, fácilmente pudiera guardar lealtad á los Romanos, porque así públicas, como particulares, tenais abundancia de armas; y si yo entonces tuve la culpa, como tú, Justo, dices, ¿quién la tuvo después? Porque tú sabes que antes que la ciudad de Jerusalén fuese tomada, vine yo á poder de los Romanos, y se tomaron por fuerza Jotapata y otras muchas villas muy fuertes, y fueron muertos muchos de los Galileos en diversas batallas. Entonces, pues, deberiais vosotros, ya que estabais seguros de mí, dejar las armas y llegaros al Rey y á los Romanos, pues decís que no tomasteis aquella guerra por vuestra voluntad, sino por fuerza; mas vosotros esperasteis hasta que Vespasiano

llegase á vuestros muros con todas sus gentes, y entonces al fin, cuando no pudisteis más, dejasteis las armas por miedo del peligro, y aun se tomara por fuerza de armas vuestra ciudad, si el Rey, dando vuestra necesidad por disculpa, no os alcanzara perdón de Vespasiano.

No es, pues, la culpa mía, sino de vosotros, que tuvisteis los ánimos y voluntad de enemigos, y quisisteis la guerra ¿Cómo no os acordáis cuántas veces alcancé de vosotros victoria y no maté á ninguno? Y vosotros, teniendo entre vosotros discordias, no por favorecer al Rey ó á los Romanos, sino por vuestra malicia, matasteis ciento ochenta y cinco ciudadanos en el tiempo que los Romanos me hacian guerra en Jotapata: ¿por qué en el cerco de Jerusalén se hallaron por cuenta dos mil tiberienses, que unos de ellos murieron, y otros quedaron vivos en cautiverio?

Dirás que tú no fuiste enemigo, porque entonces te acogiste al Rey; digo que esto hiciste de miedo á mi; dices que soy mal hombre; lo eres tú, á quien el rey Agripa perdonó la muerte, después de haberte condenado á ella Vespasiano, y habiéndote soltado por muchos dineros que le diste, otra vez y otra te echó en prisiones, y te desterró otras tantas veces, y llevándote ya una vez á hacer justicia de ti, por su orden te mandó traer por ruegos de su hermana Berenice. Y después, como te diese cargo de escribir sus cartas, te sorprendió muchas veces en traición, y como halló que tampoco tratabas esto con lealtad, te mandó que no parecieses delante de él; pero no quiero entrar más adentro en esto.

Por otra parte, maravillome de tu desvergüenza al afirmar que trataste tú esta historia mejor que cuantos la escribieron, no sabiendo aún lo que en Galilea pasó, porque estabas tú en aquella sazón con el Rey en Berito,

ni tampoco supiste lo del combate de Jotapata, ni pudiste saber cómo me hube yo cuando estuve cercado, porque ninguno quedó vivo que te lo pudiese contar. Mas por ventura dirás que escribiste cumplidamente lo que pasó en el cerco de Jerusalén; ¿y cómo lo pudiste hacer, pues que tampoco te hallaste en aquella guerra, ni leiste los *Comentarios* de Vespasiano? Y deduzco que no los leiste, porque escribes lo contrario.

Y si confías haber tú escrito mejor que todos, ¿por qué no sacaste á luz tu historia en vida de Vespasiano y Tito, con cuyo favor y ayuda aquella guerra se hizo, y antes que muriese Agripa y sus parientes, varones muy sabios en las letras griegas? Porque veinte años antes la tenías escrita, y pudieran ser tus testigos los que la sabían: ahora que ellos son muertos, y ves que no hay quien te saque la mentira á la cara, te atreviste á publicar tu libro; pero yo no lo hice así, ni tuve recelo de mis escritos, sino di mi obra á los mismos Emperadores cuando aquella guerra estaba aún reciente en los ojos de los hombres, porque tenía certeza que había escrito verdad en todo, de donde alcancé el testimonio que esperaba, y aun comuniqué luego con otros muchos la historia, de los cuales algunos se habían hallado en la guerra como el rey Agripa y sus deudos y el mismo Emperador.

Tito tuvo tanta voluntad de que de solos aquellos libros procurasen los hombres saber lo que en aquellas cosas había pasado, que firmándolos de su propia mano, mandó que se pusiesen en la librería pública, y el rey Agripa me escribió setenta y dos cartas, en que daba testimonio de la verdad de mi historia, de las cuales pongo aquí dos para que puedas tú de ellas saberlo:

1.^a *El rey Agripa á su muy querido Josefo desea salud. Leí tu libro de muy buena voluntad, en el cual me*

pareces haber escrito estas cosas con mayor diligencia que otro alguno, por lo cual enviarme has lo demás. Dios sea contigo, etc.

2.^a El rey Agripa á Josefo su carísimo, desea salud. Por tus escritos me parece que no has menester que yo te avise de nada; pero cuando nos viéremos dé mí á ti, te avisaré de algunas cosas que no sabes, etc.

De esta manera fué testigo él de la verdad de mi historia cuando estuvo acabada, no por lisonjear, porque no era honesto para él; ni tampoco por hacer burla, como tú por ventura dirás, porque fué muy ajeno á este vicio, sino solamente para que por su testimonio tuviese el lector por encomendada la verdad de lo que yo escribí. Baste esto para en lo que fué necesario decir contra Justo.

Después que dí orden en las cosas de los Tiberienses, que andaban revueltas, lice juntar mis amigos para consultar lo que se debía hacer con Juan, y pareció bien á todos que hiciese armar toda la gente de Galilea, y le hiciese guerra, y le castigase como autor y causa del alboroto; pero yo no tuve este parecer por bueno, porque mi voluntad era dar fin á aquellos alborotos sin muertes, por lo cual les mandé que pusiesen toda diligencia en saber los nombres de los que eran del bando de Juan. Lo cual hecho, y sabido quiénes eran estos hombres, propuse un edicto en que daba mi palabra á todos los de aquel bando de recibirlos por amigos, con tal que no favoreciesen más á Juan, y puse término de veinte días para si quisiesen mirar por lo que á ellos y á sus cosas cumplía; en otro caso, si porfiaban en querer tomar armas, amenazáales que pondría fuego á sus casas y daría sus haciendas á saco: ellos, con gran miedo, oídas estas cosas, desampararon á Juan, y viniéronse á mí sin armas cuatro mil por cuenta; quedaron con él solos los de su ciudad, y

mil quinientos de Tiro que tenía á sueldo, y él, como se halló vencido con esto, estúvose en adelante encerrado de miedo en su tierra.

En este mismo tiempo los Seforitas se atrevieron á ponerse en armas, confiando en la fortaleza de sus muros y porque me veían ocupado en otras cosas: así que enviaron á Cestio Galo, que era entonces Presidente de Siria, á rogarle que, ó se metiese presto en la ciudad, ó á lo menos enviase allá gente de guarnición. Galo les prometió que él vendría, pero no les señaló en qué tiempo: yo, cuando lo supe, dí con mis gentes sobre ellos, y tomé por armas la ciudad con fuerte ánimo. Los Galileos, viendo esta ocasión entre manos, y pareciéndoles que era ahora tiempo de ejecutar á su placer los odios que contra los Seforitas tenían, parecía que habían de asolar hasta los cimientos, así la ciudad como los ciudadanos, y como arremetiesen, pusieron fuego en las casas vacías, porque la gente, de miedo, se había recogido á la fortaleza; pero saqueaban todo lo que hallaban, y ninguna templanza tenían en robar las haciendas de los hombres de su linaje. Viendo esto, y doliéndome mucho, les mandé que cesasen, y amonesté que no era lícito tratar de aquella suerte á los que eran de su misma nación. Después que ni con ruegos ni con amenazas los pude refrenar, porque pesaba más la enemistad, mandé á ciertos amigos, de quien más me fiaba, que echasen fama que por otra parte había entrado un grande ejército de los Romanos; hice esto para que, atajando de esta manera el impetu que traían los Galileos, guardase la ciudad de los Seforitas, y sucedió bien este ardid, porque, espantados con tal nueva, dejada la presa, miraban por todas partes por dónde huirían, mayormente porque me veían á mí, que era el capitán, hacer lo mismo, porque para confirmar el rumor, fingía

yo que también temía; de esta manera, con mi astucia, libré á los Seforitas cuando ninguna esperanza tenían.

Y aun Tiberiades faltó muy poco que no fué saqueada por esta causa que diré: ciertos senadores, los más principales, escribieron al Rey rogándole que viniese y tomase la ciudad; respondió él que vendría á los pocos días, y dió á un su camarero, judío de linaje, llamado Crispo, unas cartas para que las llevase á los Tiberienses. Conociendo á éste los Galileos en el camino, lo prendieron y me lo trajeron; luego que se supo esto, la muchedumbre echó mano á las armas, y otro día después, acudiendo muchos de todas partes, vinieron á Asochim, donde yo en aquella sazón había venido, dando voces que eran traidores los de Tiberiades y aliados del Rey, y pedíanme que los dejase ir allá, que ellos derribarían la ciudad por los cimientos; y sin esto aborrecían tanto á los Tiberienses como á los de Seforis.

Yo entretanto no sabía qué remedio tener para librar aquella ciudad de la ira de los Galileos, porque no podía negar cómo ellos escribieron al Rey que viniese, pues que la respuesta del Rey estaba á la clara contra ellos: así que, después que estuve pensando entre mi grande rato sin hablar, dije: «Yo también confieso que los Tiberienses han pecado; no os quiero ir á la mano, porque no los metáis á saco; pero mirad que semejantes cosas débense hacer con juicio, porque no sólo los Tiberienses son traidores contra nuestra libertad, sino también muchos de los más nobles de Galilea: hase de esperar hasta que halle por pesquisa quiénes son los culpados, y entonces podréis tratarlos á todos como merecen.» Con esto que dije, persuadí á la muchedumbre, y luego se fueron apaciguados: después que eché en prisiones aquel mensajero del Rey, á los pocos días, fingiendo que tenía ne-

cesidad de hacer cierto camino, lo hice llamar en secreto, y le avisé que emborrachase al soldado que lo guardaba, y que de esta manera huyese al Rey. Tiberiades, que ya otra vez había llegado á peligro de perderse, la libré con mi astucia.

En el mismo tiempo Justo, hijo de Pisto, se fué al Rey huyendo sin que yo lo supiese, y la causa por qué huyó fué ésta: al principio, cuando se levantó la guerra de los Judíos, los de Tiberiades habían determinado obedecer al Rey, y no por eso rebelarse contra los Romanos, y Justo alcanzó de ellos que tomasen armas, porque tenía esperanza que, andando las cosas revueltas, él se alzaría con su tierra; pero no logró lo que deseaba, porque los Galileos, con el odio que tenían á los Tiberienses por lo que les habían hecho pasar antes de la guerra, no querían que Justo tuviese la gobernación, y como me enviasen los de Jerusalén en su lugar, muchas veces me encendía tanto en ira, que poco faltó para que lo matara, no pudiendo sufrir la malvada condición de Justo. Él, pues temiendo que mi enojo al fin parase en quitarle la vida, fuese al Rey con esperanza que allí podía vivir más á su placer y más seguro.

Los Seforitas, viéndose fuera del primer peligro, lo cual no pensaron, enviaron otra vez á Ceatio Galo á rogarle que viniese presto á tomar la ciudad, ó enviase alguna compañía de soldados que se pusiesen contra los enemigos para que no les corriesen los campos, y no pararon hasta que envió muchos de á caballo y de á pie, los cuales los recibieron de noche: después, porque el ejército de los Romanos había talado los campos alrededor comarcanos, junté mi gente, y vine á Gartsima, donde asentado mi real veinte estadios de Seforis, venida la noche, di sobre los muros, y como subiesen con escalas

sobre ellos muchos soldados, hube en mi poder buena parte de la ciudad; unas á poco nos fué forzado irnos por no saber la tierra, y dejamos muertos de los Romanos doce hombres de á pie y dos de á caballo, y algunos pocos de los Seforitas, y de nosotros no murió más que uno: poco después trabamos batalla en un llano con los de á caballo, y aunque nos defendimos gran rato fuertemente, fuimos al fin desbaratados porque me saltaron los Romanos, y los míos, atemorizados con tal caso, volvieron las espaldas. En aquella pelea murió Justo, uno de los de mi guarda, que antes había sido de la guarda del Rey; por el mismo tiempo había venido el ejército del Rey, así de á caballo como de á pie, y por capitán Sila, capitán de la guarda del Rey: éste, habiendo hecho fuerte su real á cinco estadios de Juliada, repartió por los caminos las estancias de su gente en el camino de Caná y en el que va á Gamala, para quitar que les fuesen vitualas á los que moraban en aquellos lugares.

Cuando yo oí esto, envié allá dos mil soldados, y á Jeremias por capitán de ellos, los cuales, puesto su real cerca del río Jordán, un estadio de Juliada, no hicieron más que ciertas escaramuzas, hasta que yo fui á ellos con tres mil soldados: el día siguiente puse primero una celada en un valle cerca del real de los enemigos, y después los desafié á la batalla, habiendo mandado á los míos que haciendo que huían, como fuesen los contrarios tras ellos, los llevasen al lugar donde estaba la celada, lo cual fué así hecho, porque Sila, pensando que los nuestros huían cuanto podían, corrió en pos de ellos hasta que tuvo á las espaldas la gente que estaba puesta en celada, lo cual puso mucho temor en su gente. Entonces yo, volviendo con mucha presteza, di en los del Rey, é hícelos huir, y ganara aquel día una señalada victoria, si cierta mala

dicha no tuviera envidia de lo que yo tenía en pensamiento, porque llegando el caballo en que yo peleaba á un cenagal, cayó conmigo en él, de la cual caída se me molieron los artejos de la mano, y así me llevaron á la villa de Cefarnoma: cuando los míos oyeron esto, dejaron el alcance de los enemigos, porque les dió mucha congoja me aconteciese algún mal. Haciendo, pues, llevar médicos, y curada la mano, quedéme allí aquel día, porque también me dió calentura; de allí, por parecer de los médicos, me llevaron de noche á Taricheas.

Cuando Sila y los del Rey lo supieron, tornaron á cobrar ánimo, y porque habían oído que en la guarda del real no se ponía mucha diligencia, poniendo de noche á la otra parte del Jordán una compañía de á caballo en celada, en amaneciendo desafiaron á los míos á que saliesen á pelear, los cuales no lo rehusaron, y salidos á un llano, como salieron de la celada los de á caballo, y revolviéron los escuadrones de los míos, los hicieron huir. Muertos sólo seis de los míos, dejaron la victoria sin llevarla al cabo, porque oyendo que cierta gente de guerra había venido por el lago de Taricheas á Juliada, de miedo tocaron á que se recogiesen.

No mucho después vino á Tiro Vespasiano acompañado del rey Agripa, donde se levantó grande grito del pueblo contra el Rey, diciendo que era enemigo suyo y de los Romanos; porque Filippo, capitán de su gente de guerra, había vendido por traición el Palacio Real de Jerusalén y la gente de guarnición de los Romanos que en él estaba, y que esto se había hecho por mandado del mismo Rey; pero Vespasiano después de haber reprendido la desvergüenza de los de Tiro, porque afrentaban á un Rey y amigo de los Romanos, aconsejó al mismo Rey que enviase á Filippo á Roma á que diese cuenta de

lo que había pasado; mas Filipo no pareció delante de Nerón, porque como lo hallase en muy grande trabajo y en peligro de perderse por las guerras civiles, volvióse al Rey. Después que Vespasiano llegó á Ptolemaida, los principales de Decapolis con grandes clamores acuaban á Justo que había puesto fuego á sus aldeas, por lo cual él la entregó al Rey para que pagase lo que debía á sus súbditos, y el Rey, sin que el Emperador lo supiese, lo echó en prisiones, como ya dijimos antes. Entonces los de Seforis salieron á recibir á Vespasiano, y lo saludaron, y él los dió gente de guarnición, y por capitán de ella á Plácido, con los cuales tuve que hacer hasta que el mismo Emperador vino á Galilea; de cuya venida, y cómo después de la primera batalla que tuve junto á Tarichea, me recogí á Jotapata, y allí al fin fui preso y llevado cautivo después de largo combate, y cómo fui suelto, y las cosas que hice mientras duró la guerra de los Judíos, todas las trato en los libros que de aquella guerra tengo escritos: ahora me parece contar ciertas cosas que en aquellos libros no dije, solamente las que tocan á mi vida.

Tomada Jotapata, y venido yo á poder de los Romanos, guardábanme con muy grande diligencia; pero hacíame buen tratamiento Vespasiano, por cuyo mandamiento me casé con una doncella también cautiva, natural de Cesárea; ésta no hizo mucho tiempo vida conmigo, mas después de yo suelto, y andando yo en compañía del Emperador, se fué á Alejandría; entonces me casé con otra mujer de Alejandría, y de allí me enviaron con Tito á Jerusalén, donde muchas veces estuve en peligro de muerte, porque los Judíos procuraban en gran manera cogermé para matarme, y por otra parte los Romanos, cada vez que les acontecía algún desbarato, echá-

banlo á que yo les vendia, y nunca cesaban de dar voces al capitán que quitase del mundo á quien les hacia traición; pero Tito, como hombre que sabia las vueltas de la guerra, disimulaba en silencio las importunas voces de los soldados; después, cuando la ciudad fué tomada por fuerza de armas, muchas veces me requirió que del saco de mi tierra tomase todo lo que quisiese, que él me daba licencia; pero yo, ya que mi tierra era assolada, no tuve otro mayor consuelo en mis desventuras que el pedir las personas libres, las cuales, juntamente con los libros sagrados, me concedió el Emperador de buena voluntad.

No mucho después, por mis ruegos me hizo también merced de un mi hermano y cincuenta amigos, y aun entrando por su consentimiento en el templo, como hallase allí metida muchedumbre grande de mujeres y muchachos, á cuantos hallé que eran de mis amigos y familiares, á todos los libré, que fueron casi ciento cincuenta, á los cuales dejé en su libertad, sin que me diesen nada por su rescate.

Después me envió Tito con Cereal y mil de á caballo á una aldea que se dice Tecoa, á mirar si el lugar era aparejado para que estuviese el real, y vuelto de allí, como viese muchos de los cautivos puestos en cruces, y entre ellos conociese tres que en otro tiempo fueron mis familiares, dolióme mucho, y llegándome á Tito, con lágrimas se lo dije, el cual mandó luego que los quitasen de allí y los curasen con muy gran diligencia; dos de éstos murieron entre las manos de los médicos, y el otro vivió.

Después, concertadas las cosas de Judea, creyendo Tito que en una heredad que yo tenia cerca de Jerusalén me habian de hacer daño los soldados romanos que

habían de quedar allí para guarda de la religión, dióme otras posesiones en los campos, y cuando volvió á Roma, por hacerme honra me llevó en la nao que él iba, y como llegamos á la ciudad, hizome Vespasiano muchas mercedes, porque después de haberme dado privilegio de ciudadano, me mandó morar en las casas en que él, antes que fuese emperador, había morado, y me dió rentas anuales, y nunca dejó de hacerme mercedes mientras vivió, lo cual fué peligroso para mí por la envidia de mi gente, porque un cierto judío, por nombre Jonatás, levantando un alboroto en Cirene, y recogidos dos mil de los naturales, á todos les acarreó desastrado fin, y él, preso por el Gobernador de aquella provincia, y enviado al Emperador, decía que yo le había servido con armas y dineros para ello; pero no engañó á Vespasiano con sus mentiras, mas siendo condenado, pagó con pena de la cabeza.

Después de esto, me buscaron envidiosos otras calumnias, pero de todas me escapé por providencia divina; demás de esto, me hizo merced Vespasiano en Judea de una heredad muy grande, en el cual tiempo dejé á mi mujer, porque me aborrecieron sus malas costumbres, aunque había ya habido en ella tres hijos, de los cuales son ya muertos los dos, y sólo Hircano me queda vivo. Después de ésta, me casé con otra mujer de Creta, judía de linaje, nacida de padres de los más nobles de su tierra y de muy buenas costumbres, como hallé haciendo vida con ella; de ésta me nacieron dos hijos, Justo, el mayor, y después de él Simonides, por sobrenombre Agripa: esto es lo que me aconteció con los de mi casa; desde aquí me tuvieron buena voluntad todos los emperadores, porque después que Vespasiano murió, Tito, su sucesor, me tuvo siempre en la misma honra que su pa-

dre, y nunca jamás dió crédito á ningunas acusaciones contra mí; Domiciano, que sucedió despnes de éste, me hizo muy mayores honras, porque castigó con muerte á ciertos judíos que me acusaban, y mandó castigar á un eunuco, mi esclavo, ayo de mi hijo, porque me andaba calumniando, y concedióme franqueza de las posesiones que tengo en Judea, lo cual tuve yo por la mayor honra de cuantas me hizo, y Domicia, mujer del Emperador, nunca cesó de hacerme bien. Estas son las cosas que me pasaron en toda mi vida, por las cuales puede juzgar quien quisiere mis costumbres; ofreciéndote, buen Eparfrodito, todo el contexto de las antigüedades, acabo con esto aquí de escribir.

GUERRAS DE LOS JUDÍOS.

LIBRO PRIMERO.

I.

En el cual se trata de la destrucción de Jerusalén,
hecha por Antioco.

Estando discordes entre sí los principes de los Judios en el tiempo que Antioco, llamado Epifanes, contendía con Ptolemeo el Sexto sobre el Imperio de Siria, que tanto codiciaba, cuya discordia era sobre el señorío, porque cada cual de ellos, siendo honrado y poderoso, tenía por cosa grave sufrir sujeción de sus semejantes; Onías, uno de los pontifices, prevaleciendo sobre los otros, echó de la ciudad á los hijos de Tóbías. Éstos entonces vinieron á Antioco, suplicándole muy humildes armase ejército contra Judea, que ellos lo guiarían. Y por estar el Rey de sí muy deseoso de este negocio, fácilmente consintió con lo que ellos suplicaban. De manera que con mucha gente de guerra salió á seguir la empresa; y después de haber combatido la ciudad con gran fuerza, la tomó, y mató muchedumbre de los amigos de Ptolemeo; y dando licencia á los suyos para saquear la ciudad, él mismo robó todo el templo, y prohi-

hió por tiempo de tres años y seis meses la continuación de la religión cotidiana.

El pontífice Onías se fué huyendo á Ptolemeo, y alcanzando de él un solar en la región heliopolitana, fundó allí un pueblo muy semejante al de Jerusalén, y edificó un templo. De las cuales cosas, con más oportunidad haremos mención á su tiempo.

Pero no se contentó Antioco con haber tomado la ciudad, sin que tal confiase, ni con haberla destruido, ni con tantas muertes; antes, desenfrenado en sus vicios, acordándose de lo que había sufrido en el cerco de Jerusalén, comenzó á constreñir á los Judíos, que desechada la costumbre de la patria, no circuncidasen sus niños, y que sacrificasen puercos sobre el ara: á las cuales cosas todos contradecian y los que se mostraban buenos en defender esta causa, eran por ello muertos. Hecho capitán Bachides de la guarnición de la ciudad, por Antioco, obedeciendo á todo lo que le habia mandado, según su natural crueldad, toda maldad excedió, azotando uno á uno á todos los varones dignos de honra, representándoles cada día y poniéndoles delante de los ojos la presa de la ciudad en tanta manera, que por la crueldad de los daños que recibían fueron todos movidos á vengarse. Finalmente, Matatías, hijo de Asamoneo, uno de los sacerdotes del lugar nombrado Modin, con la gente de su casa (porque tenia cinco hijos) se puso en armas y mató á Bachides, y temiendo á la gente que estaba en guarnición, huyóse hacia los montes. Pero descendió con gran esperanza, habiéndosele juntado muchos del pueblo, y peleando, venció los capitanes de Antioco, y los echó de todos los términos de Judea.

Hecho señor, y el más poderoso, con el próspero suceso, con voluntad de todos los suyos, porque los había

librado de los extranjeros, murió, dejando por príncipe y señor á Judas, que era su hijo mayor.

Éste, pensando que Antioco no había de sufrir aquello, juntó ejército de gente suya natural, y fué el primero que hizo amistad con los Romanos, é hizo recoger con gran pérdida á Antioco Epifanes, el cual otra vez se entraba por Judea. Y siendo aún nueva y reciente esta victoria, vino contra la guarnición de Jerusalén, porque no la había aún echado ni muerto; y habiendo peleado con ellos, los forzó á bajar de la parte alta de la ciudad, que se llama Sagrada, á la baja; y habiéndose apoderado del templo, limpió todo aquel lugar, cercólo de muro, y puso vasos para el servicio y culto divino, los cuales procuró que se hiciesen nuevos, como que los que solían estar antes estuviesen ya profanados; edificó otra ara y dió comienzo á su religión.

Apenas había cobrado la ciudad el rito y ceremonias suyas sagradas, cuando Antioco murió. Quedó por heredero de su reino, y aun del odio contra los Judíos, su hijo, llamado también Antioco. Por lo cual, juntando cincuenta mil hombres de á pie, y casi cinco mil de á caballo, y ochenta elefantes, vino á los montes de Judea, acometiendo por diversas partes, y tomó un lugar llamado Betsura.

Salióle al encuentro Judas con su gente en un lugar llamado Betzacharia, cuya entrada era difícil; y antes que los escuadrones se trabasen, su hermano Eleazaro, habiendo visto un elefante mayor que los otros, el cual traía una gran torre muy adornada de oro, pensando que venía allí Antioco, salió corriendo de entre los suyos, y rompiendo por medio de sus enemigos, llegó al elefante, pero no pudo alcanzar aquel que pensaba él ser el Rey, porque venía muy alto, é hirió la bestia en el

vientre; derribóla sobre él mismo, y murió hecho pedazos, sin hacer otra cosa sino que, habiendo emprendido y cometido una cosa digna de gran nombre, tuvo en más la gloria que su propia vida. Pero el que regía el elefante era un hombre privado y particular: y aunque en aquel caso se hallara Antioco, no le aprovechara á Eleazaro su atrevimiento, sino haber tenido en poco la muerte por la esperanza de una hazaña tan memorable.

Esto fué á su hermano manifiesta señal y declaración de los sucesos de toda la guerra, porque pelearon los Judíos mucho tiempo y muy valerosamente; pero fueron finalmente vencidos por los del Rey, siéndoles fortuna muy próspera, y excediéndolos también en el número y muchedumbre: y muertos muchos de los Judíos, Judas, con los demás, huyó á la comarca llamada Gnofnítica. Partiendo Antioco de allí para Jerusalén, y habiéndose detenido algunos días, retiróse por la falta de los mantenimientos, dejando de guarnición la gente que le pareció que bastaba, y llevóse los demás á alojar y pasar el invierno en Siria.

Cuando el Rey partió, no reposó Judas; antes, animado con los muchos que de su gente se le llegaban, y juntando aquellos que le habian sobrado de la guerra pasada, fué á pelear con los capitanes de Antioco en un lugar llamado Adasa; y haciéndose conocer en la batalla matando á muchos de sus enemigos, fué muerto. Dentro de pocos días fué también muerto su hermano Juan, preso por asechanzas de aquellos que eran parciales de Antioco y le favorecian.

II.

De los príncipes que sucedieron desde Jonatás hasta Aristóbulo.

Habiéndole sucedido su hermano Jonatás, rigiéndose más proveída y cuerdamente en todo lo que pertenecía á sus naturales, trabajando por fortificar su potencia con la amistad de los Romanos, ganó también amistad con el hijo de Antioco; pero no le aprovecharon todas estas cosas para excusar el peligro. Porque Trifón, tirano, tutor del hijo de Antioco, acechándole y trabajando por quitarlo de todas aquellas amistades, prendió engañosamente á Jonatás, habiendo venido á Ptolomayda con poca gente para hablar con Antioco, y deteniéndole muy atado, levantó su ejército contra Judea. Siendo echado de allá y vencido por Simón, hermano de Jonatás, muy airado por esto, mató á Jonatás.

Ocupándose Simón en regir valerosamente todas las cosas, tomó á Zara, á Jope y á Jamnia. Y venciendo las guarniciones, derribó y puso por el suelo á Acarón, y socorrió á Antioco contra Trifón, el cual estaba en el cerco de Dora, antes que fuese contra los Medos.

Pero no pudo con esto hartar la codicia del Rey, aunque le hubiese también ayudado á matar á Trifón. Porque no mucho después Antioco envió un capitán de los suyos, Oendebeo por nombre, con ejército, para que destruyese á Judea y pusiese en servidumbre y cautivase á Simón. Pero éste, que administraba las cosas de la guerra, aunque era viejo, con ardor de mancebo, envió delante á sus hijos con los más valientes y esforzados; y él, acompañado con parte del pueblo, acometió por el

otro lado; y teniendo puestas muchas espías y celadas por muchos lugares de los montes, los venció en toda parte. Alcanzando una victoria muy excelente y muy nombrada, fué hecho y declarado pontífice, y libertó los Judios de la sujeción y señorío de los de Macedonia, en la cual habian estado doscientos setenta años. Éste finalmente, murió en un convite, preso por asechanzas de Ptolemeo, su yerno, el cual puso en guardas á su mujer y á dos hijos suyos, y envió ciertos hombres de los suyos para que matasen á Juan tercero, que por otro nombre fué llamado Hircano.

Entendiendo lo que se trataba y cuanto se determinaba, el mozo vino con gran priesa á la ciudad confiado en mucha parte del pueblo, acordándose de la virtud y memoria de su padre, y porque también la maldad de Ptolemeo era aborrecida de todos. Ptolemeo quiso por la otra puerta entrar en la ciudad, pero fué echado por todo el pueblo, el cual antes había ya recibido á mejor tiempo á Hircano. Y luego partió de allí á un castillo llamado Dagón, que estaba de la otra parte de Jericunta.

Habiendo, pues, Hircano alcanzado la honra y dignidad de pontífice, la cual solía poseer su padre después de haber hecho sacrificios á Dios, salió con diligencia contra Ptolemeo, por socorrer á su madre y á sus propios hermanos; y combatiendo el castillo, era vencedor de todo, y vencíalo á él justamente el dolor solo. Porque Ptolemeo, cuando era apretado, sacaba la madre de Hircano y sus hermanos en la parte más alta del muro, porque pudiesen ser vistos por todos, y los azotaba, amenazando que los echaría de allí abajo si en la misma hora no se retiraba. Este caso movía á Hircano á misericordia y temor, más que á ira ni saña. Pero su madre, no

desanimada por las llagas y muerte que le amenazaba, ni amedrentada tampoco, alzando las manos rogaba á su hijo que, movido por las injurias que ella padecía, no perdonase al impío Ptolemeo, porque ella tenia en más la muerte con que Ptolemeo le amenazaba, y la preciaba mucho más que no la vida é inmortalidad, con tal que él pagase la pena que debía por la impía crueldad que habia hecho contra su casa, contra toda razón y derecho. Viendo Juan á su madre tan pertinaz en esto, y obedeciendo á lo que ella le rogaba, una vez era movido á combatirlo, y otra perdía el ánimo, viendo los azotes que padecía; y como la rompian en partes, sentia mucho este dolor. Alargando en esto muchos días el cerco, vino el año de la fiesta, la cual suelen los Judíos celebrar muy solemnemente cada siete años, por ejemplo del séptimo día, cesando en toda obra; y alcanzando con esto Ptolemeo reposo de su cerco, habiendo muerto á los hermanos de Juan y á la madre, huyó á Zenón, llamado Cotilas por sobrenombre, tirano de Filadelfia.

Enojado Antioco por las cosas que habia sufrido de Simón, juntó ejército y vino contra Judea; y llegándose á Jerusalén, cercó á Hircano. Éste, habiendo abierto el sepulcro de David, que habia sido el más rico de todos los reyes, y sacado de allí más de tres mil talentos en dinero, persuadió á Antioco, después de haberle dado trescientos talentos, que dejase el cerco, y fué el primer Judío que tuvo gente extranjera á sueldo dentro de la ciudad á costa suya. Y alcanzado tiempo para vengarse, dándosele Antioco ocupado en la guerra de los Medos, luego se levantó contra las ciudades vecinas de Siria, pensando que no habria gente que las defendiese, lo cual fué así: Tomó á Medaba y á Samea con los lugares de allí cercanos; á Sichima y Garizo, y demás de éstos, tan-

bién á la gente de los Cluteos, que vivian en los lugares comarcanos de allí, cerca de aquel templo que había sido edificado á semejanza del de Jerusalén. Tomó otras muchas ciudades de Idumca, y á Doreón y Marifa. Después pasando hasta Samaria, donde está ahora fundada por el rey Herodes la ciudad de Sebaste, encerróla por todas partes é hizo capitanes de la gente que quedaba en el cerco á sus dos hijos Aristóbulo y Antígono. Los cuales, no faltando en algo, los que estaban dentro de la ciudad vinieron en tan grande hambre, que eran forzados á comer la carne que nunca habían acostumbrado. Llamaron, pues, para esto que les ayudase á Antioco, llamado por sobrenombre Espondio, el cual, mostrándose obedecerles con voluntad muy pronta, fué vencido por Aristóbulo y por Antígono y huyó hasta Scitópolis, persiguiéndole siempre los dos hermanos dichos, los cuales, volviéndose después á Samaria, encierran otra vez la muchedumbre de gente dentro del muro, y ganando la ciudad la destruyeron y desolaron, llevándose presos todos los que allí dentro moraban. Sucediéndoles las cosas de esta manera prósperamente, no permitían ni consentían que aquella alegría se resfriase; antes, pasando adelante con el ejército hasta Scitópolis, la tomaron y partiéronse todos los campos y tierras que estaban dentro de Carmelo.

III.

Que trata de los hechos de Aristóbulo, Antígono, Judas, Eseo, Alejandro, Teodoro y Demetrio.

La envidia de las hazafias y sucesos prósperos de Juan y de sus hijos movió los Gentiles á discordia y sedición, y juntándose muchos contra ellos nó reposaron hasta que

todos fueron vencidos en guerra pública. Viviendo, pues, todo el otro tiempo Juan muy prósperamente y habiendo administrado y regido muy bien todo el gobierno de las cosas por espacio de treinta y tres años, dejando cinco hijos, murió. Varón ciertamente bienaventurado, el cual no había dado ocasión alguna por la cual alguno se pudiese quejar de la fortuna. Tenía tres cosas principalmente él solo, porque era príncipe de los Judíos, pontífice, y además de esto profeta, con quien Dios hablaba de tal manera, que nunca ignoraba algo de lo que había de acontecer.

También supo y profetizó cómo sus dos hijos mayores no habían de quedar señores de sus cosas, los cuales qué fin hayan tenido en la vida, pienso que no será cosa indigna de contarle ni de oírlo, y cuán lejos hayan estado de la prosperidad y dicha de su padre. Porque Aristóbulo, que era el hijo mayor, luego que su padre fué muerto, transfiriendo su señorío en reino, fué el primero que se puso corona de rey cuatrocientos ochenta y un años y tres meses después que el pueblo de los Judíos había venido en la posesión de aquellas tierras libradas de la servidumbre y cautividad de Babilonia.

Honraba á su hermano Antígono, que era en la sucesión segundo, porque mostraba amarlo con igual honra, pero puso á los otros hermanos en cárcel muy atados y con guardas; encarceló también á su madre por haberle resistido en algo en el señorío, porque Juan la había dejado por señora de todo el gobierno, y fué tan cruel con ella, que teniéndola atada y en cárcel, la dejó morir de hambre. Pagó todos estos hechos y maldades con la muerte de su hermano Antígono, á quien él amaba mucho y á quien había hecho partícipe en su reino, porque también lo mató con acusaciones falsas que le fingieron

los revolvedores del reino. Al principio Aristóbulo no creía lo que le decían, porque tenía en mucho á su hermano, y también porque pensaba ser lo más de lo que le decían falso y fingido por la envidia que le tenían. Pero siendo Antígono vuelto de la guerra con muy buen nombre en los días de las fiestas que ellos, según costumbre de la patria, celebraban á Dios puestos los tabernáculos, sucedió en el mismo tiempo que Aristóbulo cayó enfermo, y Antígono, al fin de las fiestas y solemnidades, acompañado de hombres armados vino con gran deseo á hacer oración al templo, y subió más honrado de lo que subiera por honra de su hermano; y entonces, viniendo acusadores llenos de toda maldad delante del Rey, alegaban y reprendían la pompa de las armas, y la arrogancia y la soberbia de Antígono, como mayor de lo que convenia, diciendo haber venido allí con multitud de gente de armas para matarlo: porque pudiendo él ser rey, claro estaba que no se habia de contentar con la honra que su hermano procuraba que el reino le hiciese.

Crejó poco á poco estas cosas Aristóbulo, aunque forzado, y por no demostrar sospecha de alguna cosa, queriendo guardarse de lo que le era incierto, y proveerse mirándolo todo, mandó pasar la gente de su guarda á un lugar obscuro y como sótano; y él que estaba enfermo en el castillo llamado antes Baro, el cual después fué llamado Antoma, mandóles que si viniese desarmado, no le hiciesen algo, y si Antígono viniese con armas, lo matasen. Además de esto, envió gente que avisase á Antígono y le mandase venir sin armas.

Para todas estas cosas la Reina tomó consejo astuto con los que estaban en asechanza y en celada: porque persuadió á los que el Rey enviaba, que callasen lo que el Rey les había mandado, y que dijesen á Antígono que

su hermano había oído cómo se había hecho muy lindas armas y lindo aparejo de guerra en Galilea, las cuales no había podido ver particularmente á su voluntad, impedido con su enfermedad, y que ahora lo querría con toda voluntad ver armado, principalmente sabiendo que había de partir é irse á otra parte.

Oídas estas cosas, Antígono, no pudiendo pensar mal, por el amor y afición que le tenía su hermano, venía apriesa armado con todas sus armas por mostrarse. Pero cuando llegó á un paso obscuro, que se llamaba la torre de Estratón, fué muerto por los de la guarda: y dió cierto y manifiesto documento, que toda benevolencia y derecho de naturaleza es vencido con las acriminaciones y envidias calumniosas; y que ninguna buena afición vale tanto que pueda perpetuamente resistir y refrenar la envidia.

En esto también, ¿quién no se maravillará de Judas? Era Eseo de linaje, el cual nunca erró en profetizar ni jamás mintió. Pasando Antígono por el templo, luego que lo vió Judas, dijo con voz alta á los conocidos que allí estaban, porque tenía muchos discípulos y hombres que venían á pedirle consejo: «Ahora me es á mí bueno morir, pues la verdad murió, quedando yo en vida, y se ha hallado alguna cosa falsa en lo que yo tenía profetizado, pues vive este Antígono, el cual debía ser hoy muerto. Tenía ya, por suerte, señalado lugar para su muerte en la torre de Estratón, que está á seiscientos estadios lejos de aquí: son ya cuatro horas del día, y el tiempo pasa, y con él mi adivinanza.» Cuando el viejo hubo hablado esto, púsose á pensar entre si muchas cosas con mucho cuidado y con la cara muy triste. Luego, poco después, vino nueva como Antígono había sido muerto en un sótano, llamado por el mismo nombre que

solía ser la marítima Cesárea, la torre de Estratón, y esto fué lo que engañó al profeta.

En la misma hora, con el pesar de tan gran maldad, se le aumentó la enfermedad á Aristóbulo, y estando siempre con el pensamiento de aquel hecho muy solícito, con el ánimo perturbado se corrómpia, hasta tanto que por la amargura del dolor, rotas en partes sus entrañas, echaba toda la sangre por la boca. La cual tomó uno de los que le servían, y por providencia y voluntad de Dios, sin que el criado tal supiese, echó la sangre del matador sobre las manchas que había dejado con la suya Antígono en aquel lugar donde fué muerto. Pero levantándose un gran llanto y ruido de los que habían visto esto, como que el muchacho hubiese adrede echado la sangre en aquel lugar, vino á noticia del Rey el clamor, y requirió que le contasen la causa; y como no hubiese alguno que la osase contar, más se encendía él en deseo de saberla. Al fin, haciendo él fuerza y amenazándoles, contáronle la verdad de todo lo que pasaba; y él, hinchando sus ojos de lágrimas, y gimiendo en su corazón tanto cuanto le era posible, dijo esto: «No era, por cierto, cosa para esperar que hubiese Dios de ignorar mis maldades muy grandes, siéndole todo manifiesto, pues luego me persigue la justicia en venganza de la muerte de mi hermano. ¡Oh malvado cuerpo! ¿Hasta cuándo detendrás el ánimo condenada por la muerte de mi madre y de mi hermano? ¿Cuánto tiempo les sacrificaré mi propia sangre? Tómenlo todo junto y no se burle ni escarnezca la fortuna lo bajo de mis entrañas.» Dicho esto, luego murió, habiendo reinado sólo un año.

Su mujer entonces sacó de la cárcel al hermano Alejandro, é hízolo rey, el cual era mayor en la edad, y aun parecía también ser más modesto. Pero alcanzando

éste el reino, y viéndose poderoso, mató á su otro hermano, por verlo ambicioso de reinar, y tenía consigo al otro privadamente, habiéndole quitado todas sus cosas.

Hizo guerra con Ptolemeo Látiro, el cual le había tomado á Asoco, y mató muchos de sus enemigos; pero Ptolemeo fué el vencedor. Después que él fué echado por su madre Cleopatra, vino á Egipto, y Alejandro tomó por fuerza á Gadara y el castillo de Amatón, que es el mayor de todos los que hay de la otra parte del Jordán, adonde estaban, según se tenía por cierto, los bienes y joyas de Teodoro, hijo de Zenón. Mas sobreviniendo presto Teodoro, cobra lo que era suyo: llévase el carruaje del Rey, y mata casi diez mil judíos.

Alejandro, cobrando después de esta matanza fuerzas, entró por las partes cercanas de la mar, las cuales llamaremos marítimas: tomó á Rafia, á Gaza y á Antedón, la cual después fué llamada por el rey Herodes Agripia.

Domados y sujetos todos éstos, un día de fiesta el pueblo de los Judíos se levantó contra él. Porque muchas veces se revuelven los pueblos por los convites y comidas; y no le parecía que podía apaciguar y deshacer aquellas asechanzas, si los Pisidas y Cilicos, pagándolos él, no le ayudaban: no hacía caso de tener los Sirios á sueldo por la discordia que tienen naturalmente con los Judíos. Y habiendo muerto más de ocho mil de la multitud que se había rebelado, hizo guerra contra Arabia. Vencidos allí los Galaaditas y Moabitas, los hizo tributarios, y volvióse para Amatón.

Y estando Teodoro amedrentado por ver que tan prósperamente le sucedían las cosas, derribó de raíz un castillo que halló sin gente; y peleando después con Oboda, rey de Arabia, el cual había ocupado un lugar oportuno y cómodo para el engaño en la región de Ga-

laad, preso con las asechanzas que le habían hecho, perdió todo su ejército, forzado á recogerse á un valle muy alto, y fué desmenuzado por la multitud de los camellos.

Librándose él de aquí y viniendo á Jerusalén, inflamó la gente, que antiguamente le era muy enemiga, á mover novedades con la gran matanza que le había sido hecha. Con esto también se alzó á mayores, y mató en muchas batallas no menos de cincuenta mil judíos dentro de seis años; pero no se holgaba con estas victorias, porque se gastaban y consumían en ellas todas las fuerzas de su reino. Por lo cual, dejando las armas y la guerra, trabajaba con buenas palabras en volver en amistad con aquellos que tenía sujetos.

Tenían ellos tan aborrecida la inconstancia y variedad que éste tenía en sus costumbres, que preguntando él qué manera tendría para apaciguarlos, respondieron que con su muerte; porque aun no sabían si muerto le perdonarían, por tantas maldades como había cometido. Junto con esto tomaron el socorro de Demetrio, llamado Acero, el cual, con esperanza de ganar y de haber mayor premio, fácilmente les obedeció y consintió; y viniendo con ejército, juntóse para ayudar á los Judíos cerca de Sichima. Pero recibiólos Alejandro con mil de á caballo y con seis mil soldados de sueldo, teniendo también consigo cerca de diez mil judíos que le eran todos muy amigos: siendo los de la parte contraria tres mil de á caballo y cuarenta mil de á pie.

Antes que se juntasen ambos ejércitos, por medio de los mensajeros y trompetas los Reyes trabajaban cada uno por sí en retirar la gente el uno del otro. Demetrio pensaba que la gente de sueldo de Alejandro le faltaría; y Alejandro esperaba que los judíos que seguían á Demetrio se le habían de rebelar y seguirlo á él. Pero como

los Judios tuviesen muy firme su juramento, y los Griegos su fe y promesa, comenzaron á acercarse y pelear todos.

Venció en esta batalla Demetrio, aunque la gente de Alejandro hubiese hecho muchas cosas fuerte y animosamente. El suceso de ella dió parte á entrambos sin que juntamente entrambos lo esperasen. Porque los que habían llamado á Demetrio no quisieron seguirlo, aunque vencedor; antes, seis mil de los judios se pasaron á Alejandro, que habia huido hacia los montes, por tener misericordia de él, viendo que se le habia mudado tanto la fortuna. No pudo sufrir falta tan importante Demetrio; antes, pensando que Alejandro, recogidas y juntas ya sus fuerzas, seria bastante para esperar la batalla, porque toda la gente se le pasaba, retiróse luego de allí; pero la demás gente, por habérseles ido y apartado aquella parte del socorro y ejército, no perdió su ira y enemistad; antes peleaba en continuas guerras con Alejandro, hasta tanto que, muerta gran parte de ellos, los hizo recoger en la ciudad de Bemeselis; y habiéndola después tomado, llevóse los cautivos á Jerusalén.

La ira inmoderada de éste, por ser desenfrenada, hizo que su crueldad llegase á términos de toda impiedad; porque en medio de la ciudad ahorcó ochocientos de los cautivos, y mató las mujeres de ellos é hijos, delante de sus propias madres, y él lo estaba mirando bebiendo y holgando junto con sus concubinas y mancebas. Tomó todo el pueblo tan grau temor de ver esto, que aun los que á entrambas partes estaban aficionados, luego la siguiente noche salieron huyendo, como desterrados, de toda Judea, cuyo destierro tuvo fin con la muerte de Alejandro. Habiendo, pues, buscado el reposo del reino con tales hechos, cesaron sus armas.

IV.

De la guerra de Alejandro con Antioco y Areta, y de Alejandra é Hircano.

Otra vez le fué principio de revuelta Antioco, llamado también Dionisio, hermano de Demetrio, pero el postrero de aquellos que tenían á Seleuco por principio y autor de su linaje. Porque temiendo á éste, el cual había echado y vencido los Árabes en la guerra, hizo un foso muy grande alrededor de Antipatrida en todo el espacio que hay allí cercano á los montes, y entre las riberas de Jope; y delante del foso edificó un muro muy alto y unas torres de madera, para defender la entrada; pero no pudo detener con todo esto á Antioco. Porque quemadas las torres, y habiendo henchido los fosos, pasó con su ejército; y menospreciando la venganza, de la cual debía usar con aquel que le había prohibido la entrada, luego siguió la empresa contra los Árabes.

El Rey de éstos apartóse á parte más cómoda para su gente; pero luego volvió á la pelea con hasta número de diez mil hombres, y acometió la gente de Antioco sin darle tiempo para pensar en ello ni aparejarse. Y trabada una valerosa batalla, mientras Antioco estaba salvo, su ejército permanecía resistiendo, aunque los Árabes poco á poco lo despedazasen y acabasen. Pero después que éste fué muerto, porque socorriendo á los vencidos no temía los peligros, todos huyeron, muriendo la mayor parte de ellos peleando y huyendo. Los demás, habiendo venido á parar al lugar de Caná, todos murieron de hambre, excepto muy pocos. De aquí los Damascenos,

enojados con Ptolemeo, hijo de Mineo, júnctanse con Arota, y hácenlo rey de Siria Celes: el cual, habiendo hecho guerra con Judea, después de haber vencido en la batalla á Alejandro, hizo partido con él y retiróse.

Alejandro, tomada Pela, fué otra vez para Gerasa, deseoso de las riquezas de Teodoro; y habiendo cercado con tres cercos á los que la querian defender, ganó el lugar. Tomó también á Gaulana y á Seleucia, y sojuzgó aquella que se llama la Farange de Antioco. Además de lo dicho, habiendo también tomado el fuerte castillo de Gamala, y preso al capitán de él, Demetrio, revuelto en muchos crímenes y culpas, vuélvese á Judea, acabados tres años en la guerra, y fué recibido por los suyos con grande alegría por el próspero suceso de sus cosas.

Pero sucedióle, estando en reposo y acabada la guerra, el principio de su dolencia; y porque le fatigaba la quartana, pensó que echaría de sí aquella calentura si se volvía otra vez á poner en los negocios y ocupaba en ellos su ánimo; dióse á la guerra y trabajos militares, sin tener cuenta con el tiempo: y fatigando su cuerpo más de lo que podía sufrir, en medio de las revueltas murió después de treinta y siete años que reinaba, dejando el reino á Alejandra, su mujer, pensando que los Judíos obedecerían á cuanto ella mandase; porque siendo muy desemejante á él en la crueldad, resistiendo á toda maldad, enteramente había ganado la voluntad de todo el pueblo. Y no le engañó la esperanza, porque por ser tenida por mujer muy pia, alcanzó el reino y principado. Porque sabía muy bien la costumbre que los de su patria tenían, y aborrecía desde el principio al que quebrantaba las leyes sagradas.

Como ésta tuviese dos hijos habidos de Alejandro, al mayor, llamado Hircano, parte por ser primogénito, lo

declaró por pontífice, y parte también porque era más reposado, sin que pudiese tenerse esperanza que sería molesto á alguno, lo hizo rey: y el menor, llamado Aristóbulo, quiso más que viviese privadamente, porque mostraba ser más bullicioso y levantado.

Juntóse con la señoría de esta mujer una parte de los Judíos que era la de los Fariseos, los cuales honraban y acataban más la religión, al parecer, que todos los demás, y declaraban más agudamente las leyes, y por esta causa los tenía en más Alejandra, sirviendo á la religión divina supersticiosamente. Éstos, disimulando con la simple mujer, eran tenidos ya como procuradores de ella, mudando á sus voluntades, quitando y poniendo, encarcelando y librando á cuantos les parecía, de tal manera, que parecían ser ya ellos los reyes, según gozaban de los provechos reales: y Alejandra había de pagar las expensas y gastos, y sufrir todos los trabajos. Pero ésta tenía un maravilloso regimiento en saber regir y administrar las cosas más altas y más importantes; y puesta toda en acrecentar su gente, hizo dos ejércitos, con no pocos socorros que hubo, por su sueldo, con los cuales no sólo fortificó el estado de su gente, pero se hizo aún de temer al poder de los extranjeros. Y como mandase á todos, ella sola obedecía á los Fariseos de su buena voluntad.

Mataron finalmente á Diógenes, varón muy señalado que había sido muy amigo de Alejandro, trayendo por causa de su muerte que aquellos ochocientos, de los cuales hemos hablado arriba, fueron puestos en cruz por el Rey á instancia de éste; y trabajaban por inducir y persuadir á Alejandra que matase á todos los demás, por cuya autoridad y consejo se había movido contra ellos Alejandro. Estando ella tan puesta en obedecer con demasiada superstición á estos Fariseos, á los cuales no quería con-

tradecir en algo, mataban á quien querian, hasta que todos los mejores que estaban en peligro se vinieron huyendo á Aristóbulo; y éste persuadió á su madre que los perdonase por la dignidad que tenían, y á los que pensaba ser dañosos, los echase de la ciudad. Alcanzando éstos licencia, esparciéronse por toda la tierra.

Alejandra envió ejército á Damasco, porque Ptolemeo tenía en grande y muy continuo aprieto la ciudad, la cual ella tomó sin hacer cosa alguna memorable. Solicitó con pactos y dones al Rey de Armenia, Tigrano, que cercaba á Cleopatra, habiendo juntado su gente con Ptolemeo. Pero él se había retirado ya mucho antes por el levantamiento y discordia que había entre los suyos, después de haberse Lúculo entrado por Armenia.

Estando en esto, enfermó Alejandra; y su hijo el menor, Aristóbulo, con todos sus criados, que solían ser muchos y muy fieles, por estar en la flor de su edad, se apoderó de todos los castillos; y con el dinero que en ellos halló, hizo gente de sueldo, y levantóse por rey. Por esto la madre de Hircano, con misericordia de las quejas que el pueblo á ella echaba, encerró la mujer de Aristóbulo en un castillo que está edificado cerca del templo á la parte de Septentrión: llamábase éste, como antes dijimos, Baro, y después lo llamaron Antonia, siendo Antonio Emperador, así como del nombre de Augusto y de Agripa, fueron llamadas las otras ciudades Sebaste y Agripia.

Pero antes murió Alejandra que tomase venganza en Aristóbulo de las injurias á su hermano Hircano: al cual había trabajado por echar del reino, adonde había ella reinado nueve años. Quedó por heredero de todo Hircano, á quien ella, siendo aún viva, había encomendado todo el reino. Pero tenía gran ventaja en esfuerzo

y autoridad Aristóbulo: y habiendo peleado entrambos cerca de Jericó por quién seria señor de todo, muchos, dejando á Hircano, se pasaron á Aristóbulo. De donde huyendo Hircano, llegó al castillo llamado Antonia, adonde se recogió; y alcanzando allí rehenes para seguridad de su salud y vida, porque (según arriba hemos contado) aquí estaban con guardas los hijos y mujer de Aristóbulo. Antes que le aconteciese algo que fuese peor, volvió en concordia y amistad con tal ley, que quedase el reino por Aristóbulo, y que él lo dejase, contentándose, como hermano del Rey, con otras honras. Reconciliados y hechos de esta manera amigos dentro del templo, habiendo el uno abrazado al otro delante de todo el pueblo que allí estaba, truecan las cosas, y Aristóbulo toma posesión de la casa real, é Hircano de la casa de Aristóbulo.

V.

De la guerra que tuvo Hircano con los Árabes, y cómo fué tomada la ciudad de Jerusalén.

Creció á todos sus enemigos el miedo por ver que mandaba y que había alcanzado el señorío tan contra la esperanza que tenían, aunque principalmente á Antipatro, mal acogido por Aristóbulo y muy aborrecido. Era éste de linaje Idumeo, principal entre toda su gente, tanto en nobleza como en riqueza. Éste, pues, amonestaba y trabajaba por inducir á Hircano que recurriese á Areta, Rey de los Arabes, y con su ayuda cobrase el reino: por otra parte trabajaba en persuadir á Areta que recibiese en su reino á Hircano y se lo llevase con-

aigo, menoscabando y diciendo mal de las costumbres de Aristóbulo, loando y levantando mucho á Hircano: y junto con esto amonestaba que á él convenía, presidiendo á un reino tan esclarecido, dar la mano á los que estaban oprimidos por maldad é injusticia; y que Hircano padecía la injuria, el cual había perdido el reino que por derecho de sucesión le pertenecía.

Instruidos, pues, y apercebidos entrambos de esta manera, una noche salió de la ciudad juntamente con Hircano, y libróse por la gran diligencia que puso en correr, acogiéndose á un lugar que se llama Petra, adonde tiene su asiento el Rey de Arabia. Y después que entregó en manos del rey Areta á Hircano, acabó con él con muchas palabras y muchos dones, que socorriese á Hircano para hacerle recobrar su reino. Eran los árabes cincuenta mil hombres de á pie y de á caballo, á los cuales no pudo resistir Aristóbulo; antes, vencido en el primer encuentro, fué forzado á huir hacia Jerusalén; y fuera ciertamente preso, si el capitán de los Romanos Escauro no sobreviviera é hiciera levantar el cerco que tenía, porque éste había sido enviado de Pompeyo Magno, que entonces tenía guerra con Tigrano, de Armenia á Siria; pero cuando llegó á Damasco, halló que la ciudad era nuevamente tomada por Metelo y Lolio. Habiendo, pues, apartado y echado á aquéllos de allí, y sabiendo lo que se hacía en Judea, determinó correr allá como á negocio de ganancia y provecho.

En la hora que hubo entrado dentro de los términos de Judea, viénenle embajadores de los Judíos por los dos hermanos, rogándole entrambos, cada uno por sí, que viniese antes en su ayuda que no en la del otro. Pero corrompido por trescientos talentos que Aristóbulo le envió, menospreció la justicia, porque después de haber

recibido este dinero, Escauro envió embajadores á Hircano y á los Arabes, trayéndoles delante y amenazando con el nombre de los Romanos y de Pompeyo si no desahacian el cerco de la villa. Por lo cual amedrentado Areta, salió de Judea, y recogióse á Filadelfia; y Escauro volvió á Damasco. Aristóbulo, pues no lo veía preso, no pensó que le bastaba, pero recogiendo todo el ejército que tenía, trabajaba en perseguir de todas maneras á los enemigos; y trabando batalla cerca de un lugar que se llama Papirona, mató de ellos más de seis mil hombres, entre los cuales fué uno Cefalo, hermano de Antipatro.

Hircano y Antipatro, privados ya del socorro de los Arabes, pusieron sus esperanzas en los contrarios; y como hubiese llegado Pompeyo á Damasco, después de haber entrado en Siria, recurrieron á él, y dándole muchos dones, comienzan á contarle todas aquellas cosas que antes habían también dicho á Areta, rogándole mucho que, venciendo la fuerza y violencia de Aristóbulo, restituyese el reino á Hircano, á quien era debido, tanto por edad, como por bondad de costumbres; pero Aristóbulo no se durmió en esto, confiado en Escauro por el dinero que le había dado. Había venido tan ornado y vestido tan realmente como le había sido posible, y enojado después por la sujeción, y pensando que no era cosa digna que un rey tuviese tanta cuenta con el provecho, volvíase de Diospoli.

Enojado por esto Pompeyo, viene contra Aristóbulo persuadiéndoselo Hircano y sus compañeros, con el ejército romano, y armado también del socorro de los de Siria. Y habiendo pasado por Pela y por Scitopolis, llegó á Coreas, adonde comienza el señorío de los Judíos y los términos de sus tierras, entrando en los lugares

mediterráneos. Entendiendo que Aristóbulo se había recogido á Alejandrio, que es un castillo magníficamente edificado en un alto monte, envió gente que lo hiciese salir y descender de allí. Pero él tenía determinado, pues era la contienda por el reino, querer antes poner en peligro su vida, que sujetarse al imperio y mando de otro; veía que el pueblo estaba muy amedrentado y que sus amigos le aconsejaban que pensase en el poder y fuerza de los Romanos, la cual no había de poder sufrir. Por lo cual, obedeciendo al consejo de todos éstos, viénesse delante de Pompeyo, á quien, como hubiesen hecho entender cuán justamente reinaba, mandóle que se volviese al castillo; y saliendo otra vez desafiado por su hermano, habiendo primero tratado con él de su derecho, volvióse al castillo sin que Pompeyo se lo prohibiese. Estaba con esperanza y temor y venía con intención de suplicar á Pompeyo que le dejase hacer toda cosa y volviese al monte, porque no pareciese derogar y afrentar la real dignidad. Pero porque Pompeyo le mandaba salir de los castillos y aconsejaban á los presidentes y capitanes de ellos que se saliesen, á los cuales él había mandado que no obedeciesen sin ver primero cartas de su mano propia escritas, hizo lo que mandaba.

Vino á Jerusalén muy indignado, y pensaba ventilar aquello con Pompeyo por las armas. Pero éste no tuvo por cosa buena ni de consejo darle tiempo para que se aparejase para la guerra, antes luego comienza á perseguirlo, porque con mucha alegría había sabido la muerte de Mitridates, estando ya cerca de Jericó, adonde la tierra es muy fértil y hay muchas palmas y mucho bálsamo; de cuyo árbol ó tronco, cortado con unas piedras muy agudas, se destilan unas gotas como lágrimas, las cuales ellos recogen. Habiéndose, pues, detenido allí toda una

noche, luego á la mañana veníase con gran prisa á Jerusalén. Espantado Aristóbulo con esta nueva, y con el ímpetu de éste, sáele al encuentro, suplicando y prometiéndole mucho dinero que él y la ciudad se le rendirían; y con esto amansó la saña de Pompeyo. Pero nada de lo que había prometido cumplió; porque siendo enviado Gabinio para cobrar el dinero prometido, los compañeros de Aristóbulo no quisieron ni aun recibirle en la ciudad.

Movido con estas cosas Pompeyo, prende á Aristóbulo, y mándalo poner en guardas, y partiendo para la ciudad, descubría y miraba por qué parte tenía mejor y más facil entrada, porque no veía de qué manera pudiese combatir los muros, que estaban muy fuertes, y un foso alrededor del muro muy espantable, y estaba allí muy cerca el templo cercado y rodeado de tan segura defensa, que aunque tomasen la ciudad, todavía tenían allí los enemigos muy seguro lugar para recogerse. Estando, puez, él mucho tiempo dudando y pensando sobre esto, levántose una sedición y revuelta dentro la ciudad; los compañeros y amigos de Aristóbulo decían y eran de parecer que se hiciese guerra, y que se debía trabajar por librar á su Rey; pero los que eran de la parcialidad de Hircano, decían que debían abrir las puertas y dar entrada á Pompeyo. Y el miedo de los otros hacia mayor el número de éstos, pensando y teniendo delante el valor y constancia de los Romanos.

Vencida, pues, al fin la parte de Aristóbulo, fué huyendo al Templo, y derribando una puente, por la cual el templo se juntaba con la ciudad, todos se aparejaban para resistirle y sufrir en ello cuanto posible les fuese. Y como los otros que quedaban hubiesen recibido á los Romanos dentro de la ciudad, y les hubiesen entregado la casa y Palacio Real, para haber estas cosas Pompeyo,

envió uno de sus capitanes llamado Pisón, con muchos soldados; y puestos por guarnición dentro de la ciudad, no pudiendo persuadir la paz á los que se habían recogido dentro del templo, aparejaba todo cuanto podía y hallaba alrededor de allí, para combatirlos; pues Hircano y sus amigos estaban muy firmes y muy prontos para seguir el acuerdo, y aconsejar lo necesario, y obedecer á cuanto les fuese mandado. Él estaba á la parte septentrional hinchendo el foso aquel tan hondo de todo cuanto los soldados le podían traer, siendo esta obra de sí muy difícil por la gran hondura del foso, y también porque los Judíos trabajaban por la parte alta en resistirles de toda manera, y quedara el trabajo imperfecto y sin acabar, si Pompeyo no tuviera gran cuenta con los días que suelen guardar por sus fiestas los Judíos, que por su religión tienen mandado guardar el séptimo día, sin hacer algo; en los cuales mandó que, pues los soldados de dentro no salían á defenderlo, los suyos no peleasen, antes con gran diligencia hinchesen el foso. Porque los Judíos no tienen licencia de hacer algo en las fiestas, sino sólo defender su cuerpo si algo les acontecía.

Henchido, pues, el foso, y puestas sus máquinas, las cuales había traído de Tiro, y hechas sus torres encima de sus montecillos, comenzaron á combatir los muros. Los de arriba fácilmente los echaban con muchas piedras; aunque mucho tiempo resistiesen las torres, excelentes en grandeza y gentileza, y sufriesen la fuerza de los que contra ellos peleaban. Pero cansados entonces los Romanos, Pompeyo maravillábase por ver el trabajo grande que los Judíos sufrían con gran tolerancia, y principalmente porque estando entre las armas, no dejaban perder punto ni cosa alguna de lo que tocaba á sus ceremonias, antes, ni más ni menos que si tuvieran

muy sosegada paz, celebraban cada día los sacrificios y ofrendas, y honraban á Dios con muy gran diligencia. Ni aun en el mismo tiempo que los mataban cerca del ara, dejaban de hacer todo aquello que legitimamente eran obligados para cumplir con su religión. Tres meses después que tenían puesto el cerco, sin haber casi derribado ni una torre, dieron el asalto, y el primero que osó subir por el muro, fué Fausto Cornelio, hijo de Sila, y después dos centuriones con él, Furio y Fabio, con sus escuadras; y habiendo rodeado por todas partes el templo, mataron á cuantos se retiraban á otra parte, y á los que en algo les resistían. Adonde, aunque muchos de los sacerdotes viesan venir con las espadas sacadas los enemigos contra ellos, no por eso dejaban de entender las cosas divinas y tocantes al servicio de Dios, tan sin miedo como antes solían, y en el servicio del templo y sacrificios los mataban, teniendo en más la religión que su salud. Los naturales y amigos de la otra parte mataban muchos de éstos; muchos se despeñaban, otros se echaban á los enemigos como furiosos, encendidos todos los que estaban por el muro en gran ira y desesperación. Murieron, finalmente, en esto doce mil judíos y muy pocos romanos, aunque hubo muchos heridos.

Pareció cosa más grave y de mayor pérdida á los Judíos, descubrir aquel secreto santo é inviolado, no visto antes por ninguno, á todos los extranjeros. Entrando, pues, Pompeyo, juntamente con sus caballeros, dentro del templo, adonde no era lícito entrar, excepto el pontífice, vió y miró los candeleros que allí había encendidos, y las mesas, en las cuales acostumbraban celebrar sus sacrificios y quemar sus inciensos: vió también la multitud de perfumes y olores que tenían, y el dinero consagrado, que era la suma de dos mil talentos. Pero no

tocó, ni esto, ni otra cosa alguna de las riquezas del Sagrario; antes el siguiente día, después de la matanza, mandó limpiar el templo á los sacristanes, y que celebrasen sus solemnidades sagradas. Entonces les declaró por pontífice á Hircano, por haberse regido y mostrado con él en todo, y principalmente en el tiempo del cerco, muy valeroso, y por haber atraído á sí gran muchedumbre de villanos, de los que seguían la parte de Aristóbulo, con lo cual ganó la amistad de todo el pueblo, más por benevolencia y mansedumbre, según conviene á cualquier buen emperador, que por temor ni amenazas.

Fué preso entre los cautivos el suegro de Aristóbulo, que le era también tío, hermano de su padre, y descabezó á todos los que supo que habían sido principalmente causa de aquella guerra. Dió muchos dones á Fausto y á todos los demás que se habían portado valerosamente en la presa; puso tributo á Jerusalem; mandó que las ciudades que había tomado á los Judíos en Cefiria obedeciesen al presidente romano ó gobernador que entonces era, y encerrólos dentro de sus mismos términos solamente. Renovó, también por amor de un liberto suyo, llamado Demetrio Gadareuse, á Gadara, la cual habían derribado los Judíos. Libró del imperio de aquellos las ciudades mediterráneas, que no habían derribado, por ser allí alcanzados y prevenidos antes, Hipón, Scitopolis, Pela, Samaria, Marisa y Azoto, Iania y Aretusa, y con ellas las marítimas también, Gaza, Jope, Dora, y aquella adonde estaba la torre de Estratón, aunque después fueron edificados aquí en esta ciudad muy lindos edificios por el rey Herodes y fué llamada Cesárea. Y habiéndolas vuelto todas á sus naturales ciudadanos, juntólas con la provincia de Siria.

Y dejando la administración de Siria, de Judea y de

todo lo demás, hasta los términos de Egipto y el río Eufrates, con dos legiones ó compañías de gente, á Escauro, él se volvió con gran prisa á Roma por Cilicia, llevándose cautivo á Aristóbulo con toda su familia. Había dos hijas y otros tantos hijos, de los cuales el uno, llamado Alejandro, se le huyó en el camino, y el menor, que era Antígono, fué llevado á Roma con sus hermanas.

VI.

De la guerra que Alejandro tuvo con Hircano y Aristóbulo.

Habiendo entretanto Escauro entrado en Arabia, no podía llegar á la que ahora se llama Petrea, por la dificultad y aspereza del camino, pero talaba y destruía cuanto había alrededor, aunque estaba afligido con muchos males en estas tierras: el ejército padecía gran hambre, á quien Hircano proveía de todo lo necesario, por medio de Antipatro, para su mantenimiento; al cual Escauro envió por embajador, como muy familiar y amigo de Areta, para que dejase la guerra é hiciesen conciertos de paz. De esta manera, en fin, persuadieron al Arabe que diese trescientos talentos, y Escauro entonces retrajo de Arabia su ejército.

Pero Alejandro, hijo de Aristóbulo, aquel que había huído de Pompeyo, habiendo juntado mucha gente en este tiempo, venía hacia Hircano muy enojado, y destruía y robaba á Judea, pensando que presto la podía ganar y vencerlo á él, porque confiaba que el muro de Jerusalén, que había sido derribado por Pompeyo, estaría ya renovado si Gabinio, sucesor de Escauro, el cual

había sido enviado á Siria, no se mostrara muy fuerte y valeroso en lo demás, pero principalmente contra Alejandro con su ejército. Por lo cual, temiendo aquél la fuerza de este Gabinio, trabajaba en acrecentar el número de su gente, hasta tanto que llegaron á número de diez mil de á pie y mil quinientos caballos, y fortalecía los lugares y villas que le parecían ser buenos para resistir á la fuerza, como Alejandrio, Hircanio y Macherunta, que están no lejos de los montes de Arabia.

Gabinio, pues, habiendo enviado delante á Marco Antonio con parte de su ejército, él lo seguía con todo lo demás. Los compañeros escogidos de Antipatro y la otra multitud de los Judíos cuyos principes eran Malico y Pitolao, habiendo juntado sus fuerzas con Marco Antonio, salieron al encuentro á Alejandro; pero no estaba muy lejos ni muy atras de éste, Gabinio con toda su gente. Viendo Alejandro que no podía resistir ni sufrir tanta multitud de enemigos, huyó. Siendo llegado ya cerca de Jerusalén, fué forzado á pelear; y habiendo perdido seis mil hombres de los suyos, tres mil presos y tres mil derribados, salvóse con los demás.

Pero cuando Gabinio llegó al castillo de Alejandrio, habiendo sabido que muchos habían desamparado el ejército, prometiendo á todos general perdón, trabajaba de llegarlos á él y juntarlos consigo antes que darles batalla; pero como ellos no humillasen su pensamiento, ni quisiesen conceder lo que Gabinio quería, mató á muchos y encerró á los demás en el castillo.

En esta guerra, el capitán Marco Antonio hizo muchas cosas de nombre, y aunque siempre y en todas partes se había mostrado varón muy fuerte y muy valeroso, ahora últimamente venció todo nombre y dió de sí mucho mayor ejemplo que hasta el presente había dado.

Dejando Gabinio gente para combatir el castillo, él se vino á todas las otras ciudades, confirmando las que no habian sido atacadas, reparando y levantando de nuevo las que habían sido derribadas. Finalmente, por mandamiento de éste, se comenzó á habitar en Scitopolis, en Samaria, en Antedón, en Apolonia, en Jamnia, en Rafia, en Marisa, en Dora, en Gadara, en Azoto, y en otras muchas, con gran alegría de los ciudadanos, porque de todas partes venían por habitar en ellas. Ordenadas estas cosas de esta manera, volviéndose á Alejandrio, apretaba mucho más el cerco. Por la cual cosa Alejandro, muy espantado, le envió embajadores, desconfiando ya de todo y rogando que le perdonase, y él le entregaría sin alguna falta los castillos que le obedecían, los cuales eran el de Hircanio, y el otro el de Macherunta; también le dió y dejó en su poder Alejandrio. Gabinio lo derribó todo de raíz por consejo de la madre de Alejandro, porque no fuesen ocasión de otra guerra, ó de recogimiento para ella. Estaba ella con Gabinio por ablandarlo con sus regalos, temiendo algún peligro á su marido y á los demás que habían sido llevados cautivos á Roma.

Pasadas todas estas cosas, habiendo Gabinio llevado á Jerusalén á Hircanio y habiéndole encomendado el cargo del templo, puso por presidentes de toda la otra República á los más principales de los Judíos. Dividió en cinco partes, como Congregaciones, toda la gente de los Judíos; la una de éstas puso en Jerusalén, la otra en Doris, la tercera que estuviese en la parte de Amatunta, la cuarta en Jericó, y la quinta fué dada á Séfora, ciudad de Galilea.

Los Judíos entonces, librados del imperio y señorío de uno, eran regidos por sus príncipes con gran contentamiento; pero no mucho después acaeció que, habiénd-

dose librado de Roma Aristóbulo, les fué principio de discordias y revueltas; el cual, juntando mucha gente de los Judíos, parte por ser deseosa de mutaciones y novedades, parte también por el amor que antiguamente le solian tener, tomó primero á Alejándrio, y trabajaba en cercarlo de muro. Después, sabido cómo Gabinio enviaba contra él tres capitanes, Sisena, Antonio y Servilio, vino á Macherunta: y dejando la gente vulgar y que no era de guerra, la cual antes le era carga que ayuda, salió, trayendo consigo, de gente muy en orden y bien armada, no más de ocho mil; entre los cuales venía también Pitolao, Regidor de la segunda Congregación que hemos dicho, habiendo huído de Jerusalem con número de mil hombres.

Los Romanos los seguían; y dada la batalla, Aristóbulo detuvo los suyos peleando muy fuertemente algún tiempo, hasta tanto que fueron vencidos por la fuerza y poder grande de los Romanos, adonde murieron cinco mil hombres, y dos mil se recogieron á una gran cueva, y los otros mil rompieron por medio de los Romanos y cerráronse en Macherunta.

Habiendo, pues, llegado allí á prima noche ó sobre tarde el Rey, y puesto su campo en aquel lugar que estaba destruído, confiaba que haría treguas, y durando éstas, juntaría otra vez gente y fortalecería muy bien el castillo. Pero habiendo sostenido la fuerza de los Romanos por espacio de dos días más de lo que le era posible, á la postre fué tomado y llevado delante de Gabinio, atado junto con Antígono, su hijo, el cual había estado en la cárcel con él, y de allí fué llevado á Roma. Pero el Senado lo mandó poner en la cárcel, y pasó los hijos de éste á Judea, porque Gabinio había escrito que los había prometido á la mujer de Aristóbulo, por haberle entregado los castillos.

Habiéndose después Gabinio aparejado para hacer guerra con los Partos, fuéle impedimento Ptolemeo: el cual, habiendo vuelto del Eufrates, venía á Egipto sirviéndose de Hircano y de Antipatro, como de amigos para todo cuanto su ejército tenía necesidad: porque Antipatro le ayudó con dineros, armas, mantenimientos y con gente de guerra. Y guardando los Judíos los caminos que están hacia la via de Pelusio, persuadió que enviasen allá á Gabinio; pero con la partida de Gabinio la otra parte de Siria se revolvió; y Alejandro, hijo de Aristóbulo, movió otra vez los Judíos á que se rebelasen: y juntando gran muchedumbre de ellos, mataba y despedazaba cuantos romanos hallaba por aquellas tierras. Gabinio, temiéndose de esto, porque ya había vuelto de Egipto, y viendo la revuelta que se aparejaba, envió delante á Antipatro, y persuadió á algunos de los que estaban revueltos que se concordasen con ellos ó hiciesen amigos.

Habian quedado con Alejandro treinta mil hombres, por lo cual estaba, y de sí lo era él también, muy pronto para la guerra. Salió finalmente al campo y viniéronle los Judíos al encuentro; y peleando cerca del monte Tabor, murieron diez mil de ellos, y los que quedaron salváronse huyendo por diversas partes.

Vuelto Gabinio á Jerusalén, porque esto quiso Antipatro, apacignó y compuso su República: después, partiendo de aquí, venció en batalla á los Nabateos, y dejó ir escondidamente á Mitridates y á Orsanes, que habían huido de los Partos, persuadiendo á los soldados que se habían escapado.

En este medio fuéle dado por sucesor Craso, el cual tomó la parte de Siria. Éste, para el gasto de la guerra de los Partos, tomó todo el restante del tesoro del tem-

plo que estaba en Jerusalén, que eran aquellos dos mil talentos los cuales Pompeyo no había querido tocar. Después, pasando el Eufrates él y todo su ejército, perecieron; de lo cual ahora no se hablará, por no ser este su tiempo ni oportunidad.

Después de Craso, Casio siendo recibido en aquella provincia, detuvo y refrenó los Partos que se entraban por Siria, y con el favor de éste ventó aprisa grande para Judea; y prendiendo á los Tariceos, puso en servidumbre y cautiverio tres mil de ellos. Mató también á Pitolao, persuadiéndoselo Antipatro, porque recogia todos los revolvedores y parciales de Aristóbulo.

Tuvo éste por mujer una noble de Arabia llamada Cypria, de la cual hubo cuatro hijos, Faselo y Herodes, que fué rey, Josefo Ferora, y una hija llamada Salomé. Y como procurase ganar la amistad de cuantos sabía que eran poderosos, recibiendo á todos con mucha familiaridad, mostrándose con todos huésped y buen amigo, principalmente juntó consigo al Rey de Arabia por casamiento y parentesco; y encomendando á su bondad y fe sus hijos, él se los envió, porque había determinado y tomado á cargo de hacer guerra contra Aristóbulo.

Casio, habiendo compelido y forzado á Alejandro que se reposase, volvióse hacia el Eufrates por impedir que los Partos pasasen, de los cuales en otro lugar después trataremos.

VII.

De la muerte de Aristóbulo, y de la guerra de Antipatro
contra Mitridates.

Habiéndose César apoderado de Roma y de todas las cosas, después de haber huído el Senado y Pompeyo de la otra parte del mar Jonio, librando de la cárcel á Aristóbulo, enviolo con diligencia con dos compañías á Siria, pensando que fácilmente podría sujetarla á ella y á los lugares vecinos de Judea; pero la esperanza de César y la alegría de Aristóbulo fué anticipada con la envidia. Porque muerto con ponzoña por los amigos de Pompeyo, estuvo sin sepultura en su misma patria algún tiempo, y guardaban el cuerpo del muerto embalsamado con miel, hasta tanto que Antonio proveyó que fuese sepultado por los Judíos en los sepulcros reales. Fué también muerto su hijo Alejandro, y mandado descabezar por Scipión en Antioquia, según letras de Pompeyo, habiéndose primero examinado su causa públicamente sobre todo lo que había cometido contra los Romanos.

Ptolemeo, hijo de Mineo, que tenía asiento en Calcidia bajo del monte Líbano, prendiendo á sus propios hermanos, envió á su hijo Filipión á Ascalona que los detuviese é hiciese recoger; y él, sacando á Antígono del poder de la mujer de Aristóbulo, y á sus hermanas también, llevólas á su padre. Y enamorándose de la menor de ellas, cásase con ella; por lo cual fué después muerto por su padre. Porque Ptolemeo, después de muerto el hijo, tomó por mujer á Alejandra; y por causa de este

parentesco y afinidad, miraba por sus hermanos con mayor cuidado.

Muerto Pompeyo, Antipatro se pasó á la amistad de César: y porque Mitridates Pergameno estaba detenido con el ejército que llevaba á Egipto, en Ascalona, prohibido que no pasase á Pelusio, no sólo movió los Árabes, aunque fuese él extranjero y huésped en aquellas tierras, á que le ayudasen, pero también compelió á los Judíos que le socorriesen con cerca de tres mil hombres, todos muy bien armados. Movié también en socorro y ayuda suya los poderosos de Siria, y á Ptolomeo, que habitaba en el monte Líbano, y á Jamblico, y al otro Ptolemeo; y por causa de ellos, las ciudades de aquella región emprendieron y comenzaron la guerra con ánimo pronto todos, y muy alegre. Confiado ya de esta manera Mitridates por verse poderoso con la gente y ejército de Antipatro, vino á Pelusio; y siéndole prohibido el pasaje, puso cerco á la villa, y Antipatro se mostró mucho en este cerco. Porque habiendo roto el muro de aquella parte que á él le cabía, fué el primero que dió asalto á la ciudad con los suyos, y así fué tomado Pelusio; pero los judíos de Egipto, aquellos que habitaban en las tierras que se llaman Onías, no los dejaban pasar más adelante. Antipatro, no sólo persuadió á los suyos que no los estorbasen ni impidiesen, sino que les diesen lo necesario para mantenimiento. De donde sucedió que los Menfitas no fuesen combatidos; antes voluntariamente se entregaron á Mitridates: y habiendo éste proseguido adelante su camino por las tierras de Delto, peleó con los otros egipcios en un lugar que se llama Castra de los Judíos, el cual libró Antipatro por su parte, que era la derecha, de todo mal. Yendo alrededor del río con buen orden, vencía el escuadrón que estaba

á la parte izquierda fácilmente, y arremetiendo contra aquellos que iban persiguiendo á Mitrídates, mató á muchos de ellos y persiguió tanto á los que quedaban y huían, que vino á ganar el campo y tiendas de los enemigos, habiendo perdido no más de ochenta de los suyos. Pero Mitrídates, huyendo, perdió de los suyos ochocientos: y saliendo él de la batalla salvo sin que tal se confiase, vino delante de César como testigo, sin envidia de las cosas hechas por Antipatro. Por lo cual él movió á Antipatro entonces, con esperanza y loores grandes, á que menospreciase todo peligro por su causa; y así fué hallado en todo como hombre de guerra muy esforzado y valeroso, porque habiendo sufrido muchas heridas, tenia por todo el cuerpo las señales en probanza de su virtud.

Después, cuando habiendo apaciguado las cosas de Egipto se volvió á Siria, hizolo ciudadano de Roma, dejándole gozar de todas las libertades, honrándole en todas las cosas, y mostrándole en todo mucha amistad: hizo que los otros se esforzasen mucho en imitarlo, como á hombre muy digno; y por causa y favor suyo confirmó el pontificado á Hircano.

VIII.

De cómo fué acusado Antipatro, delante de César, del pontificado de Hircano, y cómo Herodes movió guerra.

En el mismo tiempo, Antígono, hijo de Aristóbulo, habiendo venido á César, fué causa que Antipatro ganase gran honra y mayor opinión de la que él pensaba alcanzar. Porque habiéndose de quejar de la muerte de

su padre, muerto con ponzoña por la enemistad de Pompeyo, según lo que se podía juzgar, y debiendo acusar á Scipión de la crueldad que había usado contra su hermano, sin mezclar alguna señal de su envidia con casos tan miserables, acusaba á Hircano y á Antipatro, porque lo echaban injustamente de su propio lugar y patria, y hacían muchas injurias á su gente, y que no habían ayudado ni socorrido á César estando en Egipto, por amistad, sino por temor de la discordia antigua, y por ser perdonados por haber favorecido á Pompeyo. A estas cosas, Antipatro, quitados sus vestidos, mostraba las muchas llagas y heridas que había recibido, y dijo no serle necesario mostrar con palabras el amor y fidelidad que había guardado con César, pues tenía por manifiesto testigo su cuerpo, que claramente lo mostraba, y que antes se maravillaba él mucho del grande atrevimiento de Antigono, que siendo enemigo de los Romanos é hijo de otro enemigo huído de su poder, deseando perturbar las cosas, no menos que había hecho su padre con sediciosas revueltas, osase parecer y acusar á otros delante del príncipe de los Romanos é intentase de alcanzar algún bien, debiéndose contentar con ver que lo dejaban con vida. Porque ahora no deseaba bienes, por estar pobre, sino para revolver con los Judíos aquellos que se los hubiesen dado.

Cuando César hubo oído estas cosas, juzgó por más digno del pontificado á Hircano; pero dejó después escoger á Antipatro la dignidad que quisiese. Éste, dejándolo todo en poder de aquel que se lo entregaba, fué declarado por procurador de toda Judea, y además de esto impetró que le dejasen renovar y edificar otra vez los muros de su patria, que habían sido derribados. Estas honras mandó César que fuesen pintadas en tablas de

metal, y puestas en el Capitolio, por dejar á Antipatro y á sus descendientes memoria de su virtud.

Habiendo, pues, acompañado á César desde Siria, Antipatro se volvió á Judea, y lo primero que hizo fué edificar otra vez los muros que habían sido derribados por Pompeyo, visitándolo todo porque no se levantasen algunas revueltas en todas aquellas regiones; amonestando una vez con consejo, otras amenazando, persuadiendo á todos que si creían y eran conformes con Hircano, vivirían en reposo, descansados y con abundancia de toda cosa, gozando cada uno de su bien y estado y de la paz común de toda la República; pero si se movían con la vana esperauza de aquellos que por hacerse ricos estaban deseando y aun buscando novedades y revueltas, entonces no lo habían de tener á él como procurador del reino, sino como á señor de todo; que Hircano sería entonces tirano en vez de rey, y habían de tener á César y á todos los Romanos por capitales cnemigos, los cuales les solían ser á todos muy buenos amigos y regidores, porque no habían de sufrir que se perdiese y menospreciase la potencia de éste, al cual ellos habían elegido por rey.

Pero aunque decía esto, todavía él por sí, viendo que Hircano era algo más negligente que se requería, ni para tanto cuanto el reino tenía necesidad, regia el Estado de toda la provincia, y lo tenía muy ordenado. Hizo capitán de los soldados el hijo suyo mayor, llamado Faseló, en Jerusalén y en todo su territorio, y á Herodes, que era menor y demasiado mozo, enviólo por capitán de Galilea, que tuviese el mismo cargo que el otro; y siendo por su naturaleza muy esforzado, halló presto materia y ocasión para mostrar y ejercitar la grandeza de su ánimo, porque habiendo preso al príncipe de los ladrones y salteadores, Ezequías, al cual halló robando con mucha

gente en las tierras cercanas á Siria, lo mató y á muchos otros ladrones que lo seguian. Fué esta cosa tan acepta y contentó tanto á los Sirios, que iba Herodes cantado y divulgado por boca de todos en los barrios y lugares, como que él les hubiese restituido y vuelto la paz y sus posesiones. Por la gloria, pues, de esta obra fué conocido por Sexto César, pariente muy cercano del gran César que estaba éntonces en la administración de toda Siria.

Faselo trabajaba por vencer con honesta contienda la virtuosa inclinación y el nombre que su hermano había ganado, acrecentando el amor que todos los de Jerusalén le tenían, y poseyendo esta ciudad, no hacía algo ni cometía cosa con la cual afrentase alguno con soberbia del poderoso cargo que tenia. Por esto era Antipatro obedecido y honrado con honras de rey, reconociéndolo todos como á señor, aunque no por esto dejó de ser tan fiel y tan amigo á Hircano como antes era.

Pero no es posible que estando uno en toda su prosperidad carezca de envidia, porque á Hircano le pesaba ver la honra y gloria de los mancebos, y principalmente las cosas hechas por Herodes, viéndose fatigar con tantos mensajeros y embajadores que levantaban y ensalzaban sus hechos; pero muchos envidiosos, que suelen ser enojosos y aun perjudiciales á los reyes, á los cuales dañaban la bondad de Antipatro y de sus hijos, lo movían é instigaban, diciendo que había dejado todas las cosas á Antipatro y á sus hijos, contentándose solamente con un pequeño lugar para pasar su vida particularmente con tener sólo el nombre de rey, de balde y sin provecho alguno, y que hasta cuándo le había de durar tal error de dejar alzar contra sí los otros por reyes; de manera que no se curaban ya de ser procuradores, sino que se

querían mostrar señores, prescindiendo de él, porque sin mandarlo él y sin escribírselo, había Herodes muerto tanta muchedumbre contra la ley de los Judíos, y que si Herodes no era ya rey, sino hombre particular, debía venir á ser juzgado por aquello, y por dar cuenta al Rey y á las leyes de su patria, las cuales no permiten ni sufren que alguno muera sin causa y sin ser condenado. Con estas cosas poco á poco encendían á Hircano, y á la postre, manifestando y descubriendo su ira, mandó llamar á Herodes, que viniese á defender su causa, y él, por mandárselo su padre, y con la confianza que las cosas que había hecho le daban, dejando gente de guarnición en Galilea, vino á ver al Rey. Venía acompañado con alguna gente esforzada y muy en orden, por no parecer que derogaba á Hircano si traía muchos, ó por no parecer desautorizado, y dar lugar á la envidia de éstos, si venía solo. Pero Sexto César, temiendo aconteciese algo al mancebo, y que sus enemigos, hallándolo, le hiciesen algún daño, envió mensajeros á Hircano que manifestamente le denunciasen que librase á Herodes del crimen y culpa que le ponían y levantaban de homicida ó matador. Hircano, que de sí lo amaba y deseaba esto mucho, absolviólo y dióle libertad.

Él entonces, pensando que había salido bien contra la voluntad del Rey, vinose á Damasco, adonde estaba Sexto, con ánimo de no obedecerle si otra vez fuese llamado. Los revolvedores y malos hombres trabajaban por revolver otra vez y mover á Hircano contra Herodes, diciendo que Herodes se había ido muy airado, por darse prisa para armarse contra él. Pensando Hircano ser esto así verdad, no sabía qué hacer, porque veía ser su enemigo más poderoso. Y como fuese Herodes publicado por capitán en toda Siria y Samaria por Sexto Cé-

ser, y no sólo fuese tenido por el favor que la gente le hacía por muy esforzado, pero aun también por sus propias fuerzas, vino á temerle en gran manera, pensando que luego en la misma hora había de mover su gente y traer el ejército contra él. Y no le engañó el pensamiento, porque Herodes, con la ira de cómo lo habían acusado, traía gran número de gente consigo á Jerusalén para quitar del reino á Hircano. Y lo hubiera ciertamente hecho así, si saliéndole al encuentro su padre y su hermano, no detuvieran su fuerza é ímpetu, rogando que se vengase con amenazarlos y con haberse enojado é indignado contra ellos; que perdonase al Rey, por cuyo favor había alcanzado el poder que tenía, que si por haber sido llamado y haber comparecido en juicio se enojaba y tomaba indignación, que hiciese gracias por haber sido librado, y no satisficiese sólo á la parte que le había enojado y causado desplacer; pero también que no fuese ingrato á la otra, que le había librado salvamente. Que si pensaba deberse tener cuenta con los sucesos de las guerras, considerase cuán inicua cosa es la malicia, y no se confiase del todo vencedor, habiendo de pelear con un rey muy allegado en amistad, y á quien él con razón debía mucho, pues no se había mostrado jamás con él cruel ni poderoso, sino que por consejo de malos hombres, y que mal les querían, había mostrado y tentado contra él una sola sombra de injusticia. Herodes fué contento y obedeció á lo que le dijeron, pensando que bastaba para lo que él confiaba, en haber mostrado á toda su nación su poder y fuerzas.

Estando en estas cosas levantóse una discordia y revuelta entre los Romanos estando cerca de Apania; porque Cecilio Baso, por favor de Pompeyo, había muerto con engaños á Sexto César, y se había apoderado de la

gente de guerra que Sexto tenía. Los otros capitanes de César perseguían con todo su poder á Baso, por vengar su muerte. A los cuales Antipatro con sus hijos socorrió. por ser muy amigo de entrambos; es á saber: del César muerto y del otro que vivía; y durando esta guerra, vino Marco de Italia, sucesor de Sexto, de quien antes hablamos.

IX.

De las discordias y diferencias de los Romanos después de la muerte de César, y de las asechanzas y engaños de Malico.

En el mismo tiempo se levantó gran guerra entre los Romanos por engaños de Casio y de Bruto, muerto César después de haber tenido aquel principado tres años y siete meses. Movido, pues, muy gran levantamiento por la muerte de éste, y estando los principales hombres muy discordes entre sí, cada uno se movía por su propia esperanza á lo que veían y pensaban ser lo mejor y más cómodo. Así vino Casio á Siria por ocupar y tomar bajo sí los soldados que estaban en el cerco de Apamia, donde hizo amigos á Marco y á toda la gente que estaba en discordia con Baso, y libró del cerco la ciudad. Llevándose el ejército, ponía pecho á las ciudades que por allí había, sin tener medida en lo que pedía. Habiendo, pues, mandado á los Judíos que ellos también le diesen setecientos talentos, temiendo Antipatro sus amenazas, dió cargo de llevar aquel dinero á sus hijos y amigos, y principalmente á un amigo suyo llamado Malico; tanto le apretaba la necesidad.

Herodes, por su parte, trajo de Galilea cien talentos,

con los cuales ganó el favor de Casio, por lo cual era contado por uno de los amigos suyos mayores. Pero reprendiendo á los demás porque tardaban, enojábase con las ciudades, y habiendo destruído por esta causa á Gophna y Amahunta y otras dos ciudades, las más pequeñas y que menos valían, venía como para matar á Malico, por haber sido más flojo y más remiso en buscar y pedir el dinero, de lo que él tenía necesidad. Pero Antipatro socorrió á la necesidad de éste y de las otras ciudades, amansando á Casio con cien talentos que le envió.

Después de la partida de Casio, no se acordó Malico de los beneficios que Antipatro le había hecho, antes buscaba peligros y ocasiones muchas para echar á perder á Antipatro, al cual solía él llamar defensor y protector suyo, trábajando por romper el freno de su maldad y quitar del mundo á aquel que le impedía que ejecutase sus malos deseos. De esta manera Antipatro, temiéndose de su fuerza, de su poder y de su maña, pasó el río Jordán, para allegar ejército con el cual se pudiese vengar de las injurias. Descubierta Malico, venció con su desvergüenza á los hijos de Antipatro, tomándolos descuidados, porque importunó á Faseló, que estaba por capitán en Jerusalén, y á Herodes, que tenía cargo de las armas, con muchas excusas y sacramentos que lo reconciliasen con Antipatro por intercesión y medio de ellos mismos. Y vencido otra vez nuevamente Marco por los ruegos de Antipatro, estando por capitán de la gente de guerra en Siria, fué perdonado Malico, habiendo Marco determinado matarlo, por haber trabajado en revolver las cosas é innovar el estado que tenían.

Guerreando el mancebo César y Antonio con Bruto y con Casio, Marco y Casio, que habían juntado un ejército

en Siria, por haberles ayudado mucho Herodes en tiempo que tenían necesidad, hácenlo procurador de toda Siria, dándole parte de la gente de á caballo y de á pie, y Casio le prometió que, si la guerra se acababa, pondría también en su regimiento todo el reino de Judea.

Pero después aconteció que la esperanza y fortaleza del hijo fuese causa de la muerte á su padre Antipatro. Porque Malico, por miedo de éstos, habiendo sobornado y corrompido á un criado de los del Rey, dándole mucho dinero le persuadió que le diese ponzoña junto con lo que había de beber. Y la muerte de éste después del convite fué premio y paga de la gran injusticia de Malico, habiendo sido varón esforzado y muy idóneo para el gobierno de las cosas, el cual había cobrado y conservado el reino para Hircano.

Viendo Malico enojado y levantado el pueblo por la sospecha que tenía de haber muerto con ponzoña al Rey trabajaba en aplacarlos con negar el hecho, y buscaba gente de armas para poder estar más seguro y más fuerte: porque no pensaba que Herodes había de cesar ni reposarse, sin venir con grande ejército, por vengar la muerte de su padre. Pero por consejo de su hermano Faselos, el cual decía que no le debían perseguir públicamente por no revolver el pueblo, y también porque Malico hacía diligencias para excusarse, recibiendo con la paciencia que mejor pudo la excusa y dándole libre de toda sospecha, celebró honradísimamente las exequias al enterramiento de su padre.

Vuelto después á Samaria, apaciguó la ciudad; que se había revuelto y casi levantado, y para las fiestas volviase á Jerusalén, habiendo primero enviado gente de armas, y acompañado de ella también: Hircano le prohibió llegar, persuadiéndoselo Malico por el miedo que

tenía que entrase con gente extranjera entre los ciudadanos que celebraban casta y santamente su fiesta. Pero Herodes, menospreciando el mandamiento y aun á quien se lo mandaba también, entróse de noche. Presentándosele Malico delante, lloraba la muerte de Antipatro. Herodes, por el contrario, padeciendo dentro de su ánima aquel dolor, disimulaba el engaño como mejor podía. Pero quejóse por cartas de la muerte de su padre con Casio, á quien era Malico por esta causa muy aborrecido. Respondióle finalmente, no sólo que se vengase de la muerte de su padre, sino también mandó secretamente á todos los tribunos y gobernadores que tenía bajo de su mando, que ayudasen á Herodes en aquella causa que tan justa era. Y porque después de tomada Laodicea venían á Herodes los principales con dones y con coronas, él tenía determinado este tiempo para la venganza. Malico pensaba que había esto de ser en Tiro, por lo cual determinó sacar á su hijo, que estaba entre los Tírios por rehenes, y huir él á Judea. Y por estar desesperado de su salud, pensaba cosas grandes y más importantes: porque confió que había de revolver la gente de los Judíos contra los Romanos, estando Casio ocupado en la guerra contra Antonio, y que echando á Hircano alcanzaría fácilmente el reino. Por lo que sus hados tenían determinado, se burlaba de su esperanza vana: porque sospechando Herodes fácilmente lo que había determinado éste en su ánimo y de cuanto trataba, llamó á él y á Hircano que viniesen á cenar con él, y luego envía uno de los criados con pretexto de que fuese á aparejar el convite; pero mandóle que fuese á avisar á los tribunos y gobernadores, que le saliesen como espías. Ellos entonces, acordándose de lo que Casio les había mandado, sálenle al encuentro, todos armados, á la

ribera cercana de la ciudad, y rodeando á Malico, diéronle tantas heridas, que lo mataron.

Espantóse Hircano y perdió el ánimo en oír esto; pero recobrándose algún poco y volviendo apenas en su sentido, preguntaba á Herodes que quién había muerto á Malico, y respondió uno de los tribunos que el mandamiento de Casio. «Ciertamente, dijo, Casio me guarda á mí y á mi reino salvo, pues él mató á aquel que buscaba la muerte á entrambos»; pero no se sabe si lo dijo de ánimo y de su corazón, ó porque el temor que tenía le hacía aprobar el hecho. Y de esta manera tomó Herodes venganza de Malico.

X.

Cómo fué Herodes acusado y cómo se vengó de la acusación.

Después que Casio salió de Siria, otra vez se levantó revuelta en Jerusalén, habiendo Félix venido con ejército contra Faselo y contra Herodes, queriendo, con la pena de su hermano, vengar la muerte de Malico. Sucedió por caso que Herodes vivía en este tiempo en Damasco, con el capitán de los Romanos Fabio; y deseando que Fabio le pudiese socorrer, enfermó de grave dolencia. En este medio, Faselo, sin ayuda de alguno, venció también á Félix é injuriaba á Hircano llamándolo ingrato, diciendo que había hecho las partes de Félix y había permitido que su hermano ocupase y se hiciese señor de los castillos de Malico, porque ya tenían muchos de ellos, y el más fuerte y más seguro, que era el de Masada.

Pero no le pudo aprovechar algo contra la fuerza de

Herodes, el cual, después que convalació, tomó todos los demás y dejóle ir de Masada, por rogárselo mucho y por mostrarse muy humilde; y echó á Marión, tirano de los Tirios, de Galilea, el cual poseía tres castillos, y perdonó la vida á todos los Tirios que había preso, y aun á algunos dió muchos dones y libertad para que se fuesen; ganando con esto la benevolencia y amistad de la ciudad, él por su parte, y haciendo aborrecer el tirano á los otros.

Este Marión había ganado la tiranía por Casio, que había puesto por capitanes en Siria muchos tiranos; pero por la enemistad de Herodes traíase consigo á Antigono, hijo de Aristóbulo, y á Ptolemeo, por causa de Fabio, el cual era compañero de Antigono, corrompido por dinero para áyudar á poner en efecto lo que tenía comenzado. Ptolemeo servía y proveía con todo lo necesario á su yerno Antigono.

Habiéndose armado contra éstos Herodes y dádoles la batalla cerca de los términos de Judea, hubo la victoria; y habiendo hecho huir á Antigono, vuélvese á Jerusalén y fué muy amado de todos, por haber tan prósperamente acabado todo aquello, en tanta manera, que aquellos que antes le eran enemigos y le menospreciaban, entonces se ofrecieron muy amigos á él, por la deuda y parentesco con Hircano. Porque este Herodes había ya mucho tiempo antes tomado por mujer una de las naturales de allí y noble, la cual se llamaba Doris, y había habido en ella un hijo llamado Antipatro. Y entonces estaba casado con la hija de Alejandro, hijo de Aristóbulo, y llamábase Mariamma, nieta de Hircano. hija de su hija, y por esto era muy amiga y familiar con el Rey.

Pero cuando Casio fué muerto en los campos Filipi-

cos, César se pasó á Italia y Antonio se fué á Asia. Habiendo las otras ciudades enviado embajadores á Antonio á Bitinia, vinieron también los principales de los Judíos á acusar á Faseló y á Herodes; porque poseyendo ellos todo lo que había, y haciéndose señores de todos, solamente dejaban á Hircano con el nombre honrado. Á lo cual respondió Herodes muy aparejado, y con mucho dinero supo aplacar de tal manera á Antonio, que después no podía sufrir una palabra de sus enemigos, y así se hubieron entonces de partir. Pero como otra vez hubiesen ido á Antonio, que estaba en Dasnes, ciudad cerca de Antiochía, enamorado ya de Cleopatra, cien varones de los más principales, elegidos por los Judíos más excelentes en elocuencia y dignidad, propusieron su acusación contra los dos hermanos, á los cuales respondía Mesala como defensor de aquella causa, estando presente Hircano por la afinidad y deudo.

Oídas, pues, ambas partes, Antonio preguntaba á Hircano cuáles fuesen los mejores para regir las cosas de aquellas regiones. Habiendo éste señalado á Herodes y sus hermanos más que á todos los otros, y muy lleno de placer porque su padre les había sido muy buen huésped, y recibido por Antipatro muy humanamente en el tiempo que vino á Judea con Gabinio, él los hizo y declaró á entrambos por tetrarcas, dejándoles el cargo y procuración de toda Judea. Tomando esto á mal los embajadores, prendió quince de ellos y púsoles en la cárcel, á los cuales casi también mató. A los otros todos echó con injurias, por lo cual se levantó mayor ruido en Jerusalén.

Por esta causa otra vez enviaron mil embajadores á Tiro, á donde estaba entonces Antonio aparejado para venir contra Jerusalén, y estando ellos gritando á voces

muy altas, el principal de los Tirios vino contra ellos, alcanzando licencia para matar á cuantos prendiese, pero mandado por mandamiento especial que tuviese cuidado de confirmar el poder de aquellos que habían sido hechos tetrarcas por consentimiento y aprobación de Antonio; antes que todo esto pasase, Herodes fué hasta la orilla de la mar, juntamente con Hircano, y amonestábalos con muchas razones, que no le fuesen á él causa de la muerte y de guerra á su patria y tierra, estando en contenciones y revueltas tan sin consideración. Pero indignándose ellos más, cuanta más razón les daban, Antonio envió gente muy en orden y muy bien armada, y mataron á muchos de ellos é hirieron á muchos, é Hircano tuvo por bien de hacer curar los heridos y dar á los muertos sepultura. Con todo, no por esto los que habían huido reposaban; porque perturbando y revolviendo la ciudad, movían é incitaban á Antonio para que matase también á todos los que tenía presos.

XI.

De la guerra de los Partos contra los Judíos, y de la huida de Herodes y de su fortuna.

Estando Barzafarnes, sátrapa de los Partos, apoderado hacia dos años de Siria, con Pacoro, hijo del rey Lisantias, sucesor de su padre Ptolemeo, hijo de Mineo, persuadió al sátrapa, después de haberle prometido mil talentos y quinientas mujeres, que pusiese á Antigono dentro del reino y que sacase á Hircano de la posesión que tenía. Movido pues, por este Pacoro hizo su camino por los lugares que están hacia la mar, y mandó

que Barzafarnes fuese por la tierra adentro. Pero la gente marítima de los Tirios echó á Pacoro, habiéndolo recibido los Ptolemaidos y los Sidonios. Él mandó á un criado que servia la copa al Rey y tenia su mismo nombre, dándole parte de su caballería, que fuera á Judea por saber lo que determinaban los enemigos, porque cuando fuese necesario pudiese socorrer á Antigono. Robando éstos á Carmelo y destruyéndolo, muchos judíos se venian á Antigono muy aparejados para hacerles guerra y echarlos de allí. Él, entonces, enviólos que tomasen el lugar llamado Drimos. Trabando allí la batalla, y habiendo echado y hecho huir los enemigos, venian aprisa á Jerusalén, y habiéndose aumentado mucho el número de la gente, llegaron hasta el palacio. Pero saliéndoles al encuentro Hircano y Faseló, pelearon valerosamente en medio de la plaza, y siendo forzados á huir, los de la parte de Herodes les hicieron recoger en el templo, y puso sesenta varones en las casas que habia por allí cerca, que los guardasen; pero el pueblo los quemó á todos, por estar airado contra los dos hermanos. Herodes, enojado por la muerte de éstos, salió contra el pueblo, mató á muchos, y persiguiéndose cada día unos á otros con asechanzas continuas, sucedian todos los días muchas muertes. Llegada después la fiesta que ellos llamaban Pentecostés, toda la ciudad estuvo llena de gente popular, y la mayor parte de ella muy armada. Faseló, en este tiempo, guardaba los muros, y Herodes, con poca gente, el Palacio Real: acometiendo un día á los enemigos súbitamente en un barrio de la ciudad, mató muchos de ellos é hizo huir los demás, cerrando parte de ellos en la ciudad, otros en el templo y otros en el postrer cerco ó muro:

En este medio Antigono suplicó que recibiesen á

Pacoro, que venía para tratar de la paz. Habiendo impetrado esto de Faseló, recibió al Parto dentro de su ciudad y hospedaje con quinientos caballeros, el cual venía con nombre y pretexto de querer apaciguar la gente que estaba revuelta, pero, á la verdad, su venida no era sino por ayudar á Antigono. Movi6 finalmente é incitó á Faseló engañosamente á que enviasen un embajador á Barzafarnes para tratar la paz, aunque Herodes era en esto muy contrario y trabajaba en disuadirlo, diciendo que matase á aquel que le habia de ser traidor, y amonestando que no confiase en sus engaños, porque de su natural los Bárbaros no guardan ni precian la fe ni lo que prometen. Salió también, por dar menos sospecha, Pacoro con Hircano, y dejando con Herodes algunos caballeros, los cuales se llaman Eleuteros, él, con los demás, seguía á Faseló.

Cuando llegaron á Galilea, hallaron los naturales de allí muy revueltos y muy armados, y hablaron con el sátrapa, que sabia encubrir harto astutamente, y con todo cumplimiento y muestras de amistad, los engaños que trataba. Después de haberles finalmente dado muchos dones, púsoles muchas espías y asechanzas para la vuelta. Llegados ellos ya á un lugar marítimo llamado Ecdipon, entendieron el engaño; porque allí supieron lo de los mil talentos que le habian sido prometidos, y lo de las quinientas mujeres que Antigono habia ofrecido á los Partos, entre las cuales estaban contadas muchas de las de ellos: que los Bárbaros buscaban siempre asechanzas para matarlos, y que antes fueran presos, á no ser porque tardaron algo más de lo que convenia, y por prender en Jerusalén á Herodes, antes que proveído sabiendo aquello, se pudiese guardar.

No eran ya estas cosas burlas ni palabras, porque

veía que las guardas no estaban muy lejos, y con todo, Faseló no permitió que desamparasen á Hircano, aunque Ofilio le amonestase muchas veces que huyese, á quien Saramala, hombre riquísimo entre los de Siria, había dicho cómo le estaban puestas asechanzas y tenía armada la traición. Pero él quiso más venir á hablar con el sátrapa y decirle las injurias que merecía en la cara, por haberle armado aquellas traiciones y asechanzas; y principalmente porque se mostraba ser tal por causa del dinero, estando él aparejado para dar más por su salud y vida, que no le había Antigono prometido por haber el reino. Respondiendo el Parto, y satisfaciendo á todo esto engañosamente, echando con juramento de sí toda sospecha, vino hacia Pacoro, y luego Faseló é Hircano fueron presos por aquellos partos que habían allí quedado mandados para aquel negocio, maldiciendo y blasfemando de él como de hombre pérfido y perjuro.

El copero de quien hemos arriba hablado, trabajaba en prender á Herodes, siendo enviado para esto sólo, y tentaba de engañarlo, haciéndolo salir fuera del muro, según le habían mandado. Herodes, que solía tener mala sospecha de los Bárbaros, no dudando que las cartas que descubriesen aquella traición y asechanzas hubiesen venido á manos de los enemigos, no quería salir, aunque Pacoro, fingiendo, pretendía que tenía harto idónea y razonable causa, diciendo que debía salir al encuentro á los que le traían cartas, porque no habían sido presos por los enemigos, ni se trataba en ellas algo de la traición y asechanzas, antes sólo lo que había hecho Faseló venía escrito en ellas. Pero ya hacía tiempo que Herodes sabía por otros cómo su hermano Faseló estaba preso, y la hija de Hircano, Mariamna, mujer prudentísima, le rogaba y suplicaba en gran manera que no sa-

liese ni se fiase ya en lo que manifiestamente mostraban que querían los Bárbaros.

Estando Patoro tratando con los suyos de qué manera pudiese secretamente armar la traición y asechanzas, porque no era posible que un varón tan sabio fuese salteado así á las descubiertas, una noche Herodes, con los más allegados y más amigos, vino á Idumea sin que los enemigos lo supiesen. Sabiendo esto los Partos, comiéndolo á perseguir, y él había mandado á su madre y hermanos, y á su esposa con su madre y al hermano menor, que se adelantasen por el camino adelante, y él, con consejo muy remirado, daba en los Bárbaros; y habiendo muerto muchos de ellos en las peleas, veníase á recoger aprisa al castillo llamado Masada, y allí experimentó que eran más graves de sufrir, huyendo, los Judíos, que no los Partos. Los cuales, aunque le fueron siempre molestos y muy enojosos, todavía también pelearon á sesenta estadios de la ciudad algún tiempo.

Saliendo Herodes con la victoria, habiendo muerto á muchos, honró aquel lugar con un lindo palacio que mandó edificar allí, y una torre muy fortalecida en memoria de sus nobles y prósperos hechos, poniéndole nombre de su propio nombre, llamándola Herodión.

Y como iba entonces huyendo así iba recogiendo gente y ganando la amistad de muchos. Después que hubo llegado á Tresa, ciudad de Idumea, salióle al encuentro su hermano Josefo, y persuadióle que dejase parte de la gente que traía, porque Masada no podría recoger tanta muchedumbre; llegaban bien á más de nueve mil hombres. Tomando Herodes el consejo de su hermano, dió licencia á los que menos le podían ayudar en la necesidad, que se fuesen por Idumea, proveyéndoles de lo necesario, y detuvo con él los más escogidos y más ami-

gos, y de esta manera fué recibido dentro del castillo.

Después, dejando allí ochocientos hombres de guarnición para defender las mujeres, y harto mantenimiento aunque los enemigos lo cercasen, él pasó á Pètra, ciudad de Arabia; pero los Partos, volviendo á dar saco á Jerusalén, entrábanse por las casas de los que huían, y en el Palacio Real, perdonando solamente á las riquezas y bienes de Hircano, que eran más de trescientos talentos, y hallaron mucho menos de lo que todos de los otros esperaban, porque Herodes, temiéndose mucho antes de la infidelidad de los Bárbaros, había pasado todo cuanto tenía entre sus riquezas que fuese precioso, y todos sus compañeros y amigos habían hecho lo mismo.

Después de haber ya los Partos gozado del saco, revolvieron toda la tierra y moviéronla á discordias y guerras; destruyeron también la ciudad de Marisa, y no se contentaron con hacer á Antígono rey, sino que le entregaron á Faseló y á Hircano para que los azotase. Éste quitó las orejas á Hircano con sus propios dientes á bocados, porque si en algún tiempo se libraba, sucediendo las cosas de otra manera, no pudiese ser pontífice; porque conviene que los que celebran las cosas sagradas, sean todos muy enteros de sus miembros. Pero con la virtud de Faseló fué prevenido Antígono, el cual, como no tuviese armas ni las manos sueltas, porque estaba atado, quebróse con una piedra que tenía allí cerca la cabeza, y murió; probando de esta manera cómo era verdadero hermano de Herodes, y cómo Hircanio había degenerado; murió varonilmente, alcanzando digna muerte de los hechos que había antes animosamente hecho. Dicese también otra cosa, que cobró su sentido después de aquella llaga, pero que Antígono envió un médico como porque lo curase, y le llenó la llaga de muy malas

ponzoñas, y de esta manera lo mató. Sea lo que fuere, todavía el principio de este hecho fué muy notable. Y dicese más: que antes que le saliese el alma del cuerpo, sabiendo por una mujercilla que Herodes había escapado libre, dijo: «Ahora partiré con buen ánimo, pues dejo quien me vengará de mis enemigos», y de esta manera Faseló murió.

Los Partos, aunque no alcanzaron las mujeres, que eran las cosas que más descaban, poniendo gran reposo, y apaciguando las cosas en Jerusalén con Antígono, lleváronse preso con ellos á Hircanio, á Parthia.

Pensando Herodes que su hermano vivía aún, venía muy obstinado á Arabia, por tomar dineros del Rey con los cuales solos tenía esperanzas de libertar á su hermano de la avaricia grande de los Bárbaros. Porque pensaba que si el Árabe no se acordaba de la amistad de su padre, y se quería mostrar más avaro y escaso de lo que á un ánimo liberal y franco convenia, él le pediría aquella suma de dinero, prestada por lo menos, para dar por el rescate de su hermano, dejándole por prendas al hijo, el cual él después libertaría; porque tenía consigo un hijo de su hermano, de edad de siete años, y había determinado ya dar trescientos talentos, poniendo por rogadores á los Tirios.

Pero la fortuna y desdicha se había adelantado antes al amor y afición buena del hermano, y siendo ya muerto Faseló, por demás era el amor que Herodes mostraba. Aun en los Arabes no halló salva ni entera la amistad que tener pensaba, porque Malico, Rey de ellos, enviando antes embajadores que se lo hiciesen saber, le mandaba que luego saliese de sus términos, fingiendo que los Partos le habían enviado embajadores que mandase salir á Herodes de toda Arabia; y la causa cierta de esto

fué porque había determinado negar la deuda que debía á Antipatro, sin volverle ni satisfacer en algo á sus hijos por tantos beneficios como de él había recibido, teniendo en aquel tiempo tanta necesidad de consuelo. Tenía hombres que le persuadian esta desvergüenza, los cuales querían hacer que negase lo que era obligado á dar Antipatro, y estaban cerca de él los más poderosos de toda Arabia. Por esto Herodés, al hallar que los Árabes le eran enemigos por esta causa por la cual él pensaba que le serían muy amigos, respondió á los mensajeros aquello que su dolor le permitió. Volvióse hacia Egipto, y en la noche primera, estando tomando la compañía de los que había dejado, apartóse en un templo que estaba en el campo. Al otro día, habiendo llegado á Rinocolura, fuéle contada la muerte de su hermano, recibiendo tan gran pesar, y haciendo tan gran llanto cuanto había ya perdido el cuidado de verlo; mas proseguía su camino adelante.

Pero tarde se arrepintió de su hecho el Árabe, aunque envió harto presto gente que volviese á llamar á aquel á quien él había antes echado con afrenta. Había ya en este tiempo Herodes llegado á Pelusio, é impidiéndole allí el paso los que eran atalayas de aquel negocio, vino á los regidores, los cuales, por la fama que de él tenían, y reverenciando su dignidad, acompañáronlo hasta Alejandría. Entrado que hubo en la ciudad, fué magníficamente recibido por Cleopatra, pensando que sería capitán de su gente para hacer aquello que ella pretendía y determinaba. Pero menospreciando los ruegos que la Reina le hacía, no temió la asperidad del invierno, ni los peligros de la mar pudieron estorbarle que navegase luego para Roma. Peligrando cerca de Panfilia, echó la mayor parte de la carga que llevaba, y apenas llegó salvo á Rodio, que

estaba muy fatigada entonces con la guerra de Casio. Recibido aquí por sus amigos Ptolemeo y Safinio, aunque padeciese gran falta de dinero, mandó hacer allí una gran galeaza, y llevado con ella él y sus amigos á Brundisio (hoy Brindis), y partiendo de allí luego para Roma, fué primeramente á ver con Antonio, por causa de la antigua amistad y familiaridad de su padre: y cuéntale la pérdida suya, y las muertes de todos los suyos, y cómo habiendo dejado á todos cuantos amaba en un castillo, y muy rodeados de enemigos, se había venido á él muy humilde, en medio del invierno, navegando.

Teniendo compasión y misericordia Antonio de la miseria de Herodes, y acordándose de la amistad que había tenido con Antipatro, movido también por la virtud del que le estaba presente, determinó entonces hacerle rey de Judea, al cual antes había hecho tetrarca ó procurador.

No se movía Antonio á hacer esto más por amor de Herodes que por aborrecimiento grande á Antigono. Porque pensaba y tenía por muy cierto que éste era sedicioso, y muy gran enemigo de los Romanos. Tenía, por otra parte, á César más aparejado, que entendía en rehacer el ejército de Antipatro, por lo que había sufrido con su padre estando en Egipto, y por el hospedaje y amistad que en toda cosa había hallado en él, teniendo también, además de todo lo dicho, cuenta con la virtud y esfuerzo de Herodes. Convocó al Senado, donde delante de todos Mesala, y después de éste Atratino, contaron los merecimientos que su padre había alcanzado del pueblo Romano, estando Herodes presente, y la fe y lealtad guardada por el mismo Herodes, y esto para mostrar que Antigono les era enemigo, y que no hacía poco tiempo que había mostrado con éste diferencias; sino que, despreciando al pueblo Romano, con la ayuda y consejo

de los Partos, había procurado alzarse con el reino. Movidó todo el Senado con estas cosas, como Antonio, haciendo guerra también con los Partos, dijese que sería cosa muy útil y muy provechosa que levantasen por rey á Herodes, todos en ello consintieron. Y acabado el consejo y consulta sobre esto, Antonio y César salian, llevando en medio á Herodes. Los cónsules y los otros magistrados y oficios Romanos iban delante, por hacer sus sacrificios y poner lo que el Senado había determinado en el Capitolio, y el primer dia del reinado de Herodes todos cenaron con Antonio.

XII.

De la guerra de Herodes, en el tiempo que volvía de Roma á Jerusalén, contra los ladrones.

En el mismo tiempo Antigono cercaba á los que estaban encerrados en Masada: éstos tenían todo mantenimiento en abundancia, y faltábales el agua: por lo cual determinaba Josefo huir de allí á los Árabes con doscientos amigos y familiares, habiendo oído y entendido que á Malico le pesaba por lo que había cometido contra Herodes: y hubiera sin duda desamparado el castillo, si la tarde de la misma noche que había determinado salir, no lloviera y sobrevinieran muy grandes aguas. Porque, pues, los pozos estaban ya llenos, no tenían razón de huir por falta de agua: pudo esto tanto, que ya osaban salir de grado á pelear con la gente de Antigono, y mataban á muchos, á unos en pública pelea, y á otros con asechanzas, pero no siempre les acontecian ni sucedian las cosas según ellos confiaban, porque algunas veces se volvian descalabrados.

Estando en esto, fué enviado un capitán de los Romanos, llamado por nombre Ventidio, con gente que detuviese á los Partos que no entrasen en Siria, y vino siguiéndolos hasta Judea, diciendo que iba á socorrer á Josefo y á los que con él estaban cercados; pero á la verdad, no era su venida sino por quitar el dinero á Antígono. Habiéndose, pues, detenido cerca de Jerusalén, y recogido el dinero que pudo y quiso, se fué con la mayor parte del ejército. Dejó á Silón con algunos, porque no se conociese su hurto si se iba con toda la gente. Pero confiado Antígono en que los Partos le habían de ayudar, otra vez trabajaba en aplacar á Silón; dándole esperanza, para que no moviese alguna revuelta ó desasosiego.

Llegado ya Herodes por la mar á Ptolemaida desde Italia, habiendo juntado no poco número de gente extranjera, y de la suya, venia con gran prisa por Galilea contra Antígono, confiado en el socorro y ayuda de Ventidio y de Silón, á los cuales Gelio, enviado por Antonio, persuadió que acompañasen y pusiesen á Herodes dentro del reino. Ventidio apaciguaba todas las revueltas que habían sucedido en aquellas ciudades por los Partos, y Antígono había corrompido con dinero á Silón dentro de Judea. Pero no tenía Herodes necesidad de su socorro ni de ayuda, porque de día en día, cuanto más andaba, tanto más se le acrecentaba el ejército, en tanta manera, que toda Galilea, exceptuando muy pocos, se vino á juntar con él, y él tenía determinado venir primero á lo más necesario, que era Masada, por librar del cerco á sus parientes y amigos; pero Jope le fué gran impedimento, porque antes que los enemigos se apoderasen de ella, determinó ocuparla, á fin que no tuviesen allí recogimiento mientras él pasase á Jerusalén. Silón junta sus escuadrones y toda la gente, contentándose mucho con haber

ocasión de resistir, porque los Judíos le apretaban y perseguían. Pero Herodes los hizo huir á todos espantados, con haber corrido un pequeño escuadrón, y sacó de peligro á Silón, que mal sabía resistir y defenderse.

Después de tomada Jope, iba muy aprisa por librar á su gente, que estaba en Masada, juntando consigo muchos de los naturales: unos por la amistad que habían tenido con su padre, otros por la gloria y buen nombre que había alcanzado, otros por corresponder á lo que eran debidamente á uno y otro obligados; pero los más por la esperanza, sabiendo que ciertamente era Rey.

Había, pues, ya buscado las compañías de soldados más fuertes y esforzados, mas Antígono le era gran impedimento en su camino, ocupándole todos los lugares oportunos con asechanzas, con las cuales no dañaba, ó en muy poco, á sus enemigos.

Librados de Masada los parientes y prendas de Herodes y todas sus cosas, partió del castillo hacia Jerusalén, juntándose con la gente de Silón y con muchos otros de la ciudad, amedrentados por ver su gran poder y su fuerza. Asentando entonces su campo hacia la parte occidental de la ciudad, las guardas de aquella parte trabajaban en resistirle con muchas saetas y dardos que tiraban; algunos otros corrían á cuadrillas, y acometían la gente que estaba en la vanguardia. Pero Herodes mandó primero declarar á pregón de trompeta, alrededor de los muros, cómo había venido por bien y salud de la ciudad, y que de ninguno, por más que le hubiese sido enemigo, había de tomar venganza; antes había de perdonar aun á los que le habían movido mayor discordia y le habían ofendido más. Como, por otra parte, los que favorecían á Antígono se opusiesen á

esto con clamores y hablas, de tal manera que ni pudiesen oír los pregones, ni hubiese alguno que pudiese mudar su voluntad, viendo Herodes que no había remedio, mandó á su gente que derribase á los que defendían los muros, y ellos luego con sus saetas los hicieron huir á todos. Y entonces fué descubierta la corrupción y engaño de Silón. Porque sobornados muchos soldados para que diesen grita que les faltaba lo necesario, y pidiesen dinero para proveer de mantenimientos, movía é incitaba el ejército á que pidiese licencia para recogerse en lugares oportunos para pasar el invierno, porque cerca de la ciudad había unos desiertos proveídos ya mucho antes por Antigono, y aun él mismo trabajaba por retirarse. Herodes, no sólo á los capitanes que seguían á Silón, pero también á los soldados, viniendo adonde veía que había muchedumbre de ellos, rogaba á todos que no le faltasen, ni le quisiesen desamparar, pues sabían que César y Antonio le habían puesto en aquello, y ellos por su autoridad lo habían traído, prometiendo sacarlos en un día de toda necesidad. Después de haber impetrado esto de ellos, sálese á correr por los campos, y dióles tanta abundancia de mantenimientos y de toda provisión, que venció y deshizo todas las acusaciones de Silón, y proveyendo que de allí adelante no les pudiese faltar algo, escribía á los moradores de Samaria, porque esta ciudad se había entregado y encomendado á su fe y amistad, que trajesen hacia la Hiericunta toda provisión de vino, aceite y ganado.

Al saber esto Antigono, luego envió gente que prohibiese sacar el trigo y provisiones para sus enemigos, y que matase á cuantos hallase por los campos. Obedeciendo, pues, á este mandamiento, habíase ya juntado gran escuadrón de gente muy armada sobre Hiericunta.

Estaban apartados unos de otros en aquellos montes, acechando con gran diligencia si verían algunos que trajesen alguna provisión de la que tenían tanta necesidad. Pero en esto no estaba Herodes ocioso, antes acompañado con diez escuadrones ó compañías de gentes, cinco de Romanos y cinco de los Judíos, entre los cuales había trescientos mezclados de los que recibían sueldo, y con algunos caballos, llegó á Hiericunta, y halló que estaba la ciudad vacía y sin quien habitase en ella, y que quinientos, con sus mujeres y familia, se habían subido á lo alto de sus montes, prendiéndolos á éstos y después los libró; pero los Romanos echáronse á la ciudad y saqueáronla, hallando las casas muy llenas de todo género de riqueza, y el Rey, habiendo dejado allí gente de guarnición, volviéndose y dió licencia á los soldados romanos que se pudiesen recoger á pasar el invierno en aquellas ciudades que se le habían dado, es á saber, en Idumea, Galilea y en Samaria.

Antigono también alcanzó, por haber sido corrompido Silón, que los Lidenses tomasen parte del ejército en su favor. Estando, pues, los Romanos sin algún cuidado de las armas, abundaban de toda cosa, sin que les faltase algo. Pero Herodes no reposaba ni se estaba descuidado, antes fortaleció á Idumea con dos mil hombres de á pie y cuatrocientos caballos, enviando con ellos á su hermano Josefo, porque no tuviesen ocasión de mover alguna novedad ó revuelta con Antigono. Él, pasando su madre y todos sus parientes y amigos, los cuales había librado de Masada, á Samaria, y puesta allí muy seguramente, partió luego para destruir lo restante de Galilea, y acabar de echar todas las guarniciones y compañías de Antigono. Y habiendo llegado á Seforis, aunque con grandes nieves, tomó fácilmente la ciudad,

puesta en huida la gente de guarda antes que él llegase y su ejército. Porque venia, con el invierno y tempestades, algo fatigado y habiendo allí gran abundancia de mantenimientos y provisiones, determinó ir contra los ladrones que estaban en las cuevas que por allí había, los cuales hacían no menos daño á los que moraban en aquellas partes, que si sufrieran entre ellos muy gran matanza y guerras.

Enviando delante tres compañías de á pie y una de á caballo al lugar llamado Arbela, en cuarenta días, con lo demás del ejército él fué con ellos. Pero los enemigos no temieron su venida, antes muy en orden le salieron al encuentro, confiados en la destreza de hombres de guerra y en la soberbia y ferocidad que acostumbran á tener los ladrones. Dándose después la batalla, los de la mano derecha de los enemigos hicieron huir á los de la mano izquierda de Herodes. Saliendo él entonces por la mano derecha, y rodeándolos á todos muy presto, les socorrió é hizo detener á los suyos que huían, y dando de esta manera en ellos, refrenaba el ímpetu y fuerza de sus enemigos, hasta tanto que los de la vanguardia faltaron con la gran fuerza de la gente de Herodes; pero todavía los perseguía peleando siempre hasta el Jordán, y muerta la mayor parte de ellos, los que quedaban se salvaron pasando el río. De esta manera fué librada del miedo que tenía Galilea, y porque se habían recogido algunos y quedado en las cuevas, se hubieron de detener algún tiempo.

Herodes, lo primero que hacía era repartir el fruto que se ganaba con trabajo entre todos los soldados; daba á cada uno ciento cincuenta dracmas de plata, y á los capitanes enviábales mucho mayor suma para pasar el invierno. Escribió á su hermano el menor, Ferora, que

mirase en el mercado cómo se vendían las cosas y cercase con muro el castillo de Alejandro, lo cual todo fué por él hecho.

En este tiempo, Antonio estaba en Atenas, y Ventidio envió á llamar á Silón y á Herodes para la guerra contra los Partos; mandóles por sus cartas que dejasen apaciguadas las cosas de Judea y de todo aquel reino antes que de allí saliesen. Pero Herodes, dejando ir de grado á Silón á verse con Ventidio, hizo marchar su ejército contra los ladrones que estaban en aquellas cuevas. Estaban estas cuevas y retraimientos en las alturas y hendiduras de los montes, muy dificultosas de hallar, con muy difícil y muy angosta entrada; tenían también una peña que de la vista de ella y delantera, llegaba hasta lo más hondo de la cueva, y venía á dar encima de aquellos valles; eran pasos tan dificultosos, que el Rey estaba muchas veces en gran duda de lo que se debía hacer. A la postre quiso servirse de un instrumento harto peligroso, porque todos los más valientes fueron puestos abajo á las puertas de las cuevas, y de esta manera los mataban á ellos y á todas sus familias, metiéndoles fuego si les querían resistir. Y como Herodes quisiese librar algunos, mandólos llamar con son de trompetas, pero no hubo alguno que se presentase de grado; antes, cuantos él había preso, todos, ó la mayor parte, quisieron mejor morir que quedar cautivos. Allí también fué muerto un viejo, padre de siete hijos, el cual mató á los mozos junto con su madre, porque le rogaban los dejase salir á los conciertos prometidos, de esta manera: mandólos salir cada uno por sí, y él estaba á la puerta, y como salía cada uno de los hijos, lo mataba. Viendo esto Herodes de la otra cueva adonde estaba, moriase de dolor y tendía las manos, rogándole

que perdonase á sus hijos. Pero éste, no haciendo cuenta de lo que Herodes le decía, con no menos crueldad acabó lo que había comenzado, y además de esto reprendía é injuriaba á Herodes por haber tenido el ánimo tan humilde. Después de haber éste muerto á sus hijos, mató á su mujer, y despeñando los que había muerto, él mismo también últimamente se despeñó. Habiendo Herodes, muerto ya, y quitado todos aquellos peligros que en aquellas cuevas había, dejando la parte de su ejército que pensó bastar para prohibir toda rebelión en aquellas tierras, y por capitán de ella á Ptolemeo, volvióse á Samaria con tres mil hombres muy bien armados y seiscientos caballos para ir contra Antígono.

Viendo ocasión los que solían revolver á Galilea, con la partida de Herodes, acometiendo á Ptolemeo, sin que él tal temiese ni pensase, le mataron. Talaban y destruían todos los campos, recogién dose á las lagunas y lugares muy secretos. Sabiendo esto Herodes, socorrió con tiempo y los castigó, matando grau muchedumbre de ellos. Librados ya todos aquellos castillos del cerco que tenían, por causa de esta mutación y revueltas, pidió á las ciudades que le ayudasen con cien talentos.

Echados ya los Partos y muerto Pacoro, Ventidio, amonestado por letras de Antonio, socorrió á Herodes con mil caballos y dos legiones de soldados: Antígono envió cartas y embajadores á Machera, capitán de esta gente, que le viniese á ayudar, quejándose mucho de las injurias y sinrazón que Herodes les hacia, prometiendo darle dinero. Pero éste, no pensando que debía dejar aquellos á los cuales era enviado, principalmente dándole más Herodes, no quiso consentir en su traición, aunque fingiendo amistad, vino por saber el consejo y determinaciones de Antígono, contra el consejo de He-

rodes, que se lo disuadía. Entendió Antígono lo que Machera había determinado, y lo que trataba, cerróle la ciudad, y echáhalo de los muros, como á enemigo suyo, hasta tanto que el mismo Machera se afrentó de lo que había comenzado, y partió para Amatón, donde estaba Herodes. Y enojado porque la cosa no le había sucedido según él confiaba, venía matando á cuantos Judíos hallaba, sin perdonar ni aun á los de Herodes, antes los trataba como á los mismos de Antígono.

Sintiéndose por esto Herodes, quiso tomar venganza de Machera como de su propio enemigo; pero detuvo y disimuló su ira, determinando de venir á verse con Antonio, por acusar la maldad é injusticia de Machera. Éste, pensando en su delito, vino al alcance del Rey, é impetró de él su amistad con muchos ruegos.

Pero no mudó Herodes su parecer en lo de su ida, antes proseguía su camino por verse con Antonio. Y como oyese que estaba con todas sus fuerzas peleando por ganar á Samosata, ciudad muy fuerte cerca del Eufrates, dábale mayor prisa por llegar allá, viendo que era este el tiempo y la oportunidad para mostrar su virtud y valor, para acrecentar el amor y amistad de Antonio para con él. Así, en la hora que llegó, luego dió fin al cerco, matando á muchos de aquellos bárbaros, y tomando gran parte del saco y de las cosas que habían allí robado de los enemigos, de tal manera, que Antonio, aunque antes tenía en mucho y se maravillaba por su esfuerzo, fué entonces nuevamente muy confirmado en su opinión, aumentando mucho la esperanza de sus honras y de su reino. Antioco fué con esto forzado á entregar y rendir á Samosata.

XIII.

De la muerte de Josefo; del cerco de Jerusalén puesto por Herodes, y de la muerte de Antígono.

Estando ocupados en esto, las cosas de Herodes en Judea sucedieron muy mal. Porque había dejado á Josefo, su hermano, por Procurador general de todo, y habíale mandado que no moviese algo contra Antígono antes que él volviese, porque no tenía por firme la amistad y socorro de Machera, según lo que antes había en sus faltas experimentado. Pero Josefo, viendo que su hermano estaba ya lejos de allí, olvidado de lo que le había tanto encomendado, vino para Hiericunta con cinco compañías que había enviado Machera con él, para que al tiempo y sazón de las mieses robase todo el trigo. Y tomádo en medio de los enemigos por aquellos lugares montañosos y ásperos, él también murió, alcanzando en aquella batalla nombre y gloria de varón muy fuerte y muy esforzado, y perecieron con él todos los soldados romanos. Las compañías que se habían recogido en Siria, eran todas de bisoños, y no tenían algún soldado viejo entre ellas que pudiese socorrer á los que no eran ejercitados en la guerra.

No se contentó Antígono con esta victoria; antes recibió tan grande ira, que tomando el cuerpo muerto de Josefo, lo azotó y le cortó la cabeza, aunque el hermano Feroras le diese por redimirlo cincuenta talentos.

Sucedió después de la victoria de Antígono en Galilea, que los que favorecían más á la parte de éste, sacando los mayores amigos y favorecedores de Herodes,

los ahogaban en una laguna: mudábanse también con muchas novedades las cosas en Idumea, estando Machera renovando los muros de un castillo llamado Gita, y Herodes no sabía algo de todo cuanto pasaba; porque habiendo Antonio preso á los de Samosata, y hecho capitán de Siria á Sosio, mandóle que ayudase con su ejército á Herodes contra Antigonó, y él fuese á Egipto. Así Sosio, habiendo enviado delante dos compañías á Judea, de las cuales Herodes se sirviese, venia él después poco á poco siguiendo con toda la otra gente. Y estando Herodes cerca de la ciudad de Dafnis, en Antioquia, soñó que su hermano había sido muerto; y como se levantase turbado de la cama, los mensajeros de la muerte del hermano entraron por su casa. Por lo cual, quejándose un poco con la grandeza del dolor, dejando la mayor parte de su llanto para otro tiempo, veníase con mayor prisa de lo que sus fuerzas podían, contra los enemigos, y cuando llegó al monte Libano tomó consigo ochocientos hombres de los que vivían por aquellos montes; y juntando con ellos una compañía de Romanos, una mañana, sin que tal pensasen, llegó á Galilea y desbarató á los enemigos que halló en aquel lugar, y trabajaba muy continuamente por tomar combatiendo aquel castillo donde sus enemigos estaban. Pero antes que lo ganase, forzado por la aspereza del invierno, hubo de apartarse y recogerse con los suyos al primer barrio ó lugar.

Pocos días después, acrecentado el número de su gente con otra compañía más, la cual había enviado Antonio, movió á tan gran espanto á los enemigos, que les hizo una noche desamparar el castillo muy amedrentados. Pasaba, pues, ya por Hiericunta, con gran prisa por poderse vengar muy presto de los matadores de su her-

mano, donde también le aconteció un caso maravilloso y casi monstruoso; mas librándose de él contra lo que él confiaba, alcanzó y vino á creer que Dios le amaba; porque como muchos hombres de honra hubiesen cenado con él aquella noche, después que acabado el convite todos se fueron, seguidamente el cenáculo aquel, donde habían cenado, se asoló.

Tomando esto por señal común y buen agüero, tanto para los peligros que esperaba pasar, cuanto para los sucesos prósperos en lo que tocaba á la guerra que determinaba hacer, luego á la mañana hace marchar su gente, y descendiendo cerca de seis mil hombres de los enemigos por aquellos montes, acometía los primeros escuadrones. No osaban ellos trabar ni asir con los Romanos; pero de lejos con piedras y saetas los herian y maltrataban: aquí fué también herido Herodes en un costado con una saeta.

Y deseando Antigono mostrarse, no sólo más valiente con el esfuerzo de los suyos, pero aun también mayor en el número, envió á uno de sus domésticos, llamado Papo, con un escuadrón de gente á Samaria, á los cuales Machera habla de ser el premio de la victoria.

Habiendo, pues, Herodes corrido la tierra de los enemigos, tomó cinco lugares y mató dos mil vecinos y habitantes de ellos; y habiendo quemado todas las casas, volvió á su ejército, que iba hacia el barrio ó lugar llamado Caná.

Acrescentábasele cada día el ejército con la muchedumbre de Judíos que se le juntaban, los cuales salían de Hiericunta y de las otras partes de toda aquella región, moviéndose unos por aborrecer á Antigono, y otros por los hechos memorables y gloriosos de Herodes. Había muchos otros que sin razón ni causa, sólo por ser amigo

de novedades y de mudar señores, se juntaban con él.

Apresurándose Herodes por venir á las manos con la gente de Papo, sin temer la muchedumbre de los enemigos y la fuerza que mostraban, salia muy animosamente por la otra parte á la batalla; pero trabándose los escuadrones, vinieron á detenerse algún poco todos. Peleando Herodes con mayor peligro, acordándose de la muerte de su hermano, sólo por vengarse de los que lo habian muerto, fácilmente venció á la gente contraria. Viniendo después sobre los otros nuevos que estaban aún enteros, hizolos huir á todos, y era muy grande la carnicería y muertes que se hacian. Siendo los otros forzados á recogerse al lugar de donde habian salido, Herodes era el que más los perseguía; y persiguiéndolos, mataba á muchos. A la postre, echándose por entre los enemigos que iban de huída, entró en el lugar, y hallando todas las casas llenas de gente muy armada y los tejados con hombres que trabajaban por defenderse, á los que de fuera hallaba los vencía fácilmente, y buscando en las casas, sacaba los que se habian escondido, y á otros mataba derribándolos: de esta manera murieron muchos. Pero si algunos se iban huyendo, la gente que estaba armada los recibía matándolos á todos; vino á morir tanta multitud de hombres, que los mismos vencedores no podian salir de entre los cuerpos muertos. Tantó asustó esta matanza á los enemigos, que viendo á tantos muertos de dentro, los que quedaban con vida quisieron huir, y Herodes, confiado en estos sucesos, luego viniera á Jerusalén si no fuera detenido por la aspereza grande del invierno; porque éste le impidió que pudiese perfectamente gozar de su victoria, y fué causa que Antígono no quedara del todo desbaratado, vencido y muerto, estando ya con pensamiento de dejar la ciudad. Y como venia la noche, He-

rodes dejó ir á sus amigos, por dar algún poco de descanso á sus cuerpos, que estaban muy trabajados y muy calurosos de las armas, y fué á lavarse según la costumbre que tenían los soldados, siguiéndole un muchacho solo. Antes de llegar al baño vino uno de los enemigos al encuentro muy armado, y luego otro y otro, y muchos. Éstos habían huído, todos armados, de su escuadrón al baño; pero amedrentados al ver al Rey, y escondiéndose todos temblando, dejáronlo estando él desarmado, buscando aprisa por dónde librarse. Como no hubiese quién los pudiera prender, contentándose Herodes con no haber recibido daño alguno de ellos, todos huyeron.

Al siguiente día mandó degollar á Papo, capitán de la gente de Antigono, y envió su cabeza á Ferora, su hermano, capitán del ejército, por venganza de la muerte de su hermano, porque Papo era el que había muerto á Josefo.

Pasado después el rigor del invierno, volvióse á Jerusalén y cercó los muros con su gente, porque ya era el tercer año que él era declarado por Rey en Roma, y puso la mayor fuerza suya hacia la parte del templo por donde pensaba tener más fácilmente entrada, y Pompeyo había tomado antes la ciudad. Dividido, pues, en partes su ejército, y dado á cada parte en qué se ejercitase, mandó levantar tres montezuelos, sobre los cuales edificó tres torres; y dejando los más diligentes de sus amigos porque tuviesen cargo de dar prisa en acabar aquello, él fué á Samaria por tomar la mujer con la cual se había desposado, que era la hija de Aristóbulo, hijo de Alejandro, para celebrar sus bodas mientras estaban en el cerco, menospreciando ya á sus enemigos. Hecho esto, vuélvese luego á Jerusalén con mucha más gente, y juntóse con él Sosio con gran número de caballos y de infantería, el

cual, envían lo delante su gente por tierra, se fué por Fenicia.

Juntándose después todo el ejército, que serían once legiones de gente de á pie y seis mil caballos, sin el socorro de los Siros, que no eran pocos, pusieron el campo cerca del muro, á la parte septentrional, confiándose Herodes en la determinación del Senado, por la cual había sido declarado por Rey, y Sosio en Antonio, que le había enviado con aquella gente que viniese en ayuda de Herodes.

Los judíos de dentro de la ciudad estaban en este tiempo muy perturbados, porque la gente que era para menos vino cerca del templo, y como furiosos todos, parecía que divinamente adivinaban ó profetizaban muchas cosas de los tiempos: los que eran algo más atrevidos, juntados en partes, iban robando por toda la ciudad, y principalmente en los lugares que por allí había cerca, robando lo que les era necesario para mantenerse, sin dejar mantenimiento ni para los hombres ni para los caballos. Y puestos los más esforzados contra los que los cercaban, estorbaban é impedían la obra de aquellos montezuelos, y no les faltaba jamás algún nuevo impedimento contra la fuerza é instrumentos de los que los cercaban. Aunque no se mostraban en algo más diestros que en las minas que les hacían, el Rey pensó cierta cosa con la cual sus soldados prohibiesen los hurtos y robos que los Judíos les hacían, y para impedir sus correrías, hizo que fuesen proveídos de mantenimientos traídos de partes muy lejos. Aunque los que resistían y peleaban vencían á todo esfuerzo, todavía eran vencidos con la destreza de los Romanos; mas no dejaban de pelear con éstos descubiertamente aunque viesan la muerte muy cierta. Pero saliendo ya los Romanos de improviso por las minas que

habían hecho, antes que se derribase algo de los muros, guarnecían la otra parte y no faltaban ni con sus manos ni con sus máquinas é instrumentos en algo, porque habían determinado resistirles en todo lo que posible les fuese.

Estando, pues, de esta manera, sufrieron el cerco de tantos millares de hombres por espacio de cinco meses, hasta tanto que algunos de los escogidos por Herodes, osando pasar por el muro, dieron en la ciudad, y luego los centuriones de Sosio los siguieron. Primero, pues, tomaron de esta manera todo lo que más cerca estaba del templo, y entrando ya todo el ejército, hacíase gran matanza en todas partes, pues estaban enojados los Romanos por haberse detenido tanto tiempo en el cerco; y el escuadrón de Herodes, siendo todo de judíos, estaba muy dispuesto á que ninguno de los enemigos escapase con la vida, y mataban á muchos al recogerse por los barrios más estrechos de la ciudad, y á otros forzados á esconderse en las casas; y también aunque huyesen al templo, sin misericordia ni de viejos ni de mujeres, eran todos universalmente muertos. Aunque el Rey enviase á todas partes y rogase que los perdonasen, no por eso había alguno que se refrenase ó detuviese en ello, antes como furiosos perseguían á toda edad y sexo.

Antígono bajó de su casa también sin pensar en la fortuna que en tiempo pasado había tenido ni aun en la del presente, y echóse á los pies de Sosio; pero éste, sin tener compasión, por causa de tan gran mudanza en las cosas, burlóse sin vergüenza de él, y por escarnio lo llamó como mujer, Antígona, pero no lo dejó como á tal sin guardas: y así lo guardaban á éste muy atado. Habiendo, pues, Herodes vencido los enemigos, proveía en hacer detener la gente de socorro, porque todos los extranjeros

tenían muy gran deseo de ver el templo y las cosas santas que ellos tanto guardaban. Por esta causa los detenía á unos con amenazas, á otros con ruegos y á otros con castigo, pensando que le sería más amarga y cruel la victoria que si fuera vencido, si por su culpa se viese aquello que no era lícito ni razonable que fuese visto.

También prohibió el saco en la ciudad, diciendo con enojo muchas cosas á Sosio, si vaciando los hombres y los bienes de la ciudad, los Romanos lo dejaban Rey de las paredes solas, juzgando por cosa vil y muy apocada el imperio de todo el universo, si con muertes y estrago de tantas vidas de hombres y ciudadanos se había de alcanzar. Pero respondiendo él que era cosa muy justa que los soldados, por los trabajos que habían tenido en el cerco robasen y saqueasen la ciudad, prometió entonces Herodes que él satisfaría á todos con sus propios bienes. Y redimiendo de esta manera lo que quedaba en la tierra, satisfizo á todo lo que había prometido, porque dió muchos dones á los soldados, según el merecimiento de cada uno, y á los capitanes, y remuneró como Rey muy realmente á Sosio, de tal modo, que ninguno quedó descontento.

Después de esto Sosio volvió de Jerusalén, habiendo ofrecido á Dios una corona de oro, y llevándose consigo para presentarlo á Antonio, muy atado, á Antígono, que confiando vanamente cada día que había de alcanzar la vida, fué dignamente descabezado.

El rey Herodes entonces, dividiendo la gente de la ciudad, trataba muy honradamente á los que favorecían su bando, por hacerlos amigos, y mataba á los que favorecían á Antígono. Faltándole el dinero, envió á Antonio y á sus compañeros todas cuantas joyas y ornamentos tenía; pero con esto no pudo redimirse ni librarse del todo

que no sufriese algo, porque ya estaba Antonio corrompido con los amores de Cleopatra, y se había dado á la avaricia en toda cosa. Cleopatra, después que hubo perseguido toda su generación y parientes de tal manera que ya casi no le quedaba ninguno, pasó la rabiosa saña que tenía contra los extranjeros, y acusando á los principales de Siria, persuadía á Antonio que los matase, para que de esta manera alcanzase y viniese seguramente á gozar de cuanto poseían. Después que hubo extendido su avaricia hasta los Judíos y Arabes, trataba escondidamente que matasen á los Reyes de ambos reinos, es á saber, á Herodes y á Malico, y aunque de palabra se lo concediese Antonio, tuvo por cosa muy injusta matar Reyes tan grandes y tan buenos hombres; pero no los tuvo ya más por amigos, antes les quitó mucha parte de sus señoríos y de las tierras que poseían, y dióle aquella parte de Hiericunta adonde se cria el bálsamo, y todas las ciudades que están dentro del rio Eleutero, exceptuando solamente á Tiro y á Sidón. Hecha señora de todo esto, vino hasta el rio Eufrates siguiendo á Antonio, que hacia guerra con los Partos, y vínose por Apamia y por Damasco á Judea.

Aunque hubiese Herodes con grandes dones y presentes aplacado el ánimo de ésta, muy enojada contra él, todavía alcanzó de ella que le arrendase la parte que de su tierra y posesiones le habia quitado, por doscientos talentos cada año; y aplacándola con toda amistad y blandura de palabras, acompañóla hasta Pelusio. Antes que pasase mucho tiempo, Antonio volvió de los Partos, y traía por presente y don á Cleopatra á Artabazano, hijo de Tigrano, el cual le presentó con todo el dinero y saco que habia hecho.

XIV.

De las asechanzas de Cleopatra contra Herodes, y de la guerra de Herodes contra los Arabes, y un muy grande temblor de la tierra que entonces aconteció.

Movida la guerra Acciaca, Herodes estaba aparejado para ir con Antonio, librado ya de todas las revueltas de Judea y habido á Hircanio, el cual lugar poseía la hermana de Antigonó; pero fué muy astutamente detenido, porque no le cupiese parte de los peligros de Antonio. Como dijimos arriba, acechando Cleopatra á quitar la vida á los Reyes, persuadió á Antonio que diese cargo á Herodes de la guerra contra los Arabes, para que, si los venciese, fuese hecha señora de toda Arabia, y si era vencido, le viniese el señorío de toda Judea, y de esta manera castigaría un poderoso con el otro.

Pero el consejo de ésta sucedió prósperamente á Herodes, porque primero con su ejército y caballería, que era muy grande, vino contra los Siros, y enviándolo cerca de Diospoli, por más varonil y esforzadamente que le resistiesen, los venció. Vencidos éstos, luego los Arabes movieron gran revuelta, y juntándose un ejército casi infinito, fué á Canatam, lugar de Siria, por aguardar á los Judíos.

Como Herodes los quisiese acometer aquí, trabajaba de hacer su guerra muy atentadamente y con consejo, y mandaba que hiciesen muro por delante de todo su ejército y de sus guarniciones. Pero la muchedumbre del ejército no le quiso obedecer, antes confiada en la victoria pasada, acometió á los Arabes, y á la primer corrida

venciéndolos, hiciéronlos volver atrás; pero siguiéndolos pasó gran peligro Herodes por los que le estaban puestos en asechanzas por Antenio, que siempre le fué, entre todos los capitanes de Cleopatra, muy enemigo. Porque aliviados los Arabes y rechechos por la corrida y ayuda de éstos, vuelven á la batalla; y juntos los escuadrones entre unos lugares llenos de piedras y peñascos muy apartados de buen camino, hicieron huir la gente de Herodes, habiendo muerto á muchos de ellos: los que se salvaron recógense luego á un lugar llamado Ormiza, adonde también fueron todos tomados por los Arabes con todo el bagaje y cuanto tenían.

No estaba muy lejos Herodes después de este daño con la gente que traía de socorro, pero más tarde de lo que la necesidad requería. La causa de esta pérdida fué no haber los capitanes querido dar fe ni crédito á lo que Herodes les había mandado, pues se habían querido echar sin más miramiento ni consideración, porque, si se dieran prisa en dar la batalla, no tuviera Antenio tiempo para hacer sus asechanzas: pero todavía otra vez se vengó de los Arabes entrándose muchas veces y corriéndoles las tierras, y muchas veces se desquitó de la derrota sufrida. Persiguiendo á los enemigos le sucedió por voluntad de Dios otra desdicha á los siete años de su reinado, y en tiempo que hervía la guerra Acciaca, porque al principio de la primavera hubo un temblor de tierra, con el cual murió infinito ganado y perecieron treinta mil hombres, quedando salvo y entero todo su ejército porque estaba en el campo. Los Arabes se ensoberbecieron mucho con aquella nueva, la cual siempre se suele acrecentar algo más de lo que es yendo de boca en boca; movidos con ella, pensando que toda Judea estaría, sin que alguno quedase, destruída y assolada, con esperanza de poseer la

tierra, juntan su ejército y viénense contra ella matando primero á los embajadores que los Judíos les enviaban. Herodes en este tiempo, viendo la mayor parte de su gente amedrentada con la venida de los enemigos, tanto por las grandes adversidades y desdichas que les habían acontecido, cuanto por haber sido muchas y muy continuas, esforzábalos á resistir y dábales ánimo con estas palabras:

«No parece razonable cosa que por lo que al presente habéis visto que ha sucedido estéis tan amedrentados: porque no me maravillo que os espante la llaga que por voluntad é ira de Dios contra nosotros ha acontecido; pero tengo por cosa de afrenta y cobardía que penséis tanto en ella teniendo los enemigos tan cerca, habiendo antes de trabajar en deshacerlos y echarlos de vuestras tierras: porque tan lejos estoy yo de temer los enemigos después de este tan gran temblor de tierra, que pienso haber sido como regalo para ellos para después castigarlos; porque sabed que no vienen tan confiados en sus armas y esfuerzo como en nuestras desdichas y muertes. La esperanza, pues, que no está fundada y sustentada en sus propias fuerzas, sino en las adversidades de su contrario, sabed que es muy engañosa. No tenemos los hombres seguridad de prosperidad alguna ni de adversidad, antes veréis que la fortuna se vuelve ligeramente á todas partes, lo cual podéis comprobar con vuestros propios ejemplos. Fuimos en la guerra pasada vencedores; luego fuimos también vencidos por los enemigos, y ahora, según se puede y es lícito pensar, serán ellos vencidos viniendo con pensamiento de ser vencedores: porque el que demasiado se confía no suele estar proveído, y el miedo es el maestro y el que enseña á proveerse. A mí, pues, lo que vosotros teméis tanto me da muy gran confianza,

porque cuando fuisteis más feroces y atrevidos de lo que fuera conveniente y necesario, saliendo contra mi voluntad á pelear, Antenio tuvo tiempo y ocasión para sus asechanzas y para hacer lo que hizo; ahora vuestra tardanza, que casi mostráis rehusar la pelea, y vuestros ánimos entristecidos, según veo, me prometen victoria muy ciertamente. Pero conviene antes de la batalla estar animados y con tal pensamiento, y estando en ella, mostrar su virtud ejercitándola y manifestar á los enemigos llenos de maldad que ni mal alguno de los que humanamente suelen acontecer á los hombres, ni la ira del cielo, es causa que los Judíos muestren en sus cosas algo menos de fortaleza y esfuerzo, entretanto que les dura esta vida. ¿Sufriera alguno que los Arabes sean señores de sus cosas, á los cuales én otro tiempo se los podia llevar por cautivos? No os espante en algo el miedo de las cosas sin ánima y sin sentido, ni penséis que este temblor de tierra sea señal de alguna matanza ó muertes que se deban esperar, porque naturales vicios son también de los elementos, y no pueden hacer algún daño sino en lo que de ellos es. Porque debéis todos pensar y saber que viniendo alguna señal de pestilencia ó hambre, ó de algún temblor de tierra, mientras el daño tarda, entonces se debe algo temer; pero cuando ya han hecho su curso, viénense á acabar y consumir ellas mismas en sí por ser tan grandes. ¿Qué cosa hay en que nos pueda hacer mayor daño á nosotros ahora esta guerra, aunque seamos vencidos, que ha sido el que habemos recibido por el temblor de la tierra? Antes, en verdad, ha acontecido á nuestros enemigos, en señal de su destrucción, una cosa la más horrenda del mundo por voluntad propia de ellos, sin entender otro en ella, en haber muerto cruelmente á nuestros embajadores contra toda ley de hombres, y han sacrificado

á Dios por el suceso de la guerra la vida de ellos. Porque no podrán huir la lumbre divina ni la venganza de la mano invencible de Dios: antes luego pagarán lo que han cometido, si levantados nosotros con ánimo por nuestra patria, nos animáremos para tomar venganza de la paz y conciertos rotos por ellos. Así, pues, haced todos vuestro camino á ellos, no como que queráis pelear por vuestras mujeres ni por vuestros hijos ni por vuestra propia patria, pero por vengar la muerte de vuestros propios embajadores. Ellos mismos regirán mejor y guiarán nuestro ejército, que nosotros que estamos en la vida; obediéndome vosotros, pondréme yo por todos en peligro: y sabed ciertamente que no podrán sufrir ni sostener vuestras fuerzas, si no os dañare la osadía atrevida y temeraria.»

Habiendo amonestado con tales palabras á sus soldados, viéndoles muy alegres y muy contentos, celebró á Dios luego sus sacrificios, y después pasó el río Jordán con todo su ejército. Y puesto su campo en Filadelfia, no muy lejos de los enemigos, hizo muestra que quería tomar un castillo que estaba en medio: movía la batalla de lejos deseando juntarse muy presto, porque los enemigos habían enviado gente que ocupase el castillo. Pero los del Rey fácilmente los vencieron y alcanzaron el collado; y él, sacando cada día su gente muy en orden á la batalla, provocaba á los Arabes y los desafiaba. Mas como ninguno osase salir porque estaban amedrentados, y más que todos pasmado y temblando como medio muerto el capitán Antenio, acometiendo el valle donde estaban, Herodes los desbarató; y forzados de esta manera á salir de la batalla, mezclándose una gente con otra los de á caballo con los de á pie, salieron todos; y si los enemigos eran muchos más, el esfuerzo y alegría era mucho

menor, aunque por estar todos sin esperanza de haber victoria, eran muy atrevidos. Entretanto que trabajaron por resistir, no fué grande la matanza que se hizo; pero al volver las espaldas fueron muchos muertos, unos por los judíos que los perseguían, otros pisados por ellos mismos huyendo: murieron finalmente en la huida cinco mil, los demás fueron forzados á recogerse dentro del valle; pero luego Herodes, tomándolos en medio, los cercó, y aunque la muerte no les estaba muy lejos por fuerza de las armas de Herodes, todavía sintieron mucho la falta del agua. Como el Rey menospreciase muy soberbiamente los embajadores que le ofrecían, porque fuesen librados, cincuenta talentos, haciéndoles mayor fuerza ardiendo con la gran sed, salían á manadas y dábanse á los Judíos de tal manera, que dentro de cinco días fueron presos cuatro mil de ellos; pero el sexto día, desesperando ya de la salud y vida, salieron los que quedaban á pelear. Trabajándose la batalla con ellos, los de Herodes mataron otra vez siete mil; y habiéndose vengado de Arabia con llaga tan grande, muerta la mayor parte de la gente y vencida ya la fuerza de ella, pudo tanto, que todos los de aquella tierra lo deseaban por señor.

XV.

Cómo Herodes fué proclamado por Rey de toda Judca.

No le faltó luego otro nuevo cuidado, por causa de la amistad con Antonio, después de la victoria que César hubo en Accio; pero tenía mayor temor que debía, porque César no tenía por vencido á Antonio, entretanto que Herodes quedase con él vivo. Por lo cual el Rey

quiso prevenir á los peligros; y pasando á Rodo, adonde en este tiempo estaba César, vino á verse con él sin corona, vestido como un hombre particular, pero con pompa y compañía real, y sin disimular la verdad, díjole delante estas palabras: «Sepas, oh César, que siendo yo hecho Rey por Antonio, confieso que he sido Rey provechoso para Antonio; ni quiero encubrirte ahora cuán importuno enemigo me hallaras con él, si la guerra de los Arabes no me detuviera. Pero, en fin, yo le he socorrido según han sido mis fuerzas, con gente y con trigo, ni en su desdicha recibida en Accio lo desamparé, porque se lo debía. Y aunque no fué mi socorro tan grande cuanto entonces yo quisiera, todavía le dí un buen consejo, diciéndole que la muerte de Cleopatra sola bastaba para corregir sus adversidades; y prometile que si la mataba, yo le socorrería con dinero y con muros para defenderse, y con ejército; y prometíme yo mismo por compañero para unir toda mi fuerza contra ti. Pero por cierto los amores de Cleopatra le hicieron sordo á mis consejos, y Dios también, el cual te ha concedido á ti la victoria. Vencido soy, pues, yo juntamente con Antonio, y por tanto, me he quitado la corona de la cabeza con toda la fortuna y prosperidad de mi reino. He venido ahora á ofrecerte delante de tu presencia, confiando de alcanzar por tu virtud la vida, dándome prisa porque fuese examinada la amistad que con alguno he tenido.»

A esto respondió César: «Antes ahora tente por salvo, y séate confirmado el reino; que por cierto mereces muy debidamente regir á muchos, pues trabajas en mostrar y defender la amistad tan fielmente. Y experimentame con tal que seas fiel siendo más próspero, porque yo concibo grande esperanza en ver tu ánimo preclaro y muy magnánimo. Pero bien hizo Antonio en dar más crédito á

Cleopatra que á tus consejos, porque por su locura te hemos ganado á ti; y á lo que puedo juzgar, tú comenzaste á hacerle primero beneficios, según Ventidio me escribe, pues le socorríste con socorro bastante contra los que le perseguían. Por tanto, ahora, por mi decreto y determinación quiero que seas confirmado en el reino: y quiero yo también hacerte ahora algún bien, porque no tengas ocasión de desear á Antonio.» Habiendo tan benignamente amonestado César al Rey que no dudase algo en su amistad, le puso la corona real y confirmóle el perdón de todo lo que había hasta allí pasado, en el cual puso muchas cosas en loor de Herodes. Este, habiendo dado algunos dones y presentes á César, rogábale que mandase librar á Alejandro, que era uno de los amigos de Antonio. Pero estando César muy airado, no lo quiso hacer, diciendo que aquel por quien él rogaba había hecho muchas cosas muy graves contra él, y por esto no quiso hacer lo que Herodes le suplicaba.

Después, yendo César á Egipto por Siria, Herodes lo recibió con toda la riqueza del reino; y mirando entonces muy bien todo su ejército, vino primero á Ptolemaida, y allí le dió una cena muy magnífica con todos sus amigos, y repartió también con su ejército la comida muy abundantemente. Proveyó también que, pasando por caminos muy secos hacia Pelusio y para los que de allá volviesen, no faltase agua, ni padeció el ejército necesidad de cosa alguna.

Por tantos merecimientos, no sólo César, pero todo su ejército también, tuvieron en poco el reino que le había sido dado; y por tanto, cuando vino á Egipto, muerto ya Antonio y Cleopatra, no sólo le acrecentó todas las honras que antes le había dado, pero también le añadió á su reino parte de aquello que Cleopatra le había antes

quitado. Dióle también á Gadara, Hipón y Samaria; y de las ciudades marítimas á Gaza, Antedón, Jope y el Pirgo ó Torre de Estratón. Dióle demás de todo esto cuatrocientos galos para su guarda, los cuales tenía antes Cleopatra; y ninguna cosa incitaba tanto el ánimo y liberalidad de César á hacerles beuoficios, quanto era por verlo tan animoso y magnánimo.

Además de lo que primero le había dado, le dió después también toda la región llamada Tracón y Batanea, que le está muy cerca, y Auranitis, todas por la misma causa.

Zenodoro entonces, que tenía en su gobierno la casa y hacienda de Lisania, no cesaba, desde la región aquella llamada Tracón, de enviar ladrones á los Damascenos para que los robasen. Ellos, viendo esto, acudieron á Varrón, el cual era entonces regidor de Siria, y le rogaron que hiciese saber á César las miserias que sufrían. Sabidas por César estas cosas, en la misma hora le envió á decir que tuviese cuidado en procurar matar aquellos ladrones: y así Varrón vino con mucha gente á todos los lugares de los cuales sospechaba, limpió toda la tierra de aquellos ladrones, y quitóla del regimiento de Zenodoro: César la dió á Herodes, porque no se hiciese otra vez recogimiento y cueva de ladrones contra Damasco: y además de todo esto hizolo también procurador de toda Siria. Volviéndose después el décimo año á su provincia, mandó á todos los procuradores que había puesto, que ninguno osase determinar algo sin hacérselo saber y darle de todo razón.

Aun después de muerto Zenodoro, César lo dió toda aquella parte de tierra que está entre Tracón y Galilea: y lo que Herodes tenía en más que todo esto, era ver que, después de Agripa, era el más amado de César; y

después de César, el más amado de Agripa. Levantado, pues, de esta manera al más alto grado de prosperidad y hecho más animoso, la mayor parte de su trabajo y providencia lo puso en las cosas de la religión.

XVI.

De las ciudades y edificios renovados y nuevamente edificadas por Herodes, y de la magnificencia y liberalidad que usaba con las gentes extranjeras, y de toda su prosperidad.

A los quince años de su reino renovó el templo é hizo cercar de muro muy fuerte doblado espacio de tierra al rededor del templo, de lo que antes solía tener, con gastos muy grandes y con magnificencia muy singular, de la cual daban señal los claustros grandes que hizo labrar, y el castillo que mandó edificar junto con ellas hacia la parte de Septentrion: aquéllas las levantó él de principio y de sus fundamentos, y renovó el castillo con grandes gastos, como asiento de aquella ciudad y de todo el reino, y púsole por nombre Antonia, por honra de Antonio. Y habiendo también edificado para sí un palacio real en la parte más alta de la ciudad, edificó en él dos aposentos de mucha grandeza y gentileza, y á ambos puso los nombres de sus amigos, llamando el uno Cesáreo y el otro Agripio. Por memoria de ellos, no sólo escribió y mandó pintar estos nombres en los techos, sino también mostró en todas las otras ciudades su grau liberalidad: porque en la región de Samaria, habiendo cerrado de muro una ciudad muy hermosa que tenía más de veinte estadios de cerco, llamóla Sebaste y llevó allá seis mil vecinos, y dióles tierras muy fértiles, adonde

edificó también un templo muy grande entre aquellos edificios, y cerca de él una plaza de tres estadios y medio, lo cual todo dedicó á César, y concedió á los vecinos de esta ciudad leyes muy favorables.

Habiéndole dado César por estas cosas la posesión de otra tierra, edifícale otro templo cerca de la fuente del río Jordán, todo de marmol muy blanco y muy reluciente, en un lugar que se llamó Panio. adonde la sumidad y altura de un monte levantado muy alto, descubre una cueva muy umbrosa por causa de un valle que le está al lado, y de unas peñas muy altas se recoge el agua que de allí mana, la cual es tanta, que no tiene ni se puede tomar ni hallar hondo en ella. Por la parte de fuera de la raíz de la cueva nacen unas fuentes, las cuales, según algunos piensan, son el principio y manantial del río Jordán; pero después, al fin, mostraremos lo que se debe creer como muy verdadero.

Además de las casas y palacios reales que había en Hiericunta entre el castillo de Cipro y las primeras, edificó otras mejores que fuesen más cómodas para los que viviesen, y púsole los nombres arriba dichos de sus amigos. No había lugar en todo el reino que fuese bueno, el cual no honrase con el nombre de César. Después de haber llenado todo el reino de Judea de templos, quiso ensanchar también su honra en la provincia, y en muchas ciudades edificó templos, los cuales llamó Cesáreos.

Y como entre las ciudades que estaban hacia la mar hubiese visto una muy antigua y muy vieja, que se llamaba la Torre ó Pirgo de Estratón, y que, según era el lugar, podía emplear en ella su magnificencia, habiéndola reparado toda de piedra blanca y muy luciente, edificó en ella un palacio muy lindo, y mostró en él la grandeza que naturalmente su ánimo tenía. Porque entre Doras y Jope,

en medio de las cuales esta ciudad está edificada, no hay parte alguna en toda aquella mar adonde se pudiese tomar puerto, de tal manera, que cuantos pasaban de Fenicia á Egipto eran forzados á correr á aquella mar con gran miedo del viento africano, cuya fuerza, por moderada que sea, levanta tan grande ondas, que al retraerse es necesario que la mar se revuelva algún espacio de tiempo. Pero venciendo el Rey con liberalidad y gastos muy grandes á Naturaleza, hizo allí un puerto mayor que el de Pireo; y más adentro hizo lugar apto y muy grande, adonde se pudiesen recoger todas las naves que viniesen. Aunque el lugar le era manifiestamente contrario, quiso él todavía contender con él de tal manera, que la firmeza de sus edificios no pudiese ser quebrada por los ímpetus de la mar, ni por el poder de la fortuna: y era la gentileza de ellos tanta, que parecía no haber sido jamás contraria la dificultad del lugar á la obra y ornamento; porque habiendo medido el espacio conveniente, según dijimos arriba, echó veinte varas en el hondo muchas piedras, de las cuales había muchas que tenían cincuenta pies de largo, nueve de alto y diez de ancho, y aun hubo algunas que fueron mayores. Habiendo levantado este lugar, que solía ser antes cubierto con las ondas, ensanchó doscientos pies el muro, de los cuales quiso que fuesen los ciento para resistir á las bravas ondas que venían y echarlas, por lo cual también se llamaron con nombre que lo significase, Procimia. Los otros ciento tienen el muro que rodea y ciñe el puerto, puestas grandes torres entre ellos, de las cuales, la mayor y la más gentil llamaron Drusio, por el nombre del sobrino de César.

Había también edificadas muchas bóvedas y lugares para recoger todo lo que se trajese al puerto, y cerca de

ellos una como lonja de piedra muy ancha, para pascar, y adonde se recibían las naos que salían: la entrada de esta parte estaba hacia el Septentrión, porque, según el asiento de aquel lugar, era el más próspero viento el de Boreas. A la puerta había tres estatuas, las cuales, por ambas partes, afirmaban sobre unas columnas, y éstas sustentaban una torre á la entrada á mano izquierda: á la derecha dos piedras de extraña grandeza y altura, más altas aún que la torre que estaba en el otro lado edificada. Las casas que estaban juntas con el puerto, de piedra muy blanca y muy clara, con igual medida de los espacios, llegaban hasta el puerto. En el collado que está antes de la entrada del puerto edificó un templo á César muy grande y muy hermoso, y puso en él una estatua de César no menor que es la de Júpiter en Olimpia, á cuyo ejemplo y manera fué hecha, igual á la que está en Roma, y á la de Juno que está en Argos. Dedicó la ciudad á toda aquella provincia, y el puerto á las mercaderías que viniesen, y á César la honra del que lo edificó, por lo cual quiso que la ciudad se llamase Cesárea.

Todas las otras obras y edificios, la plaza, el teatro, el anfiteatro, hizo que fuesen dignas del nombre que les ponía; y habiendo ordenado unos juegos y luchas que se hiciesen cada cinco años, púsoles también el nombre de César.

Fué el primero que en la Olimpiada centésima nonagésima segunda propuso grandes premios, para que no sólo los vencedores, sino también sus descendientes segundos y terceros, pudiesen gozar de la libertad y riqueza real.

Habiendo también renovado la ciudad de Antedón, llamóla Agripia, y por su sobrado amor escribió también el nombre de su amigo en la puerta que hizo en el templo.

No ha habido, cierto, quien tanto amase á sus padres, porque adonde estaba el monumento y sepultura de su padre, en la parte mejor de todo el reino, fundó allí una ciudad muy rica con la ribera y arboleda que tenía cerca, la cual llamó, en memoria de su padre, Antipatria. Y cercó de muro un castillo que está sobre Hiericunta en un lugar por sí muy fuerte, pero en gentileza el principal, y por honra de su madre lo llamó Cipro. Edificó también á su hermano Faseló una torre en Jerusalén, la cual llamó Faselida, cuya liberalidad en la grandeza y cerco después se declarará. Puso también el nombre de Faseló á otra ciudad que está después de Hiericunta hacia el Norte.

Habiéndose, pues, acordado de la gloria y honra de sus parientes y amigos, no quiso olvidarse de sí mismo, antes quiso que un castillo que está delante de un monte, por el costado de Arabia, muy fuerte y muy guarnecido, se llamase Herodio, según su nombre. Y un edificio que estaba sesenta estadios de Jerusalén, á manera de una teta, poniéndole su mismo nombre, mandó que fuese renovado más magníficamente, porque rodeó la altura de éste con unas torres redondas, y en el circuito mandó edificar las casas reales, gastando mucho tesoro en ellas, y haciendo que no sólo tuviesen extraña gentileza por dentro, pero que demostrasen también la riqueza por defuera, las techumbres y paredes y todo lo más que verse podía. Dispuso también que fuese abundante de agua, la cual hizo venir con muchos gastos, y mandó edificar de mármol muy claro doscientas gradas por donde viniese, porque todo aquel edificio era como collado hecho con artificio y de muy gran altura. Edificó á los pies á raíz de este collado, otros edificios muy grandes y muy suntuosos, para que fuesen recogimiento á muchos ami-

gos y á las cargas y caballos: de tal manera estaba esto, que, según era la abundancia de todas las cosas, parecía más ser una ciudad que un castillo, y en el cerco y vista por defuera, mostraba muy claramente que era un palacio real. Edificados ya tantos y tan extraños edificios, mostró también su liberalidad y la grandeza de su ánimo en muchas ciudades, las cuales no le eran propias, porque en Tripoli, en Damasco y en Ptolomeida edificó baños públicos: cercó de muro la ciudad de Biblio; hizo cátedras, lonjas, plazas y templos en Bitro y en Tiro; también en Sidonia y en Damasco edificó teatros. Hizo también aparejo y lugar para llevar agua á los Laodicenses, que están hacia la parte de la mar, y en Ascalona hizo lagunas muy hermosas y muy hondas, muchos baños, muchos patios muy labrados, con admirable grandeza y obra, cerrados todos de columnas; en varios hizo puerto: dió campos á muchas ciudades que estaban cerca de su reino y le eran muy amigas. Para los baños hizo rentas públicas y perpetuólas, como en Cois, porque no pudiese faltar jamás por sus beneficios. Proveyó de trigo á cuantos tenían necesidad. Dió muchos dineros á los Rodios para armar sus flotas y reparó á Pitio, que había sido abrasada, todo con su gasto.

¿Para qué me alargaré en contar su liberalidad con los Licios y Samios? ¿Quién contará los dones que dió en toda Jonia, dando á cada uno según lo que deseaba? Los Atenienses, los Lacedemonios, los Nicopolitanos y el Pergamo de Misia, ¿no está todo esto lleno de los dones de Herodes? ¿Por ventura, no adornó la plaza de los Antioquenses de Siria, y la allanó por veinte estadios de largo, toda de mármol muy excelente, para que por allí pasasen y se escurriesen las aguas y lluvias del cielo, porque antes estaba muy llena de cieno y de mucha suciedad?

Pero alguno dirá que estas cosas fueron propias de aquellos pueblos á los cuales fueron dadas; pues lo que hizo por los Elidenses no parece ser común al pueblo de Acaya solamente, sino á todo el universo, por el cual se esparce la gloria de los juegos y luchas olimpiacas. Porque viendo que esto faltaba por pobreza, y por no haber quien gastase en ello, y que sólo faltaba lo que se esperaba de la Grecia antigua, lo cual no era cosa bastante, no sólo quiso aquellos cinco años ser él el capitán, cuando hubo de pasar por allí para ir á Roma, sino que ordenó rentas perpetuas, para que mientras de él hubiese memoria, no dejase jamás el oficio ni el nombre de buen capitán.

Cosa sería para jamás acabar, ponerse á contar los tributos y deudas que perdonó y no quiso cobrar, quitando toda la sujeción á los Faselitas y Balneotas, y á muchos otros lugares cerca de Cilicia, los cuales estaban obligados á muchos pechos, aunque el miedo que tuvo tenía las riendas á la grandeza de su ánimo, por no mover las gentes á que le envidiasen y le moviesen revueltas, como á hombre que quería levantarse más de lo que debía, si hacía y procuraba mayor bien á las ciudades que á los regidores de ellas.

Aprovechábase de su cuerpo en todo cuanto convenia para su ánimo, y siendo como era gran cazador, se habia hecho tan diestro en cabalgar, que alcanzaba en un caballo todo cuanto queria. Un dia, finalmente, le aconteció matar cuarenta fieras (aquella región tiene muchos puercos monteses, pero muchos más ciervos y cebras ó asnos salvajes.) Era tan fuerte de sí, que ninguno le podia sufrir, con lo cual espantaba á muchos, aun ejercitándolos, pareciendo á todos muy excelente tirador de dardos y de saetas. Y además de la virtud de su ánimo

grande y fuerza de su cuerpo, fuéle también fortuna muy próspera, porque muy raramente en las cosas de la guerra le sucedió contra su voluntad; y si alguna vez le aconteció alguna desdicha, fué, no por causa suya, sino por traición de algunos ó por atrevimiento y poca consideración de sus soldados.

XVII.

De la discordia de Herodes con sus hijos Alejandro y Aristóbulo.

Las tristezas y fatigas domésticas tuvieron envidia de la dicha y prosperidad pública de Herodes, y sus adversidades comenzaron por su mujer, á la cual él mucho amaba. Porque después que alcanzó las honras y poder de Rey, dejando la mujer que habia antes tomado, natural de Jerusalén, y por nombre llamada Doris, juntóse con Mariamma, hija de Alejandro, hijo de Aristóbulo, por lo cual vino en discordia su casa principalmente, aunque antes tambien, pero más claramente después de su venida de Roma. Porque por causa de los hijos que habia habido de Mariamma, echó de la ciudad á su hijo Antipatro, habido de Doris, dándole licencia de entrar en ella solamente los días de fiesta. Después, por sospechar del abuelo de su mujer, Hircano, que habia ya vuelto de los Partos, lo mató. Habíasele llevado preso Barzafarnes después que ocupó la Siria. Por haber tenido misericordia de él, lo habian librado los gentiles que vivían de la otra parte del río Eufrates. Y si los hubiera él creído cuando le decían que no pasase á tierras de Herodes, no fuera muerto; pero atrájole el deseo del matri-

monio de Herodes con su nieta, porque confiándose en él, y con mayor deseo de ver su propia patria, vino. Moviése Herodes á esto, no porque Hircano deseara ni procurase haber el reino, sino por saber y conocer ciertamente que le era debido por ley y por razón.

De cinco que tuvo Herodes de Mariamma, tres eran hijos y las otras dos hijas. Habiendo muerto el menor de éstos en los estudios en Roma, los otros dos, por la nobleza de la madre, y porque habían nacido siendo él ya Rey, criábalos también muy realmente y con gran fausto. Ayudábalos á éstos el grande amor que tenía con Mariamma, el cual, acrecentándose cada día, encendía á Herodes en tanta manera, que no podía sentir algo de lo que le dolía, por causa de aquella á quien tanto amaba.

Tan grande era el odio y aborrecimiento de Mariamma para Herodes, cuanto el amor que Herodes tenía á Mariamma. Teniendo, pues, causas probables de la enemistad por las cosas que había visto, y confianza en el amor, soliale cada día zaherir lo que había hecho con su abuelo Hircano y con su hermano Aristóbulo, porque ni á éste perdonaba, aunque era muchacho, al cual, después de haberle dado la honra pontifical á los diez y siete años de su edad, lo mató, porque como él, vistiéndose con las vestiduras sagradas para aquel oficio, se llegó al altar un día de gran fiesta; todo el pueblo entonces lloró, y enviándolo á Hiericunta aquella noche, fué ahogado por los Galos, según Herodes había mandado, en una laguna.

Todas estas cosas le decía Mariamma á Herodes por injuria, y deshonoraba á su hermana y á su madre con palabras muy pesadas y muy deshonestas, aunque él á todo esto callaba por el grande amor que tenía. Pero las mujeres estaban muy ensañadas contra Mariamma; y para mover á Herodes contra ella, la acusaban de adul-

terio. Además de muchas otras cosas que la levantaban aparentes y como verdaderas, acusábanla también que había enviado á Egipto un retrato suyo á Antonio; y así, por el desordenado deseo y lujuria suya, había procurado mostrarse en ausencia á un hombre que estaba loco por las mujeres, y que las podía forzar.

Esto perturbó á Herodes no menos que si le cayera un rayo del cielo encima, y principalmente porque estaba encendido en celos por el grande amor que la tenía, y pensando por otra parte en la crueldad de Cleopatra, por cuya causa habían sido muertos el rey Lisantias y Malico el árabe, no tenía ya cuenta con perder á su mujer, sino con el peligro que podía acontecer si él perdía la vida.

Habiendo, pues, de partir de allí para Roma, encomendó su mujer á Josefo, marido de su hermana Salome, al cual tenía por fiel; y según era el deudo, tenía por amigo, mandándole secretamente que la matase si Antonio le mataba á él. Pero Josefo, no por malicia, mas deseando mostrar á la mujer la voluntad y amor de su marido, el cual no podía sufrir ser apartado de ella, aunque fuese muerto, descubrióle todo lo que Herodes le había secretamente encomendado. Siendo después vuelto ya Herodes, y hablando y jurando de su amor y voluntad, como nunca había tenido amores con otra mujer en el mundo, respondió ella: «Muy comprobado está tu amor conmigo, con el mandamiento que hiciste á Josefo, cuando de aquí partiste, ordenándole que me matase.» Habiendo Herodes oído estas cosas, las cuales él pensaba que estaban secretas entre él y Josefo, desatinaba; y pensando que Josefo no pudo descubrirle lo que entre ellos había pasado, sino juntándose deshonestamente con ella, recibió de esto tan gran dolor, que casi enlo-

quecía; levantándose de la cama comenzóse á pasear por el palacio; y tomando ocasión entonces su hermana Salomes para acusar á Josefo, confirmóle la sospecha.

Furioso Herodes con el grande amor y celos que tenía, mandó que á entrambos los matasen á la hora, y después que fué esta locura hecha, le pesaba y se arrepentía por ella; pero pasado el enojo, encendiase poco á poco en amor. Y era tanta la fuerza de este amor y deseo que de ella tenía, que no pensaba que estaba muerta; antes, con la tristeza grande que tenía, le hablaba en su cámara como si allí estuviera con él viva; hasta tanto que con el tiempo, sabiendo su muerte y enterramiento, igualó bien sus llantos y su tristeza con el grande amor que siendo viva le tenía.

Sus hijos, tomando la muerte de la madre por propia, pensando muy bien en la maldad tan grande y tan cruel, tenían á su propio padre como enemigo; y esto fué cuando estaban en Roma estudiando, y después de volver á Judea, mucho más; porque como crecían y se les aumentaba la edad, así también la afición y amor maternal tomaba fuerzas.

Llegados ya á tiempo de casarse, el uno tomó por mujer á la hija de su tía Salome que había acusado la madre de entrambos, y el otro la hija de Arquelao, rey de Capadocia. De aquí alcanzó el odio la libertad que quería; y de la confianza que en ello tenían, tomaron ocasión los malsines hablando más claramente con el Rey y diciéndole cómo ambos hijos le acechaban por matarlo; y que el uno daba gente á su hermano para que vengase la muerte de la madre, y el otro, es á saber, el yerno de Arquelao, confiado en su suego, se aparejaba para huir y acusarlo delante de César.

Lleno, pues, Herodes de estas acusaciones, trajo á su

hijo Antipatro para que fuese en su ayuda contra sus hijos, el cual era también hijo suyo de Doris, y comenzó adelantándole y teniéndole en más en todo cuanto emprendía, que á todos los otros: los cuales, no teniendo por cosa digna sufrir esta mutación tan grande, y viendo que se adelantaba el hermano nacido de baja madre, no podían refrenar su enojo ellos con su nobleza, antes en todo cuanto podían trabajaban por ofenderle y mostrar su ira é indignación. Menospreciábalos Herodes cada día más, y Antipatro por causa de ellos era muy favorecido, porque sabía lisonjear astutamente á su padre, y decíale muchas cosas contra sus hermanos; algunas veces él mismo, otras ponía amigos suyos que dijesen otras cosas, hasta tanto que sus hermanos perdieron toda la esperanza que del reino tenían, porque en el testamento estaba también declarado por sucesor.

Fué finalmente enviado á César como Rey, y con aparato y compañía real servido de todo lo que á Rey pertenecía, excepto que no llevaba corona. Y con el tiempo pudo hacer que su madre se juntase con Herodes y viniese á la cámara donde Mariamma solía dormir; y usando de dos géneros de armas contra sus hermanos, de las cuales las unas eran lisonjas y las otras eran invenciones y calumnias nuevas, pudo con Herodes tanto, que le hacía pensar cómo matase á sus hijos; por lo cual acusó delante de César á Alejandro, al cual se había llevado con él á Roma, de que le había dado ponzoña; pero alcanzando licencia para defenderse Alejandro, aunque el juez era muy imprudente, era todavía más prudente que no Herodes y Antipatro; calló con vergüenza los delitos del padre, y disculpóse muy elegantemente de lo que le habían levantado; y después que hubo mostrado ser también sin culpa su hermano, dió quejas de la

malicia é injurias de Antipatro, ayudándole para ello, además de su inocencia, la grande elocuencia que tenía, porque tenía gran vehemencia en el hablar, dando por fin de su habla que de buena voluntad el padre los mataría si pudiese; acusóle de este crimen é hizo llorar á todos los que estaban presentes; pero pudo tanto con César, que fueron todas las acusaciones inenospreciadas, é hizo los á todos muy amigos de Herodes.

Fué la amistad hecha con tal ley, que los mancebos hubiesen de ser en todo muy obedientes al padre, y que el padre pudiese hacer heredero del reino á quien quisiese. Habiéndose después vuelto de Roma el Rey, aunque parecía haber perdonado y excusado de las culpas á sus hijos, no estaba libre de toda sospecha; porque Antipatro proseguía su enemistad, aunque por vergüenza de César, que los había hecho amigos, no osaba claramente manifestarla.

Y como navegando pasase por Cilicia y llegase á Eleusa, recibiólo allí con mucha amistad Archelao, haciéndole muchas gracias por haber defendido la causa de su yerno con mucha alegría y amistad, porque había escrito á Roma á todos sus amigos que favoreciesen la causa de Alejandro; y así lo acompañó hasta Zefirio, haciéndole un presente de treinta talentos.

Después que hubo llegado á Jerusalén, Herodes convocó todo el pueblo: estando delante también sus tres hijos, dió á todos razón de su partida; hizo muchas gracias primero á Dios, muchas á César porque había quitado toda la discordia que en su casa había y entre los suyos; y lo que era principal y de tener en más que no el reino, porque había puesto amistad entre sus hijos, la cual dijo que él trabajaría en juntarla más estrechamente, «porque César me ha hecho señor de todo y juez de los

que me han de suceder. Yo, pues, ahora, delante de todos, le hago con todo mi provecho muchas gracias por ello, y dejo por Reyes á mis tres hijos; y de este parecer y sentencia mía quiero y ruego á Dios que el primero sea el comprobador, y vosotros todos después. Al uno manda la edad que sea alzado por Rey después de mí, y á los otros la nobleza, aunque su grandeza basta para mucho más. Pues tened reverencia á lo que César os manda y el padre os ordena, honrándolos á todos igualmente y con la honra que todos merecen, porque no puede darse tanta alegría en obedecer al uno, cuanto pesar le dará el que lo menospreciare. Yo señalaré los parientes que han de estar con cada uno, y los amigos también, porque puedan conservarlos en concordia y unanimidad, entendiendo y sabiendo como cosa muy cierta, que toda la discordia y contienda que en las repúblicas suelen nacer, proceden de los amigos, consejeros y domésticos; y si éstos fueren buenos, suelen conservar el amor y benevolencia. Una cosa ruego, y es que no sólo éstos, pero los principales de mi ejército, tengan al presente esperanza en mí solo, porque no doy á mis hijos el reino aunque les dé la honra de él, y que se gocen con placer como que ellos lo rigiesen: el peso de las cosas y el cuidado de todo, á mí toca, y yo lo he de proveer todo, aunque querría verme libre de ello. Considere cada uno de vosotros mi edad y la orden con que yo vivo, y juntamente la piedad y religión que tengo; porque no soy tan viejo que se deba tan presto desesperar de mí, ni estoy tan acostumbrado á placeres ni á deleites, los cuales suelen acabar más presto de lo que acabarían las vidas de los mancebos, habemos tenido tanta observancia y honra á Dios eterno, que creemos haber de vivir mucho tiempo y muy largos años. Y si alguno, por menosprecio mío, quisiere complacer á mis

hijos, ese me lo pagará por él y por ellos: porque yo no quiero dejar de honrar á los que he engendrado, porque les tenga envidia, sinó por saber que estas cosas suelen hacer más atrevidos á los mancebos y ensoberbecerlos. Si pensaren, pues, los que los siguen y se dan á ellos, que los que fueren buenos tienen aparejado el galardón y premio en mi poder, y los malos han de hallar en aquellos mismos á quienes favorecen castigo de sus maldades, todos por cierto serán conformes conmigo, es á saber, con mis hijos; porque á ellos conviene que yo reine, y á ellos les será muy gran provecho tenerme á mí por amigo, y finalmente por padre con gran concordia.

»Y vosotros, mis buenos y amados hijos, poned delante de vosotros primero á Dios, que es poderoso, para mandar á todo fiero animal; dadle la honra que debéis: después de Él, á César, que nos ha recibido con todo favor y nos ha en él conservado y á mi terceramente, que os ruego lo que me es muy lícito mandaros, que permanezcáis siempre como verdaderos hermanos y muy concordés. De ahora en adelante yo os quiero dar vestidos y honras reales: quiero que como á tales todos os obedezcan, y ruego á Dios que conserve mi juicio, si vosotros quedáis concordés.»

Acabado su razonamiento, saludólos á todos, y despidió al pueblo: unos se iban deseando que fuese así, según había Herodes dicho; y los que descaban revueltas y mutaciones en los Estados, fingían no haber oído algo.

Pero no faltó contienda á los hermanos; antes, sospechando algo peor, apartárouse unos de otros, porque Alejandro y Aristóbulo no sufrían bien ver que su hermano Antipatro fuese confirmado en el reino; y Antipatro se enojaba porque sus hermanos fuesen tenidos por segundos; mas éste, según la variedad de sus costumbres,

sabía callar los secretos y encubrir el odio que les tenía muy secretamente. Ellos, por verse de noble sangre, osaban decir cuanto les parecía: había también muchos que les movían é incitaban; otros muchos había que se les mostraban muy amigos por saber la voluntad de ellos. De tal manera pasaba esto, que cuanto se trataba delante de Alejandro, luego á la hora estaba delante de Antipatro; y lo mismo, añadiéndole siempre algo, luego también Herodes lo sabía; y por más que el mancebo dijese algo, sin pensarlo, luego le era atribuido á culpa, y trocábanle las palabras en graves ofensas; y cuando se alargaba en hablar en algo, luego le levantaban, por poco que fuese lo que decía, alguna cosa muy mayor.

Antipatro sobornaba siempre algunos que lo indujesen á hablar, porque sus mentiras tuviesen alguna buena ocasión y mejor entrada; y de esta manera, habiendo divulgado muchas cosas falsamente, bastase para dar crédito á todas, hallar que una fuese verdadera. Pero los amigos de este mancebo, ó eran de su natural muy callados, ó con dádivas los hacían callar porque no descubriesen alguna cosa, ni errasen en algo si descubrían algún secreto á la malicia de Antipatro. Habían corrompido los amigos de Alejandro á unos con dineros, á otros con halagos y buenas palabras, tentando toda cosa y ganando la voluntad de tal manera, que los que contra él hablasen ó hiciesen algo, fuesen tenidos por ladrones secretos y por traidores. Rigiéndose con gran consejo y astucia en todo, trabajaba por venir delante de Herodes y dar sus acusaciones muy astutamente; y haciendo la persona y partes de su hermano, serviase de otros malsines sobornados para el mismo negocio. Si se decía algo contra Alejandro, con disimulación de quererlo favorecer, volvía por él; luego lo sabía astutamente urdir y traer á tal punto, que

movía y ensafiaba al Rey contra Alejandro: y mostrando al padre cómo su hijo Alejandro le buscaba la muerte con asechanzas, no había cosa que tanto lo hiciese creer, ni que tanta fe diese á sus engaños, como era ver que Antipatro trabajaba en defenderlo.

Movido con estas cosas Herodes, cuanto menos amaba á los otros, tanto más se le acrecentaba la voluntad con Antipatro. El pueblo también se inclinó á la misma parte, los unos de grado y los otros por ser forzados á ello, como fueron Ptolemeo, el mejor de sus amigos, los hermanos del Rey y toda su generación y parientes. Porque todos estaban puestos en Antipatro, y todo parecía pender de su voluntad; y lo peor y más amargo para la destrucción de Alejandro, era la madre de Antipatro, por cuyo consejo se trataba entonces todo.

Era ésta peor que madrastra, y aborreciales más que si fueran entenados aquellos que eran hijos de la que antes había sido Reina. Pero aunque la esperanza era mayor para mover á todos que obedeciesen á Antipatro, todavía los consejos de Herodes, que era Rey, apartaban los corazones y voluntades de todos que no se aficionasen á los mancebos, porque había mandado á los más cercanos y más amigos que ninguno fuese con Aristóbulo ni con su hermano, y que ninguno les descubriese su ánimo. No sólo se temían de hacer esto los amigos y domésticos suyos, pero aun también los extraños que de fuera vivían; porque no había César concedido tanto poder á ningún rey, que le fuese lícito sacar de todas las ciudades, aunque no le fuesen sujetas, á todos cuantos mereciesen castigo ó huyesen de él.

Los mancebos no sabían algo de todo aquello que les habían levantado, y por esta causa los prendían menos proveídos. Ninguno era acusado ni reprendido por su

padre públicamente; pero templando su ira, hacía que poco á poco todos lo entendiesen, y también ellos se movían más ásperamente con el dolor y pena de aquellas cosas que les levantaban.

De la misma manera movió á su tío Feroras y á su tía Salome contra ellos Antipatro, hablando con ellos muchas veces muy familiarmente, como con su mujer propia, por levantarlos contra sus hermanos. Acrecentaba esta enemistad Glafira, mujer de Alejandro, levantando mucho su nobleza; y diciendo que ella era señora de todo aquel reino y de cuanto en él había, y que descendía, por parte de padre, de Temeno, y, por parte de madre, de Darío, hijo de Histaspe, menospreciaba mucho la bajeza del linaje de la hermana y mujeres de Herodes, las cuales él había tomado y escogido por la gentileza que tenían, y no por la nobleza.

Arriba dijimos ya que Herodes había tenido muchas mujeres: porque á los Judíos les era cosa lícita, según costumbres de su tierra, tener muchas, también porque el Rey se pudiese deleitar con muchas. Por las injurias y soberbia de Glafira, era aborrecido Alejandro de todos: y Aristóbulo hizo su enemiga á Salome, aunque le fuese suegra, por las malas palabras de Glafira, porque muchas veces le solía echar en la cara la bajeza del linaje á la mujer; después también porque él había tomado una mujer privada y plebeya, y su hermano Alejandro una de sangre real. La hija de Salome contaba todo esto á su madre derramando muchas lágrimas. Añadía también, que el mismo Alejandro y Aristóbulo la habían amenazado que si alcanzaban el reino, habían de poner las madres de los otros hermanos con las criadas, á tejer en un telar con las mozas; y á ellos por escribanos de las aldeas y lugares, burlándose de ellos porque estudiaban.

Movida Salome con estas cosas, no pudiendo refrenar su ira, descubriósele todo á Herodes, y parecía harto bastante para hablar contra su yerno.

Además de estas cosas, divulgóse también otra nueva acusación, la cual movió mucho al Rey. Había oído que Alejandro y Aristóbulo rogaban y suplicaban muchas veces á su madre, y lloraban gimiendo su desdicha, y á veces la maldecían; porque dividiendo el Rey los vestidos de Mariamma con las otras mujeres, le amenazaban que presto las harían venir de luto por los vestidos reales y deleites que entonces tenían. Con esto, aunque Herodes temiese algo viendo el ánimo constante de los mancebos, no quiso desesperar de la corrección de ellos: antes los llamó á todos, porque él había de partir para Roma; y habiéndoles, como Rey, hecho algunas amenazas, aconsejóles, amonestando como padre, muchas cosas, y rogóles que se amasen como hermanos, prometiendo perdón de lo cometido hasta entonces, si de allí adelante se corregían y se enmendaban. Ellos decían que eran acusaciones falsas y fingidas, que por las obras podía conocer cuán poca ocasión y causa tuviese para darles culpa; y que él no debía creer tan ligeramente, antes debía cerrar sus oídos y no dar entrada á los que decían mal de ellos, porque no faltarian jamás malsines, mientras tuviesen cabida en su presencia. Habiendo amansado la ira del padre con semejantes palabras, dejando el miedo que por la presente causa tenían, comenzaron á entristecerse y llorar por lo que esperaban que había de ser. Entendieron que Salome estaba enojada con ellos, y el tío Feroras: ambos eran personas graves y muy fieras, pero más Feroras, el cual era compañero del Rey en todas las cosas que al Rey no pertenecían, sino sólo en la corona: y era hombre de cien talentos de renta propia, y tomaba todos

los frutos de las tierras que había de esa otra parte del Jordán, las cuales le había dado graciosamente su hermano, y Herodes había alcanzado de César que pudiese ser tetrarca ó procurador, y lo había honrado dándole en matrimonio la hermana de su propia mujer; después de cuya muerte le había prometido la mayor de sus hijas, y le había dado por dote trescientos talentos. Pero Feroras había desechado el matrimonio real porque tenía amores con una criada: por lo cual Herodes, enojado, dió su hija en casamiento al hijo de su hermano, aquel que fué después muerto por los Partos.

Después, no mucho, perdonando Herodes el error de Feroras, volvieron en amistad; y teniase de éste una vieja opinión, que en vida de la Reina había querido matar á Herodes con ponzoña. Pero en este tiempo todos los malsines tenían cabida, de manera que, aunque Herodes quisiese estar en amistad con su hermano, todavía, por dar algún crédito á las cosas que había oído, no lo osaba hacer, antes estaba amedrentado. Haciendo, pues, examen de muchos, de los cuales se tenía entonces sospecha, vinieron también al fin á los amigos de Feroras, los cuales no confesaron algo manifiestamente; pero solamente dijeron que había pensado huir con la amiga á los Partos; y que Aristóbulo, marido de Salome, á quien el Rey se la había dado por mujer después de muerto el primero por causa del adulterio, era participe en esta ida, y que él la sabia. No quedó libre Salome de acusación, porque su hermano Feroras la acusaba que había prometido casarse con Sileo, procurador de Oboda, rey de Arabia, el cual era muy enemigo de Herodes: y siendo vencida en esto y en cuanto más la acusaba Feroras, alcanzó perdón, y el Rey perdonó y libró de todas las acusaciones á Feroras, con las cuales había sido acusado.

Todas estas revueltas y tempestades se pasaron á casa de Alejandro, y todo colgó y vino á caer sobre su cabeza. Tenía el Rey tres eunucoS muy más amados que todos los otros, sin que hubiese alguno que lo ignorase: uno tenía cargo de servirle de copa, otro de poner la cena, y el tercero de la cama, y éste solía dormir con él. A éstos había Alejandro sobornado con grandes dones, y habíales ganado la voluntad. Después que el Rey supo todo esto, dióles tormento y confesaron la verdad de todo lo que pasaba, y mostraron claramente, por cuyo soborno y ruegos habían sido movidos, cómo los había engañado Alejandro, diciendo que no debían tener esperanza alguna en Herodes, viejo malo, aunque él sabía teñirse los cabellos porque los que le viesen pensasen y lo tuviesen por mancebo: y que á él debían honrar, pues que á pesar y á fuerza de Herodes había de ser sucesor en el reino, y había de dar castigo á sus enemigos, y hacer bienaventurados y muy dichosos á sus amigos, y entre todos más á ellos tres. Dijeron también que todos los poderosos de Judea obedecían secretamente á Alejandro, y los capitanes de la gente de guerra y los príncipes de todas las órdenes. Amedrentóse Herodes tanto de estas cosas, que no osaba manifestar públicamente lo que éstos habían confesado; pero poniendo hombres que de día y de noche tuviesen cargo de mirar en ello, trabajaba de escudriñar de esta manera todo cuanto se decía y cuanto se trataba: y luego daba la muerte á cuantos le causaban alguna sospecha.

De esta manera, en fin, fué lleno su reino de toda maldad y alevosía; porque cada uno fingía según el odio y enemistad que tenía, y muchos usaban mal de la ira del Rey, el cual deseaba la muerte á todos sus alevosos. Todas las mentiras eran presto creídas, y el castigo era

más presto hecho que las acusaciones publicadas. Y el que poco antes había acusado, no faltaba quien luego le acusase, y era castigado junto con aquel á quien antes él había acusado; porque la menor pena que se daba en los negocios que tocaban al Rey, era la muerte: vino á ser tan cruel, que no miraba más humanamente á los que no eran acusados, antes con los amigos se mostraba no menos airado que con los enemigos. Desterró de esta manera á muchos, y á los que no llegaba ni podía llegar su poder, á éstos llegaban sus injurias.

Añadióse después á todos estos malos, Antipatro con muchos de sus parientes y allegados, y no dejó género alguno de acusación, del cual no fuesen sus hermanos acusados. Tomó tanto miedo el Rey con la bellaquería de éste y con las mentiras de los acusadores y malsines, que le parecía que veía delante de sí á Alejandro como con una espada desnuda venir contra él, por lo cual también lo mandó prender á la hora, y mandó dar tormento á todos sus amigos. Muchos morían pacientemente callando, sin decir algo de cuanto sabían: otros, los que no podían sufrir los dolores, mentaban diciendo que él había entendido en poner asechanzas para matar á su padre, y que contaba muy bien su tiempo para que, habiéndolo muerto cazando, huyesen presto á Roma. Y aunque estas cosas no fuesen ni verdaderas ni á verdad semejantes, porque forzados por los tormentos las fingían prontamente sin pensar más en ellas, todavía el Rey las creía con buen ánimo, tomándolo para consolación y respuesta de lo que le podían decir, y de haber puesto en cárceles á su hijo injustamente.

Pero no pensando Alejandro que había de poder acabar de hacer que su padre perdiese la sospecha que de él tenía, determinó confesar cuanto le habían levantado; y

habiendo puesto todas sus acusaciones en cuatro libros, confesó ser verdad que había acechado por dar muerte á su padre, escribiendo cómo no era él solo en aquello, pero que tenía muchos compañeros, de los cuales los principales eran Feroras y Salome, y que ésta una vez se había juntado con él, forzándolo una noche contra su voluntad. Tenía, pues, ya Herodes estos libros ó informaciones en sus manos, en los cuales había muchas cosas y muy graves contra los principales del reino, cuando Archelao vino á buen tiempo á Judea temiendo sucediese á su yerno y á su hija algún peligro, á los cuales socorrió con muy buen consejo, y deshizo las amenazas del Rey, amansando su ira muy artificiosamente. Porque en la hora que él entró á ver al Rey, dijo gritando á voces altas: «¿Dónde está aquel yerno mio malvado, ó dónde podré yo ver ahora la cabeza del que quería matar á su padre?, al cual yo mismo con mis propias manos romperé en partes, y daré mi hija á buen marido; porque aunque no es participe de tal consejo, todavía está ensuciada por haber sido mujer de tan mal varón. Maravillome mucho de tu paciencia, Herodes, cuya vida y cuyo peligro aquí se trata, que viva aún Alejandro, porque yo venia con tan gran prisa de Capadocia, pensando que habria ya mucho tiempo que fuera él castigado y sentenciado por su culpa, para tratar contigo de mi hija, la cual le habia dado á él por mujer, teniendo á ti sólo respeto y considerando tu real dignidad. Pero ahora debemos tomar consejo sobre entrambos, aunque tú te muestras demasiado serle padre, y muestras menos fortaleza en castigar al hijo que te ha querido matar. Troquemos, pues, yo y tú las manos, y el uno tome venganza del otro: castiga tú á mi hija, y yo castigaré á tu hijo.»

De esta manera, aunque Herodes estaba muy indig-

nado, todavía fué engañado. Presentóle que leyese los libros que Alejandro le había enviado; y deteniéndose en pensar sobre cada capítulo, determinaban ambos juntos sobre ello. Tomando ocasión con aquello de ejecutar lo que traía Archelao pensado, pasó poco á poco la causa á los demás que en la acusación estaban escritos, y también contra Feroras; y viendo que el Rey daba crédito á cuanto él decía, dijo: «Aquí se debe ahora considerar que el pobre mozo no sea acusado con asechanzas de tantos malos, ó si por ventura las ha él armado contra ti; porque no hay causa para pensar del mancebo tan grande maldad como sea así, que él gozase ahora del reino, y esperase también la sucesión haber de ser en él muy ciertamente, si ya por ventura no tuvo algunos que lo han movido á ello y le han persuadido tal cosa, los cuales le han pervertido y aconsejado; y como su edad, por ser poca, es mudable, hanle hecho escoger la peor parte; y de tales hombres no sólo suelen ser los mancebos engañados, pero aun también los viejos y las casas grandes y de gran nombre, los señoríos y reinos suelen ser por tales hombres revueltos y destruidos.»

Consentía Herodes, en cuanto le decía, y poco á poco iba perdiendo y amansando su ira contra Alejandro, enojándose contra Feroras, porque en él se fundaban aquellos cuatro libros ó acusaciones que había Herodes recibido de Alejandro.

Cuando aquél entendió que el Rey estaba tan enojado contra él, y que prevalecía con el Rey la amistad de Archelao, buscó salvarse y darse cobro desvergonzadamente, pues veía que honestamente no le era posible; y dejando á Alejandro, acudió á Archelao: éste díjole que no veía ocasión para salvarse de tantas acusaciones como él estaba envuelto, con las cuales manifiestamente era

convencido á confesar haber querido con tantas asechanzas engañar al Rey, y que él era causa de tantos males y trabajos como al presente el mancebo tenía, si ya no quería, dejando todas sus astucias y su pertinacia en negarlo, confesar todo aquello de lo cual era acusado, y pedir perdón de su hermano principalmente, pues sabía que él lo amaba, y que, si esto hacía, él le ayudaría de todas las maneras que le fuesen posibles.

Obedeció Feroras á Archelao en todo, y tomando unos vestidos negros, vino llorando por mostrarse más miserable y moverlo á mayor compasión, y echóse á los pies de Herodes pidiendo perdón, el cual alcanzó confesándose por malo y muy lleno de toda maldad, porque todo cuanto le acusaba él lo había hecho, y que la causa de ello había sido falta de entendimiento y locura, la cual tenía por los amores de su mujer. Después que Feroras se hubo acusado y fué testigo contra sí, entonces tomó la mano Archelao por excusarlo, y amansaba la ira de Herodes, usando en excusarlo de propios ejemplos; porque él mismo había sufrido de su hermano peores cosas y más graves, y que había tenido en más el derecho natural que la venganza. Porque en los reinos acontece lo que vemos en los cuerpos grandes, que con el grave peso siempre se suele hinchar alguna parte, la cual no conviene que sea cortada, pero que sea poco á poco con mucho miramiento curada.

Habiendo hablado Archelao y dicho muchas cosas de esta manera, puso amistad entre Herodes y Feroras, y él todavía mostraba gran ira contra Alejandro, y decía que se había de llevar á su hija consigo. Pudo esto tanto con Herodes, que le movió á rogar él mismo por la vida de su propio hijo y que le dejase su hija; y Archelao mostraba hacerlo esto muy contra su voluntad, porque

no la hubiera él dejado á ninguno del reino, si no fuera á Alejandro, pues convenia mirar mucho en que quedase salvo el derecho del parentesco y deudo entre ellos, habiéndole dado á él el Rey su hijo si no desbacia el matrimonio, lo que no era ya posible, porque tenían ya hijos y el mancebo amaba mucho á su mujer, la cual, si se la dejaba, sería causa que todo lo cometido hasta allí fuese olvidado; y si se iba, sería causa para desesperar de todo, y el atrevimiento se suele castigar con distraerlo en cuidados y amor de su casa.

Fué, en fin, contento, y acabó cuanto quiso; volvió en gracia y amistad con el mancebo, y reconciliólo también en la amistad de su padre; pero díjole que sin duda lo debía enviar á Roma, para que hablase con César, porque él le había dado razón de todo lo que pasaba con sus cartas.

Acabado, pues, ya todo lo que Archelao había determinado, y hecho todo á su voluntad, habiendo con su consejo librado á su yerno, y puestos todos en muy gran concordia, vivían, comían y conversaban todos juntamente. Pero al tiempo de su partida, Herodes le dió setenta talentos y una silla y dosel real con mucha perlería labrado; dióle también muchos eunucos y una concubina llamada por nombre Panichis, y dió muchos dones á todos sus amigos, á cada uno según era el merecimiento. Los parientes también del Rey, todos dieron muchos dones á Archelao, y él y los principales señores acompañáronlo hasta Antioquia.

No mucho después vino un otro á Judea mucho más poderoso que los consejeros de Archelao, el cual no sólo hizo que la amistad de Alejandro con Herodes fuese quebrantada, pero también fué causa de la muerte del mancebo. Era éste de linaje lacón, y llamábase Euricles;

estaba corrompido con deseo de reinar, por amor grande que tenia del dinero y por aváricia, porque ya la Casa Real no podia sufrir sus gastos y superfluidades. Habiendo éste dado y presentado muchos dones á Herodes, como cebo para cazar lo que tanto deseaba, habiéndose los Herodes vuelto todos muy multiplicados, no preciaba la liberalidad sin engaño alguno, sino la mezclaba y la alcanzaba con la sangre real. Salteó, pues, éste al Rey con lisonjas muchas y con muchas astucias. Entendiendo la condición de Herodes muy á su placer, obedeciale, tanto en palabras quanto en las obras, en todo, por lo cual vino á ganar con el Rey muy grande amistad; porque el Rey y todos los principales que con él estaban, preciaban y tenian en gran estima al ciudadano de Esparta. Pero cuando él vió la flaqueza de la Casa Real y las enemistades de los hermanos, y conoció también qué tal ánimo tuviese el padre con cada uno de los hijos, posaba en casa de Antipatro y engañaba á Alejandro con amistad muy fingida, fingiendo que en otro tiempo habia sido muy amigo de Archelao y muy compañero; y asi también se entró por esta parte algo más presto, porque luego fué muy encomendado á Aristóbulo por su hermano Alejandro. Y habiendo experimentado á todos, tomaba á unos de una manera y á otros cebaba con otra.

Asi, primero quiso recibir sueldo de Antipatro y vender á Alejandro; reprendia á Antipatro, porque siendo el mayor de sus hermanos, menospreciase á tantos como andaban acechando por quitarle la esperanza que tenia; reprendia por otra parte á Alejandro, porque, siendo hijo de una reina y marido de otra, sufriese que un hijo de una mujer privada y de poco, sucediese en el reino; mayormente teniendo tan grande ocasión con Archelao, que parecia mostrarle todo favor y persuadirle lo que

para él era mejor y más conveniente. Esto lo creía fácilmente el mancebo, por ver que le hablaba de la amistad de Archelao. Por lo cual, no temiendo algo Alejandro, quejábase con él de Antipatro, y contábale las causas que á ello le movían, y que no era de maravillar que Herodes les privase del reino, pues había muerto á la madre de ellos.

Fingiendo Enrícles con esto que se dolía y tenía compasión de ellos, movió é incitó á Aristóbulo á que dijese lo mismo, y habiéndolos forzado á quejarse de su padre, vino á Antipatro, y contóselo todo, haciéndole saber las quejas de sus hermanos. Fingiendo más aún, que sus hermanos le habían buscado asechanzas por matarle, y que estaban muy aparejados para quitarle la vida siempre que pudiesen. Habiéndole dado por estas cosas Antipatro mucho dinero, loábalo delante de su padre.

Vino finalmente á comprar la muerte de sus hermanos Alejandro y Aristóbulo, haciendo él mismo las partes de acusador; y llegando delante de Herodes, díjole que confesaba deberle la vida por beneficios que le había hecho, en pago de los cuales estaba muy pronto por perderla; que Alejandro había poco antes pensado matarlo y se lo había á él prometido con juramento, mas había sido impedido poner por obra tan gran maldad por causa de la compañía; que Alejandro decía que Herodes no lo hacía bien con él, que hubiese venido á reinar en un reino extraño, y después de matar á su madre, les hubiese quitado el debido ser de principes, y con esto aun no contento, había hecho heredero un hombre bajo y sin nobleza, y quería dar á Antipatro, hijo no legítimo, el reino á ellos debido por sus antepasados y primeros abuelos; que, por tanto, quería él venir

para vengar las almas de Hircano y de Mariamma; porque no convenia recibir de tal padre la sucesión del reino sin darle la muerte, y que cada día era movido á hacerlo por muchas ocasiones que le daba, pues no tenía licencia de hablar algo sin ser engañado y acusado; porque si se trataba de la nobleza de los otros, era él injuriado sin razón, diciendo el padre por burla que sólo Alejandro era noble y generoso, á quien su padre le es afrenta por falta de nobleza, y que si, yendo á caza, callaba, ofendía, y si hablaba algo en sus loores, le decían luego que era engañador; que en todo hallaba cruel á su padre, el cual á Antipatro sólo regalaba, por lo cual no quería dejar de morir si no le sucedían sus asechanzas y engaños como querían, y que si lo mataba, el primer socorro que habia de tener sería el de Archelao, su suegro, á quien fácilmente podía acudir, y después á César, que hasta este tiempo ignoraba las costumbres de Herodes; que no le habia ahora de favorecer como antes habia hecho, temiendo la presencia de su padre, y que no sólo habia de hablar de sus culpas, pero que primero habia de contar las desdichas de la gente, y habia de divulgar que los hacia pechar y pagar tributos hasta la muerte; que después habia de decir en qué placeres y en qué hechos se gastaban los dineros que con tantas vidas de hombres y derramando tanta sangre se han alcanzado; qué hombres y cuáles han con ellos enriquecido; qué haya sido la causa de la afflicción de la ciudad, y que en esto habia de llorar y lamentar la muerte de su abuelo y de su madre, descubriendo todas las maldades del Rey, para que los que las supiesen no pudiesen juzgar ni tenerlo por matador de su padre.

Habiendo Euricles dicho todas estas cosas contra Alejandro falsamente, loaba mucho á Antipatro, di-

ciendo y afirmando que él era sólo el que amaba á su padre y el que impedía que las asechanzas puestas no alcanzasen su fin. Habiendo el Rey oido esto, no teniendo sosegado su corazón aun de la sospecha pasada, ni pasado aun el dolor, fué con ésta de nuevo en gran manera perturbado.

Alcanzando Antipatro esta ocasión, movió otros acusadores que acusasen á sus hermanos y dijesen que los habian visto tratar secretamente con Jucundo y con Tiranio, principales hombres de la caballería del Rey en otro tiempo, y que por algunas ofensas hechas ahora, eran desechados de su orden.

Movido, pues, y muy enojado Herodes con esto, mandólos luego poner á tormento; pero ellos solamente confesaron que no sabian algo en todo aquello de lo cual les habian acusado. Fué presentada en este tiempo una carta escrita como de Alejandro al capitán del castillo de Alejandria, en la cual le rogaba que se recogiese con su hermano Aristóbulo en el castillo, si mataban al padre, y los dejase servir tanto de armas como de todo lo demás que necesidad tuviesen. Respondió á esto Alejandro que era maldad y mentira muy grande de Diofanto, el cual era notario y escribano del Rey, hombre muy atrevido, astuto y muy diestro en imitar y contra-hacer la letra de cuantas manos quisiese. Éste, á la postre, habiendo escrito muchas cosas falsamente, murió por esta causa. Habiendo después atormentado al capitán del castillo, que arriba dijimos, no pudo Herodes entender ni alcanzar de éste algo conforme á las acusaciones; pero aunque ninguna certidumbre se pudiese alcanzar de todo cuanto pedia, todavia mandó que sus hijos fuesen muy bien guardados, y dió á Euricles, que era la pestilencia de su casa y el autor de aquella mal-

dad, cincuenta talentos, diciendo que le debía mucho y que era el que le había dado la salud y la vida.

Antes que la cosa se divulgase más, vino Euricles corriendo á Archelao, y dióle á entender cómo había reconciliado á Herodes con Alejandro, por lo cual recibió también aquí mucho dinero. Pasando luego de aquí á Acaya, usó de las mismas maldades y traiciones, pensando alcanzar más de lo mal ganado, pero á la postre todo lo perdió; porque fué acusado delante de César de que había revuelto toda Acaya y robado las ciudades, por lo cual le desterraron, y de esta manera le persiguieron las penas que había hecho padecer á Aristóbulo y Alejandro.

Digna cosa me parece hacer comparación de Coe Evarato con este Esparciata, del cual hemos hasta aquí tratado; porque siendo aquél muy amigo de Alejandro, y habiendo venido en el mismo tiempo que estaba Euricles allí, pidiéndole el Rey que le dijese si sabía algo en todas aquellas cosas de las cuales eran los mancebos acusados, respondió y juró que nunca tal había oído. Pero no aprovechó esto á los desdichados con Herodes, quien solamente daba oído á los acusadores y maldicientes, y juzgaba por muy amigo suyo el que creyese lo mismo que él creía, y se moviese con las mismas cosas.

Incitaba y movía también Salome su crueldad contra los hijos, porque Aristóbulo, por ponerla en peligro y en revueltas, había enviado á decir á ésta, que era su tía y suegra, que se proveyese y mirase por sí; que el Rey la quería matar por haberle otra vez hecho enojo y acechado; porque deseando casarse con el árabe Sileo, el cual sabía ella que era enemigo de Herodes, le descubría secretamente los enemigos del Rey. Esto fué lo

postrero y lo mayor, con lo cual fueron los mancebos atormentados, ni más ni menos que si fueran arrebatados por un torbellino. Luego Salome vino al Rey y descubrióle lo que Aristóbulo le aconsejaba. No pudiendo sufrir el Rey esto, antes encendióse con muy gran ira, mandó atarlos cada uno por sí, y ponerlos apaitados al uno del otro, que fuesen muy bien guardados.

Después mandó á Volumnio, maestro y capitán de la gente de guerra, y á un amigo suyo muy privado, llamado Olimpo, con todas las acusaciones que partiesen para donde César estaba, y llegado que hubieron á Roma, presentaron las letras del Rey.

A César le pesó mucho por los mancebos, pero no tuvo por bien quitar el derecho y poder que el padre tiene en los hijos: y escribióle que fuese él de aquella causa justo juez como señor de su libre alvedrío; pero que sería mejor si se quejaba de ellos y proponía su causa delante de todos sus parientes cercanos y regidores, quejándose de lo que contra él habían cometido, y que si los hallaba culpados dignamente en aquello de lo cual eran acusados, en la hora misma los hiciese morir; pero si hallaba que solamente habían pensado huir, que se contentase con pena y castigo mesurado.

Herodes obedeció á lo que César le había escrito, y habiendo llegado á Berito, adonde César le mandaba, juntó su consejo. Fueron presidentes aquellos á los cuales César había escrito; Saturnino y Pedanio fueron legados ó embajadores, y con ellos el procurador Volumnio y los amigos y allegados del Rey. También fué con ellos Salome y Feroras. Después de éstos, los principales de Siria, excepto el rey Archelao, porque Herodes lo tenía por sospechoso, por ser suegro de Alejandro.

Pero fué muy cuerdo en no sacar á sus hijos al juicio,

porque sabía que si los vieran, fácilmente se movieran á misericordia todos los que habían de juzgarlos, y que si alcanzaban licencia para responder, Alejandro sólo bastaba para deshacer todas las acusaciones y cuanto les era levantado. Estaban, pues, guardados en un lugar llamado Platane, el cual era de los Sidonios.

Comenzando, pues, el Rey sus acusaciones, hablaba como si los tuviera delante, y proponía las asechanzas que le habían buscado, algo temeroso, porque las pruebas para esto faltaban; pero decía muchas malas palabras, muchas injurias y afrentas, y muchas cosas que habían hecho contra él, y mostraba á los jueces cómo eran cosas aquellas más graves que la muerte. Al fin, como ninguno le contradijese, comenzó á quejar de sí mismo, diciendo que alcanzaba una victoria muy amarga, pero rogóles á todos que cada uno dijese su parecer contra sus hijos. El primero fué Saturnino, que dijo merecer los mancebos pena, pero no la muerte: porque no es cosa lícita, ni le era permitido, teniendo allí presentes tres hijos, condenar á muerte los hijos de otro. Lo mismo pareció al otro legado, y á éstos siguieron algunos de los otros. Volumnio fué el primero que pronunció la sentencia triste, los demás luego tras él, unos por envidia, otros por enemistad, y ninguno dijo que los hijos debían ser sentenciados, por enojo ni por indignación.

Estaba entonces toda Judea y toda Siria suspensa, aguardando el fin de esta tragedia, pero ninguno pensaba que Herodes había de ser tan cruel que matase sus propios hijos.

Herodes trajo consigo á sus hijos á Tiro, y de allí los llevó luego, poniéndose en una nao hasta Cesárea, y comenzó á pensar á qué género de muerte los sentenciaría. Estando en esto, había un soldado viejo del Rey, lle-

mado por nombre Tiro, el cual tenia un hijo muy amigo y aliado con Alejandro; amaba él también mucho á estos mancebos, y con grande enojo rodeaba la ciudad, y gritaba con la voz muy alta, que la justicia era pisada y que iba por bajo los pies, la verdad había perecido, naturaleza estaba confusa, la vida de los hombres estaba ya muy llena de maldades, y más todo aquello que podía decir con enojo, menospreciando su vida. Después osando parecer delante del Rey, dijo estas palabras: «Parécesme ser el más desdichado del mundo, pues das fe contra tus propios y amados hijos á los malos hombres del mundo; porque Feroras y Salome tienen crédito contigo en todo cuanto contra tus hijos dicen, los cuales tú mismo has muchas veces juzgado por muy dignos de la muerte. ¿Y no ves que no entienden ni tratan otra cosa, sino que, hecho huérfano de tus justos herederos, quedas con solo Antipatro, deseando alzarse con el reino y prender al Rey? Y piensa si será aborrecido de todos los soldados Antipatro por la muerte de sus hermanos. Ninguno hay que no tenga gran compasión de estos mancebos, y sepas que muchos príncipes están por ello muy enojados, y trabajan ya en mostrarte el enojo que por ello tienen.» Diciendo estas cosas, nombraba por sus nombres todos aquellos á los cuales pesaba por ello y parecía cosa muy indigna y muy injusta.

Entonces un barbero del Rey, llamado por nombre Trifón, no sé por qué locura movido, salió delante de Herodes mostrándose en medio de todos, y dijo: «A mi me persuadió este Tiro, que cuando te afeitase, te degollase con mi navaja, y me prometía que si lo hiciese, Alejandro me daría muy grandes dones.» Habiendo Herodes oído estas cosas, mandó prender á Tirón, á su hijo y al barbero, y mandóles dar tormento. Como Tirón y su

hijo negasen, y el barbero no dijese ya algo, mandó atormentar más reciamente á Tirón; y el hijo, movido por tener gran lástima y piedad de su padre, prometió al Rey descubrirle la verdad de todo cuanto pasaba, si mandaba perdonar á su padre y que cesasen los tormentos. Habiéndolo hecho Herodes, después de mandado librar de ellos, dijo el hijo que su padre había tenido voluntad de matarle, movido para ello por Alejandro.

Bien conocían muchos que esto era fingido por el hijo, por librar á su padre de la pena y tormentos, aunque otros lo tenían por gran verdad. Pero Herodes, acusando á los príncipes de sus soldados y á Tirón, movió al pueblo contra ellos, de tal manera, que todos y el barbero también murieron á palos y á pedradas, y enviando sus hijos ambos á Sebaste, ciudad no muy lejos de Cesárea, mandólos ahogar, y puesta diligencia en este negocio, mandólos traer al castillo Alejandrio, después de muertos, para que fuesen sepultados con Alejandro, abuelo de ellos de parte de la madre. Esta, pues, fué la fin de la vida de Alejandro y Aristóbulo.

XVIII.

De la conjuración de Antipatro contra su padre.

Como Antipatro tuviese ya muy cierta esperanza del reino sin contradicción alguna, fué muy aborrecido por todo el pueblo, sabiendo todos que él había buscado asechanzas á sus hermanos por hacerlos morir, y no estaba él también sin temor muy grande, viendo que los hijos de los hermanos muertos crecían. Había dos hijos de

Alejandro nacidos de Glafira; el uno se llamaba Tigranes, y el otro Alejandro. Había también de Aristóbulo y de Berenice, hija de Salome, tres, el uno llamado Herodes, el otro Agripa, y el otro Aristóbulo, y dos hijas también que tuvo, la una llamada Herodia, y la otra Mariamma. Herodes había dejado á Glafira que se fuese con todo su dote á Capadocia después de haber muerto á Alejandro, y dió la mujer de Aristóbulo, Berenice, á un tío de Antipatro por mujer; porque Antipatro inventó este casamiento por reconciliarle y trabar amistad con Salome, que antes solía estar muy enojada contra él.

También andaba por tomar amistad con Feroras, dándole muchos dones y haciéndole muchos servicios; lo mismo hacía con todos los que sabía que eran amigos de César, enviando á Roma mucho dinero. Había dado muchos dones á Saturnino, con todos los otros que estaban en Siria; y cuanto él más daba, tanto más era aborrecido por todos, porque parecía no dar tanta riqueza por parecer liberal, cuanto por gastar todo esto por causa del gran miedo que tenía. De aquí procedía que no aprovechaba en la voluntad de aquellos que recibían sus dones, antes le eran mayores enemigos que aquellos que no habían recibido de él algo.

Mostrábase cada día más liberal en repartir las cosas y en hacer grandes dádivas, viendo cuán, contra la esperanza que él tenía, Herodes mostraba cuidado de los niños huérfanos, y entendía, por la lástima que le veía tener de los hijos, cuánto le pesase por los muertos. Y habiendo un día juntado todos sus deudos cercanos y amigos, estando delante los niños huérfanos, hinchó sus ojos de lágrimas, y llorando dijo: «Una desventura muy triste me ha quitado los padres de éstos; pero la naturaleza y la misericordia que unos á otros debemos, me en-

comienda á mí los mozos. Quiero, pues, experimentar y probarme que, pues he sido padre desdichado y muy desventurado, sea para éstos bien proveído abuelo, y dejarles he los amigos míos mayores para que después de yo muerto los puedan regir. Para esto, pues, prometo, oh Feroras, tu hija al hijo mayor de Alejandro por mujer, porque le seas curador y pariente, y á tu hijo, oh Antipatro, la hija de Aristóbulo, porque de esta manera serás padre de la huérfana. A su hermana tomará mi Herodes, descendido de mi abuelo de parte de madre, que fué pontífice. Y de estas cosas esta es mi voluntad, y esto dejo ordenado, á lo cual ninguno de los que me aman contradiga ni repugne. Y ruego á Dios, por bien de mi reino y de mis nietos, que los junte como yo tengo señalado en casamientos, y que pueda ver á estos hijos mejormen- te, y lograr de ellos con mejores ojos que no he hecho de sus padres.»

Después de haber hablado estas palabras, lloró algún poco é hizo que se diesen las manos derechas los muchachos, y saludando á cada uno de los demás que allí estaban, despidió todo el consejo y ajuntamiento. Luego Antipatro se apartó, y no hubo alguno de los mozuelos que ignorase cuánto pesar hubiese recibido Antipatro por aquello; porque pensaba que su padre le había quitado parte de su honra, y que en todo había peligro, si los hijos de Alejandro, además de tener á su abuelo Archelao, tenían también al tetrarca Feroras por curador y ayuda.

Pensaba también y veía cuán aborrecido era de todo el pueblo, por ver que había quitado la vida á los padres de aquellos muchachos: con esto todo el pueblo se movía á gran compesión. Veía cuán amados eran los muchachos de todos, y cuán gran memoria quedaba á todos

los Judíos de los que por su maldad habían sido muertos. Por tanto, determinó en todas maneras desbaratar aquellos desposorios y ajuntamientos. Temió comenzar por su padre, viendo que estaba muy vigilante y con gran cuidado en cuanto se hacia; pero atrevióse á venir públicamente muy humilde, y pedirle en su presencia que no lo privase de la honra, que pensaba y juzgaba ser él digno, y no le dejase el solo nombre de rey, dejando á los otros el señorío; y no podía él alcanzar el señorío del reino, si aun además del abuelo Archelao, era juntado por su suegro con los hijos de Alejandro, Ferroras; y rogaba muy ahincadamente y con gran instancia que, por ser muchos los de la generación real, mudase aquellos casamientos. El Rey tuvo nueve mujeres: de las siete tenía hijos; de Doris, á Antipatro; de la hija del Pontífice, llamada Mariamma, tenía á Herodes, y de Maltaca de Samaría, á Antipatro y Archelao; y una hija llamada Olimpiada que había sido mujer de su hermano Josefo; y de Cleopatra, natural de Jerusalén, á Herodes y á Filipo y á Faselos; de Palada tenía también otras hijas más, Rojana y Salome, la una de Fedra, y la otra habida de Elpide; y dos mujeres sin hijos, la una era su sobrina, y la otra hija de su hermano: hubo también de Mariamma dos hijas, hermanas de Alejandro y de Aristóbulo.

Como hubiese, pues, tanta abundancia de hijos é hijas, deseaba Antipatro que se hiciesen otros casamientos, y que se juntasen de otra manera. Entendiendo el Rey el ánimo de Antipatro y lo que tenía en el pensamiento contra los muchachos, hubo muy gran enojo, y fué muy airado, porque pensando en la muerte que había hecho padecer á sus hijos, temía que ellos en algún tiempo quisiesen pagarse de las acusaciones que Antipatro ha-

bia hecho contra sus padres; pero quisolo encubrir, mostrándose enojado con Antipatro, y diciéndole malas palabras.

Después, movido y persuadido Herodes con las lisonjas y buenas palabras de Antipatro, mudó lo que antes habia ordenado. Dió primeramente á Antipatro por mujer la hija de Aristóbulo, y su hijo á la hija de Feroras. De aqui se puede sacar muy fácilmente cuánto pudieron las lisonjas de Antipatro, no habiendo podido Salome antes alcanzar lo mismo en la misma causa, porque aunque ésta le era hermana y muchas veces se lo habia suplicado, poniendo por medio á Julia, mujer de César, no habia querido permitir que se casase con Sileo el árabe, antes dijo que la tendria muy enemiga si no dejaba tal pensamiento y deseo. Después la dió forzada y contra su voluntad por mujer á Alejo, amigo suyo; y de dos hijas suyas dió la una al hijo de Alejandro, y la otra al tío de Antipatro; y de las hijas de Mariamma, la una tenía el hijo de su hermana, Antipatro, y la otra Faselo, hijo de su hermano. Cortada, pues, la esperanza de sus pupilos, y juntados los parientes á placer y provecho de Antipatro, tenía ya muy cierta confianza; y juntándola con su maldad, no habia quien lo pudiese sufrir, porque no pudiendo quitar el odio y aborrecimiento que cada uno le tenía, asegurábase con el miedo que se hacia tener, obedeciéndole tambien Feroras como á propio rey.

Movían tambien nuevos ruidos y revueltas las mujeres en el palacio, porque la mujer de Feroras, con su madre y hermana y con la madre de Antipatro, hacian todas éstas muchas cosas atrevidamente y más de lo que acostumbraban, osando tambien injuriar con muchos denuestos á dos hijas del Rey, por lo cual era principal-

mente tenida en poco por Antipatro. Como, pues, fuesen muy enojosas y muy aborrecidas estas mujeres, había otras que le obedecían en todo y seguían su voluntad: sola era Salome la que trabajaba de ponerlas en discordia, y decía al Rey que no se venían á juntar allí por su bien. Sabiendo las mujeres cómo eran acusadas por ello y que Herodes había recibido enojo, guardáronse de allí adelante de juntarse manifiestamente, y no se mostraban tan familiares unas con otras como antes; fingían delante del Rey que estaban discordes, y andaba de tal manera este negocio, que delante de todos no dejaba de ofender Antipatro á Feroras; pero en secreto se juntaban y se hacían grandes convites y tenían sus consejos de noche. Por ver esto tan secreto, se confirmó mucho la sospecha, sabiéndolo todo Salome y contándosele á Herodes. Y enojado por esto en gran manera, principalmente contra la mujer de Feroras, porque á ésta acusaba Salome más que á las otras, y juntando todos sus amigos y parientes en consejo, dióle en la cara con las afrentas que había hecho á sus hijas, además de muchas otras cosas que dijo, y que había dado dádivas y muchos dones á los Fariseos, porque se levantasen contra él; y habiendo dado ponzoñas á su hermano, y hechizos, lo había puesto en grande enemistad con él. Después, ya á la postre, tornando su habla á Feroras, preguntóle que á quién quería él más, á su hermano ó á su mujer, respondiéndole Feroras que primero carecería de la vida que de su mujer. Estando incierto de lo que debía hacer, púsose á hablar con Antipatro, y mandóle que no tuviese que hacer con Feroras ni con su mujer, ni con algo que á ellos tocase. Obedecíale públicamente á lo que mostraba; mas secretamente, de noche estaba con ellos; y temiendo que Salome lo hallase, hizo

con los amigos que tenía en Italia que hubiese de partir para Roma, enviando ellos cartas de esto, en las cuales también mandó escribir que poco tiempo después partiese tras él Antipatro, porque convenía que hablase con César. Por lo cual Herodes, luego en la hora, lo envió muy en orden y muy proveído de todo lo necesario, dándole mucho dinero. Y dióle también que llevase consigo su testamento, en el cual Antipatro estaba constituido rey, y heredero del reino, por sucesor de Antipatro, Herodes, nacido de Mariamma, hija del Pontífice.

El árabe Sileo también vino á Roma menospreciando el mandamiento de César, por averiguar con Antipatro todo aquello que antes había tratado con Nicolao.

Tenía éste con Areta, su rey, una grave contienda, cuyos amigos él había muerto; y á Soemo, en la ciudad llamada Petra, el cual era hombre muy poderoso; y habiendo dado dinero á Fabato, procurador de César, tenía por lo favoreciese; pero dando Herodes mayor cantidad de dineros á Fabato, lo desvió de Sileo, y por vía de éste pedía lo que César mandaba. Como aquél le hubiese dado muy poco ó casi nada, acusaba á Fabato delante de César diciendo que era dispensador, no de lo que á él convenía, pero de lo que fuese en provecho de Herodes. Movidó á saña Fabato con estas cosas, siendo tenido aun por muy honrado por Herodes, manifestó los secretos de Sileo, y descubrióse los al Rey diciendo que Sileo había corrompido con dinero á Corinto, su guarda, y que convenía mucho mirar por sí y tomar á éste preso. No dudó Herodes en hacerlo, porque este Corinto, aunque hubiese sido criado siempre en la Corte del Rey, todavía era árabe de su natural. Poco después mandó no á éste solo, sinó prendió también con él á otros dos árabes, el uno llamado Filarco, y el otro gran-

de amigo de Sileo. Puesta la causa de éstos en juicio, confesaron que habian acabado con Corinto, dándole mucha cantidad de dineros, que matase á Herodes; disputada también esta causa por Saturnino, regidor entonces de Siria, fueron enviados á Roma.

XIX.

De la ponzoña que quisieron dar á Herodes,
y cómo fué hallada.

Herodes en este tiempo apretaba mucho á Feroras que dejase á su mujer, y no podía hallar manera para castigarla, teniendo muchas causas para ello; hasta tanto que, enojado en gran manera contra ella y contra el hermano, los echó á entrambos. Habiendo recibido Feroras esta injuria y sufriendola con buen ánimo, vino á su tetrarquía, jurando que sola la muerte de Herodes había de ser fin de su destierro, y que no le había de ver más mientras viviese. Por esto no quiso venir á ver á su hermano, aunque fuese muy rogado, estándole enfermo, queriéndole aconsejar algunas cosas, por pensar ya que su muerte era llegada; pero convalenció, sin que de ello se tuviese esperanza.

Cayendo Feroras en enfermedad, mostró Herodes con él su paciencia; porque vino á ver y quiso que fuese muy bien curado; pero no pudo vencer ni resistir á la dolencia, con la cual dentro de pocos días murió. Y aunque Herodes amó á éste hasta el postrer día de su vida, todavía fué divulgado que él le había muerto con ponzoña. Trajeron su cuerpo á Jerusalén, con el cual la gente hizo gran llanto é hizo que fuese muy noble-

mente sepultado; y así este matador de Alejandro y Aristóbulo feneció su vida.

Pasóse la pena y castigo de esta maldad en Antipatro, autor de ella, tomando principio en la muerte de Feroras: porque como algunos de sus libertos se hubiesen presentado muy tristes al Rey, decian que su hermano Feroras había sido muerto con ponzoña, porque su mujer le había dado cierta cosa á comer, después de la cual luego había caído enfermo; que dos días antes había venido de Arabia una mujer hechicera, llamada por su madre y su hermana, para que diese á Feroras un hechizo amatorio, y que en lugar de aquél le había dado ponzoñoso, por consejo de Sileo, como muy conocida suya.

Estando el Rey muy sospechoso por estas cosas, mandó prender algunas de las libertas y atormentarlas; y una de ellas, impaciente por el gran dolor, dijo con alta voz: «Dios, Regidor del cielo y de la tierra, tome venganza en la madre de Antipatro, que es causa de todas estas cosas.» Pero sabido por principio esto, trabajaba por alcanzar la verdad y descubrir todo el negocio. Descubrióle la mujer la amistad de la madre de Antipatro con Feroras y con sus mujeres, y los secretos ayuntamientos que hacian; y que Feroras y Antipatro, viniendo de hablar con él, acostumbraban estarse toda la noche bebiendo juntamente ellos solos, echando todos los criados y criadas fuera. Una de las libertas presas descubrió todo esto: y siendo atormentadas todas las otras, mostróse cómo unas con otras enteramente concordaban, por la cual cosa adrede había Antipatro puesto diligencia en venirse á Roma, y Feroras de la otra parte del río: porque muchas veces habían ellos dicho, que después de la muerte de Alejandro y Aristóbulo, había Herodes de pasar á hacer justicia de ellos y de sus mujeres; pues era imposible que

quien no había perdonado ni dejado de matar á Mariamma y á sus hijos, pudiese perdonar á la sangre de los otros, y que, por tanto, era mucho mejor huir y apartarse muy lejos de bestia tan fiera.

Muchas veces había dicho Antipatro á su madre, quejándose de que él estaba ya viejo y blanco, y su padre de día en día se volvía más mancebo, que por ventura moriría primero que comenzase á reinar, ó que si moría después poco tiempo le podía durar el gozo de sucederle por rey. Además, que las cabezas de aquella hidra se levantaban ya, es á saber: los hijos de Alejandro y de Aristóbulo, y que por causa también de su padre, había perdido él la esperanza de tener hijos que fuesen algo, pues no había querido dejar la sucesión del reino, sino al hijo de Mariamma. Que en esto ciertamente él no atinaba, antes era muy gran locura, por lo cual no se debía creer su testamento; y que él trabajaría que no quedase raza de toda su generación. Y como fuese mayor el odio que tenía contra sus hijos, que tuvieron jamás cuantos padres fueron, tenía aún mayor odio, y mucho más aborrecía á sus hermanos propios. Que ahora postramente le había dado cien talentos, porque no hablase con Feroras: y como Feroras dijese: «¿Qué daño le hacemos nosotros?» Antipatro había respondido: «Pluguiese á Dios que nos lo quitase todo, y nos dejase á lo menos vivir.» Pero no era posible que alguno huyese de las manos de bestia tan mortífera y tan ponzoñosa, con la cual aun los muy amigos no podían vivir. Ahora, pues, nos habemos juntado aquí secretamente, lícito nos será y posible mostrarnos á todos si somos hombres y si tenemos espíritu y manos.

Estas cosas manifestaron y descubrieron aquellas criadas estando en el tormento, y que Feroras había determinado huir con ellas á Petra. Por lo que dijeron de los

cien talentos, Herodes las creyó: porque á solo Antipatro había él hablado de ellos. La primera en quien mostró Herodes su furor y saña, fué la madre de Antipatro; y desnudándola de todos cuantos ornamentos le había dado, comprados con mucho tesoro, la echó de sí y abandonóla. Amansándose después su ira, consolaba las mujeres de Feroras de los tormentos que habían padecido; pero tenia siempre gran temor y estábanse muy amedrentado: moviase fácilmente con toda sospecha, y daba tormento á muchos que estaban sin culpa alguna, por miedo de dejar entre ellos alguno de los que estaban culpados. Después vuelve su enojo contra el samaritano Antipatro, el cual era procurador de Antipatro; y por los tormentos que le dió, descubrió que Antipatro se había hecho traer de Egipto, para matarlo, cierto veneno y ponzoña muy pestilencial por medio de un amigo de Antifilo; y que Theudion, tío de Antipatro, lo había recibido y dado á Feroras, á quien Antipatro había encomendado y dado cargo de matar á Herodes, entretanto que él estaba fuera de allí, por evitar toda sospecha, y que Feroras había dado la ponzoña á su mujer para que la guardase.

Mandando el Rey llevarla delante de sí, mandóle que trajese lo que le había sido encomendado. Ella entonces, saliendo como para traer aquello que le había sido pedido, dejóse caer del techo abajo por excusar todas las pruebas y librarse de todos los tormentos. Pero la providencia de Dios, según fácilmente se puede juzgar, quiso, porque Antipatro lo pagase todo, salvarla, y hacer que cayendo no diese de cabeza, pero de lado solamente, con lo cual se libró de la muerte.

Traída delante del Rey cuando había ya cobrado salud, porque aquel caso la había turbado mucho, preguntándola por qué se había así echado, prometiéndola el

Rey que la perdonaría si le contaba toda la verdad del negocio, y que si preciaba más decirle falsedades, había de quitarle la vida y despedazar su cuerpo con tormentos, sin dejar algo para la sepultura, calló ella un poco, y después dijo: «¿Para qué guardo yo los secretos, siendo muerto Feroras y habiendo de servir á Antipatro que nos ha echado á perder á todos? Oye, Rey, lo que quiero decirte, y quiero que Dios me sea testigo de lo que diré, el que no es posible sea engañado. Estando sentada cabe de Feroras á la hora de su muerte, llamóme en secreto que me llegase á él, y díjome: «Sepas, mujer, que me he »engañado en gran manera con el amor de mi hermano, »porque he aborrecido un hombre que tanto me amaba y »habia pensado matarle, doliéndose él tanto de mí, aunque »no soy aún muerto y teniendo tan gran dolor; pero yo »me llevo el premio de tan grande crueldad como he usado »con él: tráeme presto la ponzoña que tú guardas, aquella »que Antipatro nos dejó, y derrámala delante de mí, porque no lleve mi conciencia ensuciada de tal maldad, la »cual tome de mí venganza en los infiernos.» Hice lo que me mandaba; trajésela y eché gran parte de ella en el fuego delante de él mismo; guardéme algo de ella, para casos que suelen acontecer y por temor que tenía de ti.»

Habiendo puesto fin á sus palabras, mostró una bujeta adonde lo tenía reservado: y el Rey entonces pasó aquella tienda á la madre y hermano de Antifilo. Estos confesaban también que Antifilo había traído aquella bujeta consigo de Egipto, y que habia habido aquella ponzoña de un hermano suyo, que era médico en Alejandria.

Las almas de Alejandro y de Aristóbulo buscaban todo el reino por descubrir las cosas que estaban muy encubiertas, y hacían venir á probar su causa á los que

de ellos estaban muy apartados y eran más ajenos de toda sospecha. Pensó, finalmente, que también sabía su parte en estos consejos y tratos la hija del Pontífice llamada Mariamma: porque esto fué descubierto después que sus hermanos fueron atormentados. Y el Rey castigó el atrevimiento de la madre con la pena que dió al hijo, quitando de su testamento á su hijo Herodes, el cual había quedado por heredero del reino.

XX.

De cómo fueron halladas y vengadas las traiciones y maldades de Antipatro contra Herodes.

No hubo tampoco de faltar en la prueba de estas cosas, por resolución y fe de todo lo probado contra Antipatro, Batilo, su liberto, el cual trajo consigo otra ponzoña, es á saber, veneno de serpientes muy ponzoñosas, para que si el primero no aprovechase, pudiese Feroras y su mujer armarse con este otro. Éste mismo, además del atrevimiento que había emprendido contra su padre, tenía como obra consiguiente á su empresa las cartas compuestas por Antipatro con sus hermanos.

Estaban en éste tiempo en Roma estudiando Archelao y Filipo, mozuelos ya de grande ánimo y nietos del Rey; deseando Antipatro quitarles de allí, porque le estorbaban la esperanza que tenía, fingió ciertas cartas contra ellos él mismo, en nombre de los amigos que vivían en Roma, y habiendo corrompido algunos de ellos, les persuadió á escribir que estos mozos decían mucho mal de su abuelo y se quejaban públicamente de la muerte de sus padres Alejandro y Aristóbulo, y sentían mucho que He-

rodes tan presto los llamase, porque habia mandado ya que se volviesen, por lo cual Antipatro tenia gran pesar. Antes que partiesen, estando Antipatro aún en Judea, enviaba mucho dinero á Roma porque escribiesen tales cartas: y viniendo á su padre por evitar toda sospecha, fingia razones para excusarlos, diciendo que algunas cosas se habian escrito falsamente, y las otras se les debian perdonar como á mozos, porque eran liviandades de mancebos.

En este mismo tiempo trabajaba por encubrir las señales y apariencia que manifestamente se mostraban, de los gastos que hacia en dar tanto dinero á los que tales cartas escribian: traia muy ricos vestidos, muchos atavios muy galanos; compraba muchos vasos de oro y de plata para su vajilla, porque con estos gastos disimulase y encubriese los dones que habia dado á los falsarios de aquellas cartas. Hallóse que habia gastado en estas cosas doscientos talentos, y la causa y ocasión de todo esto habia sido Sileo.

Pero todos los males estaban cubiertos con el mayor; y aunque los tormentos que habian dado á tantos gritasen y publicasen cómo habia querido matar á su padre, y las cartas mostraban claramente que habia hecho matar á sus hermanos, no hubo alguno de cuantos venian de Judea que le avisase, ni le hiciese saber en qué estado estaban las cosas de su casa, aunque en probar esta maldad y en su vuelta de Roma, habian pasado siete meses, tan aborrecido era por todos; y acaso los que tenian voluntad de descubrirlo, se lo callaban por instigación de las almas de los hermanos muertos.

Envió cartas de Roma que luego vendría, haciendo saber con cuánta honra le habia César dado licencia para que se volviese; pero deseando el Rey tener en sus ma-

nos á este acechador, temiendo que se guardase si por ventura lo sabía, él también fingió gran amor y benevolencia en sus cartas, escribiéndole muchas cosas; y la que principalmente le encargaba, era que trabajase en que su vuelta fuese muy presto: porque si daba prisa en su venida, podría apaciguar la riña que tenía con su madre, la cual sabía bien Antipatro que había sido desechada.

Había recibido, estando en Trento, una carta en la cual le hacían saber la muerte de Feroras, y había llorado mucho por él, y esto parecía bien á algunos que se doliese del tío, hermano de su padre; pero, según lo que se podía entender, la causa de aquel dolor era porque sus asechanzas y tratos no le habían sucedido á su voluntad; y no lloraba tanto la muerte de Feroras por serle tío, como por ser hombre que había entendido en aquellos maleficios, y era bueno para hacer otros tales.

Estaba también amedrentado por las cosas que había hecho, temiendo fuese hallado ó sabido por ventura lo que había tratado de la ponzoña. Y como estando en Cilicia le fuese dada aquella carta de su padre, de la cual hemos hablado arriba, apresuraba con gran prisa su camino; pero después que hubo llegado á Celenderis, vinole cierto pensamiento de su madre, adivinando su alma ya por si misma todo lo que de verdad pasaba. Los amigos más allegados y más prudentes le aconsejaban que no se juntase con su padre antes de saber ciertamente la causa por la cual había sido echada su madre, porque temían que se añadiese algo más á los pecados de su madre. Los menos prudentes y más deseosos de ver á su tierra que de mirar y considerar el provecho de Antipatro, aconsejábanle que se diese prisa, por no dar ocasión de sospechar algo viendo que se tardaba, y por-

que los malsines no tuviesen lugar para calumniarlo. Que si hasta allí se había hecho ó movido algo, era por estar él ausente, porque en su presencia no había alguno que tal osara hacer; y que parecía cosa muy fea carecer de bien cierto por sospecha incierta, y no presentarse á su padre, y recibir el reino de sus manos, el cual pendía de él solo.

Siguió este parecer Antipatro, y la fortuna lo echó á Sebaste, puerto de Cesárea, donde vióse en mucha soledad, porque todos huían de él y ninguno osaba llegar-sele. Porque aunque siempre fué igualmente aborrecido, sólo entonces tenían libertad para mostrarle la voluntad y el odio.

Muchos no osaban venir delante del Rey por el miedo que tenían, y todas las ciudades estaban ya llenas de la venida de Antipatro y de sus cosas. Sólo Antipatro ignoraba lo que se trataba de él.

No había sido hombre más noblemente acompañado hasta allí, que él en su partida para Roma, ni menos bien recibido á su vuelta. Sabiendo él las muertes que habían pasado en los de su casa, encubrialas astutamente; y muerto casi de temor dentro el corazón, mostraba á todos gran contentamiento en la cara. No tenía esperanza de poder huir, ni podía salir de tantos males de que cercado estaba. No había hombre que le dijese algo de cierto de todo cuanto en su casa se trataba, porque el Rey lo había prohibido debajo de muy gran pena. Así, estaba una vez con esperanza muy alegre, haciendo creer que no se había hallado algo, y que si por dicha se había algo descubierto, con su atrevida desvergüenza lo excusaría, y con sus engaños, los cuales le eran como instrumentos para alcanzar salud.

Armado, pues, con ellos, vino al palacio con algu-

nos amigos, los cuales fueron echados con afrenta de la puerta primera.

Quiso la fortuna que Varrón, regidor de Siria, estaba allí dentro; y entrando á ver á su padre, con atrevimiento grande, muy osado, llegábase cerca como por saludarlo. Echándole Herodes, inclinando su cabeza á una parte un poco, dijo en voz alta: «Cosa es ésta de hombre que quiere matar á su padre, quererme ahora abrazar estando acusado de tantos maleficios y maldades. Perezcas, mal hombre impío, y no me toques antes de mostrarte sin culpa y excusarte de tantas maldades como eres acusado. Yo te daré juicio y por juez á Varrón, el cual se halló aquí á buen tiempo. Vete, pues, de aquí presto, y piensa cómo te excusarás para mañana; porque según tus maldades y astucias, pésame darte tanto tiempo.»

Amedrentado mucho Antipatro con estas cosas, no pudiendo responderle palabra, volvió el rostro y fuése. Como su madre y mujer le viniesen delante, contáronlo todas las pruebas que había hechas contra él: y él, volviendo entonces en sí, pensaba de qué manera se defendería.

Al otro día, juntando el Rey consejo de todos sus amigos y allegados, llamó también los amigos de Antipatro; y estando él sentado junto á Varrón, mandó traer todas las pruebas y testigos contra Antipatro, entre los cuales había también unos que estaban ya presos de mucho tiempo, esclavos de la madre de Antipatro, los cuales habían traído de ésta ciertas cartas al hijo, escritas de esta manera:

«Porque tu padre entiende todas aquellas cosas, guárdate de venirle cerca, si no hubieres socorro de César.»

Traídas, pues, estas cosas y muchas otras, entró Antipatro, y arrodillándose á los pies de su padre, dijo: «Su-

plícote, padre mío, no quieras juzgar de mí algo antes de dar oído y escuchar primero mi satisfacción enteramente; porque si tu quieres, yo mostraré y probaré mi disculpa.»

Entonces, mandándole con alta voz que callase, habló con Varrón lo siguiente:

«Ciertamente sé que tú, Varrón, y cualquier otro juez juzgará á Antipatro por digno de la muerte. Temo mucho que tú mismo aborrezcas mucho mi fortuna, y me tengas por digno de toda desdicha, porque he engendrado tales hijos: pues por esta causa has de tener mayor compasión de mí por haber sido tan misericordioso contra tan malos hombres: porque siendo aún aquellos dos primeros muy mozos, yo les había hecho donación de mi reino: y habiéndoles hecho criar en Roma, había-los puesto en gran amistad con César; pero aquellos que había puesto para que imitasen á otros reyes, los he hallado enemigos de mi salud y de mi vida, cuyas muertes han aprovechado mucho á Antipatro: á éste buscaba seguridad, principalmente por haber de serme sucesor en el reino y por ser mancebo. Pero esta bestia, habiendo experimentado en mí más paciencia de la que debía yo mostrarle, quiso echar en mí su hartura; y parecíale vivir yo más de lo que le convenía, no pudiendo sufrir mi vejez, por lo cual no quiso ser hecho rey sin que primero matase á su padre. Muy bien entiendo de qué manera vino á pensar esto, porque le saqué del puesto donde estaba, menospreciando y echando los hijos que me habían nacido de la Reina, y le había declarado por Vicario mío en mi reino, y después de mí por Rey. Confíesote, pues, á ti, Varrón, en esto, el error grande que tenía asentado en mi entendimiento. Yo he movido estos hijos contra mí, pues por hacer favor á Antipatro, les corté todas las

esperanzas. ¿Qué me debían los otros, que no me debiese éste mucho más? Habiéndole concedido casi todo mi poder y mando, aun viviendo yo dejándole por heredero de todo mi reino, y además de haberle dado renta ordenada de cincuenta talentos cada año, cada día le hacía todos sus gastos con mis dineros, y habiéndose de ir para Roma, ahora le di trescientos talentos; y encomendélo á él sólo, como guarda de su padre, á César. ¡Oh! ¿Qué hicieron aquéllos que fuese tan gran maldad, como las de Antipatro? ¿Qué indicios ó pruebas tuve yo de aquéllos, así como tengo de las cosas de éste? Y aun de éste puedo probar que ha osado hacer algo el matador de su padre y perverso parricida, para que tú, Varrón, te guardes, pues aun piensa encubrir la verdad con sus engaños. Mira que yo conozco bien esta bestia, y veo ya de lejos que ha de defenderse con razones semejantes á verdad, y que te ha de mover con sus lágrimas. Este es el que en otro tiempo me solía amonestar que me guardase de Alejandro entretanto que vivía, y que no fiase mi cuerpo de todos: éste es el que solía entrarse hasta mi cámara, y mirar que alguno no me tuviese puestas asechanzas: éste era el que me guardaba mientras yo dormía: éste me aseguraba: éste me consolaba en el llanto y dolor de los muertos: éste era el juez de la voluntad de los hermanos que quedaban en vida: éste era mi defensa y mi guarda. Cuando me acuerdo, y me viene al pensamiento, Varrón, su astucia, y cómo disimulaba cada cosa, apenas puedo creer que estoy en la vida y me maravillo mucho de qué manera he podido quitar y huir un hombre que tantas asechanzas me ha puesto por matarme. Pero pues mi desdicha levanta y revuelve mi propia sangre contra mí, y los más allegados me son siempre contrarios y muy enemigos, lloraré mi mala dicha y gemiré mi

soledad conmigo mismo. Pero ninguno que tuviere sed de mi sangre me escapará, aunque haya de pasar la venganza por toda mi generación.»

Diciendo estas cosas, hubo de cortar su habla y callar por el gran dolor que le confundía; pero mandó á uno de sus amigos, llamado Nicolao, declarar todas las pruebas que se habían hallado contra Antipatro. Estando en esto, levantó Antipatro la cabeza, y quedando arrodillado delante de su padre, dijo con alta voz: «Tú, padre mío, has defendido mi causa, porque ¿de qué manera había yo de buscarte asechanzas para darte la muerte, diciendo tú mismo que siempre te he guardado y defendido? Y si el amor y piedad mía para ti, mi padre, dices que ha sido fingida y cautelosa, ¿cómo he sido en todas las cosas tan astuto, y en esta sola tan simple y sin sentido, que no entendiese que si los hombres no alcanzaban tan gran maldad, no podía serle escondida al Juez celestial, el cual está en todo lugar, y de allá arriba lo ve y mira todo? Por ventura, ¿ignoraba yo lo que mis hermanos debían hacer, de los cuales Dios ha tomado venganza manifiestamente, porque pensaban mal contra ti? ¿Pues qué cosa ha habido por la cual hubiese de ofenderme tu salud? ¿La esperanza de reinar? No, porque ya yo reinaba. ¿La sospecha de ser aborrecido? Menos, porque antes era muy amado. Por ventura, ¿algún miedo que yo tuviese de ti? Antes por guardarte, los otros huyen de mí, y me temían. Por ventura, ¿fué causa la pobreza? Mucho menos, porque ¿quién hubo que tanto despendiese, y quién más á su voluntad?

»Si yo fuera el más perdido hombre del mundo, y tuviese, no ánimo de hombre, sino de bestia y muy cruel, debía ciertamente ser vencido con los beneficios tantos y tan grandes que de ti he recibido como de padre verda-

dero, habiéndome, según tú has dicho, puesto en tu gracia y tenido en más que á todos los otros hijos, habiéndome declarado en vida tuya por rey, y con muchos otros bienes muy grandes que me has concedido, has hecho que todos me tuviesen envidia. ¡Oh desdichado yo y amarga partida y peregrinaje mío! ¡Cuánto tiempo y cuánto lugar he dado á mis enemigos para ejecutar su mala voluntad y envidia contra mí! Pero, padre mío, por ti y por tus cosas me había ya ido, porque no menospreciase Sileo tu vejez honrada: Roma es testigo del amor y piedad mía de verdadero hijo, y el príncipe y señor del universo, César, el cual me llamaba muchas veces amador de mi padre.

»Toma, padre, estas cartas tuyas. Éstas son más verdaderas que no las acusaciones fingidas contra mí; con ellas me defiendo. Estos son argumentos y señal muy cierta de mi amor y afición de hijo. Acuérdate cuán forzado y cuán á mi pesar haya partido de aquí, sabiendo claramente las enemistades que muchos tienen conmigo. Tú, oh padre, me has echado á perder imprudentemente y sin pensarlo. Tú has sido causa que diese yo tiempo y ocasión á todas las acusaciones contra mí; pero quiero venir á las señales que de ello tengo; todos me ven aquí presente, sin haber sufrido ni en la tierra ni en la mar algo que sea digno de un hijo que quiere matar á su padre; pero no me excuses aún ni me ames por esto, porque yo sé que soy delante de Dios y delante de ti, mi padre, condenado. Y como tal te ruego que no des fe á lo que los otros han confesado en sus tormentos; venga el fuego contra mí, abráseme las entrañas y desháganlas á pedazos los instrumentos que suelen dar pena; no perdones á cuerpo tan malo, porque si yo soy matador de mi padre, no debo escapar sin gran pena y sin gran tormento.»

Diciendo con gritos y voces altas lo presente, derramando muchas lágrimas y dando gemidos, movió á todos, y á Varrón también, á misericordia; sólo Herodes, con la gran ira que tenía, no lloraba, estando tan bien visto en la verdad de aquel negocio y en las pruebas.

Nicolao dijo allí muchas cosas, por mandado del Rey, de las astucias y maldades de Antipatro, con las cuales quitó la esperanza de tener de él misericordia, y comenzó una grave acusación, imputándole todos los maleficios y maldades que se habían hecho en el reino, pero principalmente las muertes de sus hermanos, las cuales mostraba haber acontecido por calumnias de él, y que, no contento con ellas, aun acechaba á los que vivían, como que le hubiesen de quitar la herencia y sucesión en el reino. Porque aquel que da ponzoña á su padre, mucho más fácilmente y con menos miedo la daría á sus hermanos. Viniendo después á probar la verdad de la ponzoña, mostraba las confesiones por su orden; aumentando también la maldad de Feroras, como que Antipatro le hubiera hecho matador de su hermano; y habiendo corrompido los mayores amigos del Rey, había henchido de maldad toda la Casa Real. Habiendo dicho, pues, estas y muchas cosas tales, y habiéndolas todas probado, acabó.

Mandó Varrón á Antipatro que respondiese, al cual no respondió ni dijo otra cosa sino «Dios es testigo de mi inocencia y disculpa». Y estando echado en tierra, humilde y callado, pidió Varrón la ponzoña, y dióla á beber á uno de los condenados á morir; y siendo en la misma hora muerto, habiendo hablado algo en secreto con Herodes, escribió todo lo que se había tratado en el Consejo, y al otro día después se partió de allí.

Pero el Rey, con todo esto, dejando á Antipatro muy á

buen recaudo, envió embajadores á César, haciéndole saber lo que se había tratado de su muerte.

También era acusado Antipatro de que había acechado á Salome por matarla. Había venido un criado ó esclavo de Antifilo, de Roma, con cartas de una cierta criada de Julia, llamada Acmes, con las cuales le hacía saber al Rey cómo entre las cartas de Julia se habían hallado ciertas cartas de Salome, escritas por mostrarle la buena voluntad que le tenía. En las cartas de Salome había muchas cosas dichas malamente contra el Rey, y muy grandes acusaciones; pero todo esto era fingido por Antipatro, el cual, habiendo dado mucho dinero á Acmes, la había persuadido que las escribiese y enviase á Herodes, porque la carta escrita por esta mujercilla lo manifestó, cuyas palabras eran éstas: «Yo he escrito á tu padre, según tu voluntad, y le he enviado otras cartas, con las cuales ciertamente sé que el Rey no te podrá perdonar si las viere y le fueren leídas. Harás muy bien si después de hecho to-lo, te tienes á lo prometido y te acordares de ello.» Hallada esta carta y todo lo que fué fingido contra Salome, vino al Rey el pensamiento de que fuese por ventura muerto Alejandro por falsas informaciones y cartas fingidas; y fatigábase pensando que casi hubiera muerto á su hermana por causa de Antipatro. No quiso, pues, esperar más ni tardar en tomar venganza y castigo de todo en Antipatro; pero sucedióle una dolencia muy grave, la cual fué causa de no poder poner por obra ni ejecutar lo que había determinado.

Envió, con todo, letras á César, haciéndole saber lo de la criada Acmes, y de lo que habían levantado á Salome; y por esto mudó su testamento, quitando el nombre de Antipatro.

Hizo heredero del reino á Antipa, después de Arche-

ao y de Filipo, hijos mayores, porque también á éstos habia acechado Antipatro y acusado falsamente. Envió á César, además de muchos otros dones y presentes, mil talentos, y á sus amigos libertos, mujer é hijos, casi cincuenta: dió á todos los otros muchos dineros y muchas tierras y posesiones; honró á su hermana Salome con dones también muy ricos, y corrigió lo que hemos dicho en su testamento.

XXI.

Del águila de oro y de la muerte de Antipatro y Herodes.

Acrecentábasele la enfermedad cada día, fatigándole mucho su vejez y tristeza que tenia siendo ya de setenta años: tenia su ánimo tan afligido por la muerte de sus hijos, que cuando estaba sano no podía recibir placer alguno. Pero ver en vida á Antipatro, le doblaba su enfermedad, á quien queria dar la muerte muy de pensado en recobrando la salud.

Además de todas estas desdichas, no faltó tampoco cierto ruido que se levantó entre el pueblo. Había dos sofistas en la ciudad que fingian ser sabios, á los cuales parecia que ellos sabian todas las leyes, muy perfectamente, de la patria, por lo cual eran do todos muy alabados y muy honrados. El uno era Judas, hijo de Seforeo, y el otro era Matías, hijo de Margalo. Seguíalos la mayor parte de la juventud mientras declaraban las leyes, y poco á poco cada día juntaban ejército de los más mozos; habiendo éstos oído que el Rey estaba muy al cabo, parte por su tristeza y parte por su enfermedad, hablaban con sus amigos y conocidos, diciendo que ya era venido el

tiempo para que Dios fuese vengado, y las obras que se habían hecho contra las leyes de la patria, fuesen destruidas; porque no era lícito, antes era cosa muy abominable, tener en el templo imágenes ni figuras de animales, cualesquier que fuesen.

Decíase esto, porque encima de la puerta mayor del templo había puesta un águila de oro. Y aquellos sofistas amonestaban entonces á todos que la quitasen, diciendo que sería cosa muy gentil que, aunque se pudiese de allí seguir algún peligro, mostrasen su esfuerzo en querer morir por las leyes de su patria; porque los que por esto perdían la vida, llevaban su ánima inmortal, y la fama quedaba siempre, si por buenas cosas era ganada; pero que los que no tenían esta fortaleza en su ánimo, amaban su alma neciamente, y preciaban más morir por dolencia que usar de virtud.

Estando ellos en estas cosas, hubo fama entre todos que el Rey se moría: con esta nueva tomaron mayor ánimo todos los mozos, y pusieron en efecto su empresa más osadamente; y luego, después de mediadía, estando multitud de gente en el templo, deslizándose por unas maromas, cortaron con hachas el águila de oro que estaba en aquel techo. Sabido esto por el capitán del Rey, vino aprisa, acompañado de mucha gente; prendió casi cuarenta inancebos, y presentóselos al Rey, los cuales, siendo interrogados primero si ellos habían sido los destructores del águila, confesaron que sí: preguntáronles más, que quién se lo había mandado. Dijeron que las leyes de su patria. Preguntados después por qué causa estaban tan contentos estando tan cercanos de la muerte, respondieron que porque después de ella tenían esperanza de que habían de gozar de muchos bienes.

Movido el Rey con estas cosas, pudo más su ira que

sú enfermedad, por lo cual salió á hablarles; y después de haberles dicho muchas cosas como sacrílegos, y que con excusa de guardar la ley de la patria habían tentado de hacer otras cosas, juzgólos por dignos de muerte como hombres impíos. El pueblo, cuando vió esto, temiendo que se derramase aquella pena entre muchos más, suplicaba que tomase castigo en los que habían persuadido tal mal, y en los que habían preso en la obra, y que mandase perdonar á todos los demás: alcanzando al fin esto del Rey, mandó que los sofistas y los que habían sido hallados en la obra, fuesen quemados vivos, y los otros que fueron presos también con aquéllos, fueron dados á los verdugos, para que ejecutasen en ellos sentencia y los hiciesen cuartos.

Estaba Herodes atormentado con muchos dolores, tenía calentura muy grande, y una comezón muy importuna por todo su cuerpo, y muy intolerable. Atormentábanle dolores del cuello muy continuos; los pies se le hincharon como entre cuero y carne; hinchósele también el vientre, y pudriase su miembro viril con muchos gusanos: tenía gran pena con un aliento tras otro: fatigábanle mucho tantos suspiros y un encogimiento de todos sus miembros: y los que consideraban esto según Dios, decían que era venganza de los sofistas; y aunque él se veía trabajado con tantos tormentos y enfermedades como tenía, todavía deseaba aún la vida y pensaba cobrar salud pensando remedios: quiso pasarse de la otra parte del Jordán y que le bañasen en las aguas calientes, las cuales entran en aquel lago fértil de betún, llamado Asfalte, dulces para beber. Echado allí su cuerpo, el cual querían los médicos que fuese consolado y untado con aceite, se paró de tal manera, que torcía sus ojos como si muerto estuviera; y perturbados los que tenían

cargo de curarle allí, pareció que con los clamores que movían, él los miró.

Desconfiando ya de su salud, mandó dar á sus soldados cincuenta dracmas, y mandó repartir mucho dinero entre los regidores y amigos que tenía: y como volviendo hubiese ya llegado á Hiericunta corrompida su sangre, parecía casi amenazar él á la muerte. Entonces pensó una cosa muy mala y muy nefanda, porque mandando juntar los nobles de todos los lugares y ciudades de Judea en un lugar llamado Hipódromo, mandólos cerrar allí. Después, llamando á su hermana Salome y al marido de ésta, Alejo, dijo: «Muy bien sé que los Judíos han de celebrar fiestas y regocijos por mi muerte, pero podré ser llorado por otra ocasión, y alcanzar gran honra en mi sepultura, si hicieréis lo que yo os mandare: matad todos estos varones que he hecho poner en guarda, en la hora que yo fuere muerto, porque toda Judea y todas las casas me hayan de llorar á pesar y á mal grado de ellas.»

Habiendo mandado estas cosas, luego al mismo tiempo se tuvieron cartas de Roma, de los embajadores que había enviado, los cuales le hacían saber como Acmes, criada de Julia, había sido por mandamiento de César degollada, y que Antipatro venía condenado á muerte. También le permitía César que si quisiese más desterrarlo que darle la muerte, lo hiciese muy francamente.

Húbose con esta embajada alegrado y recreado algún poco Herodes; pero vencido otra vez por los grandes dolores que padecía, porque la falta de comer y la tos grande le atormentaba en tanta manera que él mismo trabajó de adelantarse á la muerte antes de su tiempo, y pidió una manzana y un cuchillo también, porque así la acostumbraba de comer; después, mirando bien no hu-

biese alrededor alguno que le pudiese ser impedimento, alzó la mano como si él mismo se quisiese matar, pero corriéndole al encuentro Archiabo, su sobrino, y habiéndole tenido la mano, levantóse muy gran llanto y gritos de dolor en el palacio, como si el Rey fuera muerto.

Oyéndolo Antipatro, tomó confianza, y muy alegre con esto, rogaba á sus guardas que le desatasen y dejasen ir, y prometiales mucho dinero, á lo cual no sólo no quiso el principal de ellos consentir, y lo hizo luego saber al Rey.

El Rey entonces, levantando una voz más alta de lo que con su enfermedad podía, envió luego gente para que matasen á Antipatro, y después de muerto lo mandó sepultar en Hircanio.

Corrigió otra vez su testamento, y dejó por sucesor suyo á Archelao, hijo mayor, hermano de Antipa, é hizo á Antipa tetrarca ó procurador del reino.

Pasados después cinco días de la muerte del hijo, murió Herodes, habiendo reinado treinta y cuatro años después que mató á Antigono, y treinta y siete años después que fué declarado rey por los romanos. En todo lo demás le fué fortuna muy próspera, tanto como á cualquier otro; porque un reino que habia alcanzado por su diligencia, siendo antes un hombre bajo y habiéndolo conservado tanto tiempo, lo dejó después á sus hijos.

Pero fué muy desdichado en las cosas de su casa y muy infeliz. Salome, juntamente con su marido, antes que supiese el ejército la muerte del Rey, habia salido para dar libertad á los presos que Herodes mandó matar, diciendo que él habia mudado de parecer y mandado que cada uno se fuese á su casa. Después que éstos fueron ya libres y se hubieron partido, fuéles descubierta la muerte de Herodes á todos los soldados.

Mandados después juntar en el Anfiteatro en Hiericunta, Ptolemeo, guarda del sello del Rey, con el cual solía sellar las cosas del reino, comenzó á loar al Rey y consolar á toda aquella muchedumbre de gente. Leyóles públicamente la carta que Herodes le había dejado, en la cual rogaba á todos ahincadamente que recibiesen con buen ánimo á su sucesor; y después de haberles leído sus cartas, mostróles claramente su testamento, en el cual había dejado por heredero de Trachón y de aquellas regiones de allí cercanas, procurador á Antipa, y por rey á Archelao; y le había mandado llevar su sello á César, y una información de todo lo que había administrado en el reino, porque quiso que César confirmase todo cuanto él había ordenado, como señor de todo; pero que lo demás fuese cumplido y guardado según voluntad de su testamento.

Leído el testamento, levantaron todos grandes voces, dando el parabién á Archelao, y ellos y el pueblo todo, discurriendo por todas partes, rogaban á Dios que les diese paz, y ellos de su parte también la prometían. De aquí partieron á poner diligencia en la sepultura del Rey: celebróla Archelao tan honradamente como le fué posible; mostró toda su pompa en honrar el enterramiento, y toda su riqueza: porque habianlo puesto en una cama de oro toda labrada con perlas y piedras preciosas; el estrado guarnecido de púrpura; el cuerpo venia también vestido de púrpura ó grana; traía una corona en la cabeza, un cetro real en la mano derecha: alrededor de la cama estaban los hijos y los parientes; después todos los de su guarda: un escuadrón de gente de Tracia, de alemanes y francos, todos armados y en orden de guerra, iban delante; todos los otros soldados seguian á sus capitanes después muy convenientemente. Quinientos es-

clavos y libertos traian olores; y asi fué llevado el cuerpo camino de doscientos estadios al castillo llamado Herodión. y allí fué sepultado, según él mismo había mandado. Este fué el fin de la vida y hechos del rey Herodes.

LIBRO SEGUNDO.

I.

De los sucesos de Herodes, y de la venganza del Aguila de oro que robaron.

Principio fué de nuevas discordias y revueltas en el pueblo, la partida de Archelao para Roma: porque después de haberse detenido siete días en el luto y llantos acostumbrados, abundando las comidas en la pompa á todo el pueblo (costumbre que puso á muchos judios en pobreza, porque tenían por impío al que no lo hacía); salió al templo vestido de una vestidura blanca: y recibido aquí con mucho favor y con mucha pompa él también, asentado en un alto tribunal, debajo de un dosel de oro, recibió al pueblo muy humanamente: hizo á todos muchas gracias, por el cuidado que de la sepultura de su padre habían tenido, y por la honra que le habían hecho á él ya como á rey de ellos; pero dijo que no quería servirse, ni del nombre tampoco, hasta que César lo confirmase como á heredero, pues había sido dejado por señor de todo en el testamento de su padre. Y que por tanto, queriéndole los soldados coronar, estando en Hiericunta, no lo había él querido permitir ni consentir en ello, antes resistió á la voluntad de todos ellos. Pero prometió, tanto al pueblo como á los soldados, satisfacerles por la alegría y voluntad que le habían mostrado, si el que era señor del Imperio le confirmaba en su reino:

y que no habia de trabajar en otra cosa, sino en hacer que no conociesen la falta de su padre, mostrándose mejor con todos en cuanto posible le fuese. Holgándose con estas palabras el pueblo, luego le comenzaron á tentar pidiéndole grandes dones: unos le pedían que disminuyese los tributos; otros que quitase algunos del todo; otros pedían con gran instancia que los librase de las guardas. Concedíalo todo Archelao, por ganar el favor del pueblo.

Después de hechos sus sacrificios, hizo grandes convites á todos sus amigos. Pero después de comer, habiéndose juntado muchos de los que deseaban revueltas y novedades, pasado el llanto y luto común por el Rey, comenzando á lamentar su propia causa, lloraban la desdicha de aquellos que Herodes habia condenado por causa del águila de oro que estaba en el templo. No era este dolor secreto, antes las quejas eran muy claras; sentíase el llanto por toda la ciudad, por aquellos hombres que decían ser muertos por las leyes de la patria y por la honra de su templo. Y que debían pagar las muertes de éstos aquellos que habian recibido por ello dineros de Herodes: y lo primero que debían hacer, era echar aquel que él habia dejado por Pontífice, y escoger otro que fuese mejor y más pio, y que se debía desear más limpio y más puro.

Aunque Archelao era movido á castigar estas revueltas, deteniale la prisa que ponía en su partida, porque temía que si se hacia enemigo de su pueblo, tendría que no ir ó detenerse por ello. Por tanto, trabajaba más con buenas palabras y con consejo apaciguar su pueblo, que por fuerza; y enviando al Maestro de Campo, les rogaba que se apaciguasen. En llegando éste al templo, los que levantaban y eran autores de aquellas revueltas, antes que

él hablase hicieronlo volver atrás á pedradas; y enviando después á otros muchos por apaciguarlos, respondieron á todos muy sañosamente; y si fuera mayor el número, bien mostraban entre ellos que hicieran algo.

Llegando ya el día de la Pascua, día de mucha abundancia y gran multitud de cosas para sacrificar, venía muchedumbre de gente de todos los lugares cercanos, al templo, á donde estaban los que lloraban á los Sofistas, buscando ocasión y manera para mover algún escándalo.

Temiendo de esto Archelao, antes que todo el pueblo se corrompiese con aquella opinión, envió un tribuno con gente que prendiese á los que movian la revuelta. Contra éstos se movió todo el vulgo del pueblo que allí estaba: mataron muchos á pedradas, y salvóse el tribuno con gran pena, aunque muy herido. Ellos luego se volvieron á celebrar sus sacrificios como si no se hubiera hecho mal alguno.

Pero ya le parecía á Archelao que aquella muchedumbre de gente no se refrenaría sin matanza y gran estrago: por esta causa envió todo el ejército contra ellos; y entrando la gente de á pie por la ciudad toda junta, y los de á caballo por el campo, y acometiendo á la gente que estaba ocupada en los sacrificios, mataron cerca de tres mil hombres, é hicieron huir todos los otros por los montes de allí cercanos: y muchos pregoneros tras de Archelao, amonestaron á todos que se recogiesen á sus casas. De esta manera, dejando atrás la festividad del día, todos se fueron; y él descendió á la mar con Popla, Ptolemeo y Nicolao, sus amigos, dejando á Filipo por procurador del reino y curador de las cosas de su casa.

Salió también, juntamente con sus hijos, Salome y los hijos del hermano del Rey, y el yerno, con muestras de querer ayudar á Archelao á que alcanzase y poseyese lo

que en herencia le habia sido dejado; pero á la verdad no se habian movido sino por acusar lo que se habia hecho en el templo contra las leyes.

Vínoles en este mismo tiempo al encuentro, estando en Cesárea, Sabino, procurador de Siria, el cual venia á Judea por guardar el dinero de Herodes; á quien Varrón prohibió que pasase adelante, movido á esto por ruegos de Archelao y por intercesión de Ptolemeo. Entonces Sabino, por hacer placer á Varrón, no puso diligencia en venir á los castillos, ni quiso cerrar á Archelao los tesoros y dinero de su padre; pero prometiendo no hacer algo hasta que César lo supiese, deteníase en Cesárea.

Después que uno de los que le impedían se fué á Antioquia, el otro, es á saber, Archelao, navegó para Roma. Yendo Sabino á Jerusalén, entró en el Palacio Real, y llamando á los capitanes de la guarda y mayordomos, trabajaba por tomarles cuenta del dinero y entrar en posesión de todos los castillos; pero los guardas no se habian olvidado de lo que Archelao les habia encomendado, antes estaban todos muy vigilantes en guardarlo todo, diciendo que más lo guardaban por causa de César que por la de Archelao.

Antipas, en este mismo tiempo, también contendia por alcanzar el reino, queriendo defender que el testamento que habia hecho Herodes antes del postrero era el más firme y más verdadero, en el cual estaba él declarado por sucesor del reino, y que Salome y muchos otros parientes que navegaban con Archelao, habian prometido ayudarle en ello.

Llevaba consigo á su madre y al hermano de Nicolao, Ptolemeo, el cual le parecia ser hombre importante, según lo que le habia visto hacer con Herodes, porque le habia sido el mejor y más amado amigo de todos. Con-

fiábase también mucho en Irneo, orador excelente y muy eficaz en su hablar, lo cual fué por él tenido en tanto, que no quiso escuchar ni obedecer á ninguno de tantos como le decían y aconsejaban que no contendiese con Archelao, que era mayor de edad y dejado heredero por voluntad del último testamento.

Vinieron á él de Roma todos aquellos cercanos parientes y amigos que tenían odio con Archelao y lo tenían muy aborrecido, y principalmente todos los que deseaban verse libres y fuera de toda sujeción, y ser regidos por los gobernadores Romanos; ó si no podían alcanzar esto, querían á lo menos haber rey á Antipas.

Ayudábale á Antipas en esta causa mucho Sabino, el cual había acusado por cartas escritas á César, á Archelao, y había loado mucho á Antipas. De esta manera Salome y los demás que eran de su parecer, diéronle á César las acusaciones muy por orden, y el anillo y sello del Rey, y el regimiento y administración del reino, fué presentado á César por Ptolemeo. Entonces pensando muy bien en lo que cada una de las partes alegaba, entendiendo la grandeza del reino y la mucha renta que daba, viendo la familia de Herodes tan grande, y leyendo las cartas que Varrón y Sabino le habían escrito, llamó á todos los principales de Roma, juntólos en consejo, cuyo presidente quiso que fuese entonces Cayo, nacido de Agripa y de Cayo, é hijo suyo adoptivo, y dió licencia á las partes para que cada una alegase su derecho.

Antipatro, hijo de Salome, que era orador de la causa contra Archelao, propuso la acusación, fingiendo que Archelao quería mostrar que trataba de la contienda del reino solamente con palabras; porque á la verdad, ya venia había muchos días que había sido hecho Rey, y ahora por tratar maldades delante de César y cavilaciones, no

habiendo antes querido aguardar su juicio; y que él determinase quién quería que fuese el sucesor de Herodes. Porque después que éste fué muerto, habiendo sobornado á algunos para que lo coronasen, asentado como Rey en el estrado y debajo el dosel Real, había, en parte, mudado la orden de la milicia y gente de guerra, y parte también había quitado de las rentas; y además de todo esto él había consentido, como Rey, todo cuanto el pueblo pedía: librado á muchos culpados de culpas muy graves, que estaban puestos en la cárcel por mandado de su padre; y hecho todo esto, venía ahora fingiendo que pedía á su señor el reino, habiéndose ya antes alzado con todo, por mostrar que César era señor, no de las cosas, sino de sólo el nombre.

Acusábase también de que había fingido el luto y llantos tan grandes por su padre, haciendo de día muestras y vistas de dolor y gran tristeza, y bebiendo de noche como en bodas, en banquetes y convites. Decía, finalmente, que el pueblo se había movido y revuelto por estos tan grandes escándalos suyos. Confirmaba toda su acusación con aquella multitud de hombres que dijimos haber sido muertos alrededor del templo; porque éstos, habiendo venido para celebrar, según su costumbre, la fiesta, fueron muertos y degollados estando todos ocupados en sus sacrificios; y que habían sido tantas las muertes dentro del templo, cuantas jamás vieron acaecer en alguna otra guerra por gente extranjera, por grande y por cruel que hubiese sido. Sabiendo también Herodes la crueldad de éste mucho antes, no le pareció jamás digno de darle esperanza de su reino, sino cuando ya estaba loco, con el ánimo más enfermo que el cuerpo, ignorando también á quién hiciese heredero y sucesor en su segundo testamento; principalmente no pudiendo

acusar en algo al que había dejado en el primer testamento por sucesor suyo, estando con toda sanidad, así del cuerpo como del ánimo.

Pero para que cualquiera piense y crea haber sido aquel postrer juicio de ánimo doliente y muy enfermo, él mismo había echado y desheredado de la Real dignidad á Archelao, porque había cometido y hecho muchas cosas contra ella. Porque ¿qué tal podían esperar que sería, si César le dejaba y concedía la dignidad Real, aquél que antes de concedérsela había hecho tan gran matanza? Habiendo Antipatro dicho muchas cosas tales, y habiendo mostralo por testigos á muchos de los parientes que estaban presentes en todo cuanto lo había acusado, acabó.

Levantóse entonces Nicolao, procurador y abogado de Archelao, y antes de hablar de cosa alguna, mostró cuán necesaria fué la matanza que había sido hecha en el templo; porque las muertes de aquellos por las cuales era Archelao acusado, eran necesarias, no sólo al reposo y paz del reino, sino también á la del juez de aquella causa; es á saber, de César: porque todos le eran enemigos, y supo mostrar cómo todos los que lo acusaban de otras faltas, le eran enemigos muy grandes y muy contrarios. Por esta causa pedía que fuese tenido por firme el segundo testamento de Herodes, porque había dejado en poder de César la libertad de hacer sucesor suyo y rey á quien quisiese, porque uno que sabia tanto, que no osaba mandar algo contra el Emperador en lo que él mismo podía, antes lo dejaba á él por juez de todo, no podía haber errado en hacer juicio y elegir heredero, y con corazón y entendimiento muy bueno había escogido aquel que quería que lo fuese, pues que no había ignorado quién tuviese poder para hacerlo y ordenarlo, y lo había dejado todo en su poder y mando.

Pero como declarado todo cuanto tenia que decir, hubiese acabado sus razones Nicolao, salió en medio de todos Archelao, y llegóse á los pies de César con diligencia. Mandóle César levantar; mostró á todos que era digno de suceder á su padre en el reino, y determinada-mente no juzgó por entonces algo. Pero el mismo día, habiendo despedido todos los del Consejo, él mismo pensaba sólo entre sí lo que debía hacer: si por ventura conviniese hacer alguno de los que estaban señalados en el testamento sucesor del reino, ó sí lo partiria todo en aquella familia; porque eran tantos, que tenian ciertamente necesidad de socorro.

II.

De la batalla y muertes que hubo en Jerusalén entre los Judíos y Sabinianos.

Antes que César determinase algo de lo que convenia que fuese hecho, murió de enfermedad la madre de Archelao, Malthace. Y fueron traídas muchas cartas de Siria, que decían cómo los Judíos se habían alborotado: por lo cual Varrón, pensando haber de ser así después de la partida y navegación de Archelao á Roma, vino á Jerusalén por estorbar é impedir á los autores del alboroto y escándalo. Y pareciéndole que el pueblo no se sosegaría, de las tres legiones de gente que había traído consigo desde Siria, dejó una en la ciudad y volvióse luego á Antioquía.

Pero como después llegase Sabino á Jerusalén, dió á los Judíos ocasión de mover cosas nuevas, haciendo una vez fuerza á la gente de guarda porque le entregasen y

rindiesen las fuerzas y castillos, y otra pidiendo inicua-mente los dineros del Rey.

No sólo confiaba éste en los soldados que Varrón ha-bía dejado allí, sino también en la multitud de criados que tenía, los cuales estaban todos armados como minis-tros de su avaricia.

Un día, que era el quincuagésimo después de la fiesta, el cual llamaban los Judíos Pentecostés, siete semanas después de la Pascua, que del número de los días ha al-canzado tal nombre, juntóse el pueblo, no por la solem-nidad de la fiesta, pero por el enojo é indignación que tenía. Vinose á juntar gran muchedumbre de gente de Galilea, Idumea, Hiericunta, y de las regiones y lugares que están de la otra parte del Jordán, con todos los na-turales de la ciudad; hicieron tres escuadrones y asenta-ron en tres diversas partes sus campos: la una, en la parte septentrional del templo; la otra, hacia el Medio-día, cerca de la carrera de los caballos, y la tercera hacia la parte occidental, no lejos del Palacio Real: y rodeando de esta manera á los Romanos, los tenían cercados por todas partes.

Espantado Sabino por ver tanta muchedumbre y el ánimo y atrevimiento grande, hacia muchos ruegos á Varrón, con muchos mensajeros que le enviaba, que le socorriese muy presto, porque si tardaba se perdería toda la gente que tenía; y él recogióse en la más alta y más honda torre de todo el castillo, la cual se llamaba Fa-selo, que era el nombre del hermano aquel de Herodes que los Partos mataron. De allí daba señal á la gente que acometiesen á los enemigos, porque con el gran tem-or que tenía, no osaba parecer ni aun delante de aque-llos que tenía bajo de su potestad y mandamiento.

Pero obedeciendo los soldados á lo que Sabino man-

daba, corren al templo y traban una gran pelea con los Judíos; y como ninguno los ayudase ni les diese consejo, eran vencidos, no sabiendo las cosas de la guerra, por aquellos que las sabían y estaban diestros en ella. Pero, ocupando muchos de los Judíos los portales y entradas angostas, tirándoles muchas saetas de allí arriba, muchos con esto caían, y no podían vengarse fácilmente de los que de lo alto les tiraban, ni podían sufrirlos cuando se llegaban á pelear con ellos, Afligidos por unos y por otros, ponen fuego á los portales, maravillosos por la grandeza, obra y ornamento; y eran presos muchos en aquel medio, ó quemados en medio de las llamas, ó saltando entre los enemigos, eran por ellos muertos: otros volvían atras y se dejaban caer por el muro abajo, y algunos, desconfiando de poder alcanzar salud, adelantaban sus muertes al peligro del fuego, y ellos mismos se mataban. Los que salían de los muros y venían contra los Romanos, espantados y amedrentados con gran miedo, eran vencidos fácilmente y sin algún trabajo, hasta tanto que, muertos todos ó desparramados con gran temor, dejado el tesoro de Dios por los que lo defendían, pusieron los soldados las manos en él y robaron de él cuarenta talentos, y los que no fueron robados, se los llevó Sabino.

Pero fué tan grande la pérdida de los Judíos, así de hombres como de riquezas, que se movió gran muchedumbre de ellos á venir contra los Romanos; y habiendo cercado el Palacio Real, amenazábanles con la muerte si no saltan de allí presto, dando licencia á Sabino, con toda su gente, para salirse. Ayudábanles muchos de los del Rey que se habían juntado con ellos; pero la parte más belicosa y ejercitada en la guerra eran tres mil sebastenos, cuyos capitanes eran Rufo y Grato, el uno de

la gente de á pie, y el Rufo de la gente de á caballo; los cuales ambos solos, con la fuerza de sus cuerpos y con la prudencia que tenían, dieran mucho que hacer á los Romanos, aunque no tuvieran gente que favoreciera sus partes.

Dábanse, pues, prisa, y apretaban el cerco los Judíos, y con esto juntamente tentaban de derribar los muros, daban gritos á Sabino que se fuese y no les quisiese prohibir de alcanzar, después de tanto tiempo, la libertad que tanto habían deseado; pero no les osaba Sabino dar crédito, aunque deseaba mucho salvarse, porque sospechaba que la blandura y buenas palabras de los Judíos eran por engañarle; y esperando cada hora el socorro de Varrón, sufría el peligro del cerco.

Había muchos ruidos y revueltas en este mismo tiempo por Judea, y muchos, con la ocasión del tiempo, codiciaban el reino; porque en Idumea estaban dos mil soldados de los viejos, que habían seguido la guerra con Herodes, y muy armados, contendían con los del Rey, á los cuales trabajaba de resistir Achiabo, primo del Rey, desde aquellos lugares, adonde estaba muy bien fortalecido y proveído, rehusando salir con ellos á pelear al campo. En Séfora, ciudad de Galilea, estaba Judas, hijo de Ezequías. príncipe de los ladrones, preso algún tiempo por Herodes el Rey, el cual había entonces destruido todas aquellas regiones; juntando muchedumbre de gente, rompiendo los que guardaban el ganado del Rey, y armando todos los que pudo haber en su compañía, venía contra los que deseaban alzarse con el reino.

De la otra parte del río estaba uno de los criados del Rey, llamado Simón, el cual, confiando en su gentileza y fuerzas, se puso una corona en la cabeza, y con los ladrones que él había juntado, quemó el palacio de Hier-

daba, corren al templo y traban una gran pelea con los Judíos; y como ninguno los ayudase ni les diese consejo, eran vencidos, no sabiendo las cosas de la guerra, por aquellos que las sabian y estaban diestros en ella. Pero, ocupando muchos de los Judíos los portales y entradas angostas, tirándoles muchas saetas de allí arriba, muchos con esto caían, y no podían vengarse fácilmente de los que de lo alto les tiraban, ni podian sufrirlos cuando se llegaban á pelear con ellos, Afigidos por unos y por otros, ponen fuego á los portales, maravillosos por la grandeza, obra y ornamento; y eran presos muchos en aquel medio, ó quemados en medio de las llamas, ó saltando entre los enemigos, eran por ellos muertos: otros volvían atras y se dejaban caer por el muro abajo, y algunos, desconfiando de poder alcanzar salud, adelantaban sus muertes al peligro del fuego, y ellos mismos se mataban. Los que salían de los muros y venían contra los Romanos, espantados y amedrentados con gran miedo, eran vencidos fácilmente y sin algún trabajo, hasta tanto que, muertos todos ó desparramados con gran temor, dejado el tesoro de Dios por los que lo defendian, pusieron los soldados las manos en él y robaron de él cuarenta talentos, y los que no fueron robados, se los llevó Sabino.

Pero fué tan grande la pérdida de los Judíos, así de hombres como de riquezas, que se movió gran muchedumbre de ellos á venir contra los Romanos; y habiendo cercado el Palacio Real, amenazábanles con la muerte si no saltan de allí presto, dando licencia á Sabino, con toda su gente, para salirse. Ayudábanles muchos de los del Rey que se habían juntado con ellos; pero la parte más belicosa y ejercitada en la guerra eran tres mil sebastenos, cuyos capitanes eran Rufo y Grato, el uno de

la gente de á pie, y el Rufo de la gente de á caballo; los cuales ambos solos, con la fuerza de sus cuerpos y con la prudencia que tenían, dieran mucho que hacer á los Romanos, aunque no tuvieran gente que favoreciera sus partes.

Dábanse, pues, prisa, y apretaban el cerco los Judíos, y con esto juntamente tentaban de derribar los muros, daban gritos á Sabino que se fuese y no les quisiese prohibir de alcanzar, después de tanto tiempo, la libertad que tanto habían deseado; pero no les osaba Sabino dar crédito, aunque deseaba mucho salvarse, porque sospechaba que la blandura y buenas palabras de los Judíos eran por engañarle; y esperando cada hora el socorro de Varrón, sufría el peligro del cerco.

Había muchos ruidos y revueltas en este mismo tiempo por Judea, y muchos, con la ocasión del tiempo, codiciaban el reino; porque en Idumea estaban dos mil soldados de los viejos, que habían seguido la guerra con Herodes, y muy armados, contendían con los del Rey, á los cuales trabajaba de resistir Achiabo, primo del Rey, desde aquellos lugares, adonde estaba muy bien fortalecido y proveído, rehusando salir con ellos á pelear al campo. En Séfora, ciudad de Galilea, estaba Judas, hijo de Ezequías, príncipe de los ladrones, preso algún tiempo por Herodes el Rey, el cual había entonces destruido todas aquellas regiones; juntando muchedumbre de gente, rompiendo los que guardaban el ganado del Rey, y armando todos los que pudo haber en su compañía, venía contra los que deseaban alzarse con el reino.

De la otra parte del río estaba uno de los criados del Rey, llamado Simón, el cual, confiando en su gentileza y fuerzas, se puso una corona en la cabeza, y con los ladrones que él había juntado, quemó el palacio de Hier-

cunta y muchos otros edificios que había muy galanos por allí, discurriendo por todas partes, y ganó en quemar todo esto fácilmente gran tesoro. Hubiera éste quemado ciertamente todos los edificios y casas gentiles que había por allí, si Grato, capitán de la gente de á pie del Rey, no se diera prisa y diligencia en resistirle, sacando de Thracon los archeros y la gente de guerra de los Sebastenos. Murieron muchos de la gente de á pie; pero supo dar recaudo en haber á Simón y atajarle los pasos, aunque él iba huyendo por los recuestos y alturas de un valle; al fin con una saeta le derribó.

Fueron quemados todos los aposentos y casas reales que estaban cerca del Jordán; y en Betharantes se levantaron algunos otros, venidos de la otra parte del río: porque hubo un pastor llamado Athrongeo, que confiaba alcanzar el reino, dándole alas para esto su fuerza y la confianza que en su ánimo grande tenía, el cual menospreciaba la muerte y también en los ánimos valerosos, si tal nombre merecen, de cuatro hermanos que tenía, y su esfuerzo, de los cuales servía como de cuatro capitanes y sátrapas, dando á cada uno su escuadrón y compañía de gente armada; y él, como rey, entendía y tenía cargo de negocios más importantes. Entonces él también se coronó. No estuvo después poco tiempo con sus hermanos destruyendo todas aquellas tierras, sin que alguno de los judios le pudiese huir de cuantos sabía él que le podían dar algo; y mataba también á todos los romanos que podía haber y á la gente del Rey.

Osaron también cercar un escuadrón de romanos, el cual hallaron cerca de Amathunta, que llevaba trigo y armas á los soldados. Mataron aquí al centurión Ario y á cuarenta hombres más de los más esforzados; y puestos todos los otros en el mismo peligro, libráronse con el so-

corro de Grato, que les vino encima con los Sebastenos.

Hechas muchas cosas de esta manera, tanto contra los naturales como contra los extranjeros, pasando algún tiempo, fueron presos tres de éstos; al mayor de edad prendió Archelao, y los dos después del mayor, vinieron en manos de Grato y de Ptolemeo: porque al cuarto perdonó Archelao haciendo pactos con él; pero en fin todos alcanzaron fin de esta manera; y entonces con guerra de ladrones ardía toda Judea.

III.

De lo que Varrón hizo con los Judios que mandó ahorcar.

Después que Varrón hubo recibido las cartas de Sabino y de los otros Principes, temiendo peligrase toda la gente, dábase prisa por socorrerles. Por esta causa vino hacia Ptolemaida con las otras dos legiones que tenia, y cuatro escuadras de gente de á caballo; adonde mandó que se juntasen todos los socorros de los reyes y de la gente principal. Tomó también además de éstos, mil quinientos hombres de armas de los Berytos.

Cuando hubo llegado á Ptolemaida el Rey de los Arabes Areta con mucha gente de á pie y mucha de á caballo, envió luego parte de su ejército á Galilea, que estaba cerca de Ptolemaida, poniendo por capitán de ella el hijo de su amigo Galbo; el cual hizo presto huir todos aquellos contra los cuales había ido; y tomando la ciudad de Seforis, quemóla y cautivó á todos los ciudadanos de allí.

Habiendo, pues, Varrón alcanzado el mando y apoderándose de toda Samaria, no quiso hacer daño en toda

la ciudad, porque halló no haber ella movido algo en todas aquellas revueltas. Puso su campo en un lugar llamado Arún, el cual solía poseer Ptolemeo, y había sido saqueado por los Arabes por el enojo que tenían contra los amigos de Herodes. De allí partió para el otro lugar llamado Saso, el cual era muy seguro, y saquearon todo el lugar y todo lo que allí hallaron: todo estaba lleno de fuego y de sangre, y no había alguno que refrenase ni impidiese los robos grandes que los Arabes hacían.

Fué también quemada la ciudad de Amaus, por mandado de Varrón, enojado por la muerte de Ario y de los otros, y fueron dispersados los ciudadanos, huyendo de allí. De aquí partió para Jerusalén con todo su ejército; y con sólo verlo venir, los Judios todos huyeron, unos dejando el campo y sus cosas, otros se escondían por los campos por salvarse; pero los que estaban dentro de la ciudad, recibieronlo y echaban la culpa de aquella revuelta y levantamiento á los otros, diciendo que ellos no sabían algo en todo lo que había sucedido; sino que por causa de la fiesta les había sido fuerza y necesario recibir tanta muchedumbre dentro de la ciudad, y que ellos habían sido con los Romanos cercados; mas no se habían ciertamente levantado con los que huyeron.

Habíale salido antes al encuentro Josefo, primo de Archelao y Rufo con Grato, los cuales traían el ejército del Rey. Venían los soldados sebastenos y los romanos vestidos á su manera acostumbrada: porque Sabino se había salido hacia la mar, por temor de presentarse delante de Varrón.

Éste, dividiendo su ejército en partes, enviólos á todos por los campos á buscar los autores de aquel motín y revuelta levantada: y presentándole muchos de ellos, á los que eran menos culpados, mandábalos guardar; pero de

los que era manifiesta su deuda y se sabía claramente el daño que habían hecho, ahorcó casi dos mil.

Habiéndole dicho que cerca de Idumea había diez mil hombres armados, mandó luego á los Arabes que se retirasen á sus casas, porque no servían en la guerra como hombres que peleaban por ayudarles, sino por su codicia viendo también que destruían y talaban los campos muy contra su voluntad. Después acompañado de sus escuadrones, fué en alcance de los enemigos: pero ellos, por consejo de Achiabo, se entregaron á Varrón antes que fuesen presos por fuerza, y perdonando al vulgo y muchedumbre, envió los capitanes á César para que fuesen examinados. Cuando perdonó á todos los otros, castigó algunos parientes del Rey, entre los cuales había muchos muy allegados de Herodes, por haberse armado contra su Rey.

Así Varrón, habiendo spaciguado las cosas en Jerusalén, y dejado allí aquella legión ó compañía de gente que solía estar antes en guarda de la ciudad, volvióse á Antioquia.

IV.

De las acusaciones contra Archelao, y de la división de todo el reino hecha por César.

Luego los Judíos levantaron á Archelao otro nuevo pleito en Roma, aquellos que habían salido, permitiéndolo Varrón, por embajadores antes de la revuelta y escándalo, por pedir la libertad que su gente solía tener. Habían venido cincuenta hombres, y estaban en favor de ellos más de ocho mil judíos, los cuales vivían en Roma.

Por esto juntando César consejo de los más nobles romanos, y más amigos dentro del templo de Apolo Palatino, el cual era edificio privado suyo adornado muy ricamente, vino la muchedumbre de los Judíos con todos sus embajadores á presentarse á César, y Archelao también por otra parte con todos sus amigos: había de cada parte muchos amigos de sus propios parientes muy secretamente, porque unos rehusaban de estar con Archelao, por el odio y envidia que le tenían, y tenían por vergüenza y fealdad verse delante de César con los acusadores.

Entre éstos estaba también Filippo, hermano de Archelao, enviado con buena voluntad por Varrón, movido á ello por dos causas: la una, porque socorriese á Archelao; y la otra, porque si le placía á César dividir el reino que Herodes había tenido entre todos sus parientes, se pudiese él llevar algo por su parte.

Mandó César que declarasen primero en qué había Herodes pecado contra sus leyes: respondieron todos á una voz, que habían sufrido no rey, pero el mayor tirano que se hubiese hasta aquellos tiempos visto; y quejábanse, que además de haber muerto gran muchedumbre de ellos, los que quedaban en vida habían sufrido tales cosas de él, que se tuvieran todos por más bienaventurados, si fueran muertos. Porque no sólo él había despedazado los cuerpos de sus súbditos, con varios y diversos tormentos, sino aun despoblado las ciudades de sus vecinos y gente propia suya, las había dado á gente extraña y puéstolos á ellos en sujeción de ella; haber dado la sangre de los Judíos á pueblos extranjeros, en vez de la dicha y prosperidad que antiguamente todos tener solían, por las leyes de su patria, llenó toda su nación de tanta pobreza y tantas maldades, que ciertamente habían sufrido más

muertes y matanzas de Herodes en pocos años, que sufrieron sus padres antepasados jamás en todo el tiempo después de la cautividad de Babilonia, en tiempo que reinaba Jerjes. Pero que habían aprendido tanta paciencia y modestia por casos tan miserables y por tan contraria fortuna, que tenían por bien empleada de propia voluntad la servidumbre amarga, á la cual estaban sujetos: pues habían levantado sin tardanza por rey á Archelao, hijo de tan gran tirano, después de muerto el padre; y llorado juntamente con la muerte de Herodes, y celebrado sus sacrificios por su sucesor. Archelao, como temiendo no parecer su hijo verdadero, había comenzado su reino con muerte de tres mil ciudadanos, y mostrando que merecía ser príncipe de todos, había hecho sacrificios de tantos hombres, llenando en un día de fiesta el templo de tantos cuerpos muertos. Los que quedaban, pues, habían hecho muy bien después de tantas adversidades y desdichas, en considerar daños tan grandes y desear por ley de guerra padecer: por lo cual humildemente todos rogaban á los Romanos que tuviesen por bien haber misericordia de lo que de Judea sobraba salvo, y no diesen lo que de toda esta nación quedaba en vida, á hombres que tan cruelmente los trataban, sino que juntasen con los fines y términos de Siria los de Judea, y determinasen jueces romanos que los rigiesen y amonestasen. De esta manera experimentarían que los Judíos, que ahora les parecían deseosos de guerra y revolvedores, saben obedecer á los buenos regidores. Con tal suplicación acabaron su acusación los Judíos.

Levantándose entonces Nicolao contra ellos, deshizo primero todas las acusaciones que habían hecho contra sus reyes: y después comenzó á reprender y acusar la nación judaica, diciendo que muy dificultosamente podía

ser gobernada, y que de natural les venía no querer obedecer á sus reyes: acusaba también á los deudos de Archelao, que se habían pasado á favorecer á los acusadores suyos.

Oídas ambas partes, despidió César el ayuntamiento, y pocos días después dió á Archelao la mitad del reino con nombre de tetrarquía, prometiéndole hacerlo rey si hacía obras que lo mereciesen. Dividió la parte que quedaba en dos tetrarquias ó principados, y diólas á los otros dos hijos de Herodes: el uno á Filipo, y el otro á Antipas, el que habia tenido contienda con Archelao sobre la sucesión del reino.

Habíanle caído á éste por su parte las regiones que están de la otra parte del rio, y Galilea; de las cuales tierras cobraba cada año doscientos talentos. A Filipo le fué dada Batanea, Trachón, Auranitis y algunas partes de la casa de Zenón, cerca de Jamnia, cuya renta subía cada año á cien talentos. El principado de Archelao comprendía á Samaria, Idumea y á Judea; pero habíales sido quitada la cuarta parte de los tributos que solían pagar, porque él no se habia rebelado ni levantado con los otros. Fuéronle entregadas las ciudades que habia de regir, y eran la torre de Estratón, Sebaste, Jope y Jerusalén: las otras, es á saber: Gaza, Gadara é Hipón, fueron quitadas por César del mando del reino, y juntas con el de Siria. Tenía Archelao de renta cuarenta talentos.

Quiso también Cesar que fuese Salome señora de Jamnia, de Azoto y de Faselides, además de todo lo que le habia sido dejado en el testamento del Rey. Dióle también un palacio en Ascalona, y valiale todò lo que tenía sesenta talentos; pero quiso que su casa estuviese sujeta á Archelao.

Habiendo, pues, dado á cada uno de los otros parientes de Herodes, conforme á lo que hallaba en su testamento escrito, dió aún, demás del testamento, á dos hijas suyas doncellas quinientos mil dineros, y casólas con los hijos de Feroras. Y divididos y partidos de esta manera todos los bienes que había Herodes dejado, repartió también entre todos aquellos mil talentos que le habían sido á él dejados, exceptuando algunas cosas de muy poco precio, que él quiso retener para sí por memoria y honra del difunto.

V.

Del mancebo que fingió falsamente ser Alejandro, y cómo fué preso.

En este tiempo un mancebo judío de nación, criado en un lugar de los Sidonios con un liberto de los Romanos, fingiendo que era él Alejandro, aquel que Herodes había muerto, porque á la verdad le era muy semejante, vino á Roma con pensamiento de engañarlos. Tenía por compañero á un otro judío de su tierra, el cual sabía muy bien todo lo que en el reino había pasado. Instruido, pues, por éste, y hecho sabedor de todo, afirmaba que por misericordia de aquellos que habían venido á matar á él y á Aristóbulo, los habían librado de la muerte, poniendo otros cuerpos semejantes á los suyos.

Había ya engañado con estas palabras á muchos judíos de los que vivían en Creta, y recibido allí harto magnífica y liberalmente, y pasando á Melo, donde juntó mayores tesoros, había también movido á muchos de sus huéspedes, con gran semejanza de verdad, que navegasen

con él á Roma. Al fin, llegado á Dicearchia, habiendo recibido allí muchos dones de los Judíos, acompañábanle los amigos de Herodes, no menos que si fuera rey.

Era éste tan semejante en la cara á Alejandro, que los que habían visto y conocido al muerto, juraban y tenían que era el mismo. Con esto, todos los judíos de Roma salían por verlo, y juntábase gran multitud de gente en las calles por donde había de pasar. Habían muchos sido tan locos, que lo llevaban en una silla y le hacían acatamiento con sus propios gastos y dispensas, como si fuera realmente rey.

Pero conociendo César muy bien la cara de Alejandro, porque había sido antes acusado y traído delante de él por su padre Herodes, aunque antes de juntarse con él había conocido el engaño de la semejanza que tenía con el muerto, pensó todavía dejarle holgar algún rato con su esperanza, y envió á un hombre llamado Celado, que conocía muy bien á Alejandro, á que trajese el mancebo delante de él.

En la hora que lo vió, conoció luego la diferencia del uno al otro, y principalmente cuando vió que era su cuerpo tan rústico y su manera tan servil, entendió la burla y ficción muy claramente. Pero fué muy movido y enojado con el atrevimiento de sus palabras, porque á los que le preguntaban de Aristóbulo, respondió que estaba vivo y salvo, pero que no había querido venir adrede y con consejo, porque estaba en Chipre guardándose de todas las asechanzas que le podían hacer, porque estando ellos dos apartados, menos podían ser presos que si estuviesen juntos. Apartólo de todos los que allí estaban, y dijole que César le salvaría la vida si le descubría y manifestaba quién había sido el autor de tan gran maldad y engaño. Prometiéndolo hacer, fué llevado delante de

César; señalóle el judío, y díjole cómo se había malamente y con engaño servido de la semejanza por hacer ganancia y allegar dineros, afirmándole que había recibido de las ciudades no menos dones, antes muchos más que si fuera el mismo Alejandro. Rióse con esto César, y puso al falso Alejandro, por tener cuerpo para ello, en sus galeras por remador, y mandó matar al que tal había persuadido; juzgando que era harto castigo de la locura de los de Melo, perder los gastos que habían hecho con este mancebo.

VI.

Del destierro de Archelao.

Recibida la tierra que á Archelao tocaba, acordándose de la discordia pasada, no quiso mostrarse cruel con los Judíos, sino también con todos los de Samaria; y nueve años después que le fué dado aquel principado y mando, enviando embajadores ambas partes á César para acusarlo, fué desterrado en una ciudad de Galia, llamada Viena, y su patrimonio lo confiscó el César.

Dicese que antes que fuese llevado delante de César había visto un sueño de esta manera. Había soñado que los bueyes comían nueve espigas, las mayores y más llenas; y llamando después sus adivinos y algunos de los caldeos, habiales preguntado que le dijesen su parecer de aquel sueño. Como eran hombres diversos, así también las declaraciones eran diversas. Uno, llamado Simón y esenio de linaje, dijo que las espigas denotaban años, y los bueyes las mudanzas grandes de las cosas, porque arando ellos los campos, volvían toda la tierra y la tro-

caban, y que había de reinar él tantos años cuantas eran las espigas que había soñado; y que después de haber visto y experimentado muchas mutaciones en todas sus cosas, había de morir.

Cinco días después de haber oído estas cosas, fué Archelao llamado á juicio y á defender su causa.

También parecióme cosa digna de hacer saber y contar aquí el sueño de su mujer Glafra, hija de Archelao, rey de Capadocia, la cual fué mujer primero de Alejandro, hermano de éste de quien hablamos, é hijo del rey Herodes, por quien fué muerto, como hemos contado. Casada después con Iuba, rey de Lybia, y muerto éste, habiéndose vuelto á su tierra, quedando viuda en la casa de su padre, cuando la vió Archelao, príncipe de aquella tierra, tomola tan gran amor, que luego quiso casarse con ella, desechando á su mujer Mariamma. Ésta, pues, poco después que volvió á Judea, le pareció que vió en sueños á Alejandro delante de sí, que le decia estas palabras: «Bastábate el matrimonio del Rey de Lybia; pero tú, no contenta aun con él, vuelves otra vez á mis tierras, codiciosa de tener tercer marido; y lo que me es más grave, juntástete con mi hermano en matrimonio; pues yo te prometí que no diaimularé la injuria que en ello me haces, y, á pesar tuyo, yo te recobraré.» Y declarado este sueño, apenas vivió después dos días más.

VII.

Del galileo Simón y de las tres sectas que hubo entre los judíos.

Reducidos los límites de Archelao á una provincia de los Romanos, fué enviado un caballero romano, llamado

Coponio, por procurador de ella, dándole César poder para ello.

Estando éste en el gobierno, hubo un galileo, llamado por nombre Simón, el cual fué acusado de que se había rebelado, reprendiendo á sus naturales que sufrían pagar tributo á los Romanos, y que sufrían por señor, excepto á Dios, los hombres mortales.

Era éste cierto sofista por sí y de propia secta, semejante y contraria á todas las otras.

Había entre los Judíos tres géneros de filosofía: el uno seguían los fariseos, el otro los saduceos, y el tercero, que todos piensan ser el más aprobado, era el de los esenios, judíos naturales, pero muy unidos con amor y amistad, y los que más de todos huían todo ocio y deleite torpe, y mostrando ser continentes y no sujetarse á la codicia, tenían esto por muy gran virtud. Éstos aborrecen los casamientos, y tienen por parientes propios los hijos extraños que les son dados para doctrinarlos; muéstrales é instrúyenlos con sus costumbres, no porque sean ellos de parecer deberse quitar ó acabar la sucesión y generación humana, pero porque piensan deberse todos guardar de la intemperancia y lujuria, creyendo que no hay mujer que guarde la fe con su marido castamente, según debe. Suelen también menospreciar las riquezas, y tienen por muy loada la comunicación de los bienes, uno con otro: no se halla que uno sea más rico que otro; tienen por ley que quien quisiere seguir la disciplina de esta secta, ha de poner todos sus bienes en común para servicio de todos; porque de esta manera ni la pobreza se mostrase, ni la riqueza ensoberbeciese; pero mezclado todo junto, como hacienda de hermanos, fuese todo un común patrimonio. Tienen por cosa de afrenta el aceite, y si alguno fuere untado con él contra su voluntad, luego

con otras cosas hace limpiar su cuerpo, porque tienen lo feo por hermoso, salvo que sus vestidos estén siempre muy limpios: tienen procuradores ciertos para todas sus cosas en común y juntos. No tienen una ciudad cierta adonde se recojan; pero en cada una viven muchos, y viniendo algunos de los maestros de la secta, ofréncenle todo cuanto tienen, como si le fuese cosa propia; vense con ellos, aunque nunca los hayan visto, como muy amigos y muy acostumbrados; por esto, en sus peregrinaciones no se arman sino por causa de los ladrones, y no llevan consigo cosa alguna: en cada ciudad tienen cierto procurador del mismo Colegio, el cual está encargado de recibir todos los huéspedes que vienen, y éste tiene cuidado de guardar los vestidos y proveer lo de más necesario á su uso. Los muchachos que están aún debajo de sus maestros, no tienen todos más de una manera de vestir, y el calzar es á todos semejante; no mudan jamás vestido ni zapatos, hasta que los primeros sean ó rotos ó consumidos con el uso del traer y servicio; no compran entre ellos algo ni lo venden, dando cada uno lo que tiene al que está necesitado; comunicanse cuanto tienen de tal manera, que cada uno toma lo que le falta, aunque sin dar uno por otro y sin este trueco, tienen todos libertad de tomar de cada uno que les pareciere aquello que les es necesario.

Tienen mucha religión y reverencia, á Dios principalmente; no hablan antes que el sol salga algo que sea profano; antes le suelen celebrar ciertos sacrificios y oraciones, como rogándole que salga: después los procuradores dejan ir á cada uno á entender en sus cosas, y después que ha entendido cada uno en su arte como debe, júntanse todos, y cubiertos con unas toallas blancas de lino, lávanse con agua fría sus cuerpos: hecho esto, recó-

gense todos en oiertos lugares adonde no puede entrar hombre de otra secta. Limpiados, pues, y purificados de esta manera, entran en su cenáculo, no de otra manera que si entrasen en un santo templo, y asentados con orden y con silencio, pónelos á cada uno el pan delante, y el cocinero una escudilla con su potaje, y luego el sacerdote bendice la comida, porque no les es lícito comer bocado sin hacer primero oración á Dios; después de haber comido, hacen sus gracias, porque en el principio y en el fin de la comida dan gracias y alabanzas á Dios, como que de Él todo procede, y es el que les da mantenimiento; después dejando aquellas vestiduras casi como sagradas, vuelven á sus ejercicios hasta la noche, recogién dose entonces en sus casas, cenar, y junto con ellos los huéspedes también, si algunos hallaren.

No suele haber aquí entre ellos ni clamor, ni gritos, ni ruido alguno; porque aun en el hablar guardan orden grande, dando los unos lugar á los otros, y el silencio que guardan parece á los que están fuera de allí, una cosa muy secreta y muy venerable; la causa de esto es la gran templanza que guardan en el comer y beber, porque ninguno llega á más de aquello que sabe serle necesario; pero aunque no hacen algo, en todo cuanto hacen, sin consentimiento del procurador ó maestro de todos, todavía son libres en dos cosas, y son éstas: ayudar al que tiene de ellos necesidad, y tener compasión de los afligidos; porque permitido es á cada uno socorrer á los que fueren de ello dignos, según su voluntad, y dar á los pobres mantenimiento.

Solamente les está prohibido dar algo á sus parientes y deudos, sin pedir licencia á sus curadores; saben moderar muy bien y templar su ira; desechar toda indignación, guardar su fe, obedecer á la paz, guardar y

cumplir cuanto dicen, como si con juramento estuviesen obligados; son muy recatados en el jurar, porque piensan que es cosa de perjuros, porque tienen por mentiroso aquel á quien no se puede dar crédito sin que llame á Dios por testigo. Hacen gran estudio de las escrituras de los antiguos, sacando de ellas principalmente aquello que conviene para sus almas y cuerpos, y por tanto, suelen alcanzar la virtud de muchas hierbas, plantas, raices y piedras, saben la fuerza y poder de todas, y esto escudriñan con gran diligencia.

A los que desean entrar en esta secta no los reciben luego en sus ayuntamientos, pero danles de fuera un año entero de comer y beber, con el mismo orden que si con ellos estuviesen juntamente, dándoles también una túnica, una vestidura blanca y una azadilla; después que con el tiempo han dado señal de su virtud y continencia, recibenlos con ellos y participan de sus aguas y lavatorios, por causa de recibir con ellos la castidad que deben guardar, pero no los juntan á comer con ellos; porque después que han mostrado su continencia, experimentan sus costumbres por espacio de dos años más, y pareciendo digno, es recibido entonces en la compañía. Antes que comiencen á comer de las mismas comidas de ellos, hacen grandes juramentos y votos de honrar á Dios, y después, que con los hombres guardarán toda justicia y no dañarán de voluntad ni de su grado á alguno, ni aunque se lo manden; y que han de aborrecer á todos los malos y que trabajarán con los que siguen la justicia de guardar verdad con todos y principalmente con los príncipes; porque sin voluntad de Dios, ninguno puede llegar á ser rey ni príncipe. Y si aconteciere que él venga á ser presidente de todos, jura y promete que no se ensoberbecerá, ni usará mal de su poder para

hacer afrenta á los suyos; pero que ni se vestirá de otra diferente manera que van todos, no más rico ni más pomposo, y que siempre amará la verdad con propósito é intención de convencer á los mentirosos; también promete guardar sus manos limpias de todo hurto, y su ánima pura y limpia de provechos injustos; y que no encubrirá á los que tiene por compañeros, y que le siguen, algún misterio; y que no publicará algo de ellos á la gente profana, aunque alguno le quiera forzar amenazándole con la muerte. Añaden también que no ordenarán reglas nuevas, ni cosa alguna más de aquellas que ellos han recibido. Huirán todo latrocinio y hurto; conservarán los libros de sus leyes y honrarán los nombres de los ángeles.

Con estos juramentos prueban y experimentan á los que reciben en sus compañías, y fortalecenlos con ellos: á los que hallan en pecados échanlos de la compañía, y el que es condenado muchas veces, lo hacen morir de muerte miserable; los que están obligados á estos juramentos y ordenanzas no pueden recibir de algún otro comer ni beber, y cuando son echados, comen como bestias las hierbas crudas, de tal manera, que se les adelgazan tanto sus miembros con el hambre, que vienen finalmente á morir; por lo cual, teniendo muchas veces compasión de muchos, los recibieron ya estando en lo último de su vida, creyendo y juzgando que bastaba la pena recibida por los delitos y pecados cometidos, pues los habían llevado á la muerte.

Son muy diligentes en el juzgar, y muy justos: entienden en los juicios que hacen no menos de cien hombres juntos, y lo que determinan se guarda y observa muy firmemente: después de Dios, tienen en gran honra á Moisés, fundador de sus leyes, de tal manera, que si

alguno habla mal contra él, es condenado á la muerte.

Obedecer á los viejos y á los demás que algo ordenan ó mandan, tiénenlo por cosa muy aprobada; si diez están juntos, no hay alguno que hable á pesar de los otros; guárdanse de escupir en medio ó á la parte diestra, y honran la fiesta del sábado más particularmente y con más diligencia que todos los otros judíos; pues no sólo aparejan un día antes por no encender fuego el día de fiesta, ni aun osan mudar un vaso de una parte en otra, ni purgan sus vientres, aunque tengan necesidad de hacerlo.

Los otros días cavan en tierra un pie de hondo con aquella azadilla que dijimos arriba que se da á los novicios, y por no hacer injuria al resplandor divino, hacen sus secretos allí cubiertos, y después vuelven á ponerle encima la tierra que sacaron antes, y aun esto lo suelen hacer en lugares muy secretos; y siendo esta purgación natural, todavía tienen por cosa muy solemne limpiarse de esta manera: distingúense unos de otros, según el tiempo de la abstinencia que han tenido y guardado, en cuatro órdenes, y los más nuevos son tenidos en menos que los que les preceden, tanto, que si tocan alguno de ellos, se lavan y limpian, no menos que si hubiesen tocado algún extranjero; viven mucho tiempo, de tal manera, que hay muchos que llegan hasta cien años, por comer siempre ordenados comeres y muy sencillos, y según pienso, por la gran templanza que guardan. Menosprecian también las adversidades, y vencen los tormentos con la constancia, paciencia y consejo; y morir con honra júzganlo por mejor que vivir.

La guerra que tuvieron éstos con los Romanos, mostró el gran ánimo que en todas las cosas tenían, porque aunque sus miembros eran despedazados por fuego

y diversos tormentos, no pudieron hacer que hablasen algo contra el error de la ley, ni que comiesen alguna cosa vedada, y aun no rogaron á los que los atormentaban, ni lloraron siendo atormentados; antes riendo en sus pasiones y penas grandes, y burlándose de los que se las mandaban dar, perdían la vida con alegría grande muy constante y firmemente, teniendo por cierto que no la perdían, pues la habían de cobrar otra vez.

Tienen una opinión por muy verdadera, que los cuerpos son corruptibles y la materia de ellos no se perpetúa; pero las almas quedan siempre inmortales, y siendo de un aire muy sutil, son puestas dentro de los cuerpos como en cárceles, retenidas con halagos naturales; pero cuando son libradas de estos nudos y cárceles, libradas como de servidumbre muy grande y muy larga, luego reciben alegría y se levantan á lo alto; y que las buenas, conformándose en esto con la sentencia de los Griegos, viven á la otra parte del mar Océano, adonde tienen su gozo y su descanso, porque aquella región no está fatigada con calores, ni con aguas, ni con frios, ni con nieves, pero muy fresca con el viento occidental que sale del Océano, y ventando muy suavemente está muy deleitable. Las malas ánimas tienen otro lugar lejos de allí, muy tempestuoso y muy frío, lleno de gemidos y dolores, adonde son atormentadas con penas sin fin.

Paréceme á mí que con el mismo sentido los Griegos han apartado á todos aquellos que llaman héroes y semidioses en unas islas de bienaventurados, y á los malos les han dado un lugar allá en el centro de la tierra, llamado infierno, adonde fuesen los impíos atormentados; aquí fingieron algunos que son atormentados los Sisifos, los Tántalos, los Ixiones y los Tirios, teniendo por cierto al principio que las almas son inmortales, y de

aquí el cuidado que tienen de seguir la virtud y menospreciar los vicios; porque los buenos, conservando esta vida, se hacen mejores, por la esperanza que tienen de los bienes eternos después de esta vida, y los malos son detenidos, porque aunque estando en la vida han estado como escondidos, serán después de la muerte atormentados eternamente. Esta, pues, es la filosofía de los Esenios, la cual, cierto, tiene un halago, si una vez se comienza á gustar, muy inevitable. Hay entre ellos algunos que dicen saber las cosas por venir, por sus libros sagrados y por muchas santificaciones y muy conformes con los dichos de los profetas desde su primer tiempo; y muy pocas veces acontece que lo que ellos predicen de lo que ha de suceder, no sea así como ellos señalan.

Hay también otro colegio de Esenios, los cuales tienen el comer, costumbres y leyes semejantes á las dichas, pero difiere en la opinión del matrimonio: y dicen que la mayor parte de la vida del hombre es por la sucesión, y que los que aquello dicen la cortan, porque si todos fuesen de este parecer, luego el género humano faltaría; pero todavía tienen ellos sus ajustamientos tan moderados, que gastan tres años en experimentar á sus mujeres, y si en sus purgaciones les parecen idóneas y aptas para parir, tómanlas entonces y cásanse con ellas.

Ninguno de ellos se llega á su mujer si está preñada, para demostrar que las bodas y ajuntamientos de marido y mujer no son por deleite, sino por el acrecentamiento y multiplicación de los hombres: las mujeres, cuando se lavan, tienen sus túnicas ó camisas de la manera de los hombres, y éstas son las costumbres de este ayuntamiento.

Los Fariseos son de las dos órdenes arriba primeramente dichas, los cuales tienen más cierta vigilancia y

conocimiento de la ley: éstos suelen atribuir cuanto se hace á Dios y á la fortuna, y que hacer bien ó mal, dicen estar en manos del hombre, pero que en todo les puede ayudar la fortuna. Dicen también que todas las ánimas son incorruptibles; pero que pasan á los cuerpos de otros solamente las buenas, y las malas son atormentadas con suplicios y tormentos que nunca fenecen ni se acaban.

La segunda orden es la de los Saduceos, quitan del todo la fortuna, y dicen que Dios ni hace algún mal ni tampoco lo ve: dicen también que les es propuesto el bien y el mal, y que cada uno toma y escoge lo que quiere, según su voluntad: niegan generalmente las honras y penas de las ánimas, y no les dan ni gloria ni tormento.

Los Fariseos ámanse entre si unos á otros, deséanse bien, y júntanse con amor; pero los Saduceos difieren y desconforman entre si con costumbres muy fieras, no ven con buenos ojos á los extranjeros, antes son muy inhumanos para con ellos.

Estas cosas son las que hallé para decir de las sectas de los Judíos; volveré ahora á lo comenzado.

VIII.

Del regimiento de Pilato y de su gobierno.

Reducido el reino de Archelao en orden de provincia, los otros, es á saber, Filipo y Herodes, llamado por sobrenombre Antipas, regían sus tetrarquias; por Salome, muriendo, dejó en su testamento á Julia, mujer de Augusto, la parte que habia tenido en su regimiento, y los palmares en Faselidé. Viniendo después á ser empera-

dor Tiberio, hijo de Julia, después de la muerte de Augusto, que fué emperador cincuenta y siete años, seis meses y dos días, quedando en sus tetrarquías Herodes y Filipo.

Éste, cerca de las fuentes en donde nace el río Jordán, hizo y fundó una ciudad en Paneade, la cual llamó Cesárea, y otra en Gaulantide la Baja, la cual quiso llamar Juliada, y Herodes fundó en Galilea otra que llamó Tiberiada, y en Perea otra, por nombre Julia.

Siendo enviado Pilato por Tiberio á Judea, y habiendo tomado en su regimiento aquella región, una noche muy callada trajo las estatuas de César y las metió dentro de Jerusalén: y esto tres días después fué causa de gran revuelta en Jerusalén entre los Judíos; porque los que esto vieron fueron movidos con gran espanto y maravilla, como que ya sus leyes fueran con aquel hecho profanadas: porque no tenían por cosa lícita poner en la ciudad estatuas ó imágenes de alguno, y con las quejas y grito de los ciudadanos de Jerusalén, llegaron también muchos de los lugares vecinos, y viniendo luego á Cesárea por hablar á Pilato, suplicábanle con grande afición que quitase aquellas imágenes de Jerusalén, y que les guardase y defendiese el derecho de su patria.

No queriendo Pilato hacer lo que le suplicaban, echáronse por tierra cerca de su casa, y estuvieron allí sin moverse cinco días y cinco noches continuas. Después, viniendo Pilato á su tribunal, convocó con gran deseo toda la muchedumbre de los Judíos delante de él, como si quisiese darles respuesta, y tan presto como fueron delante, hecha la señal, luego hubo multitud de soldados, porque así estaba ya ordenado, que los cercaron muy armados, y rodeáronlos con tres escuadrones de gente. Espantáronse mucho los Judíos viendo aquella novedad,

cosa que ninguno esperaba: entonces denuncióles Pilato que despedazaría á todos si no recibían las imágenes y estatuas de César, y señaló á los soldados que sacasen de la vaina sus espadas.

Los Judíos, viendo esto, como si lo trajeran así concertado, échanse súbitamente á tierra y aparejaron sus gargantas para recibir los golpes, gritando que más querían morir todos que permitir, siendo vivos, que fuese la ley que tenían violada y profanada. Entonces Pilato, maravillándose de ver la religión grande de éstos, mandó luego quitar las estatuas de Jerusalén.

Después movió otra revuelta. Tienen los Judíos un tesoro sagrado, al cual llaman Corbonan, y mantólo gastar en traer el agua, la cual hizo que viniese de trescientos estadios lejos; por esto, pues, el vulgo y todo el pueblo echaba quejas, de tal manera, que viniendo á Jerusalén Pilato, y saliendo á su tribunal, lo cercaron los Judíos; pero él había ya para ello proveído, porque había puesto soldados armados entre el pueblo, cubiertos con vestidos y disimulados; mandóles que no los hiriesen con las espadas, pero que les diesen de palos si se movían á algo. Ordenadas, pues, de esta manera las cosas, dió señal del tribunal, á donde estaba, y herían de esta manera á los Judíos, de los cuales murieron muchos por las heridas grandes que allí recibieron, y muchos otros perecieron pisados por huir miserablemente.

Viendo entonces el pueblo la muchedumbre de los muertos, atónito mucho por ello, callóse; y por esto Agripa, hijo de Aristóbulo, á quien Herodes mandó matar, y el que acusó á Herodes el tetrarca, vino á Tiberio; pero no queriendo recibir éste sus acusaciones, residiendo en Roma, hacíase conocer y trabajaba por ganar las amistades de todos los poderosos; era muy ser-

vidor y amaba en gran manera á Cayo, hijo de Germánico, siendo aún privado y hombre particular. Y estando un día en un solemne banquete con él convidado, al fin de la comida levantó ambas manos al cielo, y comenzó á rogar á Dios manifiestamente que le pudiese ver señor de todo, después de la muerte de Tiberio; pero como uno de sus familiares amigos hubiese hecho saber esto á Tiberio, mandó luego poner en cárcel á Agripa, el cual fué detenido allí por espacio de seis meses con grandísimo trabajo, hasta la muerte de Tiberio.

Muerto éste después de haber reinado veintidós años, seis meses y tres dias, sucediéndole Cayo César, libró de la cárcel á Agripa, y dióle la tetarquía de Filipo, porque éste era ya muerto, y llamólo Rey. Habiendo después llegado Agripa al reino, movió por envidia la codicia del tetrarca Herodes. Movíalo en gran manera á esperanzas de alcanzar el reino, Herodia, su mujer, reprendiendo su negligencia, y diciendo que por no haber querido navegar á verse con César, carecía de mayor poder que tenía: porque como había hecho á Agripa Rey, de hombre que era particular, ¿cómo dudaban en confiar que á él, que era tetrarca, no le concediese la misma honra? Movido Herodes con estas cosas, vino á Cayo, y reprendido de muy avaro, huyóse á España, porque le había seguido su acusador Agripa, á quien el César le dió la tetarquía que Herodes poseía.

Y peregrinando de esta manera Herodes en España, su mujer también se fué con él.

IX.

De la soberbia grande de Cayo y de Petronio, su presidente en Judea.

Súpose tan gran mal servir de la fortuna Cayo César y usar de la prosperidad, que queria ser llamado Dios, y se tenía por tal. Dió la muerte á muchos nobles de su patria, y extendió su crueldad impia aun hasta Judea. Envió á Petronio con ejército y gente á Jerusalén, mandándole que pusiese sus estatuas en el templo, y que si los Judios no las querían recibir, que matase á los que lo repugnasen, y tomase presos á todos los demás. Esto, cierto, movía y enojaba á Dios. Petronio, pues, con tres legiones y gran ayuda que habia tomado en Siria, veniase aprisa á Judea. Muchos Judios no creían que fuese verdad lo que oían decir de la guerra, y los que lo creían, no podían resistirle ni pensar en ello; y así les vino un súbito temor á todos generalmente, porque el ejército habia llegado ya á Ptolemaida.

Está dicha ciudad edificada en un gran territorio y llanura en la ribera de Galilea; rodéanla los montes por la parte de Oriente, y duran hasta sesenta estadios de largo algún poco apartados; pero todos son del señorío de Galilea: por la parte del Mediodía tiene la montaña llamada Carmelo, y alárgase la ciudad á ciento veinte estadios: por la parte septentrional tiene otro monte muy alto, el cual llaman, los que lo habitan, Escala de los Tirios, y éste está á espacio de cien estadios. A dos estadios de esta ciudad corre un río que llaman Beleo, pequeño, y cerca de allí está el sepulcro de Memnón, el cual tiene

casi cien codos, y es muy digno de ser visto y tenido en mucho. Es á la vista como un valle redondo, y sale de allí mucha arena de vidrio, y aunque carguen de ella muchas naos, que llegan allí todas juntas, luego en la hora se muestra otra vez lleno: porque los vientos muestran poner diligencia en traer de aquellos recuestos altos que por allí hay, esta arena común con la otra, y como aquel lugar es minero de metal, fácilmente la muda presto en vidrio. Aun me parece más maravilloso que las arenas convertidas ya en vidrio, si fueren echadas por los lados de este lugar, se convierten otra vez en arena común. Ésta, pues, es la naturaleza y calidad de esta tierra.

Habiéndose juntado los Judíos, sns hijos y mujeres, en Ptolemaida, suplicaban á Petronio, primero por las leyes de la patria, y después por el estado y reposo de todos ellos. Movido éste al ver tantos como se lo rogaban, dejó su ejército y las estatuas que traía en Ptolemaida: y pasando á Galilea, convocó en Tiberiada todo el pueblo de los Judíos y toda la gente noble, y comenzóles á declarar la fuerza del ejército y poder romano, y las amenazas de César, añadiendo también cuánta injuria y desplacer le causaba la súplica que los Judíos le hacían, pues todas las gentes que, obedeciendo, reconocían al pueblo romano, tenían en sus ciudades, entre los otros dioses, las imágenes también del Emperador; que solamente los Judíos no lo querían consentir, y que esto era ya apartarse del mando del Imperio, aun con injuria de su presidente.

Alegaban, por el contrario, los judíos la costumbre de su patria y las leyes, mostrando no serles licito tener no de hombres sólo, pero ni la imagen de Dios en su templo, y no sólo en el templo, pero ni tampoco en sus ca-

sas ni en lugar alguno, por más profano que sea, en toda su región.

Entendiendo Petronio esta razón, respondió: Pues sabed que yo he de cumplir lo que mi señor me ha mandado, y si no le obedezco, seré agradable á vosotros, y justamente mereceré ser castigado. Haráos fuerza, no Petronio, pero aquel que me ha enviado, porque á mí me conviene hacer lo que me ha sido mandado, también como á vosotros obedecerme y cumplir con lo que yo digo.»

Contradijo todo el pueblo á esto, diciendo que más querían padecer todo peligro y daño, que no sufrir que les fuesen quebrantadas ó rotas sus leyes.

Habiendo puesto silencio en la grito que tenían, Petronio les dijo: «¿Estáis, pues, aparejados para pelear y hacer guerra al César?»

Respondieron los Judíos que ellos cada día ofrecían á Dios sacrificios por la vida de César y de todo el pueblo romano; pero si pensaba deberse poner las imágenes en el templo, primero debía hacer sacrificio de todos los Judíos, porque ellos y sus mujeres é hijos se ofrecían para ello á que los matasen.

Maravillóse otra vez Petronio viendo esto, y túvoles compasión, viendo la gran religión de estos hombres, y viendo tantos tan prontos para recibir la muerte; y fuéronse todos sin hacer algo.

Después comenzó á tomar por sí á cada uno de los más principales y persuadirles de aquello: hablaba también públicamente al pueblo, amonestándolo unas veces con muchos consejos, y otras también los amenazaba, ensalzando la virtud y poder de los Romanos y la indignación de César, y entre estas cosas declarábales cuán necesario le fuese cumplir lo que le había sido mandado.

Viendo que no querían consentir ellos en algo de todo cuanto les decía, y que la fertilidad de aquella región se perdería, porque era el tiempo aquel de sembrar, y había estado todo el pueblo casi ocioso cincuenta días en la ciudad, á la postre convocólos y díjoles que quería emprender una cosa peligrosa para él mismo, porque dijo: «ó amansaré á César ayudándome Dios, y salvarme he con vosotros, ó si se moviere él á venganza con enojo, perderé la vida por tanta muchedumbre y por tan gran pueblo.»

Despidiendo con esto á todo el pueblo, el cual hacía muchos ruegos y sacrificios por Petronio, retiró su ejército de Ptolemaida á Antioquia: y de allí envió luego embajadores á César, que le contasen é hiciesen saber con qué aparejo y orden hubiese venido contra Judea, y lo que toda la gente le había suplicado, y que si determinaba negarles lo que pedían, debía saber que los hombres y las tierras todas se perderían; porque ellos guardaban en esto la ley de su patria, y con gran ánimo contradecían á todo mandamiento nuevo. Respondió Cayo á estas cartas muy enojado, amenazando con la muerte á Petronio, porque había sido negligente en ejecutar su mandamiento. Pero aconteció que los mensajeros que llevaban las cartas fueron detenidos tres meses en el camino por las grandes y continuas tempestades, y otros llegaron más prósperamente con la nueva de la muerte de César, porque antes de veintisiete días recibió cartas de ello Petronio, las cuales le hacían saber el fin de la vida de César, primero que viniesen aquellos que traían las cartas de las amenazas.

X.

Del imperio de Claudio, del Reino de Agripa y de su muerte.

Muerto Cayo por maldad y traición, después de haber imperado tres años y seis meses, fué hecho, por el ejército que estaba en Roma, emperador Claudio. Todo el Senado, por relación de los cónsules de aquel año, Septimio, Saturnino y Pomponio Segundo, mandó que las tres compañías que estaban en la ciudad tuviesen cargo de guardarla, y juntáronse todos los senadores en el Capitolio, y por la crueldad de Cayo determinaban hacer la guerra á Claudio, porque querian que el Imperio fuese regido por los principales, y que fuesen elegidos, como antes, los mejores para que fuesen emperadores.

En este medio vino Agripa, y como fuese llamado por el Senado, que se juntase en Consejo, y por el César, que le ayudase en su ejército, por servirse de él en lo que sucediese y le fuese necesario, viendo Agripa que Claudio con su poder era ya César, juntóse con él; el César lo envió luego por embajador al Senado, porque mostrase su determinación y propósito, diciendo que lo habian elegido los soldados contra su voluntad, y lo habian llevado consigo, y que fuera cosa injusta dejar la afición que todos le tenian y desecharla, porque si no la recibiera, no se tenia por seguro, diciendo que le bastará esto para moverle envidia, haber sido llamado para reinar, y no haberlo querido aceptar, y que estaba aparejado para administrar el Imperio, no como tirano, mas como benigno y clemente Principe, porque bastante le era á él la honra del nombre, y que dejando todo lo de-

más al parecer de todos, si él de su natural no era modesto, tenía ejemplo para serlo y para refrenar su poder, viendo la muerte de Cayo.

Como Agripa hubiese dicho todas estas cosas, respondióle el Senado, casi confiando en su ejército y en sus consejos, que no querían venir en servidumbre de su grado. Y recibida la respuesta de los senadores, volvióles á enviar otra vez á Agripa, diciendo que no podía él entender por qué los había de engañar y había de buscar daño para los que le habían encumbrado tanto y le habían hecho Emperador; y que forzado había de mover guerra contra ellos y contra su voluntad, con los cuales no quisiera él pelear en alguna manera del mundo, y que por tanto debían escoger un lugar fuera de la ciudad, en el cual peleasen, porque no era lícito ensuciar su patria con sangre de los ciudadanos, por causa de la obstinación de ellos.

Dijo Agripa esta embajada al Senado. Estando en esto, uno de aquellos soldados que estaban con los senadores, desenvainó su espada, y dijo: «Compañeros, ¿por qué causa queremos ser matadores y salir contra nuestros propios parientes que siguen á Claudio, teniendo principalmente Emperador, á quien no podemos dar culpa en alguna manera, y á quien debemos antes recibir disculpándonos, que no con armas?»

Diciendo estas cosas, salióse por medio del Senado, siguiéndole todos los otros soldados.

Desamparados los senadores por causa de esto hombre, comenzaron á temer; y viendo que no les era cosa cómoda ni segura contradecir, siguiendo á los soldados, presentáronse á César. Saliéndoles al encuentro con las espadas desenvainadas los que ambiciosamente lisonjaban al Emperador y á su fortuna, y mataran á cinco en

la salida, antes que César pudiese saber el ímpetu de los soldados, si Agripa, corriendo, no le denunciara el peligro grande que había, diciendo que, si no refrenaba el atrevimiento de su gente, que mostraba furor contra la sangre y vida de los ciudadanos, perdería aquellos que daban lustre al Imperio, y sería Emperador de la soledad.

Oyendo esto Claudio, detuvo á los soldados y recibió en sus tiendas á todos los senadores; y haciendo á todos gran honra, salió de allí é hizo á Dios sus sacrificios, según tienen por costumbre hacer sus ruegos. Luego también hizo donación á Agripa de todo el reino de su padre, añadiéndole más todo aquello que Augusto había dado antes á Herodes, es á saber: la región Traconitide y de Auranitide, y además de esto otro reino que solían llamar Lisania.

Hizo que con pregón fuese publicada esta donación, y mandó á los senadores que la pusiesen en el Capitolio escrita en tablas de cobre.

Dió también muchos dones al hermano de Agripa Herodes, el cual era yerno del mismo Agripa, casado con Berenice, Reina de Calcidia.

Veniale á Agripa de lo que le había sido dado mayor renta de lo que se podía pensar, aunque no la gastaba en cosas inútiles y desaprovechadas; pero comenzó á hacer un muro en Jerusalén, que si se pudiera acabar, fuera bastante para deshacer el cerco de los Romanos cuando cercaban la ciudad; pero antes que esta obra se acabase, él murió en Cesárea; después de haber reinado tres años, y antes había sido tetrarca otros tres. Dejó tres hijas, nacidas de su mujer Cipride, Berenice, Mariamma y Drusila, y un hijo de la misma mujer, llamado Agripa. Como fuese éste muy pequeño, Claudio hizo provincia todo aquel reino, enviando allá por procurador

de todo á Cestio Festo, y después de éste, Tiberio Alejandro, los cuales, no trocando algo de las costumbres que los Judíos tenían, tuvieron muy pacíficas todas aquellas tierras.

Murió después Herodes, que reinaba en Calcidia, dejando dos hijos de su mujer Berenice, hija de su hermano: el uno llamado Bereniciano, y el otro Hircano; y de la primera mujer, Mariamma, dejó á Aristóbulo.

El otro hermano suyo, llamado Aristóbulo, murió también privadamente, dejando una hija llamada Jopata. Estos eran, pues, los hijos, según dijimos, de Aristóbulo, que fué hijo de Herodes. Alejandro y Aristóbulo eran hijos de Herodes y de Mariamma, á los cuales su padre mismo hizo matar.

Los descendientes de Alejandro reinaron en Armenia la Mayor.

XI.

De muchas y varias revueltas que se levantaron en Judea y en Samaria.

Después de la muerte de Herodes, que reinó en Calcidia, Claudio puso en el reino del tío á Agripa, hijo de Agripa. Tomó el cargo de la otra provincia, después de Alejandro. Cumano, debajo del cual comenzaron á nacer nuevos alborotos, y vinieron nuevos daños á todos los Judíos; porque, juntándose el pueblo en Jerusalén para celebrar la fiesta de la Pascua, estando una compañía de gente romana en los claustros del templo, como era costumbre haber guarda de gente de armas los días festivos, porque los pueblos que allí se juntaban no moviesen

alguna novedad, un soldado, desatacándose, mostró á todos los judíos que allí estaban, las vergüenzas de atrás, echando una voz no diferente de la obra que hacía. Por este hecho comenzóse todo aquel pueblo á quejarse en tanta manera, que se presentaron todos á Cumano pidiendo á voces que fuese castigado y sentenciado aquel soldado.

Los mancebos, poco considerados, y naturalmente aparejados para mover revueltas, comenzaron á revolverse y á echar los soldados á pedradas. Temiendo entonces Cumano se levantase todo el pueblo contra él, llamó mucha gente de armas, poniéndola en los claustros del templo. Hubieron gran temor todos los Judíos; y, dejando el templo, comenzaron á recogerse todos y á huir de allí; pasaron al salir tan grande aprieto al pasar por la gente armada, que murieron pisados con la prisa del salir más de diez mil hombres, y fué la fiesta de muchas lágrimas para todos, y por cada casa se oían los llantos.

Además de esto hubo también otro ruido, el cual movieron los ladrones; porque cerca de Bethoron, en el público camino, un criado de César traía el aparato de una casa y cierta ropa con él; y saliéndole ladrones en el camino, se la robaron toda. Enviando después Cumano en pesquisa de ellos, mandó que le trajesen presos, y muy atados, los de aquellos lugares cercanos, acusándolos de que no habían preso á los ladrones. Por esta ocasión, hallando un soldado en una aldea de aquellas los libros sagrados de la ley, los rompió y quemó.

Viendo esto los Judíos, parecióles que les habían destruido y quemado toda su religión; juntáronse de todas partes y vinieron juntos con una voz movidos por su superstición, como casi á armas delante de Cumano, á Cesárea, rogándole no dejase sin castigo un hombre que

tan gran maldad é injuria había hecho á todo el pueblo. Al ver esto Cumano, conociendo que no se había de sosegar toda aquella multitud de gente si no quedaba satisfecha con el castigo del hombre, condenó al soldado y mandólo llevar públicamente á ejecutar su sentencia; y de esta manera, amansados ya los Judíos, se fueron.

Levantóse otra revuelta nuevamente entre los Galileos y Samaritanos, porque en un lugar llamado Geman, que está en el gran campo de Samaria, viniendo un galileo y un judío por ver y gozar de la festividad, fué aquél muerto. Por este hecho se juntaron gran parte de los de Galilea para pelear con los Samaritanos. La gente principal y más noble de éstos vinieron á Cumano, suplicándole que bajase á Galilea antes que sucediese peor destrucción y ruina, y vengase la muerte del galileo, matando á los culpados en ella. Pero teniendo en más Cumano lo que tenía entonces entre manos que todas estas súplicas y ruegos, despidió á los que se lo rogaban, sin acabar ni hacer algo en ello.

Sabida esta muerte en Jerusalén, movióse todo el pueblo; y dejando la solemnidad del día y de la fiesta, vino la gente popular contra Samaria, sin capitán, y sin querer obedecer á príncipe alguno de los suyos, que trabajaban por detenerlos.

Los principales de aquellos latrocinios y de todas aquellas revueltas eran un Eleazaro, hijo de Dineo, y Alejandro, los cuales, corriendo por los campos cercanos ó vecinos á la región Acrabatana, hicieron gran matanza; y matando así á hombres, como mujeres y niños, sin perdonar á edad alguna, quemaron también todos los lugares.

Oyendo Cumano estas cosas, trajo consigo una compañía de gente de á caballo, la cual se llama de los Se

bastenos, por socorrer á los que eran destruidos; y así prendió muchos de aquellos que habían seguido á Eleazaro, y mató muchos más. Á toda la otra gente que había venido por destruir y talar los campos de Samaria, salieronles al encuentro los principales de Jerusalén; y cubiertos sus cuerpos con ásperos cilicios y con sus cabezas llenas de ceniza, rogábanles humildemente que dejasen lo que habían comenzado, no moviesen, por vengarse de los Samaritanos, á que los Romanos destruyesen á Jerusalén, y tuviesen compasión y misericordia de su patria y de su templo, de sus hijos y mujeres propias, sin que quisiesen ponerlo todo en peligro y hacer que por venganza de un galileo todos pereciesen. Conformándose con esto los Judíos, dejaron lo que tenían comenzado, y volviéronse. Muchos había en este mismo tiempo que se juntaban para robar, como suele comunemente acaecer que el atrevimiento crece estando las cosas muy reposadas, los cuales no dejaban región alguna sin robo y rapiña; y el que más atrevido era, éste se mostraba más también en hacer fuerza.

Entonces, viniendo los principales de Samaria á Tiro, delante de Numidio Quadrato, procurador de toda Siria, pidiendo justicia y venganza de los que les habían robado todas las tierras, vinieron también prontamente allí los más nobles de todos los Judíos; y Jonatás, hijo de Anano, príncipe de los sacerdotes, alegaba contra lo que les habían objetado, que los Samaritanos habían sido principio de toda aquella revuelta, pues ellos mataron al hombre con toda ley; pero que la causa de las otras adversidades que después habían sucedido, fué Cumano, en no haber querido tomar venganza ni dar castigo á los autores de aquella muerte.

Difirió Quadrato la causa de ambas partes, diciendo

que cuando él viniese á todas aquellas regiones, lo examinaría todo; y pasando de allí á Cesárea, ahorcó á todos los que Cumano había preso. Llegando, pues, á Lida oyó otra vez las quejas de los Samaritanos; y trayendo delante de sí diez y ocho judíos que sabía haber sido causa y participantes en la revuelta, mandóles cortar la cabeza. Envió dos príncipes de los sacerdotes, Jonatás y Ananías, y al hijo de éste, Anano, y algunos otros nobles de los Judíos, á César, y envió también parte de la nobleza de Samaria, y mandó al tribuno Celero y á Cumano que navegasen para Roma, á dar cuenta á Claudio de todo lo que había pasado, y darle razón de cuanto había hecho.

Sosegadas ya y puestas en paz todas estas cosas, veníase de Lida á Jerusalén; y hallando que el pueblo celebraba la fiesta de la Pascua sin ruido y sin perturbación alguna, volvióse á Antioquía.

Oídas ambas partes en Roma por César, y visto lo que Cumano alegaba y lo que los Samaritanos, estaba allí también Agripa defendiendo con gran instancia la causa de los Judíos; porque Cumano tenía consigo y en su favor gran parte de la gente principal. Dió sentencia contra los Samaritanos, y mandó matar tres de los más nobles de todos ellos; y desterró á Cumano, y dió á los Judíos, para que lo llevasen á Jerusalén, el tribuno Celero; y que arrastrándolo por la ciudad, delante de todos lo sentenciasen.

Envió, después de ya pasadas estas cosas, á Félix, hermano de Palante, á los Judíos, por procurador de toda la provincia y región de ellos, de Galilea y de Samaria.

Levantó también á Agripa más de lo que ser solía en Calcidia, dándole también aquella parte que solía ser ad-

ministrada por Félix. Eran éstas las regiones de Trachón, Batanea y Gaulanitis: dióle también el reino de Lisania y la tetrarquía que Varrón había tenido en regimiento; y él murió, habiendo sido Emperador tres años, ocho meses y treinta días, dejando por sucesor á Nerón, á quien había elegido para que fuese Emperador por consejos y persuasiones de Agripina, su mujer, teniendo hijo legítimo llamado Británico, nacido de su primera mujer, Messlina, y una hija llamada Octavia, la cual había dado en casamiento á Nerón, entenado suyo. También tuvo de su mujer Agripina una hija llamada Antonia.

Dejaré de contar ahora al presente, por saber que sería importuno, de qué manera Nerón, levantado en los bienes de la fortuna y prosperidad, supo tan mal servirse de todo; y cómo mató á su hermano, á su madre y á su mujer, convirtiendo después su crueldad contra todos, viniendo á la postre á enloquecer y hacer cosas de hombre indiscreto y sin cordura.

XII.

De las revueltas que acontecieron en Judea en tiempo de Félix.

Trataré solamente aquí lo que Nerón hizo contra los Judíos.

Puso por Rey de Armenia á Aristóbulo, hijo de Herodes. Ensanchó el reino de Agripa con cuatro ciudades y más los campos á ellas pertenecientes en la región Perea, Avila, Juliada, Galilea, Tarichea y Tiberiada. Toda la otra parte de Judea la dejó debajo del regimiento de Félix.

Este prendió al príncipe de los ladrones Eleazaro, el cual había robado todas aquellas tierras por espacio de veinte años, y prendió muchos otros con él y enviólos presos á Roma. Prendió también innumerable muchedumbre de ladrones y encubridores de hurtos, los cuales todos ahorcó. Y limpiadas aquellas tierras de esta basura de hombres, levantábase luego otro género de ladrones dentro de Jerusalén: éstos se llamaban matadores ó Sicarios, porque en el medio de la ciudad, y á mediodía, solían hacer matanza de unos y otros. Mezclábanse, principalmente los días de las fiestas, entre el pueblo, trayendo encubiertas sus armas ó puñales, y con ellos mataban á sus enemigos: y mezclándose entre los otros, ellos se quejaban también de aquella maldad; y con este engaño quedábanse, sin que de ellos se pudiese sospechar algo, muriendo los otros.

Fué muerto por éstos Jonatás, pontífice, y además de éste mataban cada día á muchos otros, y era mayor el miedo que los ciudadanos tenían, que no el daño que recibían; porque todos aguardaban la muerte cada hora, no menos que si estuvieran en una campal batalla. Miraban de lejos todos los que se llegaban, y no podían ni aun fiarse de sus mismos amigos, viendo que con tantas sospechas y miramientos, y poniendo tanta guarda en ello, no se podían guardar de la muerte; antes con todo esto eran muertos: tanta era la locura, atrevimiento y arte ó astucia en esconderse.

Otro ayuntamiento hubo de malos hombres que no mataban, pero con consejos pestíferos y muy malos corrompieron el próspero estado y felicidad de toda la ciudad, no menos que hicieron aquellos matadores y ladrones. Porque aquellos hombres, engañadores del pueblo, pretendiendo con sombra y nombre de religión hacer

muchas novedades, hicieron que enloqueciese todo el vulgo y gente popular, porque se salían á los desiertos y soledades, prometiéndoles y haciéndoles creer que Dios les mostraba allí señales de la libertad que habían de tener.

Envió contra éstos Félix, pareciéndole que eran señales manifiestas de traición y rebelión, gente de á caballo y de á pie, todos muy armados, matando gran muchedumbre de Judíos.

Pero mayor daño causó á todos los Judíos un hombre egipcio, falso profeta: porque, viniendo á la provincia de ellos, siendo mago, queríase poner nombre de profeta, y juntó con él casi treinta mil hombres, engañándolos con vanidades, y trayéndolos consigo de la soledad adonde estaban, al monte que se llama de las Olivas, trabajaba por venir de allí á Jerusalén, y echar la guarnición de los Romanos, y hacerse señor de todo el pueblo.

Habíase juntado para poner por obra esta maldad mucha gente de guarda; pero viendo esto Félix, proveyó en ello; y saliéndoles con la gente romana muy armada y en orden, y ayudándole toda la otra muchedumbre de Judíos, dióle la batalla. Huyó salvo el egipcio con algunos; y presos los otros, muchos fueron puestos en la cárcel, y los demás se volvieron á sus tierras.

Apariguado ya este alboroto, no faltó otra llaga y postema, como suele acontecer en el cuerpo que está enfermo. Juntándose algunos magos y ladrones, ponían en gran trabajo y aflicción á muchos, proclamando la libertad y amenazando á los que quisiesen obedecer á los Romanos, por apartar aquellos que sufrían servidumbre voluntaria, aunque no quisiesen.

Esparcidos, pues, por todas aquellas tierras, robaban

las casas de todos los principales; y además de esto los mataban cruelmente: ponían fuego á los lugares, de tal manera, que toda Judea estaba ya casi desesperada por causa de éstos. Crecía cada día más esta gente y desasosiego.

Por Cesárea se levantó también otro ruido entre los judíos y siros que por allí vivían. Los Judíos pedían que la ciudad tomase el nombre de ellos y les fuese propia, pues judío la había fundado; es á saber, el rey Herodes: los Siros que les contrariaban, confesaban bien haber sido el fundador de ella judío; pero querían decir que la ciudad había sido de gentiles y lo debía ser, porque si el fundador quisiera que fuera de los Judíos, no hubiera dejado hacer allí imágenes, ni estatuas, ni templos: y por estas causas estaban ambos pueblos en discordia.

Pasaba tan adelante esta contienda, que venían todos á las armas, y cada día había gente de ambas partes que por ello peleaba. Los padres y hombres más viejos de los Judíos trabajaban por detenerlos y refrenarlos, pero no podían; y á los Griegos también les parecía cosa muy mala mostrarse ser para menos que eran los Judíos: los Judíos les eran superiores, tanto en las fuerzas del cuerpo, como en las riquezas que tenían. Pero los Griegos tenían mayor socorro de los soldados y gente romana, porque casi toda la gente romana que estaba en Siria se les había juntado, y estaban aparejados como aparentados para ayudar todos á los Siros; pero los capitanes y regidores de los soldados trabajaban en apaciguar aquella revuelta; y prendiendo á los capitanes, movedores de ella, azotaban de ellos algunos, y tenían presos y en cárcel á muchos otros. El castigo de los que prendían no era parte para poner temor ni paz entre los otros; antes, viendo

esto, se movían más á venganza y á revolverlo todo. Entonces Félix mandó con pregón, so pena de la vida, que los que eran contumaces y porfiaban en ello, saliesen de la ciudad; y habiendo muchos que no le quisieron obedecer, envió sus soldados que los matasen, y robáronles también sus bienes.

Estando aún esta revuelta en pie, envió la gente más noble de ambas partes por embajadores á Nerón, para que en su presencia se disputase la causa y se averiguase lo que de derecho convenia.

Después de Félix sucedió Festo en el gobierno; y persiguiendo á todos los que revolvían aquellas tierras, prendió muchos ladrones, y mató gran parte de ellos.

XIII.

De Albino y Floro, presidentes de Judea.

Pero su sucesor Albino no se hubo tan bien en su regimiento ni en el gobierno de las cosas, porque no había maldad alguna de la cual no se sirviese; no sólo hacia muy grandes hurtos en las causas civiles que trataba de cada uno, robándoles los bienes; y no sólo hacia agravio á todo el pueblo con los grandes tributos que cargaba á todos; pero también libraba de la cárcel los ladrones que los regidores de las ciudades habían preso; y tomando gran dinero de los parientes de ellos, libraba también aquellos que los presidentes y gobernadores pasados habían puesto en la cárcel, dejando preso como á muy culpado sólo aquel que no le daba algo.

Creció también el atrevimiento de aquellos que deseaban en este mismo tiempo novedades, y revolverlo todo

en Jerusalén. Los que eran entre éstos más ricos y poderosos, presentando muchos dones á Albino, hacían que no se enojase con ellos; y la parte del pueblo, que no se holgaba con el reposo general, juntábase con los amigos y parciales de Albino. Cada uno, pues, de estos malos, armado con escuadrón y compañía de su misma gente, se mostraba entre ellos como principe de los ladrones y como tirano, y serviase de la gente de guarda suya para robar á los de mediano estado; y por tanto, aquellos cuyas casas eran destruídas, mansamente callaban; y los que eran libres de estos daños, con el miedo grande que tenían de que les fuese hecho á ellos otro tanto, mostrábanse muy amigos y comedidos, sabiendo por otra parte cuán dignos eran de muy gran castigo.

Perdido habían todos la esperenza de verse jamás libres. Había muchos señores y parecia que ya echaban simiente en este tiempo, de la cual naciese la cautividad que les había de nacer y acontecer.

Siendo tal Albino y de tales costumbres, el que le sucedió, Gesio Floro, fué tal, que comparado con Albino parecia haber éste sido muy bueno: porque Albino había hecho mucho daño y muchos engaños, pero secretamente; y Gesio mostraba su maldad con todos y ejercitábala gloriándose con ella; y regíase no como regidor ni gobernador de una provincia, sino como enviado por verdugo y por dar castigo y pena, condenando á todos sin dejar de usar de todo latrocinio y rapiña, y sin dejar de hacer todo mal y aflicción.

Contra los pobres y gente miserable usaba de toda crueldad, y en cometer fealdades y maldades diversas no tenía vergüenza: porque no hubo alguno que tanto encubriese ni engañase con sus engaños la verdad, ni que supiese con mentiras y ficciones dañar tan astutamente.

Parecióle que sería cosa de poco, dañar á cada uno particularmente, y con ello hacerse rico; pero desnudaba y robaba todas las ciudades generalmente, dando á todos licencia para robar en su región, con tal que de lo que robasen le hiciesen todos parte. Éste, finalmente, fué causa de que toda la región de Judea se despoblase de tal manera, que muchos, dejando el asiento de su patria, se pasaban á vivir á provincias extrañas. Y hasta que Cestio Galo fue regidor en la provincia de Siria no hubo alguno de los judíos que osase enviar embajadores contra Floro.

Y como, llegando la fiesta de la Pascua, se viniese á Jerusalén, salióle al encuentro la muchedumbre de la gente, que sería bien trescientos mil hombres, suplicándole que socorriese á tanta destrucción y ruina de la gente, y daban todos voces que echase de la provincia una ponzoña tan pestilencial como era Floro; y oyendo las voces que todo el pueblo daba, estábanse sentado junto á Galo: y no sólo no se movía de alguna manera, sino aun se burlaba de ellos y se reía de oír los clamores que todos echaban.

Amansando algún tanto el ímpetu y furor del pueblo, Cestio les dijo que él haría que Floro de allí adelante les fuese más amigo, y volvióse á Antioquía. Acompañóle Floro hasta Cesárea, burlándose con mil mentiras, y fingiendo con gran diligencia guerra contra los Judíos, y amenazábales con ella porque sabía bastar aquelio para encubrir sus maldades: porque si los dejaba en paz, tenía por cierto que le acusarían delante de César; pero si les procuraba revueltas, con mayor mal se libraría de la envidia, y con mayor daño cubriría los pecados suyos y faltas menores. De esta manera cada día acrecentaba las destrucciones y daños, por hacer que la gente se rebelase contra el Imperio romano.

En este mismo tiempo alcanzaron victoria delante de Nerón, y ganaron el pleito los de Cesárea contra los Judíos, y trajeron letras firmadas en testimonio de ello: y con estas cosas la guerra de los Judíos tomaba principio á los doce años del imperio de Nerón, y á los diez y siete del reino de Agripa, en el mes de Mayo.

XIV.

De la crueldad que Floro ejecutaba contra los de Cesárea y Jerusalén.

No se sabe haber habido causas bastantes ni idóneas para mover tantos y tan grandes males como se levantaron, por lo que arriba hemos dicho. Los judíos que vivían y habitaban en Cesárea, tenían su sinagoga cerca de un lugar, cuyo señor era un gentil natural de Cesárea; y muchas veces habían trabajado por quitarle la señoría que tenía sobre él y todo su derecho, ofreciendo darle mucho más que la cosa valía. Pero el señor del lugar no se contentó con despreciar los ruegos que le hacían por aquello; antes, por hacerles pesar y causarles mayor dolor, edificó en el mismo lugar muchas tabernas, dejándoles muy estrecho camino y muy angosto lugar para pasar. Al principio algunos de los más mancebos trabajaban por resistirle y vedar la edificación. Y como Floro los refrenase para que no lo vedasen, no teniendo los nobles de los Judíos que lo hiciesen, corrompieron á Floro con ócho talentos que le dieron porque vedase la edificación. Prometió éste hacer todo lo que le pedían, teniendo ojo solamente á cobrar lo que le habían prometido.

Recibido el dinero, salióse luego de Cesárea y fué á Sabaste, dando licencia y permitiendo que revolviesen el pueblo, ni más ni menos que si hubiera vendido á la gente principal de los Judíos, lugar para que peleasen. Luego al día siguiente, que era un sábado, fiesta de los Judíos, juntándose el pueblo en la sinagoga, un hombre de Cesárea, sedicioso y amigo de revueltas, puso delante del lugar por donde todos habían de entrar, un vaso de Somo, y allí sacrificaban las aves. Este hecho encendió á los Judíos y los movió á mucha ira, porque decían haber sido su ley injuriada y quebrantada por aquéllos, y que el lugar había sido ensuciado feamente. La parte de los Judíos más moderada y más constante determinaba quejarse delante de los jueces otra vez nuevamente por esta injuria; pero la juventud y cuantos judíos había manebos y amigos también de revueltas, viendo esto, se movían á contiendas.

Los revolvedores de Cesárea estaban también aparejados para pelear, porque adrede habían enviado aquel hombre que hiciese allí aquellos sacrificios; y de esta manera, concurriendo ambas partes, fácilmente se trabaron á la pelea. Pero sobreviniendo allí Jucundo, capitán de la caballería, el cual había allí sido dejado para vedarles que peleasen, mandó quitar luego el vaso que había sido puesto por el cesariano, y trabajaba por apaciguar el ruido.

Siendo vencido éste por la fuerza de los cesarianos, los Judíos luego arrebatando los libros de la ley, apartáronse hacia Nabata.

Es ésta una región de ellos, lejos de Cesúrea sesenta estadios, y doce de los principales con Juan, se vinieron á Sebaste delante de Floro, quejándose de lo que había acontecido, y rogándole que los ayudase haciéndole acor-

dar de los diez talentos que le habían dado, aunque con arte y disimulación; mas él los mandó prender, acusándolos que por qué causa habían osado sacar las leyes de Cesárea. Por esto se indignaban mucho los de Jerusalén, pero refrenaban aún su ira como mejor les era posible.

Floro, como que no entendiese en otra cosa sino en moverlos é incitarlos á guerra, envió al teroro sagrado hombres que sacasen diez y siete talentos, fingiendo que los gastos que César hacía requerían todo aquel dinero. Visto esto, el pueblo quedó muy confuso, y corriendo todos al templo, con grandes voces apellidaban todos á César, suplicándole que los librase de la tiranía de Floro. Algunos había entre éstos que buscaban revueltas mayores, maldecían á Floro, y decían de él muchas injurias; y tomando una canasta iban por la ciudad pidiendo limosna para él, como si estuviera con la mayor miseria pobreza del mundo.

Pero con todas estas cosas no hizo mutación alguna en sus codicias, antes fué mucho más movido á robarlos.

Como finalmente debiera, viniendo á Cesárea á matar el fuego de la guerra que se leyantaba, y quitar toda la causa de revueltas, por lo cual había antes recibido paga y lo había prometido, dejando todo esto, vino con ejército de á pie y de á caballo para servirse de él en todo lo que quería, y para poner miedo y amenazas grandes en la ciudad.

Queriendo amansar su ira, el pueblo salió al encuentro á todos los soldados con los favores acostumbrados, y para hacer las honras á Floro que antes solían hacer á todos; pero él, enviando delante un capitán llamado Capitón, con cincuenta hombres de á caballo, les mandó que se volviesen; y que habiendo dicho antes tanto mal

de él, no quería que se burlasen, haciéndole honras falsas y fingidas: porque convenia, si eran valerosos hombres y varones constantes y de ánimo firme, afrentarlo ahora también en su presencia, y mostrar el deseo y voluntad que tienen de la libertad, no sólo con palabras, pero también con las armas.

Espantado el pueblo con estas palabras, y echándose los soldados que habían venido con Capitón, por medio, los Judíos se dispersaron, huyendo antes de saludar á Floro y antes de hacer algo con los soldados de todo lo que se solía hacer. Recogiéndose, pues, cada uno en su casa, pasaron sin dormir toda aquella noche.

Floro se aposentó en el Palacio Real, y luego el otro día después, saliendo en tribunal contra ellos, asentóse más alto de lo que solía; y juntándose los principales de los sacerdotes y toda la nobleza de la ciudad, vinieron todos delante del tribunal. Mandóles Floro que luego le diesen todos aquellos que habían dicho mal de él, amenazándoles que tomaría en ellos venganza si no le presentaban y hacían saber quiénes eran.

Respondieron los Judíos que su pueblo no había hablado mal de él; y que si alguno había errado en el hablar, suplicábanle que lo perdonase, porque en tanta muchedumbre de gente no era de maravillar que se hallasen algunos malos y sin cordura, mozos y de poca prudencia, y que les era imposible señalar los que en aquello habían pecado, viendo que á todos generalmente pesaba, y se mostraban aparejados para negarlo con el temor que todos tenían. Pero dijeron que si él buscaba el reposo de la gente, y si quería guardar y conservar la ciudad bajo del Imperio romano, debía antes dar perdón á tan pocos que lo habían ofendido, teniendo mayor cuenta con tantos como estaban sin culpa, que no per-

turbar y poner en revuelta tantos buenos como había, por dar castigo á muy pocos malos.

Respondió él á esto muy indignado y airado, mandando á sus soldados que robasen el mercado ó plaza adonde las cosas se vendían, que era esto en la parte más alta de la ciudad, y que matasen á cuantos les viniesen al encuentro. Ellos entonces, con la codicia grande que tenían y con la licencia y mandamiento que su señor les había dado, robaron, no sólo el lugar que les era mandado, però aun saltando por todas las casas de los ciudadanos, matábanlos á todos; y huyendo todos por las estrechuras de las calles, mataban los que podían hallar, sin que hubiese ningún término ni fin en lo que robaban.

Prendiendo también á muchos de los nobles, llevábanlos á Floro, á los cuales, después de haberlos mandado cruelmente azotar, mandábalos ahorcar. Mataron aquel día, entre mujeres y niños con los demás, porque no perdonaron aun á los niños de teta, seiscientos treinta.

Hacia más grave esta destrucción la novedad que los Romanos usaban: porque osó Floro lo que hombre ninguno antes había hecho, azotar los nobles y caballeros en su mismo Tribunal, y después los ahorcó; y aunque éstos eran de su natural judíos, todavía la honra y dignidad de ellos era romana.

XV.

De otra matanza y destrucción hecha en Jerusalén.

En este mismo tiempo el rey Agripa había pasado á Alejandría, por visitar, como huésped, á Alejandro,

enviado por Nerón por procurador y regidor de todo Egipto. Pero su hermana Berenice, que estaba entonces en Jerusalén, viendo la maldad que los soldados usaban con los Judíos, recibió por ello gran pena y gran tristeza; y enviando muchas veces los capitanes de su caballería, y algunas otras las guardas de su propia persona, suplicaba á Floro que cesase y dejase de hacer tan grandes matanzas.

No teniendo cuenta Floro con la muchedumbre de los muertos, y no haciendo caso de cuanto la Reina le rogaba, ni de su nobleza, y teniendo sólo ojo á su ganancia, que se acrecentaba con los robos que hacían, menosprecióla; y sus soldados también osaron atreverse contra la Reina: porque no sólo mataban á los que le venían al encuentro, pero á ella misma, si no se recogiera en su palacio, la hubieran muerto.

Allí pasó toda la noche sin dormir, puesta muy en orden su guarda, temiéndose le diesen asalto los soldados. Había ella venido por hacer oración á Dios y cumplir sus votos á Jerusalén: porque todos los que caen en enfermedad, ó en otras necesidades, tienen por costumbre estar treinta días en oración antes de hacer algún sacrificio, y abstinencia de beber vino, y raerse la cabeza. Cumpliendo, pues, esta costumbre la reina Berenice, vino con los pies descalzos delante del tribunal de Floro, por suplicarle lo que antes había hecho; y además de que no le hizo alguna honra, estuvo en peligro de perder la vida. Pasaron estas cosas á los diez y seis días del mes de Mayo.

Juntándose después, otro día, gran muchedumbre de gente en la plaza que arriba dijimos, quejábase á grandes voces por los que habían sido muertos, y principalmente de Floro. Temiéndose la gente principal de esto,

y los pontífices rompiendo sus vestiduras y tomando á cada uno particularmente, pedíanles que no hablasen tales palabras, por las cuales habían sufrido ya tantos males y daños, rogando á todos que no quisiesen mover á Floro á mayor indignación. Apaciguóse el pueblo de esta manera, tanto por reverencia de los que los rogaban, cuanto por la esperanza que tenían que Floro no volvería otra vez su crueldad contra ellos.

Pesaba mucho á Floro ver el pueblo apaciguado, y deseando otra vez moverlos en revuelta, mandó que viniesen delante de él los pontífices y toda la nobleza, y les dijo que para hacer que no tuviesen ya más revueltas y novedades, solamente veía un remedio, y era que saliese el pueblo á recibir los soldados que venían de Cesarea, que eran hasta dos capitanías ó compañías de gente; y habiéndose juntado el pueblo para esto, mandó á los centuriones ó capitanes de ellos, que no saludasen á los Judíos cuando les saliesen al encuentro, y que si sintiendo esto hablaban algo atrevidamente, diesen todos en ellos.

Juntado, pues, el pueblo en el templo, los pontífices rogaban á todos que saliesen á recibir á los Romanos y que hiciesen su salutación á las compañías que venían, antes que les sucediese algún mayor daño. Los escandalosos y gente amiga de revueltas no querían obedecer á estos ruegos y amonestaciones; y todos los demás, por el gran dolor que tenían de ver tantas muertes como habían malamente cometido, tampoco les querían obedecer, antes se juntaban con los que estaban aparejados para revolverlos. Entonces, viendo esto los sacerdotes y levitas, sacaron todos los ornamentos del templo y todos los vasos sagrados: salieron también todos los músicos, cantores y órganos, y echábanse delante del pueblo,

rogándoles encarecidamente que concediesen aquello por guardar la honra del templo y por no mover con injurias á que los Romanos les robasen el templo y las cosas sagradas.

Era cosa de ver los príncipes de los sacerdotes con las cabezas llenas de ceniza, y rotas las vestiduras de sus pechos, mostrarlos desnudos, moviendo á todos los nobles, nombrando á cada uno por su nombre; y otra vez á todo el pueblo juntamente, rogando que no quisiesen, por un pecado pequeño, entregar su patria á gentes que tanto desean robarlos y darles saco: porque ¿qué provecho podían sacar los soldados de que los Judíos los saludasen. ó qué corrección podían dar á todo lo que había acontecido, si al presente no se refrenaban y detentan su fuerza?

Mas si, al contrario, recibían solemnemente á los soldados que venían, quitaban á Floro toda ocasión de batalla y de revueltas, y ellos salvaban su patria: y además de esto, excusaban verse en peligro que no experimentasen y sufriesen algo que les fuese peor. Decían más: que si tanta muchedumbre se juntaba con tan pocos revolvedores, debía ser esto más para darles consejo de paz, que no de mayor revuelta y escándalo.

Doblegando con estas amonestaciones y consejos la muchedumbre, amansaron también á los revolvedores, á unos con amenazas, á otros con su autoridad y reverencia; y salieron ellos primero, siguiéndoles después todo el pueblo al encuentro y á recibir los soldados que venían. Acercándose unos á otros, los Judíos los saludaron; y no respondiendo algo los soldados, los judíos revolvedores comenzaron á decir á voces que todo aquello se hacía por consejo de Floro. Oyendo esto los soldados, prendieronlos y comenzaron á apalearlos; y persiguiendo á los

que huían, matábanlos bajo de los pies de los caballos. En esta persecución morían muchos heridos por los Romanos, y muchos más bajo los pies, cuando caían huyendo: y en las puertas se hizo muy grave daño, adonde muchos se ahogaron; deseando los unos pasar primero que los otros, deteníanse mucho más: y la muerte de los que caían era muy difícil y penosa, porque morían ahogados y pisados de todos, y ninguno podía quedar convido por sus parientes, para que después pudiese ser sepultado. Hacíanles también fuerza los soldados sin alguna templanza, matando á cuantos podían haber; y por la calle ó entrada llamada Bezetha, oprimían la muchedumbre de la gente por apoderarse de la torre Antonia y del templo.

Alcanzándolos Floro, sacó del palacio la gente que con él estaba, y trabajaba por pasarse á la torre. Pero fué burlada su fuerza, porque ensañándose el pueblo contra ellos, subíanse por las techumbres de las casas, y de lo alto, á pedradas, mataban á los Romanos; y siendo vencidos por la muchedumbre de saetas que de allá arriba les tiraban, ni pudiendo defenderse de la muchedumbre que procuraba pasar por aquellas entradas muy estrechas, recogieronse al otro ejército que estaba en el palacio.

Pero temiendo los revolvedores que sobreviniendo Floro les entrase en el templo y tomase posesión de él, subieronse al templo por la torre Antonia y cortaron y derribaron los portales por donde se juntaba el templo con la torre, por refrenar, ya desesperados, la grande avaricia de Floro: porque teniendo codicia y gran deseo de los tesoros sagrados, no trabajase de pasar por la torre Antonia por sólo haberlos.

Viendo cortados y derribados los medios que había para ello, perdió el ímpetu que traía y quiso reposar;

y convocando todos los principales de los sacerdotes y toda la Corte, dijo que él se salía de la ciudad; pero que dejaba en ella guarnición de gente, tanta cuanto ellos mismos quisiesen. Respondiendo ellos á esto que ninguna novedad habria ni menos se levantaría algo si solamente dejaba una compañía, con tal que no fuese aquella que poco antes había peleado y tenido revuelta con los ciudadanos, porque el pueblo estaba enojado y muy sentido de lo que de ellos habían todos sufrido: y mudándoles la compañía según le rogaban, volvióse á Cesárea con todo el otro ejército.

XVI.

De lo que hizo el tribuno Policiano, y del razonamiento que Agripa hizo á los Judíos, aconsejándoles que obedeciesen á los Romanos.

Inventando otro consejo nuevo para moverlos á guerra, acusólos delante de Cestio, diciendo como se habían querido rebelar; y mintiendo desvergonzadamente, dijo haber sido ellos la causa de todo lo que habían padecido.

No callaron los principes de Jerusalén lo que había pasado; antes ellos, juntamente con Berenice, vinieron á contar y hacer saber á Cestio todo cuanto Floro había hecho en la ciudad injusta é inicua. Tomando él las cartas de ambas partes, aconsejábale con sus principes sobre lo que le convenia hacer: algunos eran de parecer que Cestio debía venir con su ejército á Judea á vengarse y castigar la rebelión, si había pasado como se contaba, ó asegurar más á los Judíos y vecinos naturales de aquel reino; pero á él le pareció y agradó más enviar

delante á uno de los principales de los suyos, que le pudiese traer certidumbre de los negocios y consejos de los Judíos: para esto envió un tribuno llamado Policiano, el cual, viniendo á encontrarse cerca de Pamnia con Agripa, que volvía de Alejandria, descubrióle á dónde iba, y también la causa por qué era enviado.

Habían trabajado por hallarse con ellos los pontífices de los Judíos y toda la nobleza y gente de su Corte, haciendo su acatamiento, por renovar los oficios reales. Después que lo hubieron recibido con la honra y benignidad que les fué posible, quejéronse de las injurias que les habían sido hechas, con tantas lágrimas cuantas pudieron, y contáronle la crueldad que había Floro usado con ellos: aunque la reprendió Agripa, todavía convirtió sus quejas contra los Judíos, de quienes él tenía muy gran compasión y piedad, con intención de enfrenarlos y apaciguarlos; porque haciéndoles entender que no habían padecido alguna injuria, perdiesen la voluntad y deseo que tenían de venganza.

Viendo esto todos los buenos y los que por conservar sus bienes y posesiones deseaban la paz y reposo común, entendían claramente que la reprehensión del Rey estaba llena de toda clemencia. El pueblo de Jerusalén salió sesenta estadios, que son cerca de siete millas, afuera, por recibir á Agripa y á Policiano y hacer en ello su deber; pero las mujeres lamentaban con grandes llantos las muertes de sus maridos: y como las oyese todo el otro pueblo, comenzó también á llorar, suplicando á Agripa que tuviese misericordia y compasión en aconsejar á toda aquella gente: decían también á voces á Policiano que entrase dentro de la ciudad, y que viese lo que Floro había hecho. Así le mostraron todo el mercado despojado de gente, destruidas las casas; y después, por me-

dio de Agripa, persuadieron á Policiano que él con un solo criado rodease toda la ciudad hasta Siloa, hasta que conociese y viese claramente con sus ojos, que los Judíos obedecían á todos los otros romanos, y que sólo á Floro contradecían, por la gran crueldad que contra ellos habia usado.

Habiendo, pues, él rodeado la ciudad y teniendo harto manifiesta señal y experiencia de la mansedumbre del pueblo, subió al templo, adonde quiso que la muchedumbre del pueblo fuese llamada, y loando muy largamente la fidelidad de ellos para con los Romanos, habiendo hecho muchas amonestaciones para que todos trabajasen en conservar la paz, adoró á Dios y sus cosas santas; pero no pasó del lugar que la religión de los Judíos le permitía, y acabado todo esto volvióse á Cestio.

El pueblo de los Judíos, convirtiendo sus llantos al Rey y á los pontífices, suplicaba que se enviasen embajadores á Nerón sobre las cosas que Floro habia hecho, porque no diesen ocasión de sospechar haber querido ellos hacer alguna traición, si por ventura callaban tan gran matanza como habia sido hecha; y pareciales que ciertamente mostraran haber sido ellos causa y principio de todo lo que habia pasado, si no se adelantaran en mostrar haber sido Floro la causa y el comienzo de todo lo hecho: y érale manifiesto ciertamente que el pueblo no se reposara, si alguno quisiera impedir ó prohibirles que no enviasen esta embajada.

Pareciale á Agripa que movería envidia contra sí, si él ordenaba embajadores que fuesen á acusar delante de César á Floro; y por otra parte veía no serle cosa conveniente menospreciar á los Judíos, que estaban ya movidos para hacer guerra: por tanto, convocó el pueblo en un ancho portal, y poniendo en lo alto á su hermana Be-

renice en la casa de los Asamoneos, porque venía ésta á dar encima de aquel portal, contra la parte más alta de la ciudad, porque el templo se juntaba con este portal con un puente que había en medio, hízoles este razonamiento:

«No me hubiera atrevido á parecer delante de vosotros, y mucho menos aconsejaros lo necesario, si viera que estabais todos prontos y con voluntad de hacer guerra á los Romanos, y que la parte mayor y mejor de todo el pueblo, no descase guardar y conservar la paz, porque de balde y superfluo pienso yo que es tratar delante del pueblo de las cosas provechosas, cuando la intención, el ánimo y el consentimiento de todos es aparejado é inclinado á seguir la peor parte; pero porque la edad hace algunos de los que estáis presentes ignorantes y sin experiencia de los males de la guerra, á otros la esperanza mal considerada de la libertad, algunos se inflaman y encienden con la avaricia, pensando que cuando todo esté confuso, con la revuelta y confusión se han de aprovechar y enriquecer, me pareció cosa muy necesaria mostraros á todos juntamente lo que me parece seros conveniente y provechoso, á fin de que los que con tal error están, se corrijan y desengañen, y por consejos malos de pocos, no perezcan también todos los buenos: por tanto, ruego no me sea alguno impedimento ni estorbo en lo que diré, aunque no oiga lo que su avaricia pide y desea; y los que están movidos con ánimo de rebelarse, sin que haya esperanza de poder ser revocados á otro parecer, muy bien podrán permanecer, después de mi habla y consejo, en su determinación y voluntad; pero si todos juntamente no me conceden licencia y silencio para hablar, serán causa que no me puedan oír aquellos que tanto lo desean.

»Sabido tengo haber muchos que encarecen las injurias recibidas por los gobernadores de las provincias, y levantan trágicamente con loores la libertad. Antes que yo me ponga á mirar y descubrir os quéneseis y cuáles vosotros, y quiénes aquellos contra los cuales presumís de emprender guerra, quiero hacer una división de las causas que vosotros pensáis estar muy juntas, porque si pretendéis vengaros de los que os han injuriado, ¿qué necesidad hay de ensalzar con tan grandes loores la libertad? Y si os parece que el estar sujetos es cosa indigna que se sufra, de balde juzgo que es quejaros de los regidores, porque por muy moderados que sean con vosotros, no será por esto menos torpe y feo estar en servidumbre. Pues considerad ahora cada cosa particularmente, y conoced cuán pequeña causa y ocasión tengáis para moveros á guerra. Considerad primero los errores y faltas de los regidores: debéis saber que los poderosos han de ser honrados y no tentados con riñas é injurias; mas si queréis pesar tanto pecados tan pequeños, movéis ciertamente contra vosotros aquellos á quienes injuriáis, de tal manera, que los que antes secreta y escondidamente y con vergüenza os dañaban, son después movidos á robaros y dañaros pública y seguramente.

»No hay cosa que tanto detenga y reprima las aflicciones, como es la paciencia y quietud de aquellos á los cuales es hecho el daño, y tanto avergüence y ponga en confusión á los que de él suelen ser causa; pues poned por caso que los enviados por regidores á las provincias son muy molestos y muy enojosos; no por eso debéis echar la culpa á los Romanos, y decir que ellos os injurian, ni á César tampoco, contra quien queréis ahora mover guerra. No debéis creer que por su mandado sea malo alguno de los que os envía por gobernadores, ni

pueden ver los que están en Occidente lo que se hace en Oriente, ni aun tampoco allá se puede oír ni saber fácilmente lo que por acá se trata; y así sería cosa muy importuna moverse con pequeña causa contra tan grandes señores, pues ellos no saben las cosas de que nos quejamos.

»De los daños que nos han sido hechos, fácilmente tendremos enmienda y corrección, porque no tendrá siempre este Floro la administración de esta provincia, antes es cosa creíble que los que le sucederán serán más modestos y mejor regidos; mas la guerra, si una vez es comenzada, no es tan fácil dejarla ni tampoco sostenerla. Los que son tan sedientos de la libertad, debieran primero trabajar y proveer en guardarla y conservarla, porque la novedad de verse en servidumbre suele ser muy importuna y molesta, y por no venir á ella parece ser justa cosa emprender la guerra; pero aquel que ya una vez está sujetado y después falta, más parece, cierto, esclavo rebelde y contumaz, que no amador de libertad. Por esto se debió hacer todo lo posible porque no fueran recibidos los Romanos, cuando Pompeyo comenzó á entrar en este reino y provincia.

»Nuestros antepasados y sus reyes, siendo en dineros, cuerpos y ánimos, mucho más poderosos y valerosos que vosotros, no pudieron resistir á una pequeña parte del poder y fuerza de los Romanos; y vosotros, que habéis recibido esta obediencia y sujeción, casi como herencia, y sois en todas las cosas menores y para menos que fueron los que primero les obedecieron, ¿pensáis poder resistir contra todo el Imperio romano?

»Los Atenienses, que por la libertad de la gente griega dieron en otro tiempo fuego á su propia patria, y persiguieron muy gloriosamente, cerca de Salamina la

pequeña, á Jerjes, rey soberbisimo, huyendo con una nao, el cual por las tierras navegaba, y caminaba por los mares, cuya flota y armada á gran pena cabía en la anchura de la mar, y tenía un ejército mayor que toda Europa; los Atenienses, que resistieron á tantas riquezas de Asia, ahora sirven á los Romanos y les son sujetos, y aquella real ciudad de Grecia es ahora administrada por regidores romanos. Los Lacedemonios también, después de tantas victorias habidas en Termópila y Platea, y después de haber Agesilao descubierto y señoreado toda el Asia, honran y reconocen á los Romanos por señores. Los Macedonios, que aun les parece tener delante á Filipo y á Alejandro, prometiéndoles el imperio de todo el mundo, sufren la gran mudanza de las cosas y adoran ahora aquéllos, á los cuales la fortuna se pasó y tanto favorece.

»Otras muchas gentes hay que, siendo mucho mayores y confiadas en mayor fuerza para conservar su libertad, las vemos todavía ahora reconocer y se sujetan en todo á los Romanos; ¿y vosotros solos os afrentáis y no queréis estar sujetos á los Romanos, cuya potencia veis cuánto domina? ¿En qué ejércitos ó en qué armas os confiáis? ¿A dónde tenéis la flota y armada que pueda discurrir por el mar de los Romanos? ¿A dónde están los tesoros que puedan bastar para tan grandes gastos? ¿Por ventura pensáis que movéis guerras contra los Arabes ó Egipcios? ¿No consideráis la potencia del Imperio romano? ¿No miráis para cuán poco basta vuestra fuerza? ¿No sabéis que muchas veces vuestros propios vecinos os han vencido y preso en vuestra ciudad?

»Mas la virtud y poder invencible de los Romanos pasa por todo el mundo, y aun algo más han buscado de lo contenido en este mundo, porque no les basta á la

parte del Oriente tener todo el Eufrates, ni á la de Septentrión el Istro ó Danubio, ni les faltan por escudriñar los desiertos de Libia hacia el Mediodía, ni Gades al Occidente; mas aun además del Océano buscaron otro mundo y vinieron hasta las Bretañas, que es Inglaterra, tierras antes no descubiertas ni conocidas, y allá pasaron su ejército. Pues qué, ¿sois vosotros más ricos que los Galos, más fuertes que los Germanos y más prudentes y sabios que los Griegos? ¿Sois por ventura más que todos los del mundo? ¿Pues qué confianza os levanta contra los Romanos?

Responderá alguno, diciendo que servir es cosa muy molesta y enojosa. ¿Cuánto más molesto será esto á los Griegos, que parecían tener ventaja en nobleza á todos los del universo, y poco ha que eran señores de una provincia tan grande y tan ancha, que ahora obedecen y están sujetos á seis varas que se suelen traer delante de los cónsules romanos? A otras tantas obedecen los Macedonios, los cuales, por cierto más justamente que vosotros, podrian defender su libertad. ¿Pues qué diremos de quinientas ciudades que hay en el Asia? ¿Por ventura no obedecen todas á un gobernador sin gente alguna de guarnicion; y están sujetos todos á una vara del Cónsul romano? ¿Pues para qué me alargaré en contar y hacer mención de los Heniochos, de los Colchos y de los que viven en el monte Tauro? Y los Bosforanos, las naciones que habitan en la costa del mar del Ponto y las gentes Meóticas, las cuales en otro tiempo ningún señor conocian aunque fuese natural, y ahora están sujetos á tres mil soldados, y cuarenta galeras guardan pacífica la mar que no solía ser antes navegable. Pues, cuán grande y cuán poderosa era Bitinia y Capadocia, y la gente de Panfilia, la de Lidia y la de Cilicia. ¿Cuán-

tas cosas podrían todas hacer por su libertad? Ahora las vemos que pagan sus tributos todas, sin que fuerza de armas les obligue á ello.

»Pues ¿y los de Tracia? Éstos poseen una provincia que apenas se puede andar la anchura en cinco días, y en siete lo que tiene de largo; tierra más áspera y fuerte que la vuestra, la cual detiene los que allá pasan con el hielo tan grande; ahora obedecen á los Romanos con dos mil hombres que hay allá de guarnición. Después de éstos, los de Dalmacia y los Ilíricos, que viven junto al Istro, también están sujetos con solas dos compañías de soldados que están allá, con las cuales se defienden de los de Dacia: pues los mismos de Dalmacia, que trabajaron tanto por guardar y conservar su libertad siendo muchas veces presos, se rebelaron una vez con muy gran furia, y ahora viven reposados en sujeción de una legión de romanos.

»Pero si algunos había que tuviesen causas y razones para moverse á defender su libertad, eran los Galos. por estar naturalmente proveídos de tantos amparos y defensas, porque por la parte del Oriente tienen los Alpes, por la de Septentrión tienen el río Rhin, por la del Mediodía los montes Pirineos, y por la parte occidental el ancho Océano; pero con toda esta defensa, y siendo tan populosa, que tiene trescientas quince naciones diversas en sí, y siendo tan abundosa de fuentes que casi la riegan toda, lo cual es gran felicidad doméstica, todavía están sujetos á los Romanos y les pagan pechos, y tienen puesta toda su dicha y prosperidad en la de los Romanos, no por flojedad de ánimos ni por falta de nobleza de linaje, pues han peleado y hecho guerra por la libertad más de ochenta años; pero maravillados de la fuerza de esta gente y de la fortuna y prosperidad de

los Romanos, los han temido, porque con ella han muchas veces alcanzado mucho más que no con las guerras, y, finalmente, están sujetos á mil doscientos soldados, teniendo casi mayor número de ciudades.

»Ni á los Iberos pudo bastar el oro que les nace en los campos, ni las guerras que hacían por su libertad, ni les valió la gente tan apartada de Roma por tierra y por mar, como eran los Lusitanos y belicosos Cántabros, ni la vecindad del mar Océano, que aun á los que moran cerca de él es terrible y espantoso con sus bramidos; los Romanos pusieron á todos en su sujeción, alargando las armas y extendiendo su poder más allá de las columnas de Hércules: pasaron cual nubes por las alturas de los Pirineos, los cuales sujetaron á su imperio. Y de esta manera á gente tan belicosa y tan apartada, según arriba dijimos, les basta ahora una legión para tenerlos domados.

»¿Quién de vosotros no ha oído hablar de la muchedumbre de los Germanos? La fortaleza y grandor de sus cuerpos, según pienso, todos la habéis visto muchas veces, porque los Romanos los tienen en todas partes cautivos, los cuales poseen unas regiones tan espaciosas y grandes, y tienen mayores ánimos que los cuerpos, y no temen la muerte, y son más vehementes en la ira é indignación que las bestias fieras; todavía tienen ahora el Rhin por término, y son domados por ocho legiones de romanos; y los que están presos sirven como esclavos, y toda la otra gente pone su salud en la huida y no en las armas. Considerad, pues, también ahora los muros de los Britanos, vosotros que tanto confiáis en los de Jerusalén. Aquéllos están rodeados con el Océano, y su tierra es casi tan grande como la nuestra; y los Romanos con sus navegaciones los han sujetado, y cuatro legiones de gente ro-

mana guardan y tienen en paz una isla de tanta grandeza.

»Pero ¿qué necesidad hay de más palabras, pues vemos que los Partos, gente tan belicosa y que mandaba antes á tantos pueblos, abundosos de tantas riquezas, envían ahora rehenes á los Romanos, y vemos que toda la principal nobleza del Oriente sirve ahora en Italia con nombre y muestras de paz?

»Pues que todos los que viven debajo del cielo temen y honran las armas de los Romanos, ¿queréis vosotros solos hacerles guerra? ¿No consideraréis el fin que han tenido los Cartagineses, los cuales, gloriándose con aquel gran Anibal, y descendiendo ellos de la generación y cepa de los de Fenicia, fueron todos vencidos y derribados por Scipión?

»Ni los Cireneos descendiendo de Lacedemón; ni los Marmaridas, cuyo poder se ensanchaba hasta aquellos desiertos solos y secos; ni los terribles y valerosos Sirtas, los Nasamones y Mauros, ni la muchedumbre del pueblo de Numidia impidieron ni estorbaron el poder y virtud de los Romanos.

»Mas la tercera parte del mundo, en la cual hay tantas naciones que no se podrían ligeramente contar, porque desde el mar Atlántico y las columnas de Hércules hasta el mar Bermejo, en diversos lugares hay infinito número de etíopes, todavía la tomaron toda por armas; y además del trigo y provisión que cada año envían á los Romanos, pagan también otro tributo, y sirven de voluntad con otros gastos al Imperio: no tienen por cosa de afrenta hacer cuanto les es mandado, como vosotros, y no hay con todos ellos más de una legión romana.

»Pero ¿qué necesidad hay de tomar ejemplos tan de lejos para declarar la potencia de los Romanos? Podéisla ver y conocer claramente con ejemplo de Egipto, vecina

vuestra, porque alargándose esta tierra hasta la Etiopía y hasta la fértil y feliz Arabia, y siendo también cercana á la India, pues confina con ella, teniendo setecientos cincuenta millones de gentes, sin el pueblo de Alejandría, paga muy de voluntad sus tributos, la cantidad de los cuales fácilmente se puede estimar por el número de la gente; y no se afrentan ni se tienen por indignos de estar sujetos al Imperio romano, aunque sea incitada á rebelión de Alejandría, abundosa de gentes y riquezas, y no menor en grandeza, porque tiene de largo treinta estadios, y de ancho no menos de diez; paga mucho mayores tributos cada mes que pagáis vosotros cada año, y además del dinero provee de pan á los Romanos por espacio de cuatro meses. Está fortalecida por todas partes, ó de desierto nunca andado, ó de mar adonde no se puede tomar puerto, ó de ríos y lagunas; mas ninguna cosa de éstas fué tan fuerte como la fortuna de los Romanos, porque dos legiones que quedan en la ciudad refrenan á Egipto y á toda la nobleza de Macedonia.

»¿Pues á quiénes tomaréis por compañeros para la guerra? Todos los que viven en el mundo habitable son Romanos, ó á ellos sujetos, si no es que alguno de vosotros extienda sus esperanzas más allá del Eufrates, y piense que la gente de los Adiabenos, por ser de su parentesco, le ha de venir á ayudar. Mas éstos no querrán por una cosa sin razón envolverse en una guerra tan grande; y aunque quisiesen hacer cosa tan afrentosa, no se lo consentirían los Partos, porque cuidan de guardar la amistad que tienen con los Romanos, y pensarán ser rota la confederación si alguno de los que están sujetos á su imperio y mando intentaba guerra contra los Romanos. Pues no hay otra ayuda ni socorro sino el de Dios; mas á éste también le tienen los Romanos, porque sin

ayuda particular suya, imposible sería que Imperio tal y tan grande permaneciese y se conservase.

»Considerad también cuán difícil cosa será en la guerra guardar bien vuestra religión, á que tanta afición tenéis, aunque tuvieseis guerra con hombres de mucho menos poder que vosotros, y que traspasándola ofendeis á Dios, pensando que por ella os ha de ayudar; porque si queréis, según la costumbre, guardar los sábados sin daros á alguna obra, seréis fácilmente presos. Así lo han experimentado vuestros antepasados cuando Pompeyo trabajó por pelear principalmente en estos días, en los cuales los que eran acometidos estaban en reposo. Y si en la guerra quebrantáis la ley de vuestra patria, no sé por qué peleáis por lo que resta. Vuestro intento ahora no es más que hacer que no sean quebrantadas las leyes de vuestra patria. ¿De qué manera, pues, osaréis llamar é invocar á Dios que os ayude, si violáis de vuestra voluntad la honra que todos le debéis tan debidamente? Todos los que emprenden hacer guerra ó confían en el socorro y ayuda de Dios, ó en el poder y fuerzas humanas, cuando ambas cosas para acabar les faltan, los que quieren pelear, sin duda van á caer en manifiesto cautiverio por su propia voluntad. ¿Pues quién os vedará que no despedacéis vuestros propios hijos y mujeres con vuestras propias manos, y que no deis fuego y abraséis á vuestra patria tan querida y tan amada?

»Lo menos que ganaréis, si ponéis por obra tal locura, será la afrenta y daño que suele suceder á los vencidos. Más vale, ¡oh amados amigos míos! y es mejor guardarse de la tempestad que está por venir, entretanto que la nao está en el puerto, que no temblar cuando ya estáis en trabajo en medio de la tempestad; porque los que caen en males sin pensarlos y sin proveerse para ello,

parecen dignos algún tanto que de ellos se tenga lástima y compasión; pero los que se echan en peligros manifiestos, dignos son de toda reprehensión é injuria. Si ya no piensa por ventura alguno de vosotros que los Romanos se atarán á pactos y condiciones peleando, ó que se moderarán saliendo vencedores, y que, por dar ejemplo á todas las naciones, no pondrán fuego en esta ciudad sagrada, y darán muerte á toda la generación de los Judíos; y los que quedaréis vivos después de esta guerra, no tendréis algún lugar adonde recogeros teniendo ya los Romanos á todas las naciones y gentes sujetas á su imperio, ó teniendo todas las demás miedo muy grande de quedarles sujetas.

»Y no estaréis vosotros solos en peligro, mas también todos los Judíos que viven en las otras ciudades, porque no hay pueblo en todo el universo adonde no haya algunos de vuestra gente; los cuales todos, sin duda, si vosotros os rebelarais, por muerte muy cruel serán acabados; y por consejos malos de muy pocos hombres, serán bañadas todas las ciudades con sangre de los Judíos. Los que tal hicieren, quedarán excusados, por ser á ello por vuestra falta forzados; y aunque dejen de ejecutar tal cosa, poneos á considerar cuán impia cosa sea mover guerra contra gente tan benigna.

»Tened, pues, compasión y misericordia; si no la tuviéredes de vuestros hijos y mujeres, á lo menos de esta ciudad que se llama la madre de las ciudades de vuestra región. Conservad los muros sagrados y los santos lugares, y guardad para vosotros el templo y Santa sanctorum, porque venciendo los Romanos, no dejarán de poner mano en todo esto, pues que no les ha sido agradecido lo que la primera vez les han conservado.

»Yo protesto á todas cuantas cosas tenéis santas y

sagradas, y á todos los ángeles de Dios y á la común patria de todos, que no os he dejado de aconsejar todo lo que me pareció seros conveniente. Si vosotros determinarais lo que es justo y razonable, tendréis paz y amistad conmigo; pero si estáis pertinaces en vuestra saña y determináis pasar adelante, sin mí os pondréis á todo peligro.»

Habiendo acabado su razonamiento delante de su propia hermana, que cerca de él estaba, comenzó á llorar, y con sus lágrimas quebrantó y venció gran parte del ímpetu que tenían, y daban voces diciendo que ellos no movian guerra contra los Romanos, sino solamente contra Floro, por lo que de él habian padecido.

Respondióles el rey Agripa: «Las obras son tales como si peleaseis contra los Romanos; pues no habéis pagado el tributo que debéis á César, y habéis puesto fuego á los portales de la torre Antonia. Cubriréis la causa y sospecha de vuestra rebelión, si los volvéis á rehacer, y si os dais prisa de pagar los tributos, porque esta fortaleza no es de Floro, ni tampoco daréis á él los dineros.»

Siguió el pueblo estos consejos, y viniendo al templo con el Rey y con su hermana Berenice, comenzaron luego á edificar aquellos portales. Y los principes y decuriones distribuyéronse por toda la región, y trabajaban en recoger y juntar el tributo; y así juntaron en breve tiempo cuarenta talentos, porque tanto restaban deber. De esta manera quitó é impidió Agripa la guerra que se aparejaba, y después trabajaba por persuadirles que obedeciesen á Floro hasta tanto que César proveyese de otro gobernador.

Encendióse tanto la ira del pueblo contra el Rey por esto, que no pudiendo dejar de decirle muchas injurias, echáronlo luego de la ciudad, y atreviéronse también al-

gunos de los revolvedores y amigos de contiendas á tirarle piedras.

Viendo el Rey el impetu tan grande de aquella gente y que era imposible apaciguarlos, quejándose de la injuria que le había sido hecha, envió los principes y poderosos de los Judíos á Floro, en Cesarea, para que él escogiese de todos ellos quienes quisiese que recogiesen el tributo, y él partióse para su reino.

XVII.

En el cual se trata como comenzaron los Judíos á rebelarse contra los Romanos.

En este mismo tiempo, juntándose algunos de los que revolvían el pueblo y movían la guerra, entraron con fuerza y secretamente en una fortaleza que se llamaba Masada, y mataron á todos los Romanos que hallaron dentro, y pusieron otra guarda de su gente.

En el templo de Jerusalén había un hombre, llamado por nombre Eleazaro, hijo del pontífice Ananías, mancebo muy atrevido; capitán en aquel tiempo de los soldados, que persuadió á los que servían en los sacrificios que no recibiesen algún don y ofrenda de hombre nacido que no fuese Judío. Esto era ya principio y materia para la guerra de los Romanos, porque desecharon el sacrificio al César que se solía ofrecer por el pueblo Romano. Y aunque rogaban los pontífices y la otra gente noble que allí estaba, que no dejasen aquella buena costumbre que tenían de rogar por los reyes, no quisieron los Judíos consentir en ello, confiándose mucho en la muchedumbre del pueblo.

Acrescentábase la voluntad que tenían, ver la fuerza de los que deseaban revueltas y novedades; y tenían también muy gran cuenta con Eleazaro, que era en este mismo tiempo principe, como hemos dicho.

Juntáronse, pues, todos los poderosos con los pontífices y con los más nobles de los Fariseos; y viendo los grandes males que se recrecian para la ciudad, determinaron experimentar los ánimos de los escandalosos y revolvedores; y juntada la muchedumbre del pueblo delante de la puerta que llaman de Cobre (estaba ésta en la parte interior del templo, hacia el Oriente), quejáronse mucho de la materia y loca rebelión, y que movian tan gran guerra contra su patria. Reprendian también la sinrazón que á ella les movía, diciendo que sus antepasados ordenaron su templo con muchos dones y presentes de gentiles, y recibieron dones de los pueblos extranjeros; y que no sólo no habian prohibido los sacrificios de alguno, porque esto fuera cosa muy impia, mas aun los pusieron por ornamento y honra del templo, á donde se pudiesen ver y conservar hasta el tiempo presente, y que ahora los que querian incitar y mover las armas romanas y hacer guerra contra ellas, les ordenaban nueva religión; y harian que con peligro su ciudad sería tenida por impia si prohibian que ningún extranjero que no fuese judío pudiese sacrificar en ella, ni permitían llegar á hacer oración.

Y si esta ley se hubiese de guardar contra una persona privada, podríannos acusar ciertamente de inhumanos; pero con esto los Romanos son menospreciados y afrentados, y César es tenido y juzgado por hombre profano.

Por tanto, es de temer que los que desechan los sacrificios que se hacen por los Romanos, sean prohibidos

después de sacrificar por sí mismos; y que sea sacada esta ciudad del lugar y principado que ahora tiene, si no mudaren su propósito y sacrificaren luego, antes que la fama de tan grand: atrevimiento se divulgue en presencia de aquellos á quienes la injuria ha sido hecha.

Diciendo estas cosas, poníanles delante los que más y mejor sabían las costumbres de sus padres antiguos, y á los sacerdotes, porque todos contasen de qué manera y cómo habían recibido sus antepasados los sacrificios y dones de gentes extranjeras.

Mas ninguno de aquellos que deseaban las revueltas y la guerra, queria escuchar ni entender lo que se decia, ni los ministros del altar venian alli, dando ya casi materia para la guerra.

Viendo, pues, toda la nobleza que estaba ya el pueblo tan levantado y tan movido para la guerra, que no podia ya ser en alguna manera con su autoridad refrenado, y que ellos habían de padecer el peligro de las armas romanas primero que el pueblo, trabajaban todo lo posible en disminuir las causas que para ello tenían; y así, enviaron á Floro otros embajadores, de los cuales era el principal Simón, hijo de Ananias, y enviaron otros á Agripa; de éstos eran principales Saulo, Antipas y Costobano, todos parientes muy cercanos del Rey.

Rogaban á entrambos muy humildemente que recogiesen sus ejércitos, viniesen contra la ciudad de Jerusalén, y apaciguasen la revuelta quitando aquellos escándalos tan grandes que se movian, antes que el mal se hiciese insufrible é irremediable. A Floro fué esto como buena nueva; y queriendo encender más la guerra, no dió respuesta á los embajadores. Mas Agripa, mirando igualmente por la una y otra parte, á saber los Judíos que se rebelaban, y los Romanos, contra quienes la guerra se

movía, queriendo conservar los Judíos debajo del imperio y potencia romana, y queriendo conservar para los Judíos el templo y la patria, sabiendo muy bien que no le convenía á él esta revuelta, envió en ayuda del pueblo tres mil de á caballo de los Auranitas, Bataneos y Tracónicas, dándoles por capitán á Darío, y por general á Filipo, hijo de Jachino.

Con la venida de éstos, todos los principales con los sacerdotes y todos los otros que deseaban y procuraban la paz, pusieronse en la parte más alta de la ciudad, porque la baja y el templo estaban en poder de los sediciosos. Usaban ambas partes de dardos y de hondas, tirando sin cesar; tirábanse muchas saetas continuamente; algunas veces salían algunos con asechanzas y escaramuzaban de muy cerca.

Los revolvedores eran más atrevidos; pero los del Rey eran mucho más ejercitados en las cosas de la guerra: tenían éstos muy determinado de ganar el templo y echar de él aquellos que tanto lo profanaban. Los sediciosos y revolvedores que estaban de la parte de Eleazaro, pretendían, además de lo que ya poseían, ganar la parte alta de la ciudad y combatirla. Duró la matanza de ambas partes, muy grave, siete días, sin que alguna de ellas perdiese su lugar. Viniendo después aquella festividad que se llama Xilofonia, en la cual tienen de costumbre todos traer y juntar gran cantidad de leña en el templo, porque no falte jamás la materia para el fuego, el cual conviene que siempre esté ardiendo sin apagarse, no quisieron recibir á sus contrarios en aquella honra y culto, antes los desecharon con gran afrenta, y por medio del pueblo que no estaba armado entraron con ímpetu; muchos de aquellos matadores ó sicarios, que así llaman los ladrones que llevan en los senos los puñales escondidos,

aunque hallaban gran resistencia, no dejaron de proseguir lo que habían comenzado; y los del Rey fueron vencidos por la muchedumbre y su osadía, y se retrajeron á la parte más alta de la ciudad, la cual acometieron luego los rebeldes, y pusieron fuego á la casa del pontífice Ananías, y en el palacio de Agripa y de Berenica.

Después de esto dieron también fuego á las arcas á donde estaban todas las escrituras de los deudores y acreedores, porque no quedase algo por donde se pudiesen saber las deudas, por atraer así la muchedumbre de los deudores, y para dar libre poder y facultad á los pobres de levantarse contra los ricos; y huyendo las guardas de las escrituras públicas, echaron fuego á las casas, y quemado lo principal y más fuerte de la ciudad, comenzaron á perseguir á sus enemigos.

Salváronse algunos de los nobles y pontífices, escondiéndose en los albañares y lugares sucios; y algunos, con los del Rey, recogieron en lo alto del palacio, cerrando con diligencia y cubriendo muy bien las puertas. Entre éstos estaban también el pontífice Ananías y su hermano Ezequías, y los que dijimos haber sido enviados á Agripa por embajadores. Contentos entonces con la victoria y con lo que habían quemado y destruído, cesaron.

Otro día después, que eran á los quince de Agosto, dieron asalto á la fortaleza Antonia, y habiéndola tenido cercada por espacio de dos días, la tomaron y mataron á cuantos había dentro, y después pusieron fuego á todo. De aquí pasaron luego al palacio, á donde se habían recogido los soldados del Rey, y partiendo su campo en cuatro partes, trabajaban en echar á tierra los muros. De los que dentro estaban, ninguno osaba salir á resistirles por la muchedumbre de los enemigos; mas repartiéndose por las fuerzas y torreones, mataban

de allí á sus enemigos y derribaban de esta manera muchos de aquellos ladrones.

No cesaban de pelear de día ni de noche, porque pensaban los revoltosos constreñir á los que estaban en aquel fuerte á desesperación por falta de mantenimiento, y los del Rey creían que los enemigos no habían de sufrir tanto trabajo.

En este medio había un hombre llamado Manahemo, hijo de aquel Judas Galileo, sofista muy astuto, que antes, siendo Cireneo gobernador, había injuriado y echado en el rostro á los Judíos que, después de Dios, eran sujetos á los Romanos. Tomando consigo algunos de los nobles, caminó á Masada, á donde estaban todas las armas del rey Herodes, y quebrando las puertas, armó con gran diligencia la gente del pueblo y algunos ladrones con ellos, y volvióse con todos, como con gente de su guarda, á Jerusaléu. Haciéndose principal de la revuelta, aparejaba á cercarla y tomarla. Y como tenía falta de máquinas y aparatos de guerra, y no podía públicamente cavar los muros por los dardos que de arriba los enemigos le echaban, comenzó á cavar de muy lejos un minero hasta llegar debajo de una torre, y pusieron leños muy fuertes que la sostuviesen, y después, poniéndoles fuego, salieron. Quemados los leños, luego la torre cayó; mas luego se vió otro muro edificado por dentro; porque los del Rey, sabiendo antes y sintiendo bien lo que los enemigos hacían, y también, por ventura, por el temblar de la torre, edificaron con diligencia otro muro. Con esto, los que los combatían y pensaban haber de ser presto vencedores, con ver el muro nuevo quedaron muy espantados y aflojados. Pero los del Rey enviaban á suplicar á Manahemo y á los otros príncipes de aquella revuelta que los dejasen salir de allí.

Habiendo acordado y consentido Manahemo esto solamente á los del Rey y á los de su religión, partieron luego. A los Romanos, porque quedaron solos, faltó el ánimo, porque no tenían igual fuerza para tanta muchedumbre de gente, y rogarles que los dejasen salir, teníanlo por cosa de afrenta, y aun no lo tenían por seguro, aunque les fuese concedido. Dejando, pues, el lugar de abajo que se llama Estratopedon, como que era fácil de tomar, recogieronse á las torres del palacio, de las cuales la una se llamaba Hipicos, la otra Faselos, y la tercera Mariamma.

La gente que estaba con Manahemo dió luego en aquellos lugares, de los cuales los soldados habían huido; pasando á cuchillo á cuantos hallaban y robando todo el otro aparejo que hallaron, quemaron todo el Estratopedon. Todo esto fué hecho á los seis del mes de Septiembre.

XVIII.

De la muerte del pontífice Ananías, de la de Manahemo y de los soldados romanos.

El día siguiente fué preso el pontífice Ananías, que estaba escondido en los albañales de la casa del Rey con su hermano, y ambos fueron muertos por los ladrones; y cercando las torres con diligencia los sediciosos, trabajaban para que ningún soldado pudiese salir de sus manos.

Ensoberbecióse Manahemo con ver destruidas aquellas plazas fuertes y con la muerte del pontífice, de tal manera y con tanta crueldad, que pensando no tener ya

en el mundo hombre que se le igualase, era insufrible tirano. Levantáronse entonces dos compañeros de Eleazaro y hablaron entre sí de que á los que se habían rebelado contra los Romanos por guardar su libertad, no convenia darla á un hombre privado y sufrirlo por señor, el cual, aunque no les hacia fuerza, era más bajo que ellos, y si era menester que uno fuese el superior de todos, que á cualquier otro convenia más que á Manahemo. Habiendo acordado esto, arremeten contra él en el templo, á donde habia venido con muy gran fausto por hacer su oración, vestido como Rey, acompañado de todos sus parciales muy armados. Y como los que estaban con Eleazaro se volvían contra él, arrebató todo el otro pueblo piedras y apedrearon al sofista, pensando que, después de muerto, se apaciguaria toda aquella revuelta. Trabajaban en resistirles algún tanto los de su guarda, pero cuando vieron venir contra sí tan gran muchedumbre de gente, cada uno huyó por donde pudo. Así, mataban á cuantos podían hallar, y buscaban también á cuantos se escondían; algunos huyeron á Masada, con los cuales fué Eleazaro, hijo de Jayro, muy cercano de Manahemo en linaje, el cual también después fué tirano en Masada. Habiendo Manahemo huído hacia un lugar que se llama Ophias, escondióse allí secretamente; prendiéronlo y sacáronlo á lugar público, y con muchos géneros de tormentos lo mataron. Mataron también toda la gente principal de su parte y que vivía con él, y al principal favorecedor de su tiranía, llamado por nombre Absalomón.

Ayudó en esto, como arriba dije, el pueblo, creyendo que habia de ser aquello para corrección de aquellas revueltas. Pero éstos no mataron á Manahemo por refrenar con su muerte la guerra, antes por tener mayor

licencia y facultad para ella. Y cuanto más el pueblo les rogase que dejasen de hacer fuerza á los soldados, tanto más se hacian en ello más pertinaces, hasta que no pudiendo ya resistirles más, Metelio, capitán de los Romanos, y los demás, enviaron á suplicar á Eleazaro que les dejase solamente sus vidas y que les tomase las armas y todo lo que tenían, pues de voluntad lo querian entregar.

Aceptando el concierto, volviéronles á enviar luego, á la hora, á Gorión, hijo de Nicodemus, y á Ananias Saduceo, y á Judas, hijo de Jonatás, para que les diesen las manos y jurasen que lo harían. Hechas estas cosas, salió Matelio con sus soldados, y mientras los Romanos tuvieron las armas, ninguno hubo de los malos y revolvedores que moviese contra ellos algún engaño; pero después que dejaron sus espadas y escudos, y todas las armas, según habian prometido, y se iban sin más pensar en algo, los de la guarda de Eleazaro arremetieron contra ellos y mataban á cuantos prendían sin que les resistiesen ni suplicasen por sus vidas, dando gritos solamente que á dónde estaban los juramentos y palabras que les habían hecho y prometido.

Fueron, pues, éstos muertos cruelmente, excepto Metelio, al cual solo perdonaron y dejaron en vida por muchos ruegos que hizo, prometiendo que se circuncidaria y vivirla como judío.

Poco fué el daño que los Romanos recibieron, porque de los ejércitos grandes que había, pocos fueron los muertos; pero parecia ser esto principio de la cautividad de los Judíos. Viendo ser ya grandes las causas de la guerra, y que la ciudad estaba ya llena de grandes maldades, que no podía tardar la venganza divina, aunque no temieran la de los Romanos, lloraban todos pública.

mente, y la ciudad estaba muy triste y acongojada. Los que querían la paz y reposo de todos estaban perturbados y muy amedrentados, pensando que habían de pagar justos por pecadores; porque habían sido hechas y comidas aquellas muertes en día de sábado, en el cual día, por su religión, suelen cesar todos, no sólo de lo que no les es licito, pero de las obras también buenas y santas.

NIX.

Del estrago y matanza grande de los Judíos. hecho en Cesárea y en toda Siria.

Al mismo día y á la misma hora los de Cesárea mataron, como por cierta divina providencia, á cuantos Judíos allí vivían, de manera que murieron en un mismo tiempo más de veinte mil hombres, y quedó vacía de todos los Judíos la ciudad de Cesárea; porque aun aquellos que habían huido, fueron presos por Floro, y todos muertos en la plaza donde suelen esgrimir.

Después de esta matanza la gente se volvió más fiera, y esparciéndose los Judíos, destruyeron muchos lugares y muchas ciudades, de las cuales fueron Filadelfia, Gebonitis, Gerasa, Pela y Scitópolis. Entráronse después por Gadara y Filipón destruyendo los unos y quemando los otros: pasaron por Cedasa de los Tirios, por Ptolemaida y por Gaba y veníanse derechos á Cesárea.

No pudo resistirles ni Sebaste ni Ascalón; pero habiendo destruído y quemado todas éstas, derribaron también á Gaza y la ciudad de Anthedón.

Hacíanse grandes robos en los fines y términos de estas ciudades, tanto en los lugares y aldeas como en los

campos, y se hacía matanza en los varones que se tomaban presos.

No hicieron menor daño en los Judíos los Siros, pres tomaron presos los que moraban en las ciudades, y los mataban: y esto no sólo por la ira y odio antiguo que contra ellos tenían, pero también por evitar y guardarse del peligro que parecía estar ya muy cerca. Estaba, pues, toda Siria muy revuelta, y cada ciudad dividida en parcialidades; la salud de entrambas era trabajar en adelantarse y anticiparse en dar la muerte á la parte contraria: los días se gastaban en derramar sangre de hombres, y el temor hacía las noches muy más molestas; porque aunque echaban á los Judíos, todavía eran forzados á tener sospecha de otra mucha gente que judaizaba; y por parecerles esto dudoso, no les parecía cordura matarlos tan temerariamente y sin razón. Por otra parte, viéndolos tan mezclados en su religión, eran forzados á temerles como si fuera gente extraña.

La avaricia movía á muchos, que antes eran modestos, á dar muerte á sus contrarios; y á aun aquellos que antes se habían mostrado muy amigos, porque robaban toda la hacienda de los muertos; y como vencedores, traspasaron el robo de los que habían muerto en otras casas. Tenían por más valeroso aquel que más robaba, como que más gente matara y venciera con sus fuerzas y virtud.

Era lástima de ver todas las ciudades llenas de cuerpos muertos, sin que fuesen sepultados; ver derribados los cuerpos de los hombres, así viejos como mancebos, niños y muchas mujeres también, con los cuerpos y vergüenzas todas descubiertas. Estaba toda la provincia llena de muchas adversidades y destrucciones, y tenían mayores males y daños que hasta ahora habían pasado.

Hasta aquí pelearon los Judíos con los extranjeros; mas queriendo saltar los fines de Scitópolis, vinieron á ganar por enemigos los Judíos que allí había; porque conjurando con los de Scitópolis, y teniendo en más la utilidad y provecho común que la amistad y deudo que con los Judíos tenían, juntamente con los Scitopolistas, peleaban contra ellos. Mas la codicia que éstos tenían de la guerra los hizo sospechosos. Por tanto, temiendo los Scitopolistas que se alzasen una noche con la ciudad, y después se excusasen delante de los ciudadanos con grande calamidad suya, mandáronles que si querian tener fidelidad y unanimidad entre sí y mostrar la fe con los extranjeros, que pasasen ellos y todas sus casas al bosque de su ídolo, y haciendo esto, sin tener sospecha, estuvieron los Scitopolistas dos días en paz y en reposo. La tercera noche acometen los espías, á los unos desproveydos y á los otros durmiendo, y mataron de pronto á todos cuantos había, los cuales eran en número trece mil, y después diéronles saco y robaron todos cuantos bienes tenían.

Cosa es también digna de contar la muerte de Simón; éste, pues, hijo de cierto Saulo, varón noble, muy señalado por la fortaleza de su cuerpo y osadía de su ánimo; pero sirvióse de entrambas cosas muy á daño de su propia y natural gente, pues mataba cada dia muchos Judíos que moraban cerca de Scitópolis, y muchas veces había derribado escuadrones enteros: así que él solo era el poder de todo un ejército.

Pero pagó las muertes de tantos ciudadanos con digna pena; porque como los Scitopolistas, rodeados de los Judíos, matasen por aquel bosque sagrado á muchos de ellos, Simón estaba allí con las armas en las manos, y no hacía fuerza contra alguno de los enemigos, porque

veía claramente que no podía él aprovechar algo contra tantos, antes dijo miserablemente con alta voz: «Merced digna recibo de mis merecimientos, oh Scitopolistas, por haber mostrado á vosotros tanta benignidad con la muerte de tantos ciudadanos míos; dignamente nos es infiel la gente extraña, siendo nosotros tan impíos y malos para nuestros ciudadanos. Muero yo aquí como impío y profano con mis propias manos, porque no conviene ser muerto por manos de enemigos. Morir de esta manera me será pena digna de mi maldad, y honra conveniente á mi virtud, hacer que ninguno de mis enemigos se pueda honrar, ni haber gloria de mi muerte, ni triunfe ni ensoberbezca, por verme en tierra derribado.»

Diciendo estas cosas miró á toda su familia con los ojos furiosos y llenos de lástima y compasión: tenía mujer, tenía hijos, y tenía padres y parientes muy viejos. Tomando, pues, primeramente á su padre por los cabellos, y echándose de picos sobre él, le pasó con su espada; después mató á su madre, no contra su voluntad, y después de éstos quitó la vida á sus hijos y mujer, tomando cada uno de éstos de voluntad la muerte, por no caer en manos de sus enemigos. Habiendo ya muerto á todos los suyos, estando aún encima de los muertos, levantó su mano, así que todos lo pudiesen ver y saber, y pasó la espada por sus propias entrañas, siendo un mancebo ciertamente digno de que se tuviese de él gran lástima por la fuerza de su cuerpo y firmeza de su ánimo; pero por haber sido fiel con la gente extranjera, hubo digna muerte y fin de su vida.

XX.

De otra muy gran matanza de los Judíos.

Sabida la matanza y estrago hecho en Scitópolis, todas las otras ciudades se levantaban contra los Judíos que moraban con ellos, y los de Ascalón mataron dos mil quinientos de ellos, y los de Ptolemaida otros dos mil.

Los Tirios también prendieron muchos y también mataron á muchos; pero fueron más los presos y puestos en cárceles. Los Hipenos y Gadarenses mataron á los atrevidos, y los temerosos guardaron con diligencia.

Todas las otras ciudades, según era el temor ó el odio y aborrecimiento que contra los Judíos tenían, así también se habian con ellos. Sólo los de Antioquía, Sidonia y los Apameños no dañaron á los que con ellos vivian, ni mataron ni encarcelaron á Judío alguno, menospreciando, por ventura, cuanto podian hacer, porque no eran tantos que les pudiesen mover revuelta alguna, aunque á mí me parece que lo dejaron de hacer movidos más de compasión y de lástima, viendo que no entendían en algún levantamiento ni revuelta.

Los Gerasenos tampoco hicieron algún mal á cuantos quisieron quedar allí con ellos, antes acompañaron hasta sus términos á todos los que quisieron salirse de sus tierras: levantóse en el reino de Agripa otra destrucción contra los Judíos, porque él mismo fué á Antioquia para hablar con Cestio Galo, dejando la administración del reino á uno de sus amigos, llamado Varrón, pariente del rey Sobemó.

Vinieron de la región Batanea setenta varones, los

más nobles y más sabios de toda aquella tierra, por pedirles socorro; porque si se levantaba algo también entre ellos, tuviesen guarda y gente que los defendiese, y para que con ella pudiesen apaciguar toda revuelta.

Enviando Varrón alguna gente de guerra del Rey delante, mató á todos en el camino. Esta maldad hizo él sin consejo de Agripa, y movido por su gran avaricia, no dejó de hacer tan impia cosa contra su propia gente; mas corrompió y echó á perder todo el reino, no dejando de ejecutar lo mismo, después que tal hubo comenzado contra los Judíos; hasta que inquiriendo y haciendo Agripa pesquisa de todo, no osó castigarlo por ser deudo tan cercano del rey Sohemo; pero quitóle la procuración de todo el reino.

Los sediciosos y amigos de revueltas, tomando la fortaleza que se llama Cipro, cercana á los fines y raya de Hierichunta, mataron á los que allí estaban de guarda y destruyeron toda la fortaleza y munición que allí había.

La muchedumbre de los Judíos que estaba en Macherunta, en este mismo tiempo persuadía á los romanos que allí había de guarnición, que dejasen el castillo y lo entregasen á ellos; y temiendo ser forzados á hacer lo que entonces les rogaban, prometieron partir, y tomando la palabra de ellos, entregáronles la fortaleza, la cual comenzaron á poner en buena guarda los Macheruntios.

XXI.

Cómo los judíos que vivían en Alejandría fueron muertos.

En Alejandría siempre había discordia y revuelta entre los naturales y los Judíos. Desde aquel tiempo que

Alejandro dió á los valientes y esforzados Judíos libertad de vivir en Alejandria, por haberle valerosamente ayudado en la guerra que tubo contra los Egipcios, concediéndoles todas las libertades que tenían los mismos gentiles de Alejandria; conservaban la misma honra con los sucesores de Alejandro, y aun les habian diputado cierta parte de la ciudad, para que allí viviesen y pudiesen tener más limpia conversación entre si, apartados de la comunicación de los gentiles, y concediéndoles que también pudieran llamarse Macedonios.

Después, viniendo Egipto á la sujeción de los Romanos, ni el primer César, ni otro alguno de los que le sucedieron, quitaron á los Judíos lo que Alejandro les habia concedido. Estos casi cada día peleaban con los Griegos; y como los jueces castigaban á muchos de ambas partes, acrecentábase la discordia y riña entre ellos, y como también en las otras partes estaba todo revuelto.

Se encendió más el alboroto porque, habiendo hecho los de Alejandria ayuntamiento para determinar embajadores que fuesen á Nerón sobre ciertos negocios, muchos Judíos vinieron al Anfiteatro mezclados entre los Griegos. Siendo vistos por sus contrarios, comenzaron á dar luego voces de que los Judíos les eran enemigos y venían por espías. Además de esto pusieron las manos en ellos, y todos fueron por la huida dispersados, excepto tres, que arrebataban como si los hubieran de quemar vivos. Por esto quisieron todos los Judíos socorrerles, y comenzaron á tirar piedras contra los Griegos, y después arrebataron manojos de leña en fuego, y vinieron con ímpetu al Anfiteatro, amenazando poner fuego á todo y quemarlos allí vivos; y ejecutaran ciertamente lo que amenazaban, si Alejandro Tiberio, gobernador de la ciudad, no refrenara la ira grande que tenían.

No comenzó éste á amansarlos al principio con armas ni con fuerza; sino poniendo á los más nobles de los Judíos por medio, amonestábales que no moviesen contra los soldados romanos. Mas los sediciosos burlábanse el benigno ruego, y aun á voces injuriaban á Tiberio: viendo, pues, éste que ya no se podían apaciguar sin gran calamidad aquellos revolvedores, hizo que dos legiones de los Romanos viniesen contra ellos, las cuales estaban en la ciudad, y con estas cinco mil soldados que por acaso habian venido de Libia para destrucción de los Judíos; y mandó que no sólo los matasen, mas que después de muertos los robasen todos y pusiesen fuego á sus casas. Obedeciendo ellos, corrieron contra los Judíos en un lugar que se llama Delta, porque allí estaban los Judíos todos juntos, y ejecutaban valerosamente lo que les había sido mandado; pero no fué este hecho sin victoria muy sangrienta, porque los Judíos se habían juntado y puesto delante á los que estaban mejor armados, y así resistieronles algún tiempo: mas siendo una vez forzados á huir, fueron todos muertos. No murieron todos de una manera, porque los unos fueron alcanzados en las calles y en los campos, y los otros cerrados en sus casas y con ellas quemados vivos, robando primero lo que dentro hallaban, sin que los moviese ni refrenase la honra que debían guardar con la vejez de muchos, ni la misericordia á los niños; antes mataban igualmente á todos.

Abundaba de sangre todo aquel lugar, porque fueron hallados cincuenta mil cuerpos muertos, y no quedara rastro de ellos, si no se pusieran á rogar y pedir perdón. Alejandro Tiberio, teniendo de ellos compasión, mandó á los Romanos que se fuesen: y los soldados, acostumbrados á obedecer sus mandamientos, luego cesaron; más la gente y pueblo común de Alejandria apenas po-

dian contenerse en lo que habían comenzado, por el gran odio que á los Judíos tenían, y aun apenas se podían apartar de los muertos.

Este, pues, fué el caso de Alejandria.

XXII.

Del estrago y muertes que Cestio mandó hacer de los Judíos.

Pareció á Cestio que no era tiempo de estar quedo, pues que los Judíos eran en todas partes aborrecidos y desechados; y así, trayendo consigo la legión duodécima toda entera de Antioquia, y más de dos mil de gente de á pie escogida de las otras, y cuatro escuadras de gente de á caballo, además de ésta el socorro de los Reyes, es á saber, de Antioco dos mil caballos y tres mil de á pie, y todos sus flecheros; de Agripa otros tantos de á pie y mil caballos; y siguiendo Sohemo, salió de Ptolemaida acompañado con cuatro mil, de los cuales la tercera parte era de gente de á caballo, y los demás eran flecheros. Muchos de las ciudades se juntaron de socorro, no tan diestros como los soldados, mas lo que les faltaba en el saber, suplían con presteza y odio que tenían contra los Judíos. Agripa también venía con Cestio como capitán, para dar consejo, así en todo lo que era necesario, como por donde habían de caminar.

Cestio, sacada consigo una parte del ejército, fué contra la más fuerte ciudad de Galilea, llamada Zabulón de los Varones, la cual aparta á Ptolemaida de los fines y términos de los Judíos: y hallándola desamparada de todos sus ciudadanos, porque la muchedumbre se había huido á los montes, pero llena de todas las cosas y ri-

quezas, concedió á sus soldados que las robasen, y mandó quemar la villa toda, aunque se maravilló de ver su gentileza, porque habia casas edificadas de la misma manera que en Sidonia, Tiro y Berito.

Después discurrió por todo el territorio, y robó y destruyó todo cuanto halló en el camino; y quemados todos los lugares que alrededor habia, volvióse á Ptolemaida.

Estando aún los Siros ocupados en el saco, y principalmente los Beritios, cobrando algún ánimo y esperanza los Judíos, porque ya sabían que habia partido Cestio, dieron presto en los que habian quedado, y mataron casi dos mil.

Partiendo Cestio de Ptolemaida, vino á Cesárea, y envió delante parte de su ejército á Jope, con tal mandamiento que guardasen la villa si la pudiesen ganar, y que si los ciudadanos de allí sentían lo que querían hacer, esperasen hasta que él y la otra gente de guerra llegase. Partiendo, pues, los unos por mar, y los otros por tierra, tomaron por ambas partes fácilmente á Jope, de tal manera, que los que allí vivían, aun no podían ni tenían lugar ni ocasión para huir, cuanto menos para aparejarse á la pelea.

Arremetiendo la gente contra los Judíos, matáronlos á todos con sus familias; y habiendo robado la ciudad, diéronle fuego. El número de los muertos llegó á ocho mil cuatrocientos.

De la misma manera envió muchos de á caballo al señorío de Narlatene, que está cerca de los confines de Samaria, los cuales tomaron parte de las fronteras, y mataron gran muchedumbre de los naturales, y robando cuanto tenían, dieron también fuego á todos los lugares.

XXIII.

De la guerra de Cestio contra Jerusalén.

Envió también á Galilea á Cesennio Galo por capitán de la legión duodécima, y dióle tanta copia de soldados, cuanta pensaba que le bastaría para combatir y vencer toda aquella gente. Recibiólo con gran favor la ciudad más fuerte de Galilea, llamada Seforis; y siguiendo las otras ciudades el prudente consejo de ésta, estaban muy reposadas y sin ruido, y los que se daban á sedición y á latrocinios, recogieron en un monte que está en el medio de Galilea, de frente á Seforis, y llámase Asamón.

Galo movió su ejército contra ellos; mas mientras ellos eran los más altos, fácilmente resistían y derribaban á los soldados romanos que subían, matando más de doscientos; mas cuando vieron que ya por un rodeo eran llegados á las alturas del monte, concedieronles la victoria, porque estando desarmados no podían pelear, y si quisieran huir no podían dejar de dar en manos de la gente de á caballo, de tal manera, que muy pocos se salvaron, escondidos en aquellos ásperos lugares, y fueron muertos más de dos mil.

Viendo Galo que ninguna novedad buscaban en Galilea, volvió con su ejército á Cesárea.

Vuelto Cestio, fuese á Antipatrida con toda su gente. Y sabiendo que muchedumbre de los Judíos se había juntado y recogido en la torre que llamaban de Afeco, envió gente delante que pelease con ellos. Pero antes de llegar á esto, los Judíos, por miedo, desaparecieron; y entrando los soldados por los reales de los Judíos, que

ya estaban desolados, quemáronlos todos y muchos lugares con ellos que por allí había.

Partiendo Cestio de Antipatrida á Lida, halló la ciudad sola, sin hombres, porque todos se habían ido á Jerusalén por la fiesta de las Scenopegias, y matando cincuenta hombres que aun halló allí y quemando la ciudad, pasaba adelante. Pasando por Bethoron, puso su ejército en un lugar que se llama Gabaón, á cincuenta estadios de Jerusalén.

Viendo los Judíos que ya la guerra se acercaba á la ciudad, dejando la solemnidad de sus fiestas, se dieron todos á las armas, y confiados en su muchedumbre, saltaban á pelear sin orden, con gritos y clamores, sin tener cuenta con los siete días de feria, porque era en sábado, que suelen ellos guardar muy religiosamente. El mismo furor que les había apartado del oficio divino acostumbrado, les hizo también vencedores en lo de la pelea, porque vinieron con tanto ímpetu á acometer á los Romanos, que los desbarataron, y haciendo camino por medio de ellos, derribaban á cuantos topaban. Y si los de á caballo rodeando por detrás, y los soldados que aun no eran cansados no socorrieran á la parte de los soldados que no habían aún perdido su lugar ni habían sido rotos, peligrara ciertamente todo el ejército y gente de Cestio.

Fueron aquí muertos quinientos quince soldados romanos, de los cuales eran los cuatrocientos de la gente de á pié, y los demás todos eran de los de á caballo, y sólo veintidós judíos. Los más fuertes se mostraron aquí los parientes de Monobazo, rey de Adiabeno, que eran Monobazo y Cenedeo, y después de éstos Peraita Nigro y Sila Babilonio, aquel que se había pasado á los Judíos y huído del rey Agripa, de quien solía ganar sueldo.

Como los Judíos fuesen rechazados, retirábanse á la ciudad, y Giora, hijo de Simón, acometió á los romanos que iban á Bethoron, lastimó á muchos de la retaguardia, tomó muchos carros, y con la ropa los trajo consigo á la ciudad.

Deteniéndose, pues, en los campos tres días Cestio, ocuparon los Judíos los lugares altos, y guardaban con gran diligencia el pasaje, y era cierto que no estuvieran quedos, si los Romanos comenzaran á partir y hacer su camino.

XXIV.

De cómo Cestio puso cerco á Jerusalén, y del estrago que en su ejército hicieron los Judíos.

Viendo Agripa que la muchedumbre infinita de los enemigos tenía tomados los montes en derredor, y que los Romanos no estaban seguros de peligro, quiso tentar con palabras á los Judíos, pensando que ó le obedecerían todos para dejar la guerra, ó si algunos en esto contradijesen, él los haría llamar y les diría que se apartasen de aquel propósito. Así que de sus compañeros envió allá á Borceo y á Febo, que sabía ser de ellos muy conocidos, para que les ofreciesen la amistad de Cestio por pleitesía, y cierto perdón que de los pecados les otorgarían los Romanos, si dejadas las armas quisiesen acuerdo con él.

Mas los escandalosos, por miedo de que la muchedumbre, con esperanza de la seguridad, se pasaría á Agripa, determinaron matar á los embajadores, y mataron á Febo antes que hablase palabra; Borceo huyó he-

rido, y los escandalosos, hiriendo con palos y con piedras, compelieron á los populares que tenían aquesta hazaña por muy indigna, que se metiesen en la ciudad.

Cestio, hallado tiempo oportuno para vencerles á causa de la arriesgada discordia entre ellos levantada, trajo contra los Judíos todo el ejército, y metidos en huida, fué tras ellos hasta Jerusalén.

Puesto su real en el lugar que llaman Scopo, lejos de la ciudad siete estadios, que son menos de una milla, por espacio de tres días no hizo cosa alguna contra la ciudad, esperando que por ventura los de dentro en algo aflojasen, y en tanto envió no pequeña cantidad de guerreros militares á recoger trigo por las aldeas de alrededor de la ciudad.

El cuarto día, que era á treinta días del mes de Octubre, metió el ejército, puesto en orden, dentro de la ciudad. El pueblo era guardado por los escandalosos, y ellos, atemorizados de la destreza de los Romanos, partieron de los lugares de fuera de la ciudad, y recogieron á la parte de dentro y al templo.

Cestio, pasado del lugar que llaman Bezetha, puso fuego á Cenópolis y al mercado que se llama de las Materias. Después, venido á la parte más alta de la ciudad, aposentóse cerca del palacio del Rey, y si entonces él quisiera entrar dentro de los muros de la ciudad, poseyérala del todo y diera fin á la guerra; mas Tirannio, que era general, y Prisco y muchos otros capitanes de la gente de á caballo, corrompidos por dineros que les dió Flóro, estorbaron la empresa de Cestio é hicieron que los Judíos fuesen llenos de males intolerables y de pérdidas que les acontecieron.

Entretanto, muchos de los más nobles del pueblo, y Ananó, hijo de Jonatás, llamaban á Cestio, casi como

ganosos de abrirle las puertas, y él, como lleno de ira, y porque no les daba asaz crédito ni pensaba que los diese creer, túvolos en menosprecio, hasta que se hubo de descubrir la traición, y los sediciosos compelieron á huir á Anano con los otros de su parcialidad, y meterse en las casas, lanzándoles piedras desde el muro. Repartidos ellos por las torres, peleaban contra los que tentaban el muro, pues por cinco días los Romanos de todas partes peleaban, y todo en balde.

Al sexto día, Cestio, con muchos flecheros, arremetió al templo por la parte septentrional, y los Judíos resistían desde el portal, de manera que presto arredraron á los Romanos que se llegaban al muro, los cuales, rechazados por la muchedumbre de los tiros, á la postre partieron de allí. Los romanos que iban delanteros, cubiertos con sus escudos, se llegaban al muro, y los que seguían por semejante orden, se juntaban con los otros; entretejiéronse, hecha una cobertura llamada testudine, ó escudo de tortuga, de manera que las saetas que daban encima eran baldías; así que los guerreros romanos cavaban el muro sin recibir daño, y quisieron poner fuego á las puertas del templo, porque ya los escandalosos tenían gran temor, y muchos echaban á huir de la ciudad como si luego se hubiera de tomar.

De esto se alegraba más el pueblo, porque cuanto más partían de ella los muy malos, tanto mayor licencia tenían los del pueblo para abrir las puertas y recibir á Cestio como á varón de quien habían recibido beneficios; y de hecho, si poco más quisiera perseverar en el cerco, tomara luego la ciudad; mas yo creo que Dios, que no favorece á los malos, y las cosas santas suyas estorbarou aquel día que la guerra feneciese.

Así, pues, Cestio, sin saber los ánimos del pueblo ni

la desesperación de los cercados, hizo retraer su gente, y sin alguna esperanza, muy desacordada é injustamente, sin algún consejo partió. Su huída, no esperada, dió aliento á la confianza de los ladrones, tanto que salieron á perseguir la retaguardia de los Romanos, y de ellos mataron algunos, así de los de á caballo como de los de á pie.

Entonces Cestio se aposentó en el real que antes habia guarnecido en Scopon; y al día siguiente, mientras más tardaba, más provocó á los enemigos, los cuales, alcanzando los postrimeros, mataban muchos, porque el camino era de ambas partes cercado de vallas, y tirábanles saetas desde ellos, y los postreros no osaban volver hacia los que daban en sus espaldas, pensando que infinita muchedumbre seguía tras ellos. Tampoco bastaban á resistir á la fuerza de los que por los lados les aquejaban y les herían, porque eran pesados con las armas por no romper la orden, y porque veían también que los Judíos eran ligeros y que fácilmente podían correr, donde procedía que sufrían muchos males sin que ellos pudiesen dañar á los enñemigos. Así que por todo el camino los hostigaban, y rota la orden del caminar, eran derribados, hasta tanto que, muriendo muchos, entre los cuales fué Frisco, capitán de la sexta legión, Longino, capitán de mil hombres, y Emilio Jocundo, capitán de un escuadrón, penosamente llegaron á Gabaón, donde primero pusieron el real después que perdieron mucha munición.

Allí se detuvo Cestio tres días, no sabiendo lo que debía hacer, porque al tercer día veía mayor número de enemigos, y conocía que la tardanza le sería dañosa, pues todos los lugares en derredor estaban llenos de Judíos y vendrían muchos más enemigos si allí se detu-

viere: así, para huir más presto mandó á la gente que dejasen todas las cosas que les pudiesen embarazar. Y mataron entonces los mulos, los asnos y otras bestias de carga, salvo las que llevaban las saetas y los pertrechos, porque estas tales cosas guardábanlas como cosas que habían menester, mayormente temiendo que si los Judíos las tomasen, las aprovecharían contra ellos.

El ejército iba delante hacia Bethoron, y los Judíos en los lugares más anchos menos los aquejaban; mas cuando pasaban apretados por lugares estrechos ó en alguna pasada, vedábanles el paso y otros echaban en los fosos á los postreros. Derramándose toda aquella muchedumbre por las alturas del camino, cubrían de saetas á la hueste, adonde la gente de á pie dudaba cómo se podían socorrer los unos á los otros; y la gente de á caballo estaba en mayor peligro, porque no podían ordenadamente caminar unos tras otros, pues las muchas saetas y las subidas enhiestas les estorbaban poder ir contra los enemigos. Las peñas y los valles todos estaban tomados por ballesteros, adonde perecían todos los que por allí se apartaban del camino, y ningún lugar había para huir ó defenderse. Así que, con incertidumbre de lo que debiesen hacer, se volvían á llorar y á los aullidos que los desesperados suelen dar.

Al son de aquello correspondía la exhortación de los Judíos, que se alegraban, dando grita con muy grande crueldad, y perciera todo el ejército de Cestio, si la noche no sobreviniera, con la cual los Romanos se acogieron á Bethoron, y los Judíos los cercaron por todos los lugares de alrededor por impedirles el paso. Allí, desesperado de poder seguir el camino público, pensaba Cestio en la huida, é hizo subir en lo alto de las techumbres cuatrocientos guerreros militares de los más esco-

gidos y más fuertes, y mandóles dar voces, según la costumbre de los que son de guarda que velan en los reales, porque los Judíos pensasen que la gente quedaba allí toda; él con todos los otros paso á paso se fueron de allí hasta treinta estadios, que son poco menos de cuatro millas, y á la mañana, cuando los Judíos vieron que los otros se fueron y ellos quedaban engañados, arremetieron contra los cuatrocientos, de quienes habían recibido el engaño, y sin tardanza los mataron con muchedumbre de saetas, y luego se dieron prisa de seguir á Cestio; mas él, habiendo caminado buen trecho, huyó en el día con mayor diligencia, de tal manera, que los guerreros militares, hostigados del miedo, dejaron todos los pertrechos y máquinas, y los mandrones y muchos otros instrumentos de guerra, de los cuales, después de tomados, se aprovecharon los Judíos contra los que los habían dejado, y vinieron hasta Antipatrida en alcance de los Romanos.

Al ver que no los pudieron alcanzar, tornaron desde allí, llevaron consigo los pertrechos, despojaron los muertos y recogieron el robo que había quedado, y con cantares, alabando á Dios, volvieron á su metrópoli y ciudad con pérdida de pocos de los suyos. De los Romanos fueron muertos cinco mil trescientos de á pie y novecientos ochenta de á caballo.

Acaecieron estas cosas en el octavo día del mes de Noviembre, en el doceno año del principado de Nerón.

XXV.

De la crueldad que los Damascenos usaron contra los Judíos, y de la diligencia de Josefo, autor de esta historia, hecha en Galilea.

Después de las desdichas de Cestio, muchos nobles de los Judíos salían poco á poco de la ciudad, no menos que de una nao que está en manifiesto peligro de perderse. Así que Costobaro y Saulo, su hermano, juntamente con Filipo, hijo de Jachimo, que era general del ejército del rey Agripa, huyendo de allí, vinieron á Cestio; Antipas, que había sido cercado en el Palacio Real juntamente con ellos, no quiso huir, y la manera cómo fué muerto por los sediciosos mostraremos en otro lugar.

Cestio envió á Nerón, que estaba en Acaya, á Saulo y á otros que con él vinieron, para que le declarasen la necesidad que padecían é imputasen á Floro la causa de aquella guerra. Confiaba que lo había de revolver é indignar contra Floro, y que de esta manera se aseguraría del peligro en que estaba.

Sabiendo los Damascenos la matanza que los Judíos habían hecho de tantos romanos, determinaron, y aun trabajaron, por quitar la vida á cuantos Judíos vivían con ellos; y teniéndolos todos recogidos en unos baños públicos, porque ya sospechaban esto, pensaban que acabarían fácilmente lo que determinaban hacer; pero temían y tenían vergüenza de sus mujeres, porque todas, excepto muy pocas, judaizaban y estaban todas muy enseñadas en esta religión, y así tuvieron gran cuidado en cubrirles lo que trataban, y en una hora sin miedo dego-

llaron diez mil Judíos que cogieron en un lugar estrecho y sin armas.

Habiendo vuelto ya á Jerusalén los que hicieron huir á Cestio, trabajaban en traer á su bando á todos los que sabían ser amigos de los Romanos, á unos por fuerza y á otros por halagos, y después, juntándose en el templo, determinaban escoger muchos capitanes para la guerra.

Fué, pues, declarado Josefo, hijo de Gorión y el pontífice Anano, para que mandasen todo lo que se había de hacer en la ciudad, y principalmente que tuviesen cargo de edificar el muro en la ciudad.

Aunque Eleazaro, hijo de Simón, tenía gran parte del robo de los Romanos y del dinero que había quitado á Cestio y gran cantidad de los públicos tesoros, no quisieron con todo esto darle cargo ú oficio alguno, porque veían que se levantaba ya como soberbio y tirano, y que á sus amigos y á los que les seguían trataba como si fueran criados. Mas Eleazaro poco á poco alcanzó, así por codicia del dinero, como por astucia, que en todas las cosas el pueblo le obedeciese.

Pidieron otros capitanes ser enviados á Idumea; así fueron Jesús, hijo de Sasa, uno de los pontífices, y Eleazaro, hijo del pontífice nuevo. Mandaron á Nigro, que regia entonces toda la Idumea, cuyo linaje traía origen de una región que está de la otra parte del Jordán, por lo que se llamaba Peraytes, que obedeciese á todo cuanto los capitanes mandasen, y también pensaron que no convenía olvidarse de todas las otras regiones. Así enviaron á Josefo, hijo de Simón, á Jericó, y de la otra parte del río á Manasés, y á Tamna á Juan Eseo, para que rigiesen y administrasen estas toparquias ó provincias. A éste habían también dado la administración de Lida, Jope y Amais. Las partes Gnophníticas y Aciabatenas

fueron dadas á Juan, hijo de Ananias, para que las rigiese, y Josefo, hijo de Matías, fué por gobernador de las dos Galileas. En la administracion de éste estaba también Gamala, que era la más fuerte ciudad de todas cuantas allí había.

Cada uno, pues, de éstos regía su parte y administraba lo mejor que le era posible: y Josefo, viniéndose á Galilea, lo primero que hizo fué ganar la voluntad de los naturales, sabiendo que con ella se podían acabar muchas cosas, aunque errase en lo demás. Considerando después que tendría grande amistad con la gente poderosa si le daba parte en su administración, y también con todo el pueblo si daba los oficios que convenían á los naturales y gentes de la tierra, eligió setenta varones de los más ancianos y más prudentes, é hizo los regidores de toda Galilea.

Envió también siete hombres á cada ciudad, que tuviesen cargo de juzgar los pleitos de poca importancia, porque las causas graves y que tocaban á la vida, mandólas reservar para sí y para aquellos setenta ancianos: y puestas las leyes que habían de guardar entre sí las ciudades, proveyó también cómo pudiesen estar seguras de lo de fuera: por tanto, sabiendo que los Romanos ciertamente habían de venir á Galilea, mandó cercar de muros las ciudades que más oportunas y cómodas para defenderse le parecieron: fueron de ellas Jotapata, Bersabea, Salamina, Perecho, Jafa, Sigofa y un monte que se llama Itaburio, y á Tarichea y Tiberiada: fortaleció también las cuevas que hay cerca el lago de Genesareth, en la Galilea que llamaban Inferior. En la Galilea que llamaban Superior mandó fortalecer á Petra, que se llama Achabrero, á Sefa, Jamnita y á Mero. En la región Gaulanítide, Seleucia, Sogana y Gamala, y permi-

tió á los Seforitas que ellos mismos se edificasen muros, porque sabia que tenian poder y riqueza para ello, y por ver también que estaban más prontos para la guerra, aun sin ser mandados. Juan, hijo de Levia, también cercó por sí de muro á Giscala por mandado de Josefo: todos los otros castillos eran visitados por Josefo, mandando juntamente lo que convenia, y ayudándoles para ello.

Hizo un ejército de la gente de Galilea de más de cien mil hombres; y juntándoles en uno, proveyóles de armas viejas, que de todas partes hacia recoger. Y pensando después que la virtud de los Romanos era tan invencible, por obedecer siempre á sus regidores y capitanes, y por ejercitarse tanto en el uso de las armas, dejó atrás esto postrero por la necesidad que le apretaba; pero por lo que tocaba al obedecer, pensaba poderlo alcanzar por la muchedumbre de los capitanes y regidores; y así dividió su ejército en la manera que suelen hacer los Romanos, é hizo muchos principes y capitanes de su gente: y habiendo ordenado diversas maneras y géneros de guerreros, sujetó unos á cabos, otros á centuriones y otros á tribunos; y después dió á todos sus regidores que tuviesen cargo y cuidado de la administración de las cosas más importantes. Enseñábales las disciplinas de las señales y las provocaciones para acometer, y las revocaciones para recogerse según el son de trompetas. También cómo convenia rodear los escuadrones y regirse en el principio, y de qué manera los más fuertes debian socorrer á los menos y que más necesidad tuviesen, y partir el peligro con los que ya estuviesen cansados de pelear; y enseñábales también todo cuanto convenia para la fortaleza del ánimo y tolerancia de los trabajos.

Trabajaba principalmente en mostrarles las cosas de

la guerra, mentándoles de continuo la disciplina militar de los Romanos, y que habían de pelear y hacer guerra con hombres que habían sujetado casi á todo el universo con sus fuerzas y ánimo. Añadió también de qué manera habían de obedecer estando en la guerra á él y á cuantos les mandase, y que quería luego experimentar si dejarían los pecados y maldades acostumbradas, es á saber, los hurtos, latrocinios y rapiñas que solian hacer, y que no hiciesen engaño á los gentiles ni pensasen haberles de ser á ellos ganancia dañar á sus amigos ó muy conocidos que con ellos viviesen: porque aquellas guerras suelen ser regidas y administradas bien, cuyos soldados se precian de tener buena la conciencia; y á los que eran malos, no sólo no les habían de faltar los hombres por enemigos, mas aun Dios les había de castigar.

De esta manera perseveraba en amonestarles muchas cosas.

Estaba ya la gente que había de servir para la guerra presta, porque tenía hechos sesenta mil hombres de á pie, y doscientos cincuenta de á caballo; y además de éstos tenía también cuatro mil quinientos hombres de gente extranjera que ganaban su sueldo, en los cuales principalmente confiaba, y seiscientos hombres de armas de su guarda, muy escogidos de entre todos. Las ciudades mantenían toda esta gente fácilmente, excepto la que tenía sueldo: porque cada una de las ciudades que hemos arriba dicho, enviaba la mitad de su gente á la guerra, y guardaba la otra mitad para que tuviese cargo de proveerles del mantenimiento que fuese necesario; y de esta manera la una parte estaba en armas, y la otra en sus obras: y la parte que estaba en armas, detendía y amparaba la otra que les traía la provisión y mantenimientos.

XXVI.

De los peligros que pasó Josefo, y cómo se libró de ellos,
y de la malicia y maldades de Juan Giscaleo.

Estando Josefo en la administración de Galilea, según arriba hemos dicho, levantósele un traidor, nacido en Giscala, hijo de Levia, llamado por nombre Juan, hombre muy astuto y lleno de engaños, y el más señalado de todos en maldades, el cual antes había padecido pobreza, que le había sido algún tiempo estorbo de su maldad que tenía encerrada. Era mentiroso y muy astuto para hacer que á sus mentiras se diese crédito; hombre que tenía por gran virtud engañar al mundo, y con los que más amigos le eran se servía de sus maldades; gran fingidor de amistades y codiciador de las muertes, por la esperanza de ganar y hacerse rico, habiendo deseado siempre las cosas muy inmoderadamente, y había sustentado su esperanza hasta allí con maldades algo menores. Era ladrón muy grande por costumbre: trabajaba en ser solo, mas halló compañía para sus atrevimientos, al principio algo menor, después fué creciendo con el tiempo. Tenía gran diligencia en no tomar consigo alguno que fuese descuidado, cobarde ni perezoso; antes escogía hombres muy dispuestos, de grande ánimo y muy ejercitados en las cosas de la guerra: hizo tanto, que juntó cuatrocientos hombres, de los cuales era la mayor parte de los Tirios, y de aquellos lugares vecinos.

Éste, pues, iba robando y destruyendo toda Galilea, y hacía gran daño á muchos con el miedo de la guerra

deteniéndolos suspensos. La pobreza y falta de dinero lo retardaba y detenía que no pusiese por obra sus deseos, los cuales eran mucho mayores de los que él de sí podía: deseaba ser también capitán y regir gente, mas no podía: y como viese que Josefo se holgaba en verle con tanta industria, persuadióle que le dejase el cargo de hacer el muro á su patria, y con esto ganó mucho y allegó gran dinero de la gente rica.

Ordenando después un engaño muy grande, porque dió á entender á todos los Judíos que estaban en Siria que se guardasen de tocar el aceite que no estuviese hecho por los suyos, pidió que pudiesen enviar de él á todos los lugares vecinos de allí: y por un dinero de los Tirios, que hace cuatro de los Aticos, compraba cuatro redomas y vendíalo doblado; y siendo Galilea muy fértil y abundante de aceite, y en aquel tiempo principalmente había gran abundancia, enviando mucho de él á las partes y ciudades que carecían y tenían necesidad, juntó gran cantidad de dinero, del cual no mucho después se sirvió contra aquel que le había concedido poder de ganarlo. Pensando luego que si sacaba á Josefo, sería sin duda él regidor de toda Galilea, mandó á los ladrones, cuyo capitán era, que robasen toda la tierra, á fin de que, levantándose muchas novedades en estas regiones, pudiese ó matar con sus traiciones al regidor de Galilea, si quería socorrer á alguno, ó si dejaba y permitía que fuesen robados, pudiese con esta ocasión acusarlo delante de los naturales.

Mucho antes había ya esparcido un rumor y fama, diciendo que Josefo quería entregar las cosas de Galilea á los Romanos, y juntaba de esta manera muchas cosas por dar ruina á Josefo y destruirlo totalmente.

Como, pues, en este tiempo algunos vecinos del lugar

de los Dabaritas estuviesen en el gran campo de guardia, acometieron á Ptolemeo, procurador de Agripa y Berenice, y le quitaron cuanto consigo traía, entre lo cual había muchos vestidos muy ricos, muchos vasos de plata y seiscientos de oro: y como no pudiesen guardar tan gran robo, secretamente trajéronlo todo á Josefo, que estaba entonces en Tarichea.

Sabida por Josefo la fuerza que había sido hecha á los del Rey, reprendióla y mandó que las cosas que habían sido robadas fuesen puestas en poder de alguno de los poderosos de aquella ciudad, mostrándose muy pronto para enviarlas á su dueño y señor; lo cual produjo á Josefo gran peligro, porque viendo los que habían hecho aquel robo que no tenían parte alguna en todo, tomáronlo á mal; y viendo también que Josefo había determinado volver á los reyes lo que ellos habían trabajado, iban por todos los lugares de noche, y daban también á entender á todos que Josefo era traidor, é hincheron con este mismo ruido todas las ciudades vecinas, de tal manera, que luego al otro día fueron cien mil hombres armados juntos contra Josefo.

Llegando después toda aquella muchedumbre de gente á Tarichea, y juntándose allí, echaban todos grandes voces muy airados contra Josefo; unos decían que debía ser echado, y otros que debía ser quemado como traidor: los más eran movidos é incitados á ello por Juan y por Jesús, hijo de Safa, que regia entonces el magistrado y gobierno de Tiberiada. Con esto huyeron todos los amigos de Josefo, y toda la gente que tenía de guarda se dispersó, por temor de tanta muchedumbre como se había juntado, excepto solos cuatro hombres que con él quedaron. Estando Josefo durmiendo al tiempo que ponían fuego en su casa, se levantó; y aconsejándole los

cuatro que habían quedado con él que huyese, no se movió por la soledad en que estaba, ni por la muchedumbre de gente que contra él venia, antes se vino prestamente delante de todos con las vestiduras todas rasgadas, la cabeza llena de polvo, vueltas las manos atrás y con una espada colgada al cuello.

Viendo estas cosas sus amigos, y los de Tarichea principalmente, se movieron á piedad; pero el pueblo, que era algo más rústico y grosero, y los más vecinos y cercanos de allí, que le tenían por más molesto, mandábanle sacar el dinero público, diciéndole muchas injurias, y que querian que confesase su traición, porque según él venia vestido, pensaban que nada negaría de lo que les había nacido tan gran sospecha, pensando todos haber dicho aquello por alcanzar perdón y moverlos á misericordia. Esta humildad fortalecía su determinación y consejo; y poniéndose delante de ellos, engañó de esta manera á los que contra él venian muy enojados; y para moverlos á discordia entre sí, les prometió decirles todo lo que en verdad pasaba. Concediéndole después licencia para hablar, dijo:

«Ni yo pensaba enviar á Agripa estos dineros, ni hacer de ellos ganancia propia para mí, porque no manda Dios que tenga yo por amigo al que es á vosotros enemigo, ó que yo haga ganancia alguna con lo que á todos generalmente dañase. Pero porque veia que vuestra ciudad, oh Tarichcos, tenia gran necesidad de ser abastecida, y que no teniais dinero para edificar los muros, y temia también al pueblo tiberiense y las otras ciudades que estaban todas con gran sed de este dinero, habia determinado retenerlo con mucho tiento poco á poco para cercar vuestra ciudad de muros. Si no os parece bien lo que yo tengo determinado, me contentaré con sacarlo y darlo

para que sea robado por todos; mas si yo he hecho bien y sabiamente, por cierto vosotros queréis forzar y dar trabajo á un hombre que os tiene muy obligados á todos.»

Los Taricheos oyeron con buen ánimo todo esto de Josefo, mas los Tiberienses, con los otros, tomándolo á mal, amenazaban á los otros; y así ambas partes, dejando á Josefo, reñían entre sí. Viendo Josefo que había algunos que defendían su parte, confiándose en ellos, porque los Taricheos eran casi cuarenta mil hombres, hablaba con mayor libertad á todos; y habiéndose quejado muy largamente de la temeridad y locura del pueblo, dijo que Tarichea debía ser fortalecida con aquel dinero, y que él tenía cuidado que las otras ciudades estuviesen también seguras; que no le faltarian dineros si querían estar concordés con los que los habian de proveer, y no moverse contra el que los había de buscar. Así, pues, se volvía toda la otra gente que había sido engañada, con enojo; dos mil de los que tenían armas vinieron contra él, y habiéndose él recogido en una casa, amenazábanle mucho.

Otra vez usó Josefo de cierto engaño contra éstos, porque subiéndose á una cámara alta, habiendo puesto gran silencio señalando con su mano, dijo que no sabía qué era lo que le pedían, porque no podía entender tantas voces juntas, y que se contentaba con hacer todo lo que quisiesen y mandasen, si enviaban algunos que hablasen allí dentro con él reposadamente.

Oídas estas cosas, luego la nobleza y los regidores entraron. Viéndolos Josefo, retrájolos consigo en lo más adentro y secreto de la casa, y cerrando las puertas, mandóles dar tantos azotes, hasta que los desollaron todos hasta las entrañas. Estaba en este medio, alrededor de la casa, el pueblo, pensando por qué se tardaba

tanto en hacer sus conciertos, cuando Josefo, abriendo presto las puertas, dejó ir los que había metido en su casa todos muy ensangrentados: amedrentáronse tanto con esto todos los que estaban, amenazando y aparejados para hacerle fuerza, que, echando las armas, dieron á huir luego.

Con estas cosas crecía más y más la envidia de Juan, y trabajaba en hacer otras asechanzas y traiciones á Josefo, por lo cual fingió que estaba muy enfermo, y suplicó con una carta que, por convalecer, le fuese lícito usar de las aguas calientes y baños de Tiberiada. Como Josefo no tuviese aún sospecha de éste, escribió á los regidores de la ciudad que diesen á Juan de voluntad todo lo necesario, y que le hiciesen buen hospedaje cuando allí llegase. Habiéndose éste servido dos días de los baños á su placer, determinó después hacer y poner por obra lo que le había movido á venir; y engañando á los unos con palabras, y dando á los otros mucho dinero, les persuadió que dejasen á Josefo.

Sabiendo estas cosas Silas, capitán de la guardia puesto por Josefo, con diligencia le hizo saber todas las traiciones que contra él se trataban y hacían; y recibiendo cartas de ello Josefo, partió la misma noche y llegó á la mañana siguiente á Tiberiada. Salióle todo el pueblo al encuentro, y Juan, aunque sospechaba que venía contra él, quiso enviarle uno de sus conocidos, fingiendo que estaba en la cama enfermo, que le dijese que por la enfermedad se detenía sin venir á verle, obediendo á lo que debía y era obligado. Estando en el camino los Tiberienses juntados por Josefo para contarles lo que le había sido escrito, Juan envió gente de armas para que lo matasen. Como éstos llegasen á él, y algo lejos los viese desenvainar las espadas, dió voces el

pueblo; oyéndolas Josefo, y viendo las espadas ya cerca de su garganta, saltó del lugar donde estaba, hablando con el pueblo hasta la ribera, que tenía seis codos de alto, y entrándose él y dos de los suyos en un barco pequeño que había por dicha llegado allí, se metió dentro del mar; pero sus soldados arrebataron sus armas y quisieron dar en los traidores.

Teniendo Josefo que moviendo guerra civil entre ellos, por la maldad de pocos se destruyese la ciudad, envió un mensajero á los suyos que les dijese tuviesen solamente cuenta con guardar sus vidas, y no hiciesen fuerza ni matasen ninguno de los que tenían la culpa de todo aquello. Obedeciendo su gente á lo que mandaba, todos se sosegaron, y los que vivían alrededor de las ciudades por los campos, oídas las aschanzas que habían sido hechas contra Josefo, y sabiendo quién era el autor y maestro de ellas, viniéronse todos contra Juan.

Súpose éste guardar antes que venir en tal contienda, huyendo á Giscala, que era su tierra natural.

Los Galileos en este tiempo venían á Josefo de todas las ciudades, y juntáronse muchos millares de gentes de armas, que todos decían venir contra Juan, traidor común de todos, y contra la ciudad que le había recibido y recogido dentro, por poner fuego á él y á ella. Respondióles Josefo que recibía y loaba la pronta voluntad y benevolencia, pero que debían refrenar algún tanto el ímpetu y fuerza con que venían, deseando vencer á sus enemigos más con prudencia que con muerte. Y nombrando por sus propios nombres á los de cada ciudad que con Juan se habían rebelado, porque cada pueblo mostraba con alegría los suyos, mandó publicar con pregón que todos cuantos se hallasen en compañía de Juan después de cinco días, habían de ser sus casas, bienes y

familias, quemados, y sus patrimonios robados. Con esto atrajo á sí tres mil hombres que Juau traía consigo, los cuales, huyendo, dejaron sus armas y se arrojaron á sus pies.

Juan se salvó con los demás, que serían casi mil de los que de Siria habían huido, y determinó otra vez ponerse en asechanzas y hacer solapadas traiciones, pues las hechas hasta allí habían sido públicas; y enviando á Jerusalén mensajeros secretamente, acusaba á Josefo de que había juntado grande ejército, y que si no daban diligencia en socorrer al tirano, determinaba venir contra Jerusalén. Pero sabiendo lo que pasaba de verdad, el pueblo menospreció esta embajada.

Algunos de los poderosos y regidores, por envidia y rencor que tenían, enviaron secretamente dineros á Juan, que armase gente y juntase ejército á sueldo, para que pudiese con ellos hacer guerra á Josefo; y determinaron entre sí hacer que Josefo dejase la administración de la gente de guerra que tenía. Aun no pensaban que todo esto les bastaba, y por tanto enviaron dos mil quinientos hombres muy bien armados, y cuatro hombres nobles: el uno era Joazaro, hijo del letrado excelentísimo, los otros Ananias Saduceo, Simón y Judas, hijos de Jonatás, hombres todos elocuentes, para que, por consejos de ellos, apartasen la voluntad que todos tenían á Josefo; y si él venía de grado á someterseles, que le permitiesen dar razón de lo hecho, y si era pertinaz y determinaba quedar, que lo tuviesen por enemigo, y como á tal le persiguiesen.

Los amigos de Josefo le hicieron saber que venía gente contra él, mas no le dijeron para qué ni por qué causa: porque el consejo de sus enemigos fué muy secreto, de lo cual sucedió que, no pudiendo guardarse ni proveer

antes en ello, cuatro ciudades se pasaron luego á los enemigos, las cuales fueron Seforis, Gamala, Giscala y Tiberia. Mas luego las tornó á cobrar sin alguna fuerza y sin armas, y prendiendo aquellos cuatro capitanes, que eran los más valientes, así en las armas como en sus consejos, tornó á enviarlos á Jerusalén, á los cuales el pueblo, muy enojado, hubiera muerto tanto á ellos como á los que los enviaban, si en huir no pusieran diligencia.

XXVII.

Cómo Josefo cobró á Tiberia y Sefora.

El temor que Juan á Josefo tenía, le hacía estar recogido dentro de los muros de Giscala. Pocos dias después se tornó á rebelar Tiberia, porque los naturales llamaron á Agripa: y como éste no viniese el dia que estaba entre ellos determinado, y eran allí venidos algunos caballeros Romanos, retiráronse á la otra parte contra Josefo.

Sabido esto por Josefo en Tarichea, el cual, pues, habla enviado sus soldados por trigo y mantenimientos, no osaba salir solo contra los que se rebelaban, ni podía, por otra parte, detenerse, temiendo que entre tanto que él se tardase, no se alzase la gente del Rey con la ciudad: porque veía que ese otro dia no le era posible hacer algo por ser sábado, determinó tomar por engaño aquellos que le habian faltado.

Mandó cerrar las puertas de los Taricheos, porque no osase ni pudiese alguno descubrirles lo que determinaba; y juntando todas las barcas que halló en aquel lago, las cuales llegaron á número de doscientas treinta, y en cada una cuatro marineros, vino con tiempo y buena sazón

á Tiberia: y estando aún tan lejos de ella que nó pudiese ser visto fácilmente, dejando las barcas vacias en la mar, llegóse él, llevando consigo cuatro compañeros desarmados, hombres de su guarda, tan cerca, que pudiese ser visto por todos. Como los enemigos lo viesen desde el muro á donde estaban, echándole maldiciones, espantados y con temor, pensando que todas aquellas barcas estaban llenas de gentes de armas, echaron presto las armas; y puestas las manos, rogábanle todos que los perdonase.

Después que Josefo los castigó, reprendiendo y amenazándolos, cuanto á lo primero, porque habiendo comenzado guerra contra el pueblo Romano, consumían y deshacían sus fuerzas con disensiones entre sí y discordias intestinas, y con esto cumplían la voluntad y deseo de los enemigos, y también porque se daban prisa y trabajaban en quitar la vida á uno que no buscaba otro sino asegurarles y buscarles reposo: y no se avergonzaban de cerrarle la ciudad, habiendo él hecho el muro para defensa de ellos. Pero en fin, prometióles aceptar la disculpa, si había algunos que la satisficiesen; y que dándole tales medios que fuesen convenientes, él afirmaría la amistad con la ciudad.

Por esto vinieron á él diez hombres, los más nobles de Tiberiada, y mandándoles entrar en una navecilla de pescadores, apartándolos lejos, mandó que viniesen otros cincuenta senadores, que eran los hombres más nobles que había, como que le fuese necesario tomar también la palabra y fe de todos éstos. Y pensando luego después otros nuevos achaques, hacía salir más y más gente bajo de aquella promesa que les había hecho, mandando á los maestros de los Taricheos que se volviesen á buen tiempo con las barcas llenas de gente, y que pusiesen en la cárcel á cuantos consigo llevasen, hasta tanto que tuvo

presa toda la corte, que era hasta seiscientos hombres, y más de dos mil hombres, gente baja y popular; y llevólos todos consigo á Tarichea. Dando voces el pueblo que cierto hombre llamado Clito era autor de toda aquella discordia y rebelión, y que debía hartarse su ira con la pena y castigo de éste solo, rogádoselo todos.

Josefo á ninguno quería matar; pero mandó salir á uno de su guarda, llamado Levia, que cortase las manos á Clito. Y como éste no osase obedecerle, díjole, movido de temor, que él solo no se atrevería contra tanta gente; y como Clito viese que Josefo, en la barca á donde estaba, se enojaba y quería salir solo por castigarlo, rogábasele que por lo menos le quisiese hacer merced de dejarle una mano. Concediéndole esto Josefo, con tal que el mismo Clito se la cortase, desenvainó la espada con su mano derecha, y se cortó la mano izquierda, por el gran miedo que de Josefo tenía. De manera que Josefo, con barcas vacías y con solos siete hombres, tomó todo aquel pueblo, y ganó otra vez la amistad de Tiberiada. Poco después dió saco á Giscala, que se había rebelado con los Seforitas, y volvió todo el robo á la gente del pueblo. Lo mismo hizo también con los Seforitas y Tiberienses: porque habiendo preso á éstos, quiso corregirlos con dejar que les robaran, y reconciliarse su gracia y amistad con volverles lo que les había quitado.

XXVIII.

De qué manera se aparejaron y pusieron en orden los de Jerusalén para la guerra, y de la tiranía de Simón Giora.

Hasta ahora duraron las disensiones y discordias en Galilea entre los ciudadanos y naturales de allí; y des-

pués de apaciguados todos, poníanse en orden contra los Romanos.

En Jérusalén trabajaba el pontífice Anano, y la gente poderosa, enemiga de los Romanos, en renovar los muros; hacíanse dentro de la ciudad muchos instrumentos de guerra, muchas saetas y otras armas; y los mancebos eran muy diligentes en hacer lo que les mandaban. Estaba toda la ciudad llena de ruido, y los que buscaban y querían la paz, tenían gran tristeza; y muchos que consideraban las grandes muertes que había de haber, no podían dejar de llorar, pareciéndoles que todo era muy dañoso, y que se habían de destruir. Los que deseaban la guerra y la encendían, fingían á cada hora cuanto les parecia; y ya se mostraba la ciudad en estado de ser destruída antes que los Romanos viniesen.

Anano trabajó en dejar todo aquel aparejo que se hacía para la guerra, y en apaciguar los Zelotos, que eran los que lo revolvían, procurando de hacerles mudar de su locura en bien; pero de qué manera fué éste vencido y qué fin alcanzó, después lo contaremos.

En la Toparchía y región Acrabatena, un hijo de Giora, llamado Simón, habiendo juntado consigo muchos de los que amaban y procuraban novedades y revueltas, comenzó á robar y hacer hurtos, y no sólo se entraba por fuerza en las casas de gente rica y poderosa, sino además de robarlos, los azotaba muy cruelmente, y comenzaba ya á hacerse públicamente tirano.

Habiendo Anano enviado los soldados de sus capitanes, huyó á juntarse á los ladrones que estaban en Masada con los que consigo ya tenía; y estando allí retraído hasta tanto que fueron muertos Anano y los otros enemigos suyos, destruía y talaba con sus compañeros toda la Idumea en tanta manera, que los magistrados y regi-

dores de esta gente, por la muchedumbre de las muertes y robos continuos que hacian, determinaron guardar las calles y lugares con soldados y gente de guarnición.

En esto, pues, estaban al presente tiempo las cosas de los Judíos.

LIBRO TERCERO.

I.

De la vida del capitán Vespasiano, y de dos batallas de los Judíos.

Cuando Nerón supo no haber sucedido las cosas en Judea prósperamente, quedó muy amedrentado, pero guardólo en secreto porque era así necesario, y fingiéndose airado delante de todos voluntariamente, se indignaba, diciendo que había todo aquello sucedido, más por la negligencia de sus capitanes, que por la virtud y valor de los enemigos; pero pensaba serle muy conveniente menospreciar lo acontecido, teniendo respeto al peso del gran Imperio que regia; y por parecer que tenía mayor ánimo de lo que las adversidades requerían, aunque el cuidado que tenía mostraba claramente qué turbados tuviese sus pensamientos, y cuán triste estuviese en pensar á quién pudiese seguramente encomendar el cargo de todo el Oriente, que tan revuelto estaba, el cual tomase venganza de los Judíos, que se rebelaban, y prendiese todas las otras regiones y naciones cercanas á éstas, que con el mismo mal estaban ya corrompidas.

Halló, pues, para estas necesidades á Vespasiano con ánimo no menor que las cosas requerían, el cual emprendiese una guerra tan importante; porque era varón ejercitado en ella desde sus primeros años hasta la vejez, y porque había ya dado señal de su virtud manifiesta al

pueblo romano, apaciguando el Occidente, que estaba muy revuelto por los Germanos, y había sujetado con armas toda la Bretaña, que nunca fué combatida por los Romanos hasta entonces, por lo cual fué causa de que Claudio, su padre, triunfase sin poner trabajo en alcanzarlo.

Teniendo Nerón su confianza en esto, y viendo también que Vespasiano era hombre de madura edad y diestro en las cosas de la guerra, y que sus hijos eran prenda y rehenes de la fidelidad que le había de guardar, de tal manera, que la edad floreciente de los hijos le daban manos para su trabajo, porque Dios aun no había ordenado el estado de la República, enviolo á regir los ejércitos que estaban en Siria, animándole con blandas palabras y ofrecimientos, según el tiempo requería.

Luego él, desde Acaya, adonde estaba con Nerón, envió su hijo Tito á Alejandria para sacar de allí la quinta y la décima legión de la gente; y pasando él al Helesponto, vino por tierra á Siria y allí juntó toda la fuerza romana, y tomó socorro grande de los reyes vecinos y comarcanos.

Los Judios, ensoberbecidos con la victoria que de Cestio hubieron, no podian reposarse ni refrenarse; pero moviéndolos, según parecia, la fortuna, determinaban aun hacer guerra. Por lo cual juntaron la más gente de guerra que pudieron, y vinieron á Ascalona, que es una ciudad antigua, edificada á setecientos veinte estadios de Jerusalén, enemiga siempre de ellos, lo cual fué parte que pareciese algo más cerca que todas las otras para dar en ella el primer combate.

Tenían tres varones por capitanes de esta empresa, muy esforzados en las armas y muy prudentes; el uno

era Peraita Nigro, el otro Sila Babilonio, y el tercero Juan Eseno.

Estaba Ascalona rodeada de un muro muy fuerte, mas tenía dentro muy poca guarnición, porque solamente había una compañía de gente de á pie y otra de á caballo, cuyo capitán era Antonio. Habiendo, pues, ellos, con la ira que llevaban, hecho este camino con mucha diligencia, llegaron tan presto y tan en orden como si vinieran de alguna otra parte muy cerca.

Antonio, no sabiendo el ímpetu y fuerza que traían, había ya salido con su caballería; y sin temor de la muchedumbre ni del atrevimiento y audacia grande con que venían, resistió valerosamente á los primeros encuentros de los enemigos; y llegándose á combatir el muro, los hizo retirar.

Los Judios, pues, ignorantes en las cosas de la guerra en comparación de la destreza de aquéllos, la gente de á pie con la de á caballo, y los sin orden con los muy bien ordenados, y los mal armados con los bien providos, confiándose más en el enojo é indignación que tenían que en el consejo y provisión buena, peleaban con los que estaban bien acostumbrados, y no hacían algo sin consejo ni mandamiento de su capitán; y así fácilmente fueron rotos: porque en la hora que los escuadrones primeros fueron desbaratados por la gente de á caballo de Antonio, todos los otros huyeron; y siendo forzados á huir hacia el muro, ellos mismos se eran enemigos; hasta tanto que, vencidos todos por la gente de á caballo, fueron esparcidos por todo el campo, el cual era muy ancho y muy cómodo para la gente de á caballo.

Esto ayudó mucho á los Romanos para la matanza y estrago grande que hicieron en los Judios; porque turbábanlos y desordenábanlos como iban huyendo, y ma-

taban á cuantos alcanzaban; los otros, viéndose todos rodeados de enemigos, por cualquier parte que se volvían eran muertos con saetas y dardos.

Parecía á los Judíos que estaban solos y sin compañía alguna, aunque era grande la compañía que tenían; tan desesperados estaban de alcanzar salud ó remedio. Los Romanos, aunque eran pocos, con haberles sucedido todo prósperamente, pensaban ser demasiados.

Queriendo, pues, los Judíos vencer el caso adverso que les había acontecido, avergonzándose de huir tan presto, confiaban que la fortuna se mudaría, y no fatigándose los Romanos en proseguir la victoria, alargaron la pelea casi por todo el día, hasta tanto que llegaron los Judíos, que aquí murieron á número de diez mil; y dos capitanes, Juan y Sila: los demás, quedando la mayor parte herida y maltratada, huyeron con Nigro, quien sólo quedó vivo de los capitanes, á un lugar de Idumea que se llama Salis. Algunos de los Romanos fueron también heridos en esta batalla.

Pero no se aplacaron los ánimos de los Judíos con tan gran matanza, antes los incitó el dolor que tenían á mayor atrevimiento; y menospreciando tantos muertos como veían delante de sus pies, movíanse á otra matanza, acordándose de los sucesos prósperos que antes les habían acaecido. Por lo cual, pasando algún tiempo en este medio, aunque no tanto cuanto fuera necesario para que los que estaban heridos pudiesen convalecer, juntando todas las fuerzas que pudieron y mucho mayor número de gente que antes vinieron, volvían á Ascalona algo más enojados que la primera vez, acompañándolos siempre, además de la poca destreza y otras faltas que en las cosas de la guerra tenían, la misma mala fortuna.

Porque habiéndoles puesto Antonio asechanzas por

donde habian de pasar, cayendo de improviso en sus manos y rodeado de los de á caballo, antes que los Judíos pudiesen ordenarse para pelear, mataron más de ocho mil de ellos; los otros todos huyeron, y con ellos el capitán Nigro, mostrando bien la grandeza de su ánimo en muchas cosas que huyendo hizo, recogiendo á todos, porque ya los enemigos estaban muy cerca, en un castillo muy fuerte y muy seguro de un lugar que se llama Bezedel.

Viendo Antonio que la torre ó castillo era inexpugnable, por no perder allí mucho tiempo en cercarlo, y por no dejar vivo al capitán más valeroso de todos sus enemigos, pusieron gran fuego al muro, y quemando la torre los Romanos, se volvieron con gran alegría, pensando que Nigro sería también quemado; pero éste se supo guardar y librarse de este peligro, pasando de la torre á una gran cueva del castillo; y tres días después, buscándolo allí sus compañeros para sepultarlo, pareció, por lo cual los Judíos recibieron placer muy grande, como por un capitán guardado por providencia divina para las cosas que habían de suceder después.

Vespasiano, llegado su ejército á Antioquia, que es la principal ciudad y cabeza de toda Siria, y tiene sin duda el tercer lugar entre todas cuantas están sujetas al Imperio de los Romanos, tanto en su grandeza como en ser fértil y abundante de toda cosa, halló allí al rey Agripa que lo aguardaba con su ejército, y así vino á Ptolemaida.

En esta ciudad le salieron al encuentro los Seforitas, ciudadanos de un lugar de Galilea, sólo éstos, pacíficos por el cuidado que de su propia salud tenían, y por saber también las fuerzas de los Romanos; y antes que Vespasiano viniese, se habían juntado con Cestio Galo, y con

toda amistad habían tomado socorro de su gente y guarnición, los cuales, recibiendo entonces muy benignamente al capitán enviado por el Emperador, le prometieron ayudarle contra sus propios naturales.

Dióles por guarnición Vespasiano tanta gente de á pie y de á caballo, cuanta entendió serles necesaria para defenderse de toda fuerza que les quisieren hacer, si los Judios, por ventura, querían innovar algo; porque parecióle que no era pequeño peligro, si Seforis, que era la mayor ciudad de Galilea, les fuese quitada, porque estaba asentada en un lugar muy seguro, y había de ser para guarda y socorro de toda la gente.

II.

En el cual se describen Galilea, Samaria y Judea.

Dos Galileas hay: la una se llama Superior, y la otra Inferior, rodeadas entrambas por los reinos de Fenicia y de Siria. Por la parte del Occidente, las aparta de los fines y términos de su territorio, Ptolemais y el monte de Carmelo, que solía ser de los Galileos, y está ahora sujeto á los Tirios, con el cual está junta Gabaa, ciudad que se llama de los Caballeros, porque fueron enviados caballeros por el rey Herodes que la poblasen. Hacia el Mediodía confina con los Samaritas, y los de Scitópolis hasta el río Jordán; y al Oriente tiene Hipena y Gaderia, y acaba en los Gaulanitas, que son también fines y términos del reino de Agripa. Lo largo de ella se llega por el Septentrión hasta los términos de Tiro y por todas aquellas tierras.

Galilea la Inferior tiene de largo desde Tiberiada

hasta Zabulón, que tiene vecindad con Ptolemaida en la parte marítima; de ancho se extiende, desde el lugar llamado Xaloth, que está en el campo grande, hasta Bersabe, de adonde comienza la anchura de la Superior Galilea, hasta el lugar llamado Baca, que aparta la tierra de los Tirios.

Lo largo de ella se extiende desde un lugar cercano al Jordán, que se llama Thela, hasta Meroth. Y siendo entrambas tan grandes y rodeadas de tantas gentes extranjeras, siempre resistieron á todas las guerras y peligros; porque por su naturaleza son los Galileos gente de guerra, y en todo tiempo suelen ser muchos, y nunca mostraron miedo ni faltaron jamás hombres. Son muy buenas y muy fértiles, llenas de todo género de árboles, en tanta manera, que mueven con su fertilidad á la labranza á los que de ello no tienen ni voluntad ni costumbre. Por esta causa no hay lugar en todas ellas sin que sea labrado por los que allí habitan, ni hay parte alguna de tierra que esté ociosa.

Hay también muchas ciudades; y por la fertilidad y hartura grande de esta tierra, están todos los lugares muy poblados, en tanto que el menor lugar de todos pasa de quince mil vecinos; y aunque pueden decir que es la menor de todas las regiones que están de la otra parte del río, pueden también decir que es la más fuerte y más abastecida de toda cosa, porque toda ella se ara y se ejercita: es toda muy fértil de frutos, y aquella que está de la otra parte de la ribera, aunque sea mucho mayor, es por la mayor parte muy áspera, desierta é inhábil para frutos que dan mantenimiento.

La blandura y naturaleza de Perea es muy fértil; tiene los campos muy llenos de árboles y frutos, y principalmente de olivas, viñas y palmas. Es regada abundante-

mente por arroyos que descienden por las montañas, y con fuentes vivas que de continuo manan agua muy clara y muy limpia, cuando los arroyos, por el gran calor del estío, no dan el agua que es necesaria. Tiene ésta de largo de Macherunta hasta Pela, y de ancho desde Filadelfia hasta el Jordán; y la Pela, que hemos dicho, tiene hacia el Septentrión, y por la parte occidental, el Jordán; al Mediodía tiene la región de los Moabitas, y al Oriente tiene la Arabia, Silbonitida, Filadelfia, y ciérrase con los Gerasos.

La región y tierras de Samaria están entre Judea y Galilea, porque comenzando de un lugar que está en un llano, el cual se llama Guinea, viene á acabar en la toparquía y señorío Acrabateno; pero no es tierra ésta diferente en su naturaleza de Judea, porque ambas regiones son muy montañosas y tienen muy grandes campos despoblados, y son para arar muy buenos, muy blandos y están también llenos de árboles.

Son muy abundantes de manzanas, tanto de las silvestres como de las domésticas, porque de su natural estas tierras son secas; pero sobreviéneles el agua del cielo, de la cual tienen siempre mucha, y con ella se hacen las aguas muy dulces, y dan de sí muy gran copia y abundancia de heno y hierbas, con lo cual ellas, más que algunas otras tierras, tienen siempre el ganado muy lleno y abundante de leche. La mayor señal de la continua fertilidad y abundancia de estas tierras es ver que todas están llenas de gente.

Confina con ellas el lugar llamado Annath, que también se suele llamar Borceos, el cual es límite de Judea por la parte de Septentrión.

Por la de Mediodía, si tomares lo largo, tiene por términos un lugar que está en los fines de Arabia, el cual

por nombre se llama Jordán; la anchura se extiende del río Jordán hasta Jope. En medio de éstas está Jerusalén, por lo cual algunos, con razón, la llamaron el ombligo de estas regiones, queriendo decir el medio. No carece Judea de los deleites de la mar, porque se extiende por las partes marítimas hasta Ptolemaida; está dividida en once partes, ciudades principales, de las cuales la principal y la real es Jerusalén: ésta sobrepuja á todas las otras, ni más ni menos que la cabeza á los otros miembros; entre las demás están repartidos los regimientos ó toparquías. La segunda es Gosna, y luego después Acrabata; siguen Thamna, Lidda, Amaus, Pela, Idumea, Engada, Herodio y Jericó. Después Jamnia y Jope gobiernan y mandan á las comarcas. Además de éstas, Gamilitica también, Gaulanitis, Bathanea y Trachonitis, que son parte del reino de Agripa.

La misma tierra, comenzando del monte Líbano y fuentes del Jordán, se extiende de ancho hasta la laguna que está cerca de Tiberiada, y tiene de largo desde un lugar que se llama Arfas, hasta Juliada, y habitan en estas tierras judíos y gentes de Siria, todos mezclados.

III.

Del socorro que fué enviado á los Seforitas, y de la disciplina y usanza de los Romanos en las cosas de la guerra.

Contado hemos arriba, lo más brevemente que nos ha sido posible, el sitio y cerco de Judea. El socorro que Vespasiano había enviado á los Seforitas, que era mil caballos y seis mil infantes, asentó su campo en un gran

llano que allí había, siendo regidor y capitán Plácido, tribuno, y le dividió en dos partes. La infantería estaba dentro de la ciudad por guardarla, y la otra gente de á caballo estaba en el campo; pero saliendo muchas veces de ambas partes á correr todos aquellos lugares cercanos de allí, hacían gran daño á Josefo y á sus compañeros, aunque ellos se estaban reposados; robaban además de esto las ciudades por defuera, y resistían á la fuerza y empresa de los ciudadanos, si alguna vez salían con confianza á correr alguna tierra.

Quiso, con todo, Josefo venir contra la ciudad, pensando y aun confiando que la podría tomar, aunque él le había hecho un muro antes que se rebelase contra los Galileos, que ciertamente era inexpugnable, no á ellos solos, pero aun también á los Romanos. En esto su esperanza fué burlada, no pudiendo traer á lo que quería ni persuadir á los Seforitas aquello, y movió más la guerra en Judea, indignándose los Romanos con enojo, por ver las asechanzas que les armaban, por lo cual, ni de día ni de noche dejaban de destruir y talar todas las tierras, robando todo cuanto hallaban, y matando á los que eran experimentados en las cosas de la guerra y valientes; prendían á los que no lo eran, y teníanlos en servidumbre.

Toda Galilea estaba llena de fuego y de sangre, sin que hubiese alguno exceptuado de esta destrucción y mortandad; los que huían solamente tenían esperanza de salvarse en las ciudades, las cuales Josefo había antes cercado de muy buenos muros.

Enviado Tito de Acaya, en Alejandría, más presto de lo que por el invierno se esperaba, tomó á su cargo los soldados por los cuales había venido; y habiendo así con diligencia proseguido su camino, vino temprano á Pto-

lemaida. Hallando allí á su padre con las dos legiones que consigo tenia, que eran por cierto las mejores y más nobles, es á saber, la quinta y la décima, juntó con ellas también la décimaquinta que consigo Tito trajo. Después de éstas seguían diez y ocho compañías, con las cuales se juntaron otras cinco que estaban en Cesárea, un escuadrón de caballos y cinco de gente de á caballo de Siria. Cada una de las diez compañías tenía mil hombres de á pie, y cada una de las otras trece, seiscientos hombres de á pie, y ciento veinte de á caballo.

Juntóse también harto grande socorro con los que los reyes comarcanos enviaron, porque Antioco, Agripa y Sohemo enviaron dos mil hombres de á pie y mil flecheros de á caballo. Envióle también Malco, rey de Arabia, además de cinco mil infantes, mil caballos, cuya mayor parte eran también flecheros, de manera que, contando junto todo este ejército, llegó casi á sesenta mil hombres entre los de á pie y los de á caballo, además de otros muchos que seguían el campo, los cuales, por estar ya muy experimentados en las cosas de la guerra, no diferían de la gente de guerra, porque en tiempo de paz habían estado en los ejercicios de sus señores y experimentando con ellos los peligros de la guerra, y si no era por sus señores, no podían ser vencidos por algún otro, tanto en sus fuerzas, como en la destreza y maña en las cosas de la guerra.

En esto, por cierto, pensará alguno ser digna de muy gran admiración la providencia de los Romanos, que se saben servir de los que les son sujetos en las necesidades de la guerra, además de todas las otras cosas en que se suelen servir de ellos; y los que consideran la otra disciplina y arte que tienen en las cosas de la guerra, conocerán claramente haber ellos alcanzado tan grande Im-

perio, no por bien ni prosperidad de la fortuna, sino por propia virtud y esfuerzo.

No comienzan á ejercitar primeramente las armas en la guerra, y no sólo hacen cuando les es necesario sus ejercicios de guerra, antes, estando muy en paz, jamás dejan de ejercitarse en las armas, ni más ni menos que si les fuesen naturales, ni quieren tener algún tiempo treguas con ellas, pues ni aun con el tiempo tienen cuenta, y sus pruebas en los ejercicios de la guerra no son desemejantes á la verdadera pelea, porque cada día todos los soldados salen armados á ejercitarse, como si saliesen á la batalla, y de aquí es que sufren tan animosamente toda guerra.

No se desbaratan menospreciando el orden que deben guardar; no los espanta el miedo, ni los consume el cansancio, por lo cual siempre les sigue la victoria, y siempre vencen á los que no hallan tan ejercitados ni tan diestros como ellos; ni errará el que dijere sus pruebas y ejercicios de armas ser batallas sin sangre; al contrario, sus verdaderas batallas ser pruebas y ejercicios con derramamiento de sangre.

No pueden ser vencidos por súbita arremetida de enemigos, antes en cualquier tierra que entran no comienzan la guerra antes de poner en orden y asentar muy diestramente su campo, el cual no fortifican con alguna cosa ligera, ó en algún lugar que no sea muy cómodo, ni ordénanlo sin mucha cordura; mas si la tierra es desigual, primero allánanla toda y señálanla con cuatro cantones, y suelen siempre hacer cuatro partes el ejército, rodeándose los unos con los otros. Sigue siempre al ejército gran muchedumbre de herreros y copia grande de instrumentos para las armas, según la necesidad y uso que de ellos requieran.

La parte del campo que está por de dentro, está dividida por sus tiendas y alojamientos, y el cerco por de fuera está como un muro; ordenan también con igual distancia sus trincheras: en el espacio que hay entre una y otra, suelen echar abundancia de máquinas, instrumentos y ballestas, con las cuales tiran las piedras, de tal manera, que no les falte jamás todo género de armas; y edifican cuatro puertas altas, y tan buenas para recogerse y entrar así ellos como todos sus jumentos y caballos, á fin que si fuere necesario puedan recogerse y tengan todos lugar de dentro. Las calles por dentro apartan los reales con igual espacio y lugar; en medio de todo asientan las tiendas de los regidores, y allí ponen también un como templo, de tal manera, que cierto parece una ciudad edificada yalzada de presto; tienen también su mercado adonde las cosas se venden, y los oficiales todos tienen su recogimiento. Los regidores y capitanes de los soldados tienen lugar para dar sus sentencias, adonde se suele juzgar si sucede algo que tenga necesidad de ello, y si algo acontece dudoso.

Este cerco, y todo lo que dentro de él se contiene, es tan presto puesto en orden con la diligencia y destreza de los oficiales, que no se puede pensar; y cuando la necesidad lo requiere, sábenlo cercar de foso por todo el rededor, haciéndole cuatro brazas de hondo y otras tantas de ancho; y rodeados todos de armas, estánse en sus alojamientos y tiendas gentilmente reposados, y de tienda en tienda se trata todo cuanto hacen con gran silencio y provisión, comunicándose unos á otros aquello que falta, si por ventura carecen de leña, ó de agua ó trigo.

No tienen libertad de comer ni cenar cuando quieren; todos se acuestan á una misma hora; las horas de guarda

hácenlas saber con son de trompeta, y no se hace jamás algo sin que se sepa por pregón y mandamiento público.

En las mañanas los soldados van á dar los buenos días á sus centuriones, y éstos danlos á los tribunos, con los cuales se juntan, y vienen á los capitanes con toda la otra gente, y así se presentan todos al General y Maestro de todo el campo. Este, entonces, da á cada uno de los capitanes y á todos los otros la señal que quiere, según el cargo que cada uno tiene, para que ellos y cada uno por sí la haga saber á los que están en su regimiento.

Con estas cosas, cuando están en el campo y en la pelea, fácilmente son llevados adonde los capitanes quieren, y arremeten todos juntamente, y también todos juntamente se recogen. Cuando han de salir al campo, dan de ello señal con una trompeta, y ninguno se detiene ni se está ocioso; antes, al señalarles la hora, deshacen y recogen sus tiendas, y ordénanlo todo para partir. Luego, la trompeta les vuelve á señalar que estén aparejados, y ellos, cargando todo el bagaje que tienen, están esperando la señal, no menos que si hubiesen de dar la batalla: suelen quemar todo cuanto dejan, porque no les es difícil volverlo hacer cuando les es necesario, y también porque los enemigos no se puedan servir ni aprovechar de ello: á la tercera vez que la trompeta toca es señal de partir, y se dan gran prisa, porque ninguno quede ni pierda su orden y lugar.

Está una trompeta á la mano derecha del capitán, y pregunta á todos en su lengua tres veces, con la voz muy alta, si están aparejados para marchar; ellos suelen responder con mucha alegría y esfuerzo otras tres veces, y decir que sí, y aun se suelen adelantar algunas veces en decirlo primero que les sea preguntado, y levantan á las

voces con gran ánimo que da cada uno y esfuerzo, el brazo derecho. Después hacen poco á poco su camino, marchan con orden y con la honra que á cada uno conviene; no menos que si estuviesen en la batalla, van con las mismas armas; la gente de á pie lleva sus coseletes y cascos, y una espada en cada lado: la de la mano izquierda es mucho más larga, porque la de la mano derecha no suele ser mayor de un palmo, que es lo que ahora llamamos puñal ó daga.

La guarda del General suele ser de la gente muy escogida de á pie, y llevan escudos y lanzas; la otra gente toda lleva dardos y paveses largos; traen también una sierra, una canastilla con un destreal y muchas otras cosas, y en ella llevan también de comer para tres días, de suerte que hay poca diferencia entre ellos y un jumento cargado.

Los de á caballo tienen á la mano derecha una espada más larga, y en la mano un palo y un broquel atravesado al lado del caballo; en la aljaba suelen llevar tres dardillos ó flechas largas, ó pocas más, con los hierros algo anolhos, poco diferentes en la grandeza de los dardos: llevan también unos capacetes y coseletes semejantes á los de á pie, y los de la guarda del General no suelen ir en algo diferentes de los otros; va delante siempre aquel á quien le viene por suerte.

Tales, pues, son las maneras que los Romanos guardan en sus caminos y en asentar un campo, y tal es la variedad que guardan en las armas: no hacen algo sin determinar y tomar consejo primero sobre ello en las cosas de la guerra, y lo que determinan es conforme á lo que hacen, y lo que hacen conforme á lo que han determinado; y antes de poner en efecto algo, primero lo proponen en consejo: por esto suelen, ó errar en muy pocas

cosas, ó si por ventura les acontece algún yerro, es fácil cosa enmendarlo.

Las cosas que suceden con consejo, suélenlas tener, por contrarias y adversas que les sean, por mucho mejores que los sucesos y acontecimientos de la fortuna, por próspera y favorable que sea, por no mostrarse tener en más los bienes y esperanzas de la fortuna, que los de su consejo; pero las cosas que son antes de ejecutarlas bien pensadas, aunque no sucedan prósperamente, las tienen por muy buenas, guardándose y proveyéndose que otra vez no les acontezca lo mismo, porque de los bienes que por fortuna acaecen, no suele ser causa ni autor de ellos aquel á quien acontecen, y de lo que ocurre por desdicha, consuélanse con pensar á lo menos no haberles acontecido por falta de consejo y miramiento. Con el ejercicio que hacen de las armas, no sólo se ejercitan las fuerzas del cuerpo, sino también fortalecen sus ánimos: del temor que tienen les nace mayor diligencia, porque tienen leyes, las cuales quieren la muerte y condenación, no sólo de los que grandemente faltan, pero aun también por pequeña falta que tengan, incurren en pena de muerte.

Los capitanes suelen ser más justicieros que las mismas leyes, y dando galardón á los que lo merecen, hacen que no parezcan crueles en castigar á los que cometen faltas, ni en corregirlos.

Suelen ser todos tan obedientes á sus regidores, que en la paz les suele ser muy gran honra, y en la guerra ó batalla todo el ejército no parece más de un cuerpo: con tanto orden están juntos todos los escuadrones, con tanta presteza se mueven, tan atentos están á escuchar lo que les será mandado, tan abiertos tienen los ojos en mirar las señales que les serán hechas, tan prontas tienen las manos en las obras, por lo cual suelen ser todos muy

valerosos en dañar á sus enemigos, y son muy pocos dañados por ellos.

Los que pelean no saben jamás la muchedumbre ni el número de los enemigos, ni lo que los capitanes determinan entre sí, ni las dificultades de las tierras; pero ni aun quieren sujetarse á la fortuna, aunque piensén serles más cierta por esta parte la victoria. Pues ¿qué maravilla es, si éstos, cuyos hechos siempre están fundados con consejo, y cuyo ejército sabe ejecutar tan bien lo que los capitanes han determinado, han ensanchado y alargado su Imperio desde el Eufrates al Oriente, y del Océano al Occidente, y desde las regiones fértiles de Africa, hacia el Mediodía, hasta las del Danubio y Rhin por el Septentrión, de los cuales se podría muy bien decir que es mucho menos lo que poseen, de lo que los que lo poseen merecen?

He querido tratar todo esto, no por loar á los Romanos, sino por consolación de los vencidos, y para espantar á los que desean novedades y revueltas; porque podrá ser aproveche, por ventura, á los que desean bien ejercitarse en estas artes buenas, saber la manera y ejercicios de los Romanos en las armas; pero ahora vuelvo á lo que había antes dejado.

IV.

Cómo Plácido vino contra Jotapata.

Deteníase en este tiempo en Ptolemaida Vespasiano y su hijo Tito, ordenando su ejército; pero Plácido ya había entrado por Galilea, donde mató muy gran muchedumbre de los que prendía, y fué ésta de la gente de Ga-

lilea, ignorante en las cosas de la guerra y falta de ánimo; y viendo que los de guerra se recogían en las ciudades fuertes que Josefo había abastecido, pasó su fuerza contra Jotapata, que era la más fuerte y más segura ciudad de todas, pensando tomarla fácilmente con acometerla de súbito, y que con esto alcanzaría gran nombre y gloria de todos los regidores, y haría camino más fácil para acabar lo demás cómodamente y presto, pensando que tomada la principal y más fuerte ciudad, las otras todas se rendirían fácilmente.

Pero mucho le engañó su opinión, porque los de Jotapata, sabiendo su fuerza y cómo venía ya cerca de la ciudad, recibieronlo, y saliendo á combatir con él muchos muy bien armados y muy alegres, porque peleaban por la salud propia de ellos, de sus mujeres, hijos y de su patria, hicieronlos huir, hirieron á muchos, matando sólo siete hombres, porque no retirándose de la pelea sin orden, y rodeados por todas partes, habían sido ligeramente heridos; teniéndose los Judíos por más seguros en pelear de lejos, que juntarse á las manos estando los unos armados y los otros no.

Cayeron en esta pelea tres judíos; quedaron algunos pocos más heridos: Plácido, pues, echado de la ciudad, huyó.

Y.

Cómo Vespasiano vino contra las ciudades de Galilea.

Teniendo Vespasiano deseo y determinación de venir contra Galilea, partió de Ptolemaida con las jornadas ordenadas á su gente, según tienen por costumbre los Romanos. Mandó que la gente de socorro; que venía algo

menos armada que la otra, y todos los ballesteros, se adelantasen por refrenar y detener á los enemigos que salían á correr, y para que mirasen muy bien los lugares buenos y cómodos para poner sus asechanzas y celadas.

Seguíanlos luego parte de la gente de á pie romana y parte de la caballería; luego sucedían diez hombres de cada compañía, los cuales traían sus armas y la medida que habían de tomar para asentar su campo; seguían después los que allanan las calles, los malos pasos y asperezas de los caminos, cortan las selvas cuando les impiden, porque no se canse el ejército con la dificultad del camino; después vienen sus cargas y las de los regidores que á él están sujetos, y por guarda de éstos ordenó con ellos muchos de á caballo. Después de todo esto venía él; traía consigo la gente más escogida, así de á pie como de á caballo, y además acompañábale también el escuadrón de su gente: de cada compañía tenía escogidos para su servicio ciento veinte caballeros; tras éstos venían los que traían los otros instrumentos para combatir las ciudades, las máquinas y cosas necesarias para ello; luego seguían los regidores y los tribunos señalados á cada compañía, rodeados de soldados muy escogidos. Venía también la bandera del Aguila, y con ella juntas otras muchas, la cual manda á todas las otras porque es reina de todas las aves, y es la más esforzada; piensan en verla que es una señal y buen agüero de la victoria y de su potencia contra cuantos salen á pelear.

Seguían á las sagradas imágenes de las banderas ciertos tañedores de cornetas, y después el escuadrón de soldados, de seis en seis, y venía con ellos un capitán ó centurión, el cual procuraba hacer que se guardase el orden y disciplina militar; los criados de cada compañía estaban todos con la gente de á pie, y traían los

mulos y cargas de la gente; en el escuadrón postrero, donde venían los que ganaban sueldo, venía también mucha gente de á pie armada y mucha de á caballo.

Habiendo pasado su camino Vespasiano, llegó á los términos de Galilea, y habiendo puesto allí su campo, aunque tenía toda su gente muy pronta para la guerra, todavía la detenía, y mostraba á los enemigos por amedrentarlos, y también por darles tiempo para rendirse, si antes de darles asalto ó la batalla alguno se quisiese pasar á su parte; pero con todo esto él hacía su muro para defenderse: así, sola la vista del Capitán fué causa de que muchos de los que se habían rebelado huyeron, y todos generalmente fueron muy amedrentados.

Los compañeros de Josefo, que habían puesto su campo cerca de Sefori, cuando entendieron que la guerra se acercaba y que ya los Romanos estaban para dar contra ellos, no sólo huyeron antes de llegar á tal, pero aun antes de ver á los enemigos. Quedó solo Josefo con muy pocos; mas él, viendo que no tenía gente para esperar á los enemigos, que eran tantos, y que á los Judíos les había faltado el ánimo, y que si confiaba en aquéllos, los más se habían de pasar á los enemigos, determinó entonces dejar del todo la guerra y apartarse muy lejos de todo peligro; y llevando consigo los que con él quedaron, retiróse á Tiberiada.

VI.

Cómo fué combatida Gadara.

Habiendo acometido Vespasiano la ciudad de los Gadarenses, al primer asalto la tomó, porque estaba vacía de toda la gente de guerra.

Pasando luego de aquí más adentro, mató á todos, y aun hasta á los muchachos, sin que tuviesen los Romanos compasión ni misericordia de alguno, acordándose de las muertes que habian sido cometidas contra Cestio, y también por el odio y aborrecimiento grande que contra los Judíos tenían; y dió fuego no sólo á la ciudad, pero también quemó todos los lugares que alrededor habia, y los lugarejos que estaban casi desolados, tomando toda la gente que en ellos hallaba.

Josefo llenó de miedo la ciudad que habia deseado para defenderse; porque los Tiberienses no creían que habia de huir jamás, sino perdidas todas las esperanzas de poder salvarse, y en esto no les engañaba la opinión de lo que Josefo quisiera. Veía éste en qué habian de parar las cosas de los Judíos, y que sólo tenían un camino para salvarse y alcanzar salud, el cual era mudar su propósito y voluntad: él, por su parte, aunque confiase en que los Romanos no lo habían de matar, todavía quisiera muchas veces más morir que vivir y tener prosperidad entre aquéllos, con afrenta del cargo que le habia sido encomendado, y haciendo traición á su propia patria, contra los cuales habia sido antes enviado.

Por tanto, determinó escribir á los principales de Jerusalén, y hacerles saber fielmente en qué estado estuviesen las cosas, porque levantando demasiado las fuerzas de los enemigos, no lo tuviesen por temeroso, ó disminuyéndolas algo más de lo que á la verdad eran, no los moviese á soberbia y ferocidad, sin darles lugar de arrepentirse de lo hecho hasta allí, y que si les placía el concierto, luego se lo hiciesen saber, y si determinaban que prosiguiese la guerra, le enviasen ejército bastante para resistir los Romanos. Escritas estas cartas, enviólas con diligencia á Jerusalén.

VII.

Del cerco de Jotapata.

Deseoso Vespasiano de destruir á Jotapata, por haber entendido que gran parte de los enemigos se habian allí recogido, y por saber que era el más fuerte recogimiento de Galilea, envió delante la infanteria y caballería, porque allanasen el camino, que era montañoso, muy áspero con las peñas, difícil á la gente de á pie, é imposible á la de á caballo. Estos, pues, en cuatro días tuvieron acabado lo que les habia sido mandado, é hicieron muy ancho camino por donde el ejército pasase: al quinto día, que era á 21 de Mayo, primero vino Josefo de Tiberiada á Jotapata, y esforzó á todos los Judios, que tenian perdido el ánimo.

Habiendo un hombre de allá huido, y contado esto á Vespasiano, y movido á que se diese muy gran prisa en venir contra aquella ciudad, porque le habia de ser muy fácil cosa tomar toda Judea, si tomaba aquella ciudad y cautivaba á Josefo. Sabiendo esta nueva, como cosa muy buena y muy próspera, Vespasiano pensó que por divina providencia habia sucedido que el que más prudente parecia de todos los enemigos se pasase de grado á su parte; envió luego á Plácido con mil de á caballo, y juntamente con él al capitán principal Ebucio, varón no menos prudente que esforzado, mandó hacer un foso alrededor de la ciudad, porque Josefo, que allí estaba, no pudiese escaparse escondidamente.

Luego al otro día Vespasiano fué con ellos, acompañado con todo el ejército, y después de mediodía llegó á

Jotapata, y puso su campo á la parte de Septentrión en una montañuela á siete estadios de la ciudad. Trabajaba mucho en que sus enemigos lo pudiesen ver, porque viéndolo se amedrentasen, y sucedió así; porque en la hora que lo vieron, con el gran miedo no hubo alguno que osase salir fuera de los muros. No quisieron los Romanos acometer luego la ciudad, porque venian cansados del camino: por esta causa, habiéndola cercado á doble cerco, pusieron también de fuera el escuadrón de la gente de á caballo, procurando con diligencia que no tuviesen los Judios lugar para huir ni escaparse.

Pero esto hizo á los Judios más atrevidos, y los esforzó más verse sin esperanzas de poder librarse; que en la guerra no hay cosa alguna que tanto esfuerce como es la necesidad y fuerza.

Luego al siguiente día acometieron el muro: al principio, estando los Judios en su lugar, resistían á los Romanos, que tenían el campo delante de los muros; después cuando Vespasiano permitió, poniendo toda la gente de su campo que les pudiesen tirar, y haciendo él con la gente de pie la fuerza que podía, por aquella parte del montecillo por la cual era cosa más fácil combatir el muro, entonces Josefo con todo el otro pueblo, temiendo tomasen la ciudad, salieron contra los Romanos; y echándose todos juntos contra ellos, hicieronlos recoger lejos de los muros, haciendo muchas hazañas, no menos con sus fuerzas que con su audacia y atrevimiento.

Pero no padecían menos de los enemigos, que los enemigos de ellos: porque cuando los Judios se encendían por tener perdidas las esperanzas de poderse salvar y librar, tanto más los Romanos se encendían de vergüenza; y éstos estaban armados de saber y destreza en las cosas de la guerra; aquéllos teniendo por capitán la ira grande,

armábales la ferocidad. Habiendo, finalmente, peleado todo el día, la noche los separó; halláronse muchos romanos heridos y trece de ellos muertos: fueron también heridos seiscientos judíos, y muertos diez y siete.

Al día siguiente viniendo los Romanos á dar en ellos, saliéronles al encuentro los Judíos, y resistiéronles más fuertemente, tomando esperanza nueva por ver que el día antes les habían resistido sin que tal confiasen; pero también experimentaron más fuertes esta vez á los Romanos; porque la vergüenza que tenían, les había movido y encendido la ira y la saña, pensando que si no vencían presto habían de ser vencidos. No cesaron, pues, los Romanos de combatirlos cinco días seguidos. Los de Jotapata también hacían sus corridas, y principalmente hacían fuerza en combatir los muros. Los Judíos no temían las fuerzas de los enemigos, ni los Romanos se fatigaban con la dificultad que tenían en tomar la ciudad.

Jotapata casi toda era fundada sobre rocas y peñas muy grandes: tiene por todas las partes valies muy grandes, y más altos de lo que es posible alcanzar con la vista; pero por una sola parte, que es hacia el Septentrión, tiene entrada adonde está edificada en una ladera de un monte que viene allí á acorarse; y esta parte la había cerrado Josefo con el muro que había hecho á la ciudad, porque no tuviesen los enemigos entrada por las alturas de aquella parte. Y cubierta con los otros montes que están alrededor, no puede ser vista ni descubierta antes de llegar á ella: ésta, pues, era la fuerza de Jotapata.

Pensando Vespasiano que había también de pelear con las dificultades de aquella tierra, y con la audacia y atrevimiento de los Judíos, determinó cercarla muy de hecho; y llamando los regidores de su ejército, tomó consejo sobre ello. Y como hubiese mandado hacer un monte en

la parte por donde se podía fácilmente entrar, envió todo su ejército que trajese recado para ello; y cortando los montes que estaban cerca de la ciudad, juntando gran copia de leños y piedras, puso amparos para evitar las saetas y dardos que les echasen por todos los fosos: cubiertos con ellos hacían poco á poco su monte, sin que les dañasen en algo, ó en muy poco, los dardos y saetas que les tiraban de los muros. Los otros les tréían tierra de los montes que deshacían sin impedírselo alguno; y de esta manera divididos todos en tres partes, ninguno estaba ocioso.

Los Judios trabajaban en echarles piedras muy grandes encima de aquellas mantas ó amparos que habian puesto, y echábanles también dardos y muchas saetas, los cuales aunque no pasasen á los que estaban por dentro, hacían todavía gran ruido, y eran gran impedimento á los que estaban debajo trabajando.

Entonces Vespasiano hizo poner alrededor las máquinas é ingenios que tenía para combatirlos, los cuales llegaban á número de ciento sesenta, y mandó tirar contra los que estaban encima del muro: corrían muchas lanzas y tiraban muy grandes piedras con aquellos ingenios y máquinas; procuraban tirar todo género de armas dañosas, mucho fuego, muchas saetas y dardos, con lo cual hicieron que no sólo no llegasen al muro los Judios, pero que se retrajesen hasta donde las saetas y los otros ingenios no llegaban. El escuadrón de los Arabes, los que tiraban saetas y con hondas, y todas las máquinas que tenían puestas, hacían cada una su oficio.

No dejaban, con todo, los Judios de defenderse y desviar la fuerza de los Romanos; pues salían como por unas minas, como suelen los ladrones, y destruían las mantas de los que obraban; y destruidas, heríanlos muy grave-

mente. Por lo cual, habiéndose los Romanos recogido, deshacían lo que sus enemigos habían hecho, y echaban fuego á todas cuantas fuerzas los Romanos habían trabajado por hacer, hasta tanto que, entendiendo Vespasiano proceder aquel daño por causa de haber mal repartido las obras, y haber dejado espacio entre unos y otros para que los Judíos saliesen, juntó las mantas; y de esta manera teniendo sus fuerzas juntas, fueron desbaratadas las salidas y corridas de los enemigos.

Levantado ya el monte tanto casi como los torreones y fuertes, tuvo Josefo por cosa indigna no hacer algo contra esto en defensa y amparo de la ciudad, por lo cual mandó llamar oficiales y que alzasen el muro. Y respondiendo éstos que no podían edificar por causa de tantas saetas y dardos como les tiraban, pensó hacerles este amparo: puso en tierra unos palos altos, y mandó extender por ellos cueros de buey frescos, que pudiesen recibir los golpes de las piedras que aquellas máquinas echaban y diesen en vacío las otras armas, y el fuego pudiese matarse con el agua. Puestas, pues, estas cosas en orden delante de los que alzaban el muro, trabajando los días y las noches, alzaron el muro veinte codos más, y edificaron muchas torres en él muy fuertes.

Cuando los Romanos, que pensaban tener ya ganada la ciudad, vieron esto, recibieron por ello muy gran pesar, espantados mucho por ver la diligencia que Josefo había hecho en fortalecerse, y por ver á los que dentro estaban tan obstinados.

VIII.

Del cerco de los de Jotapata por Vespasiano, y de la diligencia de Josefo, y de lo que los Judíos hacían contra los Romanos.

Moviase con mayor enojo Vespasiano, por ver el astuto consejo y el atrevimiento grande de sus enemigos, porque recibida ya alguna esperanza de haberse fortalecido, osaban salir contra los Romanos á correrles el campo; salían cada día compañías á pelear; hacíanse mil engaños, mil latrocinios y rapiñas de todo lo que se ofrecía; y quemaban lo que no podían haber, hasta tanto que Vespasiano, haciendo que los soldados no peleasen, se quiso poner á cercar la ciudad por tomarla por hambre: porque pensaba que, forzados por pobreza y hambre, se habían de rendir, ó si querían ser pertinaces y porfiados, que habían todos de perecer de hambre; y que sería mucho más fácil tomarlos y combatirlos, si los dejaba reposar un poco, haciendo que ellos mismos enflaqueciesen y se disminuyese la fuerza de ellos con el hambre. Mandó poner guarda en todas las partes por donde salían y podían salir.

Estaban de dentro muy bien proveídos, así de trigo como de toda otra cosa, excepto de sal: la falta de agua los fatigaba mucho, porque no tenían de dentro la ciudad alguna fuente, y contentos los que dentro vivían del agua del cielo; en el verano suele llover en aquellas partes muy poco; daba esto á los cercados mucha mayor pena que todo lo otro, ver que les era ya quitado lo que ellos habían pensado para defenderse y matar la sed: parecíales que les faltaba ya toda el agua, y por ello estaban todos con tristeza.

Viendo Josefo que la ciudad abundaba de todas las otras cosas, y viendo los hombres animosos y esforzados por alargar el cerco de los Romanos más de lo que éstos pensaban, determinó darles el agua para beber con medida. Cuando los Judíos vieron que les era dada de esta manera el agua, pareciales esto cosa más grave que no era la falta misma de ella, y movíales mayor deseo y sed, por ver que no tenían libertad de beber cuando querían, y no trabajaban ya en algo más que si estuvieran muertos con la sed grande que padecían.

Estando, pues, de esta manera, no podían dejar de saberlo los Romanos, porque por el collado que estaba en aquella parte los veían venir á todos á un lugar y tomar el agua cada uno con medida, y aun allí llegaban los tiros de las ballestas y mataban á muchos.

No mucho después, consumida ya y acabada toda el agua de los pozos, Vespasiano pensaba que por la necesidad había de rendirse y entregarse la ciudad; pero por quitarle estas esperanzas y pensamientos, mandó Josefo que colgasen por los muros mucha ropa mojada, tanto, que el agua corriese de ella. Los Romanos, cuando vieron esto, tuvieron gran tristeza y temor, por entender que en cosa que no aprovechaba gastaban tanta agua, pensando ellos que para mantenerse tenían muy gran necesidad y falta de ella.

Determinó al fin el mismo Vespasiano, desesperando de poder tomar por hambre ni por sed la ciudad, llevarlo por fuerza y batirles: los Judíos también deseaban esto mucho, porque creían que ni ellos ni la ciudad se podía salvar, y antes deseaban morir peleando y en la guerra, que morir de hambre ó de sed. Inventó Josefo otra cosa para proveer su ciudad por un valle muy apartado del camino, y por tanto menos visto por los enemi-

gos. Enviando, pues, cartas á los Judíos que quería, los cuales moraban fuera de la ciudad hacia el Occidente, recibía de ellos todo lo que le era necesario y faltaba en la ciudad; mandábalos venir por las noches, cubiertas sus espaldas con unos pellejos, porque si algunos los veían y descubrían, pensasen que eran canes ó perros; y esto se hizo de esta manera, hasta tanto que las guardas que estaban de noche por centinelas, lo pudieron descubrir y cerraron el valle.

Viendo entonces Josefo que no podía ya defender mucho tiempo la ciudad, y desesperado de alcanzar salud si quería porfiar en defenderse, trataba con la gente principal de huir todos; pero llegó esto á oídos del pueblo, y todos acudieron á él suplicándole no los desamparase, pues en él solo confiaban, porque no veían otra salud ni amparo para la ciudad, sino su presencia, como que todos habían de pelear con ánimo pronto y valeroso por su causa, viéndolo presente; que si eran presos, les consolaría verle con ellos, y que le convenía no huir de los enemigos, ni desamparar á sus amigos, ni saltar como de una nao que estaba en medio de la tempestad, habiendo venido á ella con próspero tiempo; porque de esta manera echaría más al fondo y en destrucción la ciudad, sin que osase ya alguno de ellos repugnar ni hacer fuerza contra los enemigos, si él, en quien todos confiaban, partía.

Josefo, encubriendo que quería él librarse, deciales que por provecho de ellos quería salir, porque no había de hacer algo con quedar dentro de la ciudad, ni aprovecharles mucho aunque se defendiesen; y que había de morir si era preso con ellos; mas si podía librarse y salir del cerco, podíales traer grande ayuda y socorro, porque juntaría los vecinos de Galilea y traeríalos contra los

Romanos, con lo cual los haría recoger y alzar el cerco que tenían puesto; y quedando, no veía qué provecho les causaba, si no era incitar más y mover á los Romanos á que estuviesen firmes en el cerco, viendo que tenían en mucho prenderle á él, y si entendían que había huido, aflojarían ciertamente y perderían gran parte del ánimo que contra ellos tenían.

No pudo con estas palabras Josefo vencer el pueblo; antes los movió á que más lo guardasen; venían los mozos, los viejos, los niños y mujeres, y echábanse llorando á los pies de Josefo, y teníanlo abrazándose con él, suplicándole con muchas lágrimas y gemidos que quedase y quisiese ser compañero y parte de la dicha ó desdicha de todos: no porque, según pienso, tuviesen envidia de su salud y vida, sino por la esperanza que en él todos tenían, confiando que no les había de acontecer algún mal quedando Josefo con ellos.

Viendo él que si de grado consentía con ellos era rogado, y si quería salirse, había de ser detenido y guardado por fuerza, aunque mucho había mudado su parecer, movido á misericordia por ver tantas lágrimas como derramaban por él, determinó quedar, armado con la desesperación que toda la ciudad tenía, y diciendo que era aquel el tiempo para comenzar á pelear cuando no había esperanza alguna de salud: viendo que era linda cosa perder la vida por alcanzar loor y honra para sus descendientes, muriendo al hacer alguna hazaña fuerte y valerosa, determinó ponerse en ello.

Saliendo, pues, con la más gente de guerra que pudo, echando las guardas, corría hasta el campo de los Romanos; y una vez les quitaba las pieles que tenían puestas en sus guarniciones y defensas, debajo de las cuales los Romanos estaban; otra vez ponía fuego en cuanto

ellos trabajaban, y el día siguiente y aun el tercero no cesaba de pelear siempre, sin mostrar alguna manera de cansancio.

Pero viendo Vespasiano maltratados á los Romanos con estas corridas que sus enemigos hacían, porque tenían vergüenza de huir y no podían perseguirlos, aunque huyesen, por el peso de las armas, y los Judíos cuando hacían algo luego se recogían á la ciudad antes de padecer daño, mandó á su gente que se recogiese y no se trabase á pelear con hombres que tanto deseaban la muerte, porque no hay cosa más fuerte que los hombres desesperados; y la fuerza que traían se disminuiría si no tenía en quien pelear, no menos que la llama del fuego no hallando materia. Además de esto, también porque convenía que los Romanos hubiesen la victoria más salvamente, porque peleaban, no por necesidad como aquéllos, pero por engrandecer su señorío.

Por la parte que estaban los flecheros de Arabia y la gente de Siria, y con las piedras que con sus máquinas echaban muchas veces hacia gran daño á los Judíos, y los hacía recoger, porque usaban de todos sus ingenios de armas y de todas las máquinas que tenían. Los Judíos, viendo el daño que con esto recibían, recogíanse, pero de lejos hacían daño á los Romanos, tanto cuanto podían alcanzarlos, sin tener cuenta con sus vidas ni con sus almas: peleaban de cada parte valerosamente, y socorrían á los que tenían necesidad y estaban en aprieto.

INDICE.

	Páginas.
Prólogo de la edición de 1791.....	1
Prólogo de Flavio Josefo á los siete libros de las guerras de los judíos.....	5
Vida de Flavio Josefo, escrita por él mismo, traducida al castellano por Juan Martín Cordero.....	13

LIBRO PRIMERO.

I.—En el cual se trata de la destrucción de Jerusalén hecha por Antiocho.....	79
II.—De los príncipes que sucedieron desde Jonatás hasta Aristóbulo.....	83
III.—Que trata de los hechos de Aristóbulo, Antigono, Judas Eseo, Alejandro, Teodoro y Demetrio.....	86
IV.—De la guerra de Alejandro con Antiocho y Areta, y de Alejandro ó Hircano.....	94
V.—De la guerra que tuvo Hircano con los Árabes, y cómo fué tomada la ciudad de Jerusalén.....	98
VI.—De la guerra que Alejandro tuvo con Hircano y Aristóbulo.....	106
VII.—De la muerte de Aristóbulo, y de la guerra de Antipatro contra Mitridates.....	112
VIII.—De cómo fué acusado Antipatro delante de César: del pontificado de Hircano, y cómo Herodes movió guerra.....	114
IX.—De las discordias y diferencias de los Romanos después de la muerte de César, y de las asechanzas y engaños de Malico.....	120
X.—Cómo fué Herodes acusado, y cómo se vengó de la acusación.....	124
XI.—De la guerra de los Partos contra los Judíos, y de la huida de Herodes y de su fortuna.....	127

	<u>Páginas.</u>
XII.—De la guerra de Herodes, en el tiempo que vol- vía de Roma á Jerusalén, contra los ladrones.....	136
XIII.—De la muerte de Josefo, y del cerco de Jerusa- lén puesto por Herodes, y de la muerte de Antígono.	145
XIV.—De las asechanzas de Cleopatra contra He- rodes, y de la guerra de Herodes contra los Árabes, y un muy grande temblor de la tierra que enton- ces aconteció.....	154
XV.—Cómo Herodes fué proclamado por rey de toda Judea.....	159
XVI.—De las ciudades y edificios renovados y nue- vamente edificadas por Herodes, y de la magnifi- cencia y liberalidad que usaba con las gentes ex- tranjeras, y de toda su prosperidad.....	163
XVII.—De la discordia de Herodes con sus hijos Alejandro y Aristóbulo.....	170
XVIII.—De la conjuración de Antipatro contra su padre.....	197
XIX.—De la ponzoña que quisieron dar á Herodes, y cómo fué hallada.....	204
XX.—De cómo fueron halladas y vengadas las trai- ciones y maldades de Antipatro contra Herodes..	209
XXI.—Del águila de oro, y de la muerte de Antipa- tro y Herodes.....	220

LIBRO SEGUNDO.

I.—De los sucesores de Herodes, y de la venganza del águila de oro que robaron.....	227
II.—De la batalla y muertes que hubo en Jerusalén entre los Judíos y Sabinianos.....	234
III.—De lo que Varón hizo con los Judíos que mandó ahorcar.....	239
IV.—De las acusaciones contra Archelao, y de la di- visión de todo el reino hecha por César.....	241
V.—Del mancebo que fingió falsamente ser Alejan- dro, y cómo fué preso.....	245
VI.—Del destierro de Archelao.....	247
VII.—Simón Galileo, y de las tres sectas que hubo entre los Judíos.....	248

	<u>Páginas.</u>
VIII.—Del regimiento de Pilato, y de su gobierno.	257
IX.—De la soberbia grande de Cayo, y de Petronio, su presidente en Judea.	261
X.—Del imperio de Claudio, del reino de Agripa, y de su muerte.	265
XI.—De muchas y varias revueltas que se levantaron en Judea y en Samaria.	268
XII.—De las revueltas que acontecieron en Judea en tiempo de Félix.	273
XIII.—De Albino y Floro, presidentes de Judea.	277
XIV.—De la crueldad que Floro ejecutaba contra los de Cesárea y Jerusalén.	280
XV.—De otra matanza y destrucción hecha en Jerusalén.	284
XVI.—De lo que hizo el tribuno Policiano, y del razonamiento que Agripa hizo á los Judios, aconsejándoles que obedeciesen á los Romanos.	289
XVII.—En el cual se trata cómo se comenzaron los Judios á rebelar contra los Romanos.	304
XVIII.—De la muerte del pontifice Ananías, y de la de Manahemo, y de los soldados romanos.	310
XIX.—Del estrago y matanza grande de los Judios hecho en Cesárea y en toda Siria.	313
XX.—De otra muy gran matanza de los Judios.	317
XXI.—Cómo los judios que vivían en Alejandria fueron muertos.	318
XXII.—Del estrago y muertes que Cestio mandó hacer de los Judios.	321
XXIII.—De la guerra de Cestio contra Jerusalén.	323
XXIV.—De cómo Cestio puso cerco á Jerusalén, y del estrago que en ella hizo.	325
XXV.—De la crueldad que los Damascenos usaron contra los Judios, y de la diligencia de Josefo, autor de esta historia hecha en Galilea.	331
XXVI.—De los peligros que pasó Josefo, y cómo se libró de ellos, y de la malicia y maldad de Juan Giscaleo.	336
XXVII.—Cómo Josefo cobró á Tiberia y Sefora.	344
XXVIII.—De qué manera se aparejaron y pusieron en orden los de Jerusalén para la guerra, y de la de Simón Giora.	346

LIBRO TERCERO.

	<u>Página.</u>
I.—De la venida del capitán Vespasiano, y de dos batallas de los Judíos.....	349
II.—En el cual se describen Galilea, Samaria y Judea.....	354
III.—Del socorro que fué enviado á los Seforitas, y de la disciplina y usanza de los Romanos en las cosas de la guerra.....	357
IV.—Cómo Plácido vino contra Jotapata.....	365
V.—Cómo Vespasiano vino contra las ciudades de Galilea.....	366
VI.—Cómo fué combatida Gadara.....	368
VII.—Del cerco de Jotapata.....	370
VIII.—Del cerco de los de Jotapata por Vespasiano, y de la diligencia de Josefo, y de lo que los Judíos hacían contra los Romanos.....	375
